



LIBRARY OF CONGRESS.

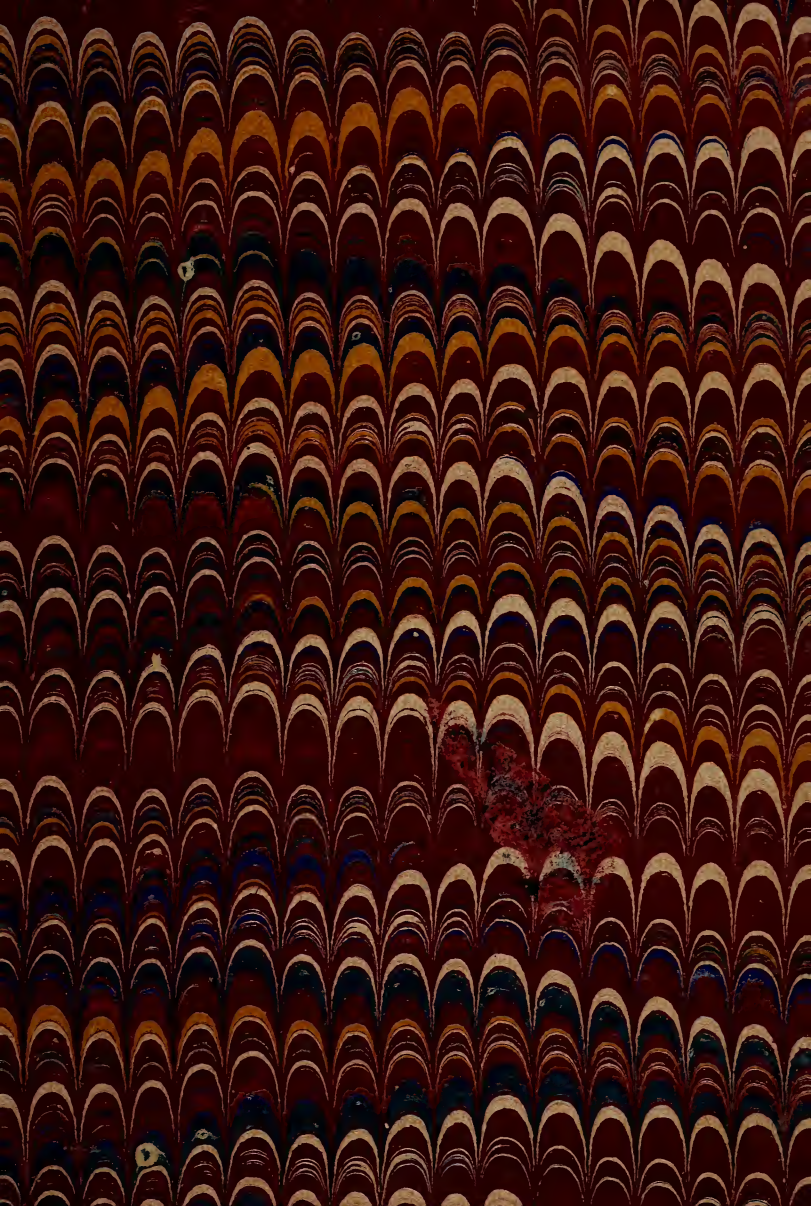
PO 2289

Chap. 38

Copyright No. ....

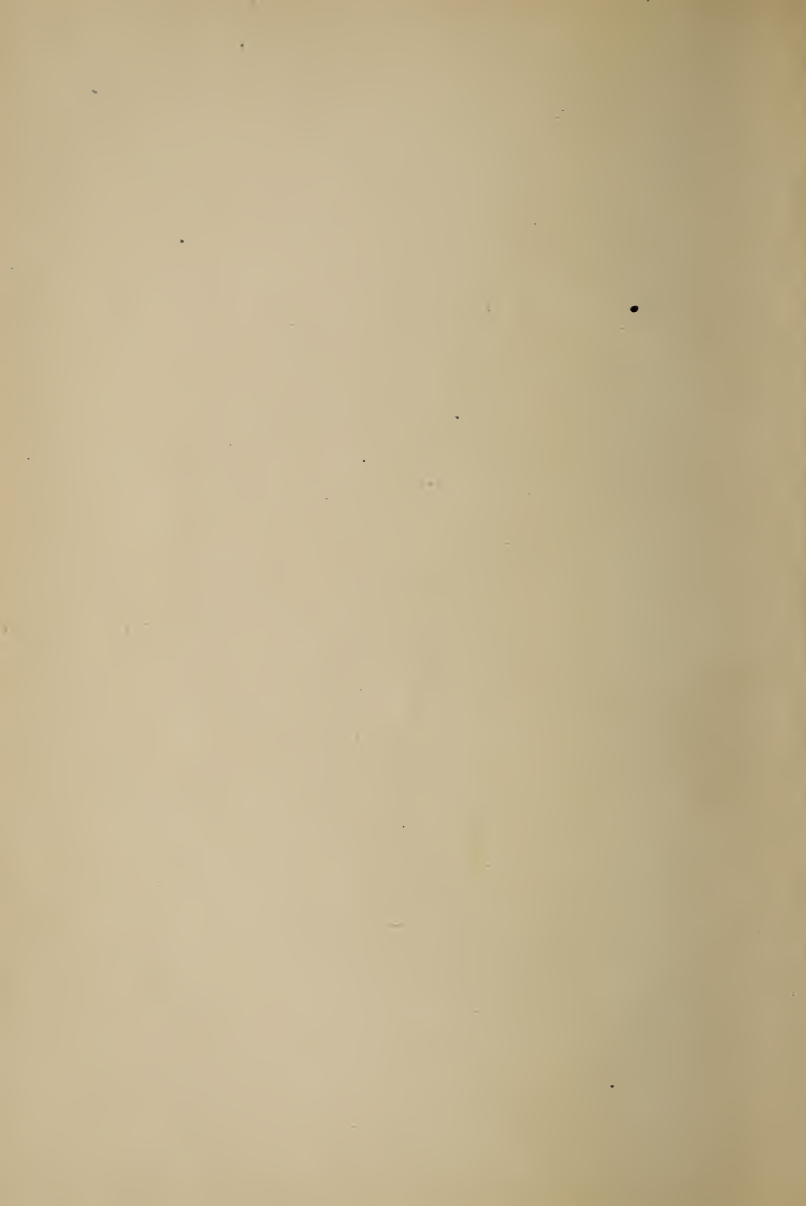
Shelf Q357

UNITED STATES OF AMERICA.















NOVENTA Y TRES,

POR

**VICTOR HUGO,**

EN TRES PARTES.

*à 1 vol*

~~~~~  
PRECIO: 75 CTS.

~~~~~  
IMPRENTA DE "EL ESPEJO"

NUEVA YORK:

1876.



NOVENTA Y TRES,

POR

*Marie Comte*

**VICTOR HUGO,**

EN TRES PARTES.

---

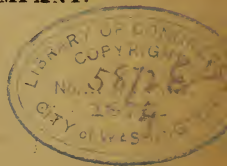
TRADUCIDO AL CASTELLANO POR

**EL ESPEJO PRINTING & PUBLISHING COMPANY.**

---

NUEVA YORK:

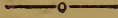
1874.



TQ 2289  
Q357

Entered according to Act of Congress, in the year 1874, by  
E ESPEJO PRINTING AND PUBLISHING COMPANY,  
In the office of the Librarian of Congress at Washington.

## PARTE PRIMERA.



### EN EL MAR.

#### EL BOSQUE DE LA SAUDRAIE.

**E**n los últimos días de Mayo de 1793, registraba uno de los batallones parisienses, traídos á Bretaña por Santerre, el temible bosque de la Saudraie, en Astillé. No eran más de trescientos hombres, pues estaba el batallon diezmado por aquella ruda guerra. Era la época en que, despues de la Arjona, Temmapes y Valmy, no quedaban sino veinte y siete hombres del primer batallon de París que al principio se componia de seiscientos voluntarios, treinta y tres del segundo batallon y cincuenta y siete del tercero. Tiempo de las luchas épicas.

Contaban novecientos doce hombres los batallones enviados de París á la Vandé, y cada uno tenia tres piezas de campaña. Habian sido formados con la mayor rapidez. El 25 de Abril, siendo Gohier ministro de justicia y Bouchotte ministro de guerra, habia propuesto la seccion del Buen-Consejo enviar batallones de voluntarios á la Vandé; Lubin habia redactado la informacion de 1º de Mayo; tenia Santerre, listo para la marcha, doce mil soldados, treinta piezas de campaña y un batallon de artilleros. Estos batallones, formados con tanta prontitud, fueron tan bien organizados, que aun hoy, sirven de modelos para formar las compañías de líneas; han cambiado la antigua proporcion entre el número de soldados y el de sarjentes y furrieles.

El 28 de Abril, habia dado la Comuna de París á los voluntarios de Santerre esta consigna; *Ni perdon, ni cuartel*. De los doce mil soldados de la capital, habian muerto ocho mil á fines de Mayo.

El batallon que estaba en el bosque de la Saudraie avanzaba con el ojo alerta. No se apresuraban los soldados. Veian á la vez á derecha é izquierda, delante y detras; Kleber ha dicho: *El soldado tiene un ojo en la espalda*. Hacia mucho tiempo que marchaban. ¿Qué hora podia ser? ¿A qué momento del dia pasaban por aquel punto? Hubiese sido dificil contestar á semejante pregunta, pues hay siempre una especie de noche en terrenos tan incultos, llenos de zarzales, y nunca ve uno claro en aquel bosque.

Era trágico el bosque de la Saudraie. Allí en el mes de Noviembre de 1792, habia empezado la guerra civil sus grandes crímenes: de la espesura funesta de este bosque habia salido Mousqueton, el cojo feroz: hacia erizar los cabellos de horror la cantidad de asesinatos que se habian cometido en él. No hay lugar que inspire más terror. Avanzaban los soldados con gran precaucion. Todo estaba cubierto de flores; al rededor una pared temblorosa de ramas de donde se desprendia la encantadora frescura de las hojas: rayos de sol pasaban aquí y allá en medio de esas tinieblas verdes; en el suelo, el gladiolo, la flamba de los pantanos, el narciso de los prados, la retama, pequeña flor que anuncia el buen tiempo, el azafran de primavera, bordaban y guarnecian una espesa alfombra de vegetacion, en donde se encontraban todas las formas del musgo, desde el que se parece á la oruga, hasta el que se parece á la estrella. Seguian los soldados su marcha paso á paso, en silencio, apartando con cuidado los zarzales. Trinaban los pájaros encima de las bayonetas.

La Saudraie era una de aquellas malezas en donde ántes, en tiempo de paz, habian hecho la *Houiche-ba*, que es la caza de los pájaros durante la noche; ahora cazaban á los hombrés.

Todo el soto era de abedules, hayas y encinas; el suelo llano:

amortiguaban el musgo y la espesa yerba el ruido de los hombres en su marcha, ningun sendero ó senderos, perdidos poco despues; acebos, endrinos silvestres, helechos, setos de gatuña, altos espinos; imposibilitaban ver á un hombre á diez pasos de distancia.

Por momento pasaba por entre el ramaje una garza ó una gaviota indicando la vecindad de algun ciénago.

Avanzaban. Iban á la ventura, con inquietud y temiendo encontrar lo que buscaban.

De vez en cuando encontraban huellas de camp mentos, sitios quemados, yerbas pisoteadas, palos en cruz; ramas ensangrentadas. Allí habian hecho la sopa, allí habian dicho: isa allí habian curado heridos. Pero los que habian pasado por allí habian desaparecido. ¿En donde estaban? Quizás bien lejos. Quizás muy cerca, escondidos, el trabuco montado. Parecia que el bosque estaba desierto; por lo mismo iba el batallon con más prudencia. Soledad, pues desconfianza. No se veia á nadie. Por lo mismo habia más motivo para temer á alguien. Tenian que habérselas con un bosque de mala fama.

Era probable que hubiese alguna emboscada.

Iban delante, á una distancia bastante grande del grueso de la tropa, treinta granaderos, destacados como exploradores y mandados por un sarjento. La vivandera del batallon les acompañaba. Se juntan con gusto las vivanderas á las vanguardias. Hay peligros que correr, pero se va á ver algo. La curiosidad es una de las formas del valor femenino.

De repente sintieron los soldados de esta pequeña tropa ese estremecimiento conocido de los cazadores que indica que se toca á la cama del animal perseguido. Habian oido como un soplo en el centro de la maleza, y creian haber visto un movimiento en las hojas. Los soldados se hicieron una señal.

No tienen que mezclarse los oficiales en la especie de asecho confiado á los exploradores; lo que debe hacerse se hace por sí mismo.

En ménos de un minuto fué cercado el punto en donde se habia visto el movimiento; fué rodeado por un círculo de fusiles

abocados, y de todos los lados á la vez, fué apuntado al centro oscuro de la maleza por los soldados, quienes, con el dedo sobre el gatillo, y el ojo sobre el lugar sospechoso, no esperaban para metrallarlo mas que la orden del sarjento.

Entre tanto la vivandera se habia determinado á mirar por entre la maleza y cuando ya iba el sarjento á decir: Fuego! gritó: una mujer: Alto!

Y volviéndose á los soldados:

—No tireis camaradas!

Y se precipitó en el soto. La siguieron.

Efectivamente habia álguien allí.

En lo más espeso del soto, al rededor de uno de esos sitios claros que hacen en los bosques ó florestas los hornillos de carbon cuando se queman las raíces de los árboles, en una especie de agujero de rama, semejante á un cuarto de follaje y entrea-bierto como una alcoba, estaba sentada una mujer, teniendo al pecho un niño que mamaba y sobre sus rodillas las dos cabezas rubias de dos niños dormidos.

Esto era la emboscada.

—¿Qué es lo que haceis aquí, gritó la vivandera?

La mujer levantó la cabeza.

La vivandera añadió furiosa:

—Qué loca sois de estar allí!

Y prosiguió:

—Por poco quedais exterminada!

Y dirigiéndose á los soldados añadió la vivandera:

--Es una mujer.

—Pardiez, ya lo vemos! dijo un granadero.

La vivandera prosiguió:

Venir á los bosques á hacerse degollar! habrá disparate semejante!

La mujer estupefacta, azorada, petrificada, miraba al rededor de ella, como al traves de un sueño, esos fusiles, esos sables, esas bayonetas, esas caras hurañas. Se despertaron los dos niños y gritaron.

—Tengo hambre, dijo el uno,



—Tengo miedo, dijo el otro.

El pequeño continuaba mamando. La vivandera le dirigió la palabra.

—¿Eres tú una persona de razon?

La madre estaba muda de espanto. El sarjento le gritó:

--No, tengais miedo, somos el batallon del Gorro-Rojo.

La mujer tembló de la cabeza á los piés. Miró al sarjento, en cuyo rostro severo solo se veian las cejas, los bigotes y dos brasas, que eran los dos ojos.

—El batallon de la en otro tiempo Cruz Roja, añadió la vivandera.

Y el sarjento continuó:

—¿Quién eres, Señora?

La mujer le miraba con atencion, pero llena de terror. Era jóven y estaba flaca, pálida, en andrajos; tenia la capucha gruesa de las campesinas bretonas y el cobertor de lana atado al cuello con una cuerdecita. Dejaba ver el seno desnudo con una notable indiferencia. Sus piés, sin medias ni zapatos, sangraban.

—Es una pobre, dijo el sarjento.

Y la vivandera prosiguió con su voz soldadesca y femenina, pero dulce:

—¿Como os llamais?

La mujer murmuró en una tartamudez casi indistinta:

—Micaela Fléchar.

Entre tanto la vivandera acariciaba con su gruesa mano la cabecita del niño que mamaba.

—¿Qué edad tiene este pícaro? preguntó ella.

La madre no comprendió. La vivandera insistió.

—Os pregunto la edad de este.

—Ah! dijo la madre, diez y ocho meses.

—Es viejo, dijo la vivandera. Ya no debe mamar. Es preciso que destetemos este. Le daremos sopa.

La madre empezaba á tener confianza. Los dos chicos, que se habian despertado, estaban más curiosos que asustados. Admiraban los plumajes.

—Ah! dijo la madre, tienen mucha hambre,

Y añadió:

—Ya no tengo leche.

—Les darán de comer y á tí tambien, le dijo el sarjento. Pero esto no es todo. ¿Cuáles son tus opiniones políticas?

La mujer miró al sarjento y no respondió.

—¿Oyes mi pregunta?

Ella tartamudeó:

—He sido puesta en el convento muy jóven, pero me he casado, no soy religiosa. Las hermanas me han enseñado á hablar el francés. Han puesto fuego á la aldea. Nos hemos salvado tan pronto, que no he tenido tiempo de ponerme los zapatos.

—Te pregunto cuáles son tus opiniones políticas?

—No sé eso.

El sarjento prosiguió:

—Es que hay espías. Y estas se fusilan. Veamos. Habla: ¿Tú no eres gitana? ¿Cuál es tu patria?

—No sé, dijo ella.

—¿Cómo! Tú no sabes cuál es tu país?

—Ah! mi país. Sí.

—Pues bien, ¿cuál es tu país?

La mujer respondió:

—Es la granja de Siscoignard, en la parroquia de Azé.

A su vez quedó el sarjento estupefacto. Estuvo un momento pensativo, luego prosiguió:

—Dices?

—Siscoignard.

—Eso no es una patria.

—Es mi país.

Y la mujer despues de un momento de reflexion, añadió;

—Yo comprendo, señor. Sois de Francia, yo soy de Bretaña.

—¿Y bien?

—No es el mismo país.

—Pero es la misma patria! gritó el sarjento.

La mujer se limitó á contestar:

—Soy de Siscoignard.

—Vaya, sea Siscoignard, replicó el sarjento. ¿Es de allí tu familia?

—Sí.

—¿Qué hace ella?

—Toda ella ha muerto. No tengo á nadie.

El sarjento, que era un poco charlatan, continuó el interrogatorio.

—Uno tiene parientes, qué diablo! ó los ha tenido uno ¿Quién eres? Habla.

La mujer escuchó, turbada, este — “ó los ha tenido uno” — que parecia más á un grito de animal que á una palabra humana.

Sintió la vivandera la necesidad de intervenir. Se puso á acariciar de nuevo al niño que mamaba, y dió una palmada sobre la mejilla á los otros dos.

—¿Cómo se llama la que mama? preguntó ella; por que esta es una niña.

La madre respondió: Jorgina.

—¿Y el mayor? porque es un hombre, este pilluelo.

—Renato-Juan.

—¿Y el menor? porque él tambien es un hombre, y ademas, mofetudo.

—Grueso-Alano, dijo la madre.

—Son graciosos estos chicos, dijo la vivandera; ya esto tiene aire de gente.

Entre tanto insistia el sarjento.

—Habla, pues, Señora. ¿Tienes una casa?

—Tenia una.

—¿En dónde?

—En Azé.

—¿Por qué no estás en tu casa?

—Porque la han quemado.

—¿Quién?

—No sé. Una batalla.

—¿De dónde vienes?

—De allá.

—¿A dónde vas?

—No sé.

—Vamos al grano. ¿Quién eres?

—No sé.

—¿No sabes quién eres?

—Somos gentes que nos salvamos.

—¿De qué partido eres?

—No sé.

—¿Eres de los azules? Eres de los blancos? Con quién estás?

—Estoy con mis hijos.

Hubo una pausa. La vivandera dijo:

—Yo, no he tenido hijos. No he tenido tiempo.

El sarjento empezó de nuevo.

—Pero tus parientes! Veamos, señora, pónnos al corriente de tus parientes. Yo me llamo Radoub; soy sarjento, soy de la calle Cherche-Midi, mi padre y mi madre eran de la misma calle, puedo hablar de mis parientes. Háblanos de los tuyos. Dínos lo que eran tus parientes.

—Eran los Fléchard. Hé aquí todo.

—Sí, los Fléchard son los Fléchard, como los Radoub son los Radoub. Pero uno tiene siempre un oficio. ¿Cuál era el oficio de tus parientes? ¿Qué es lo que hacían? ¿Qué es lo que hacen? ¿Qué es lo que flechaban los Fléchard?

—Eran labradores. Mi padre estaba achacoso y no podía trabajar, porque había recibido una paliza que el señor, su señor-nuestro señor, le había hecho dar, lo que era una verdadera bondad. Mi padre había cojido un conejo, por cuyo hecho se aplicaba la pena de muerte; pero el señor le había perdonado y había dicho: Dadle solamente cien bastonazos; y mi padre había quedado estropeado.

—¿Y luego?

—Mi abuelo era hugonote. El señor cura le hizo enviar á las galeras. Yo estaba muy pequeña.

—¿Y luego?

—El padre de mi marido era un contrabandista de sal. El rey le hizo ahorcar.

—Y tu marido ¿qué es lo que hace?

—En estos dias, se batia.

—¿Por quién?

—Por el rey.

—¿Y luego?

—Pues, por su señor.

—¿Y luego?

—Pues, por el señor cura.

—Rayos y centellas; qué gente tan bruta! gritó un granadero. La mujer dió un sobresalto de espanto.

—Ya veis, señora, somos parisienses, dijo graciosamente la vivandera.

La mujer juntó las manos y dijo:

—Oh! Dios mio, Jesus!

—No vengamos con supersticiones, replicó el sarjento.

La vivandera se sentó al lado de la mujer y trajo entre sus rodillas al mayor de los niños sin que este se opusiera. Los niños se tranquilizan como se asustan, sin que se pueda decir por qué. Como que tienen en el interior algo que les avisa.

—Mi pobre buena mujer de este país, teneis lindos cominillos, en verdad. Adivina uno de qué edad son. El mayor tiene cuatro años, su hermano tres.

Ola! qué glotona es la bribonuela que mama! Ah! monstruo! Dejarás de devorar así á tu madre! Ya veis, señora, no temais nada. Deberíais entrar en el batallon. Haríais como yo. Yo me llamo Houzarde; es un apodo. Pero prefiero llamarme Houharde que la señorita Bicorneau, como mi madre. Soy la cantinera, como quien dice la que da de beber cuando están metrállándose ó asesinándose. El diablo y su tren. Tenemos casi el mismo pié, os daré zapatos mios. Yo estaba en París el 10 de Agosto. He dado de beber á Westermann. Esto ha marchado. He visto guillotinar á Luis XVI, Luis Capeto que llaman. No queria.—Diantre! escuchad, pues. Decir que el 13 de Enero, hacia cocer castañas y que se reia con su familia! Cuando le acostaron por la fuerza sobre la báscula, que llaman, no tenia ni casaca ni zapatos; no tenia sino su camisa, una chaqueta picada, unos calzones de paño azul y medias gris

de seda. He visto esto, yo. El carruaje en que lo llevaron es taba pintado de verde. Ya ves, venid con nosotros, son buenos chicos los del batallon; sereis la cantinera número dos; os enseñaré el oficio. Oh! es bien sencillo: tiene uno su jarro y su campanilla, va uno en medio de la batahola, de los fuegos de peloton, en medio de los cañonazos, de la jarana, gritando: Muchachos ¿quien quiere tomar un trago? Ya veis que no es muy dificil. En cuanto á mí, doy de beber á todo el mundo. En verdad que sí. A los blancos como á los azules, aunque soy una azul, y de las buenas. Pero doy de beber á todos. Los heridos tienen siempre sed. Muere uno sin distincion de opinion. Los que mueren deberian darse un apreton de manos. Que torpe es batirse! Venid con nosotros. Si me matan tendreis el derecho de sucederme. Ya veis, parezco así; pero soy una buena mujer y un hombre de bien. No temais nada.

Cuando la vivandera hubo concluido de hablar, murmuró la mujer:

—Nuestra vecina se llamaba Maria-Juana y nuestra criada se llamaba Maria-Claudia.

Miéntas tanto amonestaba el sarjento Radoub al granadero.

—Cállate. Has hecho miedo á la señora. No se debe jurar delante de señoras.

—Pero es un verdadero destrozo para el entendimiento de un hombre honrado, replicó el granadero, ver á unos iroqueses de la China, cuyo suegro fué estropeado por el señor, cuyo abuelo fué enviado á las galeras por el cura y cuyo padre fué ahorcado por el rey y que se baten, caramba! y se lanzan en abierta rebellion, y se hacen matar por el señor, el cura y el rey!

El sarjento gritó:

—Silencio en las filas!

—Se calla uno, sarjento, replicó el granadero; pero eso no impide que sea fastidioso que una bonita mujer como esta se exponga á hacerse romper el hocico por la linda cara de un sandio.

—Granadero, dijo el sarjento, no estamos aquí en el club de la seccion de los Piques. No vengamos con elocuencia.

Y se volvió hácia la mujer.

—Y tu marido, señora, ¿qué hace? ¿Qué es de él?

—Nada es de él, puesto que lo han matado.

—¿En dónde?

—En el seto.

—¿Cuándo?

—Hace tres días

—¿Quién?

—No sé.

—¡Como! ¿Tú no sabes quién ha matado á tu marido?

—No.

—¿Es algun azul? Es algun blanco?

—Es un tiro.

—¿Y hace tres días?

—Sí.

—¿De qué lado?

—Del lado de Ernée. Cayó mi marido. Hé aquí todo.

—Y desde que se ha muerto tu marido ¿qué haces?

—Llevo conmigo á mis niños.

—¿A donde los llevas?

—Delante de mí.

—¿En dónde duermes?

—En el suelo.

—¿Qué es lo que comes?

—Nada.

El sarjente hizo aquella mueca militar que hace que los bigotes toquen la nariz.

—¿Nada?

—Es decir endrinas, moras en las zarzas, cuando quedan algunas del año pasado, granos de mirtila, retoños de helecho.

—Sí. Tanto vale decir nada.

El mayor de los niños, que parecia comprender, dijo: Tengo hambre.

Sacó el sarjente de su faltriquera un pedazo de pan de munición y lo pasó á la madre. Esta rompió el pan en dos pedazos y los dió á los niños. Los chicos mordieron con avidez.

—No guardó nada para ella, murmuró el sarjento.

—Es que no tiene hambre, dijo un soldado.

—Es que es la madre, dijo el sarjento.

Los niños se interrumpieron:

—De beber, dijo el uno.

—De beber, repitió el otro.

—¿No hay algun arroyo en este bosque del diablo? dijo el sarjento.

Tomó la vivandera el cubilete de cobre que colgaba de su cintura al lado de su campanilla, volteó la del barrilito que llevaba cruzado á la espalda, echó en el cubilete algunas gotas y lo aproximó á los labios de los niños.

El primero bebió é hizo muecas. El segundo bebió y escupió.

—Es, sin embargo, bueno, dijo la vivandera.

—¿Es corta cara? preguntó el sarjento.

—Sí, y del mejor. Pero estos son campesinos. Y limpió su cubilete. El sarjento replicó:

—De manera, señora, que estás huyendo?

—Es precisamente eso.

—Fuera de camino y á la buena de Dios.

—Corro todo lo que puedo, luego ando, y luego me caigo.

—Pobre parroquiana! dijo la vivandera.

—Las gentes pelean, tartamudeó la mujer. Estoy rodeada de tiros. No sé lo que quieren. Me han matado mi marido. No he comprendido sino eso.

Hizo el sarjento sonar en el suelo la culata de su fusil, y exclamó:

—Que guerra tan tonta? Cáspita!

La mujer continuó:

—Anoche, nos acostamos en una *émousse*.

—¿Los cuatro?

—Los cuatro.

—¿Acostado?

—¿Acostado?

—Entónces, dijo el sarjento, acostado de pié.

Y volviéndose hácia los soldados dijo:



—Camaradas, estos salvajes llaman una *émousse*, un árbol grueso, hueco y ya viejo y seco en donde puede meterse un hombre como en una vaina. ¿Qué quereis? No están obligados á ser de París.

—¡Dormir en el hueco de un árbol! dijo la vivandera, y con tres niños!

—Y, replicó el sarjento, cuando los chicos voceaban, debía ser gracioso para los que pasaban y no veían nada, oír un árbol gritar: *Papá, mamá.*

—Afortunadamente estamos en el estío, suspiró la mujer.

Miraba el suelo, resignada, teniendo en los ojos la sorpresa de los acontecimientos.

Los soldados en silencio formaban un círculo al rededor de esta miseria. Una viuda, tres huérfanos, la huida, el abandono, la soledad, la guerra tronando todo al rededor del horizonte, el hambre, la sed, ningun otro alimento que la yerba y ningun otro techo que el cielo. Se aproximó el sarjento á la mujer y fijó sus ojos sobre el niño que mamaba. Soltó la chiquita el pecho, volteó dulcemente la cabeza, miró con sus hermosas pupilas azules la espantosa cara velluda, erizada y curtida que se inclinaba sobre ella, y se puso á sonreír-

Se enderezó el sarjento y vieron correr sobre su mejilla una gruesa lágrima que se detuvo como una perla en la punta del bigote.

Levantó la voz.

—Camaradas, de todo esto deduzco que el batallon va á ser padre. ¡Está convenido! Adoptamos á estos tres niños.

—Viva la República! gritaron los granaderos.

—Está dicho, añadió el sarjento.

Y extendió las dos manos sobre la madre y los niños.

—Hé aquí, dijo, los hijos del batallon del Gorro-Rojo.

Saltó la vivandera de alegría.

—Tres cabezas en un gorro, exclamó ella.

Luego prorumpió en sollozos, abrazó locamente á la pobre viuda y le dijo.

—¡Qué aire de pícara tiene ya la chiquita!

—Viva la Republica ! repitieron los soldados.  
Y el sarjento dijo á la madre:  
—Venid, ciudadana.



## LA CORBETA CLAYMORE.

### I.

#### INGLATERRA Y FRANCIA MEZCLADAS.

En la primavera de 1793, en el momento en que la Francia atacada á la vez en todas sus fronteras, tenia la patética distraccion de la caida de los Girondinos, hé aquí lo que pasaba en el archipiélago de la Mancha.

Una noche, el 1º de Junio, en Jersey, en la pequeña bahía desierta de Bounenuit, y como una hora ántes de la puesta del sol, bajo uno de esos tiempos nebulosos que son cómodos para fugarse porque son peligrosos para navegar, poníase una corbeta á la vela. Dicho buque tenia una tripulacion francesa; pero formaba parte de la flotilla inglesa, puesta en estacion y como de centinela á la punta oriental de la Isla. Mandaba la flotilla inglesa el príncipe de la Four-d' Auvergne, que era de la casa de Bouillon, y era por orden de él, y para un servicio urgente y especial que habian dispuesto de la corbeta.

Esta, matriculada en la Trinity-House, bajo el nombre de *The Claymore*, era en apariencia una corbeta de carga, pero en realidad una corbeta de guerra. Tenia la marcha pesada y pacífica de un buque mercante; no debia uno, sin embargo, fiarse de ello. Habia sido construida con doble objeto, astucia y fuerza; engañar, si es posible, combatir, si es necesario. Para el servicio que tenia que desempeñar aquella noche, habia sido reem-

plazado el cargamento en el entrepuente por treinta caronadas de mayor calibre. Estas treinta caronadas, sea porque previesen alguna tempestad, sea más bien porque quisiesen dar al buque una apariencia de debilidad, estaban en trancaniles, es decir fuertemente amarradas por dentro con triples cadenas y el último tercio de cada pieza, apoyado sobre las escotillas cerradas herméticamente; nada se veía por fuera, las portas estaban tapadas; era como una máscara opuesta á la corbeta. Las corbetas de ordenanza no tienen cañones sino sobre el puente; esta, hecha para la sorpresa y la emboscada, estaba á puente desarmado, y habia sido contruida de manera que pudiese llevar, como acabamos de verlo, una batería de entrepuente. La *Claymore* era de una construcción maciza y corta, y, sin embargo, buena velera; era el casco más sólido de toda la marina inglesa, y en el combate era casi igual á una fragata, aunque no tuviese por mesana sino una berlíniga con una sola cangreja. Su timon de forma rara y sábia tenia una portada curva casi única, que habia costado cincuenta libras esterlinas en los astilleros de Southampton.

La tripulación, toda francesa, estaba compuesta de oficiales emigrados y de marineros desertores. Estos hombres eran escogidos, no habia uno que no fuese buen marino, buen soldado ó buen realista. Tenian el triple fanatismo del buque, de la espada y del rey.

Medio batallón de infantería de marina, que en caso de necesidad podia desembarcarse, estaba mezclado con la tripulación.

Tenia la corbeta *Claymore* por capitán, á un caballero de San Luis, el conde del Roisberthelot, uno de los mejores oficiales de la antigua marina real; por segundo, al caballero de la Vieuville, que habia mandado en las guardias francesas la compañía de la cual era sarjento Hoche, y por piloto, el patrón más sagaz de Jersey, Philip Gacquoil.

Se adivinaba que dicho buque tenia que desempeñar algo de extraordinario. En efecto, acaba de embarcarse en él un hombre que parecia entrar en una aventura. Era un anciano alto, derecho y robusto, de rostro severo, cuya edad era difícil precisar, porque parecia á la vez viejo y joven.

Era uno de esos hombres que están llenos de años y de fuerza, que tienen cabellos blancos sobre la frente y un relámpago en la mirada; cuarenta años para el vigor y ochenta para la autoridad. Al momento de embarcarse en la corbeta, se habia entreabierto su capa de mar, y podia habersele visto vestido, bajo dicha capa, de anchas bragas, llamadas *bragon-bras*, de botas de campaña y de una chaqueta de cuero de cabra; sobre el cuero guarniciones de pasamanería, hechas con seda, y bajo el pelo erizado y salvaje un vestido completo de campesino breton. Dos objetos tenian aquellas antiguas chaquetas bretonas; servian para los dias de fiestas como para los dias de trabajo, y cuando se volvian, presentaban el lado velludo ó el lado bordado; cueros de animal toda la semana, vestidos de gala el Domingo. El de campesino que llevaba este anciano, era, como para completar una semejanza buscada y deseada, usado en las rodillas y en los codos, y parecia que lo habian llevado mucho tiempo; y la capa de mar, de tela gruesa, era más bien un andrajo de pescador. Este anciano tenia sobre la cabeza el sombrero redondo de la época, alto de copa y ancho de ala; al bajar esta, tiene el sombrero el aspecto campesino, y levantada de un lado por una presilla de escarapela, tiene el aspecto militar. Lo llevaba á lo campesino, sin presilla ni escarapela.

Lord Balcarras, gobernador de la isla, y el príncipe de la Tour d'Auvergne le habian conducido en persona é instalado á bordo. El agente secreto de los príncipes, Gélambre, antiguo guardia de corps del Sr. conde de Artois, habia él mismo tenido cuidado en el arreglo de su camarote, llevando la atencion y el respeto, aunque de muy buena alcurnia, hasta ir detras del anciano con la maleta de este. Al dejarle para volver á tierra, hizo el Sr. Gélambre á este campesino un profundo saludo; lord Balcarras le habia dicho; *Buena suerte, General*, y el príncipe de la Tour d'Auvergne se habia despedido de él diciendo: *Hasta luego, primo*.

“El campesino,” este era en efecto el nombre bajo el cual empezaron inmediatamente los individuos de la tripulacion á designar á su pasajero, en los cortos diálogos que tienen entre

sí los marinos; pero, sin que supiesen nada de él, comprendian que este campesino era tan poco campesino como la corbeta de guerra era corbeta de carga.

Habia poco viento. Salió la *Claymore* de Bonnenuit, pasó delante de Boulay-Bay, y estuvo algun tiempo á la vista, corriendo bordadas; luego fué disminuyendo miéntras aumentaba la oscuridad de la noche, y desapareció.

Una hora despues, Gélambre, de vuelta á su casa, en Saint-Héliér, mandó por el expreso de Southampton, al Sr. conde de Artois, en cuartel general del duque de York, las cuatro líneas siguientes:

Monseñor, la salida acaba de tener lugar. Exito seguro. Entre ocho dias estará toda la costa en fuego, de Granville á Saint-Malo.

Cuatro dias ántes y por un emisario secreto, habia recibido el representante Prieur de la Marne, en mision cerca del ejército de las costas de Cherbourg, y momentáneamente de residencia en Granville, el mensaje siguiente que era de la misma letra que el oficio anterior:

“Ciudadano representante, el 1º de Junio, á la hora de la marea, hará á la vela la corbeta de guerra *Claymore*, de batería cubierta, para desembarcar en la costa de Francia á un hombre, cuya filiacion es esta: alto, viejo, pelo blanco, traje de campesino, manos de aristócrata. Mañana os mandaré más detalles. Desembarcará el 2 por la mañana. Advertid al crucero, apresad la corbeta, haced guillotinar al hombre.”

## II.

### NOCHE SOBRE EL BUQUE Y SOBRE EL PASAJERO.

La corbeta, en vez de tomar por el sur y dirigirse hácia Santa Catalina, habia puesto la proa al norte, luego habia cambiado al oeste y habia resueltamente seguido entre Serk y Jersey en el brazo de mar que llaman el Pasaje de la Derrota. No ha-

bia entónces faro sobre ningun punto de estas dos costas.

Se habia puesto el sol: estaba la noche negra, más de lo que son ordinariamente las noches de estío; era una noche de luna, pero grandes nubes, más bien del equinoccio que del solsticio, cubrian el cielo, y, segun toda apariencia, no estaria visible sino cuando llegase al horizonte, en el momento de ponerse. Algunas nubes colgaban hasta sobre el mar y lo cubrian de una niebla espesa y baja.

Toda esa oscuridad era favorable.

La intencion del piloto Gacquoil era dejar Jersey á la izquierda y Guernesey á la derecha, y ganar, por una marcha atrevida entre los Hanois y los Dourres, una bahía cualquiera del litoral de San Malo, vía ménos corta que por los Minquiers, pero más segura, pues el crucero francés tenia por consigna habitual ejercer la vigilancia sobre todo entre Saint-Hélier y Granville. Si se prestaba á ello el viento, si nada sobrevenia, Gacquoil esperaba, haciendo fuerza de vela llegar á la costa de Francia al rayar el dia.

Todo iba bien; acababa la corbeta de pasar Gros-Nez; hácia las nueve, dió el viento señales de engurruñarse, como dicen los marinos, y hubo viento y mar: pero ese viento era bueno, y ese mar era fuerte sin ser violento. Sin embargo, á ciertos golpes de mar, embicaba la proa de la corbeta.

“El campesino” que lord Balcarras habia llamado general, y á quien el príncipe de la Tour d’Auvergne habia dicho *primo*, tenia el pié marino y se paseaba con una gravedad tranquila sobre el puente de la corbeta.

No parecia apercebirse de las sacudidas que esta daba. De vez en cuando sacaba de la faltriquera de su chaqueta una tablilla de chocolate de la cual rompía un pedazo que se ponía á comer; no impedía su pelo blanco que tuviese todos sus dientes.

A nadie hablaba; solo por momentos dirigia, en voz baja y breve, algunas palabras al capitan que le escuchaba con deferencia y parecia considerar á este pasajero más comandante que él mismo.

*La Claymore*, hábilmente dirigida, costeó, desapercibida en la niebla, la larga escarpadura, al norte de Jersey, estrechando la costa, á causa del temible escollo Pierres-de-Leeq que está en medio del brazo de mar entre Jersey y Serk. Gacquoit, de pié con la caña del timon, señalando uno despues de otro la Gréve de Leeq, Gros-Nez, Plémont, nacia deslizar la corbeta entre estas cadenas de arrecifes, en cierto modo á tientas, pero con seguridad, como un hombre que es de casa y que conoce los séres del Océano. La corbeta no tenia luz en la proa, temiendo denunciar su pasaje en estos mares vigilados. Se congratulaban de tener una niebla que les impedía ser vistos por el crucero enemigo. Llegaron á la Grande-Etaque; la niebla era tan espesa que apénas podia uno distinguir la alta silueta del Pinnacle. Oyeron sonar las diez en el campanario de Saint-Quen, lo que era señal de que siempre se mantenía el viento en popa. Todo marchaba bien; el mar se ponía agitado á causa del vecindario de la Corbiére.

Poco despues de las diez, el conde del Boisberthelot y el caballero de La Vieuville condujeron al hombre vestido de campesino hasta su camarote que era el mismo cuarto del capitan. Al momento de entrar en él, les dijo bajando la voz:

—Lo sabeis, señores, el secreto importa. Silencio hasta el momento de la explosion. Solo vosotros conoceis aquí mi nombre.

—Lo llevaremos á la tumba, respondió Boisberthelot.

—En cuanto á mí, replicó el anciano, aunque estuviese delante de la muerte, no lo diria.

Y entró en su cuarto.

### III.

## NOBLES Y PLEBEYOS MEZCLADOS.

Volvieron el comandante y el segundo sobre el puente, y se

pusieron á conversar, paseando el uno al lado del otro. Hablaban evidentemente de su pasajero, y hé aquí poco más ó ménos, el diálogo que esparcía el viento en las tinieblas.

Boisberthelot murmuró al oído de La Vieuville.

—Veremos si es un jefe.

La Vieuville contestó:

—Miéntras tanto es un príncipe.

—Casi.

—Gentil-hombre en Francia, pero príncipe en Bretaña.

—Como los La Trémoille, como los Rohan.

—De quienes es pariente.

Boisberthelot replicó:

En Francia y en los carruajes del rey, es marqués como yo soy conde y como vos sois caballero.

Están léjos los carruajes, exclamó La Vieuville. Estamos ahora en tiempo de los chirriones.

Hubo un momento de silencio. Boisberthelot replicó:

A falta de un príncipe francés, se toma un príncipe breton.

A falta de tordos... No, á falta de un águila, se toma un cuervo.

—Preferiria un buitre, dijo Boisberthelot.

Y La Vieuville replicó:

—Ciertamente, con pico y garras.

—Veremos.

—Sí, replicó La Vieuville, ya es tiempo que haya un jefe. Soy de la opinion de Tinténia: *un jefe y pólvora!* Mire V. comandante: conozco á casi todos los jefes posibles é imposibles; los de ayer, los de hoy y los de mañana: no hay uno que tenga la cabeza que necesitamos. En aquel diablo de Vandé, se necesita un general que sea al mismo tiempo procurador; es preciso fastidiar al enemigo, disputarle el molino, el matorral, la zanja, el guijarro, hacerle malas partidas, sacar ventaja de todo, velar en todo, degollar mucho, hacer ejemplares, no tener ni sueño ni piedad. En este momento, en ese ejército de campesinos, hay héroes, no hay capitanes. D'Elbée es nulo, Lescure está enfermo, Bonchamps perdona; es bueno, qué estupidez! La Roche-



jacquelein es un magnífico subteniente; Sibz es un oficial de campo raso, impropio para mandar en una guerra semejante; Cathelineau es un carretero sencillo; Stofflet un guarda-bosque astuto; Berard es inepto, Boulainvilliers es ridículo, Charette es horrible. Y no hablo del barbero Oaston, porque, vive Dios! para qué disputar el terreno palmo á palmo á la revolucion y qué diferencia hay entre los republicanos y nosotros si hacemos mandar los gentiles-hombres por peluqueros?

—Es que esa maldita revolucion nos ha contagiado, á nosotros tambien.

—Sarna que tiene la Francia!

—Sarna de la clase media, replicó Boisberthelot. Solo Inglaterra puede hacernos salir de apuro.

—Y nos hará salir, no lo dudeis, capitán.

—Mientras tanto, esto está feo.

Es verdad, patanes por do quier; la monarquía, que tiene por general en jefe á Stofflet, guarda-bosque del Señor de Maullevrier, no tiene nada que envidiar á la república que tiene por ministro á Pache, hijo del portero del duque de Castries. ¡Qué *vis-á-vis*, esa guerra de la Vandé: de un lado Santerre, el cervetero, del otro Gaston el merlan!

—Mi querido La Vieuville, hago cierto caso de ese Gaston. No ha obrado mal cuando tenia el mando en Gueméné. Ha arcabuzado lindamente á trescientos azules, despues de haberles hecho abrir á ellos mismos la sepultura.

—Enhorabuena; pero yo lo hubiese hecho tan bien como él.

—Pardiez, sin duda. Y yo tambien.

—Las grandes acciones de guerra, replicó La Vieuville, quieren nobleza en quien las cumple. Son cosas de caballeros y no de peluqueros.

—Hay, sin embargo, en esa clase media, replicó Boisberthelot, hombres estimables. Ahí teneis, por ejemplo, á ese relojero Joly. Habia sido sarjento en el regimiento de Flandes; se hace jefe vandeano; manda una banda de la costa; tiene un hijo, que es republicano, y mientras que el padre sirve en la flia de los blancos, sirve el hijo en la de los azules. Encuentro,

Batalla. Hace el padre prisionero á su hijo, y le lavanta la tapa de los sesos.

—Esto es bueno, dijo La Vieuville.

—Un Bruto realista, replicó Boisberthelot.

—Eso no impide que sea insufrible verse uno mandado por un Coquereau, un Juan-Juan, un Moulins, un Focart, un Bouju, un Chouppes!

—Mi querido caballero, la cólera es la misma en la parte contraria. Estamos llenos de hombres de la clase media; ellos están llenos de nobles. ¿Creeis que los *sans-culottes* (1) están contentos de verse mandados por el conde de Canclaux, el vizconde de Miranda, el vizconde de Beauharnais, el conde de Valencia, el marqués de Custine y el dudue de Biron?

—¡Qué baturrillo!

—¡Y el duque de Chartres!

—Hijo de Igualdad. Y, á propósito, ¿cuándo será rey este?

—Nunca.

—Sube al trono. Sus crímenes le ayudan.

—Y sus vicios le desayudan.

Hubo un momento de silencio y Boisberthelot prosiguió:

—Había querido, sin embargo, reconciliarse. Había ido á ver al rey. Yo estaba allá, en Versalles, cuando le escupieron en la espalda.

—De lo alto de la gran escalera?

—Sí.

—Hicieron bien.

—Le llamábamos Borbon el Cenagoso (Bourbon le Bourbeure)

—Es calvo, tiene pústulas, es regicida, puf!

Y La Vieuville añadió:

—Yo estaba en Quessant con él á bordo de *le Saint Esprit*. Si hubiese obedecido la señal que le hizo el almirante d'Orvilliers, habría impedido el pasaje á los ingleses.

—Ciertamente.

---

(1). Nombre que tamaron los demócratas exaltados ó terroristas, en tiempo de la Revolucion francesa, y equivale á descamisados en español.

—¿Es verdad que se escondió en la bodega?

—No, pero es preciso decirlo, sin embargo.

La Vieuville soltó una carcajada. Boisberthelot replicó:

—¡Hay imbéciles en este mundo! Ahí teneis á ese Boulainvilliers, de quien hablábais, La Vieuville, le he conocido, le he visto de cerca. Al principio, estaban los campesinos armados de picas; y ¿creéis que se le habia puesto en la cabeza hacerlos piqueros? Quería enseñarles el ejercicio de dicha arma. Habia soñado trasformar á sus salvajes en soldados de línea. Pretendia enseñarles embotar los ángulos de un cuadro y formar batallones sin centro. Les chapurreaba el antiguo lenguaje militar: para decir cabo de recluta, decia cabo de escuadra, que era el nombre de los cabos bajo Luis XIV. Se obstinaba en crear un regimiento con todos esos cazadores furtivos; tenia compañías regulares, cuyos sarjentos se colocaban en círculo, recibiendo la seña y contraseña de la coronela que las decia en voz baja al sarjento de la lugartenencia; este á su vez las decia á su vecino que las trasmitia al más próximo, y casi de oído en oído pasaban hasta el último. Degradó á un oficial que no se quitó el képis al levantarse para recibir la contraseña que le daba el sarjento. Podeis juzgar cual fué el éxito. Ese torpe no comprendia que los campesinos deben ser mandados á la campesina, y que con hombres de bosques no se hacen hombres de cuartel. Sí, he conocido á ese Boulainvilliers.

Anduvieron algunos pasos, cada uno pensativo.

—Luego continuó la conversacion;

—A propósito, se confirma la noticia de que han muerto á Dampierre?

—Sí, comandante.

—Delante de Condé?

—En el campamento de Pamars; de una bala de cañon Boisberthelot suspiró.

—El conde de Dampierre. Otro más de los nuestros que estaba con ellos!

—Buen viaje! dijo Vieuville.

—Y las princesas ¿en dónde están?

—En Trieste.

—Siempre?

—Siempre.

Y La Vieuville exclamó.

—Ah! esa república! Cuántos daños para tan poca cosa! Cuando uno piensa que esa revolucion ha tenido lugar por el déficit de algunos millones!

—Debemos siempre desconfiar de las pequeñas causas, dijo Boisberthelot.

—Todo va mal, replicó La Vieuville.

—Sí, La Rouarie ha fallecido, Du Dresnay está idiota. ¡Qué tristes jefes todos esos obispos, ese Coucy, obispo de la Rochela, ese Beaupoil Saint-Aulaire, obispo de Poitiers, ese Mercy, obispo de Luzon, amante de madama de l'Echasserie.....

—La cual se llama Serranteau, lo sabéis, comandante: l'Echasserie es un hombre de tierra.

—Y ese falso obispo de Agra, que es cara de no sé qué!

—De Dol. Se llama Guillot de Folleville. Es valiente, por lo demas, y se bate.

—Sacerdotes, cuando lo que se necesita son soldados! Obispos que no son obispos! Generales que no son generales!

La Vieuville interrumpió á Boisberthelot.

—Comandante, teneis el *Moniteur* en vuestro camarote?

—Sí.

—¿Qué es, pues, lo que representan ahora en Paris?

—*Adèle et Paulin y la Caverne*.

—Quisiera ver eso.

—Lo vereis. Estaremos en Paris dentro de un mes.

Boisberthelot reflexionó un momento y añadió:

—A más tardar. M. Windham lo dijo a milord Hood.

—Pero entónces. comandante, todo no va tan mal?

—Todo iria bien, pardiez, con la condicion de que la guerra de Bretaña fuese bien dirigida.

La Vieuville movió la cabeza.

—Comandante, replicó él, desembarcaremos la infantería de marina?

—Sí, con tal de que la costa esté por nosotros, no, si nos es hostil. Algunas veces es preciso que la guerra abra las puertas, y otra tiene que resbalarse. La guerra debe siempre tener una llave falsa en la faltriquera. Se hará lo posible. Lo principal es el jefe.

Y Boisberthelot, pensativo, añadió:

—La Vieuville, qué pensaría del caballero de Dieuzie?

—Para mandar?

—Sí.

—Que es otro oficial de campo raso y batalla campal. La ma-leza no conoce sino al aldeano.

—Entonces, conformaos con el general Stofflet y el general Cathelineau.

La Vieuville estuvo un momento pensativo, y dijo:

—Sería preciso un príncipe, un príncipe de Francia, un príncipe de la sangre real. Un verdadero príncipe.

—¿Por qué? Quien dice príncipe. . . .

—Dice cobarde. Lo sé, comandante. Pero es para el efecto que produce sobre esos tontos de campesinos.

—Mi querido caballero, los príncipes no quieren venir.

—Nos pasaremos sin ellos.

Boisberthelot hizo ese movimiento maquinal que consiste en apretarse la frente con la mano, como para hacer salir una idea encerrada en ella.

Replicó:

—En fin, probemos con este general.

—Es un gran gentilhomme.

—¿Creis que el será suficiente?

—Con tal que sea bueno. dijo La Vieuville.

—Es decir, heroico, replicó Boisberthelot.

El conde y el caballero se miraron.

—Señor de Boisberthelot, habeis dicho la palabra. (Terror.) Sí, né ahí lo que necesitamos. Esta es una guerra sin misericordia. La hora es de los sanguinarios. Los regicidas han cortado la cabeza á Luis XVI; descuartizaremos los regicidas. Si el general necesario es el general inexorable. En el Anjo y . . .

alto Poitou, los jefes se hacen los magnánimos; se chapotea en la magnanimidad; nada se adelanta. En el Marais y en el país de Retz, los jefes son atroces; todo marcha bien. Porque Charette es feroz es que pueden sostenerse contra Parrein. Hiena contra hiena.

Boisberthelot no tuvo tiempo para contestar á La Vieuville. Cortó á este bruscamente la palabra un grito desesperado, y al mismo tiempo se oyó un ruido que no parecía á ninguno de los ruidos conocidos. Esos gritos y esos ruidos venian de la parte interior del buque.

El capitán y el teniente se lanzaron hácia el entrepuente, pero no pudieron entrar en él. Todos los artilleros subian como si hubieran perdido el juicio.

Una cosa horrorosa acababa de suceder.

## VI.

## TORMENTUM BELLII.

Una de las caronadas de la batería, pieza de veinte y cuatro, se habia destrincado.

Este es quizas el más terrible de los acontecimientos de mar. Nada más temible puede suceder á un buque de guerra que se encuentra léjos de tierra y en plena marcha.

Un cañon que se destrinca se convierte bruscamente no se sabe en qué bestia sobrenatural. Es una máquina que se trasforma en monstruo. Esa masa corre sobre sus ruedas, tiene movimiento de bola de billar, se inclina con el vaiven y zabulle, por decirlo así, con la alfada del buque. Va, viene, se detiene, parece meditar, vuelve á emprender su curso, atraviesa como una flecha el navío de popa á proa, hace piruetas, se esconde, huye, se encabrita, choca, descantilla, mata, extermina. Es un ariete que bate una muralla á su capricho. Añádase esto:

el ariete es de hierro, la muralla es de madera. Es la entrada libre de la materia; se diría que ese esclavo eterno se venga: parece que la maldad que hay en lo que llamamos objetos inertes safe y estalla de golpe; como que pierde la paciencia, y toma al fin venganza estraña y oscura; nada más inexorable que la cólera del inanimado. Ese trozo furioso tiene los saltos de la pantera, la pesadez del elefante, la agilidad del raton, la dureza de la segur, lo inexperado de la ola, la rapidez del relámpago, la sordera del sepulcro. Pesa diez mil libras, y da rebotes como si fuese una bola de niño. Son vueltas bruscamente cortadas en ángulos rectos. ¿Y qué hacer? ¿Cómo vencerlo? Una tempestad concluye, un ciclón pasa, un viento cesa, un mástil roto se reemplaza, una via de agua se tapa, un incendio se apaga; pero, ¿qué puede uno hacer con esa enorme bruta de bronce? Qué medio-empléar? Podeis alegar razones con un dogo, asombrar un toro, fascinar un bca, asustar un tigre, enternecer un leon; pero no hay ningun recurso con este monstruo. No podeis matarlo, está muerto; y al mismo tiempo, vive. Tiene una vida siniestra que le viene de lo infinito. Tiene debajo de él su piso que lo balancea. Es movido por el buque, que lo es por el mar, y este á su vez por el viento. Este exterminador es un juguete. El buque, las olas, el viento, todo esto lo mantiene en movimiento: de ahí su vida horrorosa.

¿De qué manera impedir ese mecanismo monstruoso del naufragio? ¿Cómo preever esas idas y venidas, esas vueltas, esas paradas, esos choques? Cualquiera de esos golpes al bordaje puede desfondar el buque. ¿Cómo adivinar esos horrores mean-dros? Se tiene que hacer con un proyectil que muda de dictámen, que parece tener ideas y que á cada momento cambia de direccion. ¿Cómo detener lo que es preciso evitar? El horrible cañon se menea, avanza, recula, hiere á derecha é izquierda, huye, pasa, desconcierta al que lo está esperando, pulveriza el obstáculo, aplasta á los hombres como si fuesen moscas. Todo el terror de la situacion está en la movilidad del piso. ¿De qué modo combatir un plano inclinado que tiene caprichos? El buque tiene, por decirlo así, en el vientre el rayo prisionero

que trata de escaparse; algo como un trueno retumbando sobre un terremoto.

En un momento estuvo en pié toda la tripulacion. El culpable era el jefe de artillería que habia descuidado apretar la tuerca del tornillo que sujetaba la cadena de marra y puesto mal las trabas de las cuatro ruedas de la caronada; lo que dió lugar á que estuviesen flojos los zoquetes sobre los cuales descansaban las muñoneras del cañon y á que cesase el equilibrio de las dos tablas, resultando al fin la dislocacion de la braga. La cuerda se habia roto, de modo que el cañon no estaba ya seguro en la cureña. La braga firme, que impide el retroceso, no estaba todavía en uso en aquella época. Una ola habia dado contra la tronera y la caronada, mal amarrada, habia reulado y roto la cadena: desde entónces empezó á errar formidablemente en el entrepuente.

Figúrese uno, para tener una idea de ese deslizamiento extraño, una gota de agua corriendo sobre un vidrio.

Cuando se rompió la amarra, estaban los artilleros en la batería. Los unos en grupos, los otros esparcidos, ocupados en los trabajos de mar que hacen los marineros cuando se prevee algun zafarrancho de combate. La caronada, lanzada por el balanceo del buque, hizo un boquete en ese monton de hombres y aplastó á cuatro de ellos del primer golpe, partió en dos á otro pobre diablo, y fué á chocar en la pared del babor con una pieza de la batería que desmontó. Hé ahí el grito de angustia que se acababa de oír. Todos los hombres se precipitaron hácia la escala. La batería quedó vacia en un momento.

La enorme pieza habia quedado sola. Estaba entregada á sí misma. Era su dueña y la dueña del buque. Podia hacer de este lo que queria. Toda esa tripulacion acostumbrada á reirse en el combate, temblaba. Decir el espanto, es imposible.

El capitán Boisberthelot y el teniente La Vieuville, dos valientes, sin embargo, se babian detenido en lo alto de la escalera, y, mudos, pálidos, titubeando, miraban hácia el entrepuente. Alguien los separó con el codo y bajó,

Era su pasajero, el campesino, el hombre de quien acababan



de hablar un momento ántes, Cuando llegó al pié de la escalera, se detuvo.

v.

### VIS ET VIR.

El cañon iba y venia en el entrepuente. Se hubiese dicho el carro viviente del Apocalipsis. El farol de marina, oscilando bajo la roda de la batería, añadía á esa vision un balanceo vertiginoso de sombra y luz. La forma del cañon desaparecía en la violencia de su carrera, y solo se veía por momentos negro en la claridad, y otras veces reflejando en la sombra ese color blanco vago que tienen los metales pulidos en medio de una semi-oscuridad.

Continuaba la ejecucion del buque. Habia destrozado ya otras cuatro piezas y hecho en la pared dos aberturas, afortunadamente más arriba de la flotacion; pero por las cuales entraría el agua, si hubiese una borrasca. Se arrojaba frenéticamente sobre todas las cuadernas de la embarcacion; los sobreplanos muy fuertes resistian, las maderas curvas tienen una solidez particular; pero se oian sus crugidos bajo esa maza desmesurada, golpeando, con una especie de obicuidad desconocida, de todos lados á la vez. Un grano de plomo sacudido en una botella no tiene percuciones más insensatas ni más rapidas. Las cuatro ruedas pasaban y repasaban sobre los hombres muertos, les cortaban, les despedazaban y les desmenuzaban; y de los cinco cadáveres habian hecho veinte trozos que rodaban en medio de la batería; parece que las cabezas muertas gritaban; arroyos de sangre corrian por el suelo siguiendo los vaivenes del buque. El empañado, averiado en varios lugares, empezaba á entreabrirse. Todo el buque estaba lleno de un ruido monstruoso. El capitán habia recobrado muy pronto la calma, y por su ór-

den habian arrojado, en el entrepuente, al traves del carro, todo lo que podia amortiguar y estorbar la carrera frenética del cañon; colchones, hamacas, velas de repuesto, rollos de cordelles, sacos de equipaje, y fardos de asignados falsos de los cuales llevaba la corbeta un cargamento, --esa infamia inglesa, juzgando entónces como arma leal para hacer la guerra al enemigo.

¿Pero qué podian hacer esos andrajos?

No atreviéndose nadie á bajar para colocarlos como debian, en algunos minutos se convirtió eso en estropajo.

Habia justamente bastante mar para que el accidente fuese todo lo completo posible. Una tempestad hubiese sido deseable; habria quizas volcado el cañon, y una vez las ruedas en el aire, fácil hubiese sido hacerse dueño del monstruo. Mientras tanto se aumentaba la destruccion. Estaban raidos y aun algo rotos los mástiles, los cuales, encajonados en la armadura de la quilla, atraviesan los pisos de los buques y forman como gruesos pilares redondos. Bajo los golpes convulsivos del cañon, el palo de trinquete se habia rajado, y el mismo palo mayor empezaba á abrirse. La bateria se dislocaba. De treinta piezas diez estaban detrineadas; las aberturas en el bordaje se multiplicaban y la corbeta empezaba á hacer agua.

El anciano pasajero que habia bajado al entrepuente, parecia un hombre de piedra al pié de la escala. Echava sobre esa devastacion una ojeada severa. No se movia. Era imposible dar un paso en la bateria.

Cada movimiento de la coronada en libertad indicaba la destruccion del buque. Algunos instantes más, y el naufragio era inevitable.

Era preciso perecer ó impedir el desastre; tomar un partido, pero cuál?

¡Qué combatiente tan terrible, ese cañon!

Se trataba de contener á esa horrenda loca.

Se trataba de agarrar ese relámpago.

Se trataba de derribar ese rayo.

Boisberthelot dijo á La Vieuville:

--¿Creeis en Dios, caballero?

La vieuville respondió:

—Sí, No. Algunas veces.

—¿Durante una tempestad?

—Sí. Y en momentos como este.

—En efecto, aquí solo Dios puede salvarnos, dijo Boisberthelot. Todos se callaban, dejando que la carronada siguiese su fracaso horrible.

Por fuera, las olas batiendo el buque respondían á los choques del cañon con golpes de mar. Se hubiese dicho dos martillos alternando.

De repente, en ese circo inabordable en donde daba saltos el cañon suelto, se vió aparecer un hombre, con una barra de hierro en la mano. Era el autor de la catástrofe, el cabo de artillería culpable de negligencia y causa de la desgracia. Habiendo hecho el mal, queria repararlo. Habia empuñado una barra en una mano, y llevaba en la otra un nudo corredizo. Bajó el entrepuente.

Entónces empezó una cosa salvaje: espectáculo titánico; el combate del cañon contra el artillero; la batalla de la materia y de la inteligencia, el desafío de la cosa contra el hombre.

El hombre se habia colocado en un ángulo, y, con la barra y la cuerda en las dos manos, puesto de espalda á una puerta, firme sobre sus dos piernas que parecian dos pilares de acero, lívido, trágico, lleno de calma, como si estuviese arraigado en el piso, esperaba.

Esperaba que el cañon pasase cerca de él.

El artillero conocia su pieza, y le parecia que ella tambien debia conocerle. Hacia mucho tiempo que vivia con ella. ¡ Cuantas veces no le habia metido la mano en la boca! Era su monstruo familiar. Se puso á hablarle como á su perro.

—Ven, le decia. El lo amaba quizas.

Parecia desear que viniese á él. Pero venir á él, era venir sobre él. Y entónces estaba perdido. ¿ Como evitar el aplastamiento? Ahí estaba la cuestion. Todos miraban aterrorizados.

No habia un pecho que respirase libremente, excepto, quizas, el del anciano, quien, testigo siniestro, estaba solo en el entrepuente con los dos combatientes.

El mismo podía quedar aplastado por la pieza. No se movía. Debajo de ellos, la ola, ciega, dirigía el combate.

En el momento en que, aceptando esa lucha tan terrible, cuerpo á cuerpo, vino el artillero á provocar el cañon, uno de los vaivenes del mar hizo que casualmente entónces quedara la carronada inmóvil y como estupefacta.

—Ven, pues, le decía el hombre. Ella parecia escuchar. De golpe saltó sobre él. El hombre esquivó el choque.

La lucha se travó. Lucha inaudita. Lo frágil batiéndose con lo invulnerable. La cosa de carne atacando la bestia de acero. De un lado una fuerza ciega, del otro un alma.

Todo esto pasaba en una semi-oscuridad. Era como la vision indistinta de un prodigio.

Un alma; cosa extraña, pero se hubiese dicho que el cañon tenia una tambien, llena de odio y de rabia. Esa ceguera parecia tener ojos. El monstruo parecia acechar al hombre. Habia, á lo ménos se hubiese podido creer, astucia en esa mole. Ella, tambien, escogia su momento. Era no se sabe qué insecto de hierro, teniendo ó pareciendo tener una voluntad de demonio. Por momentos esa langosta colosal golpeaba la carena interior de la batería, luego volvía á caer sobre sus cuatro ruedas como un tigre sobre sus cuatro garras, y se arrojaba de nuevo sobre el hombre. El, ágil, diestro, se torcía como una culebra bajo todos esos movimientos de rayo. Evitaba los encuentros, pero los golpes, de los cuales se salvaba, caian sobre el buque que seguia demoliéndose.

Un pedazo de la cadena rota habia quedado enganchado á la carronada. Esta cadena se habia enrollado no se sabe cómo en el tornillo de puntería del cañon. Una de sus extremidades estaba adherida á la cureña. La otra daba vueltas al rededor de la pieza cuyos saltos aumentaba. El tornillo la agarraba como un puño cerrado, y esa cadena, multiplicando con correazos los golpes del ariete, producía al rededor del cañon un torbellino terrible, látigo de hierro en un puño de acero. Esa cadena hacia el combate más terrible.

Sin embargo el hombre luchaba. Y aun á veces, era el hombre que atacaba al cañon; se arrastraba á lo largo del bordaje, con su barra y su cuerda entre las manos; el cañon parecia comprender, y hacia, como si adivinase un lazo. El hombre formidable, lo perseguia.

Cosas semejantes no pueden durar mucho tiempo. El cañon pareció decirse de golpe: Vamos! es preciso concluir! y se detuvo. Se sintió la llegada del desenlace. El cañon, como en suspenso, parecia tener ó tenia pues, para todos era un sér, una premeditacion feroz. Se precipitó bruscamente sobre el artillero. Este se retiró á un lado, lo dejó pasar, y le gritó riendo: "Otra vez!" El cañon, como si estuviese furioso, rompió una carronada á babor; luego apoderado de nuevo por la honda invisible que lo movia, se lanzó á estribor sobre el hombre, que escapó. Tres carronadas se rompieron bajo el empuje del cañon; entónces como ciego y no sabiendo ya lo que hacia, volteóse con la culata hácia el hombre, rodó de adelante para atras, descompuso la roda y fué á hacer una abertura en la proa. El hombre se habia refugiado al pié de la escalera, á algunos pasos del anciano, testigo mudo de todo lo que pasaba. El artillero tenia su espeque en la mano. El cañon pareció apercibirlo, y sin tomarse la pena de voltear, reculó sobre el hombre con una prontitud de un hachazo. El hombre estaba perdido. Toda la tripulacion dió un grito.

Pero el viejo pasajero hasta entónces inmóvil, se habia lanzado más rápido que todas esas salvajes rapideces. Habia cogido un fardo de asignados falsos, y, á riesgo de ser aplastado habia logrado arrojarlo entre las ruedas de la carronada. Ese movimiento decisivo y peligroso no hubiese sido ejecutado con más tino y precision por un hombre avezado á todos los ejercicios descritos en el libro de Durosé sobre *la Maniõra de cañon de mar*.

El fardo hizo el efecto de un tapon. Una piedrecita detiene una masa enorme, una rama de árbol desvía una avalancha. La carronada tropezó. Entónces el artillero, aprovechando la ocasion, metió su barra de hierro entre los radios de una de las ruedas de atras. El cañon se detuvo.

Se inclinaba. El hombre, usando de la barra como una palanca, lo movía de un lado á otro. La pesada masa fué derribada con el ruido de una campana al caer, y el hombre, arrojándose impetuosamente encima, sudando á mares, pasó el nudo corredizo desde el cabo hasta el cuello de bronce del monstruo derribado.

Terminó la lucha. El hombre habia vencido. La hormiga habia rendido al mastodonte. El pigmeo habia hecho prisionero al gigante.

Los soldados y marinos palmotearon.

Toda la tripulación se precipitó con cables y cadenas, y en un instante el cañon fué amarrado.

El artillero saludó al pasajero.

—Señor, le dijo, me habeis salvado la vida.

El anciano habia vuelto á su actitud impassible, y no contestó.

## VI.

### LOS DOS PLATOS DE LA BALANZA.

El hombre habia vencido, pero podia decirse tambien que el cañon habia vencido. El naufragio inmediato se habia evitado; pero la corbeta no estaba fuera de peligro. El destrozo del buque parecia irremediable. El bordaje tenia cinco aberturas, de las cuales una muy grande era en la proa. De las treinta coronadas, veinte yacian inútiles. La misma destructora que habia sido apresada y puesta en cadenas estaba fuera de servicio; el tornillo del boton de la culata estaba forzado, y, por consiguiente, la puntería era imposible. La bateria habia quedado reducida á nueve piezas. La bodega hacia agua.

Fué preciso acudir inmediatamente á reparar las averías y á hacer funcionar las bombas. El entrepuente presentaba un aspecto terrible; el interior de la jaula de un elefante furioso no estaba tan destrozado como aquel lugar.

Cualquiera que fuese la necesidad de ocultarse la corbeta de la vista de los cruceros, otra necesidad más imperiosa existía, y era la salvacion inmediata del buque. Fué preciso iluminar el puente con faroles colocados aquí y allí en el bordaje.

Durante el tiempo de aquella escena verdaderamente trágica, la tripulacion, absorta por una cuestion de vida ó muerte, no se habia cuidado de lo que pasaba afuera en el mar. La niebla se habia vuelto muy espesa; el tiempo habia cambiado; el buque habia corrido á merced del viento; la corbeta estaba fuera de rumbo, enteramente al descubierto de Jersey y de Guernesey, más al Sur de lo que debia, y la mar muy alterada. Grandes oleadas venian á besar las aberturas de la corbeta, besos terribles. El balanceo del buque era amenazador; la brisa se convertia en huracan. Una tempestad, tal vez, comenzaba, y no se veia á cuatro olas delante de sí.

Entre tanto que la tripulacion se ocupaba en reparar á toda prisa los estragos del entrepuente, en cubrir las aberturas y en colocar de nuevo en batería las piezas que se habian librado del destrozo, el pasajero habia vuelto á subir á la cubierta, y recostándose contra el palo mayor, no parecia notar el gran movimiento del buque.

El caballero de La Vieuville habia mandado á los soldados de marina que se formaran en dos líneas á los lados del palo mayor, y luego, á un silvido del contramaestre, todos los marineros ocupados en la maniobra, se pusieron en pié sobre las vergas. El Conde de Boisberthelot se adelantó hácia el anciano pasajero, y detrás del Capitan iba un hombre pálido, fatigado, los vestidos en mal estado, pero con aire de cierta satisfaccion. Era el cabo de artilleria que acababa de manifestar su habilidad como domador de monstruos, pues habia logrado hacer entrar en juicio al cañon.

El conde hizo el saludo militar al pasajero, y le dijo:

—Mi general, este es el hombre.

El artillero se mantuvo de pié y con la vista baja, segun la ordenanza, y el conde de Boisberthelot añadió:

—Mi general, en virtud de lo que este hombre acaba de ha-

cer, ¿no creéis que sus jefes deben hacer alguna cosa en su obsequio?

—Sí, contestó el pasajero.

—Tened la bondad de darnos vuestras órdenes, dijo Boisberthelot.

—Vos sois quien las debe dar; sois el Capi'an.

—Y vos el general, repuso Boisberthelot.

El pasajero echó una mirada al artillero y le dijo: acércate.

El artillero dió un paso al frente, y el anciano, volviéndose hácia el conde de Boisberthelot, le quitó del pecho la Cruz de San Luis y la puso en la chaqueta del artillero.

—¡Hurra! gritaron todos los artilleros.

Los soldados de infantería de marina presentaron las armas.

El anciano, señalando con el dedo al artillero, añadió:

—Ahora, que fusilen á este hombre.

El estupor sucedió á los gritos de aclamación.

En medio de un silencio sepulcral, el pasajero entónces alzó la voz y dijo:

—Una negligencia ha comprometido é! buque de tal modo, que á estas horas quizás está perdido. Hallarse en el mar es como estar delante del enemigo. Un buque que hace un viaje es como un ejército que da una batalla. Una tempestad se oculta, pero no se ausenta. El mar es todo una emboscada: y toda falta cometida en presencia del enemigo, debe castigarse con la pena de muerte. En estos casos no hay falta reparable; el valor debe ser compensado y la falta castigada.

Estas palabras fueron pronunciadas una tras otra, lenta, pero solemnemente, con una especie de medida inexorable, como los golpes de una hacha sobre una encina.

Y el anciano, volviéndose á los soldados, añadió:

—“Cumplid con vuestro deber.”

El hombre sobre cuyo pecho brillaba la cruz de San Luis, bajó la cabeza.

A una señal del conde de Boisberthelot, dos marineros bajaron al entrepuente y pronto volvieron, trayendo consigo la hama sudario. El capellan, que desde su partida estaba oran-



do en la cámara de los oficiales, acompañaba á los dos marineros. Un sarjento sacó de la línea doce soldados, y formó dos filas, de seis cada una; el artillero, sin pronunciar una palabra, se colocó entre las dos filas. El capellan, con el crucifijo en la mano, se adelantó y se puso á su lado.

—Marchen, dijo el sarjento.

El peloton se dirigió con pasos lentos al lugar de la ejecucion, seguido de los dos marineros que llevaban el sudario.

Un silencio grave reinó en toda la corbeta. El huracan silbaba á lo léjos.

A pocos minutos despues se vió un relámpago, al cual siguió una detonacion cuyo eco se repetia en las tinieblas; luego reinó el silencio, sin que se oyera mas que el ruido de un cuerpo que caia al agua.

El anciano pasajero aun permanecia recostado al palo mayor, con los brazos cruzados, en profunda meditacion.

Boisberthelot, dirigiendo hácia él el dedo índice de la mano izquierda, dijo en voz baja al oido á La Vieuville:

—La Vandée ha encontrado un jefe.

## VII.

### EL QUE SE DA A LA VELA JUEGA UNA LOTERÍA.

¿Pero qué iba á ser de la corbeta?

Las nubes, que durante la noche se habian mezclado con las olas, se habian bajado y agolpado de tal modo en el horizonte, que todo el mar parecia cubierto de una capa. No se veia mas que niebla—situacion siempre peligrosa aún para un buque en buen estado.

A la bruma se añadian las encrespadas olas.

Se habia aprovechado bien el tiempo, pues la tripulacion ha-

día aligerado la corbeta, arrojando al mar todo cuanto había quedado inservible á causa del destrozo hecho por la carronada, tales como los cañones desmontados, los afustes rotos, los trozos de madera torcidos ó desclavados, las piezas de hierro rotas. Se habían abierto las puertas, y por ellas hecho deslizar al mar, sobre tablas, los cadáveres y restos humanos envueltos en sudarios.

El mar estaba muy fuerte y empezaba á hacerse formidable; no que la tempestad estuviese inmediata á estallar, pues, por el contrario, el huracan bramando detras del horizonte, parecia decrecer, y que sus ráfagas se alejaban hácia el Norte; pero las olas continuaban aún muy altas, lo que indicaba disturbios en el fondo del mar. En la condicion en que había quedado la corbeta, podia ofrecer poca resistencia á las sacudidas, y las grandes olas podian serle funestas.

Gacquoil seguia en el timon pensativo. Poner buena cara al tiempo, es la costumbre de los jefes de mar.

La Vieuville, que era hombre de carácter alegre en medio de los desastres, se acercó á Gacquoil.

—Y bien, piloto, le dijo: el huracan ha apaciguado. Apénas si ha montado á nada sus ganas de estornudar. Pronto saldremos bien de esto. Tendremos viento, y eso es todo.

Gacquoil replicó seriamente:

—Quien tiene viento, tiene mar.

Tal es el marino, ni risueño ni triste.

La respuesta tenia un sentido poco tranquilizador. Para un buque que hace agua, encéntrar mar es llenarse pronto. Gacquoil había dado cierto énfasis á su pronóstico arrugando las cejas. Tal vez La Vieuville se había apresurado á verter palabras alegres y joviales cuando apénas había ocurrido la catástrofe del cañon y del artillero. Hay cosas de mal agüero en alta mar. El océano es misterioso; nadie sabe lo que intenta hacer; es necesario siempre guardarse de él.

La Vieuville comprendió la necesidad de hablar con seriedad.

—¿Dónde estamos, piloto? preguntó

El piloto replicó:

—Estamos en poder de la voluntad de Dios.

Un piloto es un amo: se le debe siempre permitir que haga lo que quiera, y, á menudo, dejarle decir lo que le parezca. Generalmente estos hombres hablan poco.

La Vieuville se alejó del timon. Habia hecho una pregunta al piloto; el horizonte fué quien la contestó.

El mar aclaró de repente.

Las nieblas que se arrastraban sobre las olas se rasgaron; la oscura confusion se transformó en una claridad crepuscular, ofreciendo á la vista lo que vamos á describir.

El cielo parecia estar cubierto de nubes; pero estas no tocaban ya el mar; al Oriente aparecia una luz blanca, precursora del dia; al Oeste veíase otro resplandor como el de la luna que acaba de desaparecer.

Estas dos blancuras, una en frente de otra, formaban, sobre el horizonte, unas bandas estrechas de resplandor pálido, entre el mar sombrío y el cielo tenebroso. Al traves se traslucian varios perfiles rectos é inmóviles.

Al Occidente, contra el horizonte iluminado por la luna, se levantaban tres altas rocas, erectas como pulveus célticos.

Al Oriente, sobre el horizonte pálido de la mañana, se levantan ocho velas, formadas ya en orden, á distancias regulares, de una manera formidable.

Las tres rocas eran un escollo; las ocho velas eran una escuadra.

Detras de la corbeta estaban los *Minquiers*, roca de mal nombre; delante el crucero francés. Al Oeste el abismo; al Oriente la matanza; estaba entre un naufragio y un combate.

Para hacer frente al escollo, la corbeta tenia un casco agujereado, la arboladura dislocada y los palos conmovidos. Para entrar en batalla, tenia una batería de la cual veinte y un cañones de los treinta habian sido desmontados y sus mejores artilleros habian muerto. La claridad del dia era aun débil; les quedaba todavía alguna oscuridad. Esta podia durar algun tiempo, pues era causada principalmente por las nubes altas y espesas, que presentaban el aspecto de una bóveda.

El viento, que habia disipado las nieblas bajas, empujaba la corbeta hácia los *Minquiers*. En su estado de dilapidacion, apenas si obedecia al timon; era arrastrada en vez de andar, y batida por las olas, estaba completamente á merced de su impulso dominador. El escollo de los *Minquiers* era entónces más terrible de lo que es hoy. Varias torres de esta ciudadela del abismo, han sido arrasadas por los golpes incesantes del mar. La configuracion de los escollos cambia; no en valde se llama á las olas "cuchillos del Océano;" cada oleada es como el golpe de una sierra. En aquella época, tocar en los *Minquiers* era naufragar.

Respecto del crucero, lo componia la escuadra de Cancale, célebre despues bajo el mando del capitán Duchesne, á quien Loquinio llamaba "el padre Duchésne."

La situacion era crítica. Durante la lucha del cañon destrincado, la corbeta se habia desviado de su rumbo, y se dirigia más bien hácia Granville que hácia Saint-Malo. Aun cuando hubiese podido navegar y hacer velas, los *Minquiers* le habrian cerrado la vuelta hácia Jersey, y el crucero habria impedido su llegada á las costas de Francia. Por lo demas, la tempestad habia cesado; pero, como dijo el piloto, habia mar. Este, agitado por un viento fuerte y con un fondo horrible, no podia estar más bravo.

El mar nunca dice de una vez lo que quiere. Oculta todo, aun la astucia. Podria decirse que el mar tiene un plan. Adelanta y retrocede; propone y se contradice; prelude una tempestad y renuncia á ella; promete el abismo y no lo presenta; amenaza en el Norte y bate en el Sur.

Toda la noche la corbeta *La Claymore* habia tenido la niebla y temido la borrasca; el mar acababa de desmentirse, pero de un modo atroz. Habia bosquejado la tormenta, pero realizado el escollo. Era el naufragio mismo bajo otra forma.

A la pérdida sobre el escollo se añadia el exterminio por el combate. Un enemigo cumplimentando al otro.

La *Vieuville* exclamó con una gran carcajada:

—Naufragio acá y batalla allí. Hemos echado ases.

## VIII.

9 - 380 .

La corbeta era poco más que un naufragio.

En la opaca claridad, en medio de la oscuridad del horizonte, en el aspecto misterioso de las olas, habia una solemnidad sepulcral. A excepcion del viento que soplabá con impulso hostil, todo era silencio. La catástrofe se abrió del abismo con magestad. Parecía más bien una aparicion que un ataque. Nada se movía en las rocas ni en los buques. Era un silencio colosal, indescribible. ¿Tenían los de la corbeta algo real delante de sí, ó lo que pasaba era un sueño sobre el mar? Hay leyendas de esta clase de visiones: la corbeta estaba de cierto modo, entre el escollo demonio y la escuadra fantasma.

El conde de Boisberthelot dió sus órdenes en voz baja á La Vieuville, quien bajó á la batería. Luego el capitán tomó su antejo y fué á la proa á colocarse al lado del piloto.

Gacquoil se esforzaba en mantener la corbeta á flote, porque si el viento y el mar la tomaban de costado, la volcarían inevitablemente.

—Piloto, dijo el Capitán ¿dónde estamos?

—Sobre los Minquiers.

—¿De qué lado?

—Del malo.

—¿Qué fondo?

—Roca pelada.

—¿Podemos voltear?

—Se puede siempre morir, dijo el piloto.

El capitán dirigió su antejo hácia el Oeste y examinó los Minquiers; después lo volvió al Este y contempló las velas que tenía á la vista.

El piloto continuó, como hablándose á sí mismo:

—Son los Minquiers. Es el lugar donde reposan la gaviota risueña y el gran cuervo marino de manto negro, cuando van para Holanda.

Entre tanto, el Capitan habia contado las velas.

Se veian, en efecto, ocho buques formados en línea, cuyos perfiles de guerra se destacaban sobre las aguas. En el centro de ellos se descubria la estatura colosal de un navío de tres puentes.

El Capitan preguntó al piloto:

—¿Conoceis esas velas?

—Ciertamente, respondió Gacquoil.

—¿Qué son?

—La escuadra.

—¿De Francia?

—Del diablo.

Hubo un momento de silencio. El Capitan repuso:

—Todo el crucero está ahí.

—No todo.

En efecto, el 2 de Abril, Valazé habia anunciado á la Convencion que diez fragatas y seis navíos de línea cruzaban por el canal de la Mancha. El capitan recordó esto.

—Es cierto, dijo: la escuadra consiste de diez y seis buques, y aquí no hay mas que ocho.

—Los otros ocho andan cruzando por toda la costa y nos espian.

El capitan, mirando aun con los anteojos, murmuró:

—Un navío de tres puentes, dos fragatas de primera clase y cinco de segunda.

—Pero yo tambien los he espiado, murmuró Gacquoil.

—Buenos buques, dijo el capitan: he mandado algunos de ellos.

—Por lo que á mi toca, dijo Gacquoil, los he visto todos de cerca. No confundo uno por otro. Tengo en la mente la descripcion de todos.

El capitan dió el antejo al piloto.

—Piloto, ¿distinguis bien el buque de tres puentes?

—Sí, capitan: es el navío *Côte d' Or*.

—Que han vuelto á bautizar, dijo el capitan.

—Antes se llamaba *Etats de Bourgogne*: navío nuevo: ciento veinte y ocho cañones.

Sacó de su bolsillo un lápiz y una cartera y escribió en esta el número 128.

Despues continuó:

—Piloto, ¿cuál es la primera vela á babor?

—La *Expérimentée*. Fragata de primera clase. Cincuenta y dos cañones. Se armó en Brest habrá dos meses.

El capitan puso el número 52 en su cuaderno.

—Piloto, añadió, ¿cuál es la segunda vela á babor?

—La *Dryade*. Fragata de primera clase. Cuarenta cañones de á 18. Ha estado en la India. Tiene buena reputacion naval.

Debajo del 52, escribió el 40; y alzando la cabeza, dijo:

—Pasemos ahora á estribor.

—Mi comandante, son todas fragatas de segunda clase, y son cinco.

—¿Cuál es la primera contando desde el navío?

—La *Résolute*.

—Treinta y dos piezas de á 18.

—¿Y la segunda?

—La *Richemont*.

—La misma fuerza.

—¿Cuál viene despues?

—La *Athéiste*. (1)

—Mal nombre para andar por el mar. ¿Y luego?

—La *Calypso*.

—¿Y luego?

—La *Preneuse*.

—Cinco fragatas de á treinta y dos cada una. El capitan marcó debajo de los dos primeros números el 160.

—Piloto, dijo, ¿las conoceis perfectamente?

—Y vos tambien las conceis, respondió Gacquoil. Distin-

---

(1) Archivos de la Marina, estado de la Armada en Marzo de 1793.

guitras desde aquí es algo; conocerlas á fondo vale más.

El capitán tenía la vista fija en su cartera, y murmuraba entre dientes: ciento veinte y ocho, cincuenta y dos, cuarenta y ciento sesenta.

En aquel instante La Vieuville subía sobre cubierta otra vez.

—Caballero, exclamó el capitán, estamos á la vista de trescientos ochenta cañones.

—Así sea, dijo La Vieuville.

—Venís de la inspección, La Vieuville: ¿cuántas piezas tenemos definitivamente en estado de hacer fuego?

—Nueve.

—Así sea, dijo Boisberthelot á su vez. Tomó el anteojo de las manos del piloto y examinó el horizonte.

Los ocho buques silenciosos y negros, parecían inmóviles, pero su tamaño se aumentaba gradualmente. Era que iban aproximándose de un modo imperceptible.

La Vieuville hizo el saludo militar. “Comandante, dijo, este es mi dictámen. Desconfiaba de esta corbeta *Claymore*. Siempre es triste embarcarse repentinamente en un buque que no os conoce y que no os ama. Buque inglés—traidor para los franceses. La perra de la carronada lo ha probado. He hecho la visita de inspección. Buenas anclas. No son muy bien hechas, pero las barras están forjadas al mazo. Las cadenas son sólidas: cables excelentes, fáciles de largar y con la longitud de ordenanza—ciento veinte brazas. Bastante municion. Seis artilleros muertos. Pueden dispararse ciento y setenta y un tiros por pieza.”

—Porque no han quedado más que nueve piezas, murmuró el capitán.

Boisberthelot dirigió su anteojo por el horizonte. La escuadra continuaba aproximándose gradualmente.

Las carronadas poseen una ventaja, y es que tres hombres son suficientes para maniobrarlas; pero tienen un inconveniente—que no tienen tanto alcance ni son tan certeras como los cañones. Era necesario dejar que la escuadra se aproximara á tiro de carronada.



El capitán dió sus órdenes en voz baja. El silencio reinaba en todo el buque. No se hizo señal alguna para entrar en batalla, pero todo se preparó. La corbeta estaba tan desmantelada para entrar en combate contra hombres, como contra las olas. Sin embargo, se sacó todo el partido posible de aquella ruina de buque de guerra. Sobre el pasamano, cerca de los guardines, se amontonaron todos los calabrotos de repuesto y cuanto pudiera asegurar la arboladura en caso necesario. Se arregló el puesto para los heridos; y con arreglo á la práctica naval de aquella época, se formaron bastiones de estopa sobre el puente, lo que es una garantía contra las balas de fusil, pero no contra las de cañón. Se trajeron pasabalas, aunque era un poco tarde para examinar los calibres, pues no se habian previsto tantos incidentes. Cada marinero recibió una cartuchera y se puso en la cintura un par de pistolas y un puñal. Se quitaron las hamacas, se apuntó la artillería, se preparó la fusilería, se dispusieron de las hachas y garfios de bordaje, se prepararon los cartuchos y balas y se abrió el depósito de pólvora. Cada hombre tomó su puesto. Todo se hizo sin decir una palabra, como los arreglos que se hacen en el cuarto de un moribundo. Todo era rápido y lúgubre.

La corbeta se caderó. Tenia seis anclas como una fragata. Todas seis se echaron al mar; la ancla de vigilancia delante; la de remolque, detras; la del flujo, del lado del mar; la del reflujo, del lado del escollo; la de horquilla á estribor y la maestra á babor.

Las nueve carronadas que estaban en buena condicion se pusieron en batería, todas á un lado, al del enemigo.

La escuadra, no ménos silenciosa, habia por su parte completado la maniobra. Los ocho buques formaban ya un semicírculo, cuya cuerda constituian los Minquiers. Encerrada La *Claymore* en este semicírculo, agarrotada, ademas, por sus cadenas, tenia detras el escollo—es decir, el naufragio.

Era como una partida de perros de caza detras de un jabalí que no gruñía, pero que mostraba los dientes.

Parecía como si una parte y otra aguardaban alguna señal.

Los artilleros de *La Claymore* estaban en sus piezas. Boisberthelot dijo á La Vieuville:

—Quisiera ser el primero en hacer fuego.

—Deseo de coqueta, replicó La Vieuville.

## IX.

## ALGUIEN SE ESCAPA.

El pasajero que no habia abandonado el puente, lo observaba todo implacable.

—Señor, dijo, los preparativos están hechos. Estemos ya casi sujetos á la tumba, agarrados á ella, y por cierto que no la soltaremos. Somos prisioneros ó de la escuadra ó de los escollos. Tenemos que rendirnos al enemigo ó naufragar en las rompientes; no hay otra alternativa. Nos queda un recurso solo, y es morir. Combatir vale más que naufragar: prefiero ser ametrallado á morir ahogado; en materia de muerte creo preferible el fuego al agua. Pero si á nosotros no nos toca mas que morir, á vos os toca otra cosa. Sois el hombre elegido por los príncipes, y teneis la gran mision de dirigir la guerra de la Vendée; si vos pereceis, la monarquía se pierde; debeis, pues, vivir. Nuestro honor consiste en no salir de aquí; el vuestro, por el contrario, en salir. Vais, pues, mi general, á dejar el buque; os voy á dar un hombre y un bote, en el cual no es imposible llegar á la costa por un rodeo. Todavía no es de dia; las olas son altas; el mar está oscuro; os librareis. Hay casos en que huir es vencer.

El anciano inclinó gravemente su severa cabeza en señal de asentimiento.

El conde de Boisberthelot levantó la voz.

—Soldados y marineros, dijo.

Todos prestaron atencion y de todos los puntos del buque los semblantes se volvieron hácia el capitan.

Este prosiguió:

—El hombre que está con nosotros representa al rey. Nos ha sido confiado y debemos conservarle, porque es necesario al turno de Francia. A falta de un príncipe, él será, á lo ménos así lo esperamos, jefe de la Vendée. Es un gran militar: debía llegar á Francia con nosotros; es preciso que llegue de todos modos, aunque sea sin nosotros. Salvar la cabeza es salvarlo todo.

—Sí, sí, gritaron todas las voces de la tripulacion.

El capitán continuó:

—El también va á correr sérios peligros. No es fácil llegar hasta la costa. Sería preciso que el bote que llevara fuese grande para arrostrar las grandes oleadas, y es necesario que sea pequeño, para burlar la vigilancia del crucero. Se trata de tomar tierra en un punto cualquiera, que sea seguro, y más hácia la parte de Fougères que hácia Coutances. Se necesita un marinero robusto, buen remero y buen nadador, que sea del país y que conozca los pasos. Hay todavía bastante oscuridad para que el bote pueda alejarse de la corbeta sin ser visto. Además, aquí haremos bastante humo, que acabará de ocultarle. Su pequeñez le ayudará á librarse de los escollos, porque donde la pantera queda presa, la comadreja se libra. No hay salida para nosotros, pero la hay para él. El bote se alejará de aquí á fuerza de remos: los buques enemigos no le verán, y además durante ese tiempo, nosotros desde aquí vamos á darle diversion. ¿Está dicho?

—Sí, sí, gritó la tripulacion.

—No hay un momento que perder, repuso el capitán, ¿hay un hombre de buena voluntad?

Un marinero salió de las filas entre la oscuridad y dijo:

—Yo.

x.

### ¿SE ESCAPARA?

Algunos instantes despues, uno de esos botes que se llaman *you-yous*, y que están especialmente afectos al servicio de capitanes, se alejaba de la corbeta. En él no habia mas que dos

hombres, el anciano pasajero que estaba sentado á la popa, y el marinero de *buena voluntad* que ocupaba la proa.

La noche era todavía más oscura.

El marinero, conforme á las indicaciones del capitan, remaba vigorosamente en la direccion de los Minquiers, única salida, por lo demas, que era posible en aquellas circunstancias.

En el fondo del bote se habian puesto algunas provisiones, un saco de biscochos, una lengua de vaca ahumada y un barril de agua.

En el momento en que el you-you se hizo á la mar, La Vieuville, chocarrero delante del abismo, se inclinó sobre el codaste del timon de la corbeta y dirigió riendo este adios al bote.

—Muy bueno para escaparse y mejor todavía para ahogarse.

—Caballero, dijo al piloto, acabemos de reir.

El bote se apartó en breve de la corbeta y tomó buena distancia. El viento y el mar estaban de acuerdo con el remero, y la frágil embarcacion huia rápidamente ondulando en el crepúsculo y oculta por los grandes pliegues de las olas.

Habia en el mar no sé qué momentos sombríos de espera.

De repente en aquel vasto y tumultuoso silencio del Oceano, se levantó una voz que aumentada por la porta-voz, como por la máscara de bronce de la tragedia antigua, parecia casi sobre humana.

Era el capitan Boisberthelot que tomaba la palabra.

—Marinos del rey, gritó; clavad el pabellon blanco en el palo mayor. Vamos á ver levantarse nuestro último sol.

Y un cañonazo partió de la corbeta.

—¡ Viva el rey ! gritó la tripulacion.

Entonces se oyó al extremo del horizonte otro grito inmenso, lejano, confuso y sin embargo distinto que decia:

¡ Viva la república !

Y un estrépido parecido al de trescientos rayos, estalló entre las profundidades del Oceano.

La lucha principiaba.

El mar se cubrió de humo y fuego.

Los chorros de espuma que forman las balas de cañon al caer en el agua, picaron las olas por todas partes.

La *Claymore* se puso á escupir fuego sobre los ocho buques. Al mismo tiempo toda la escuadra formaba un semicírculo alrededor de la *Claymore* que vomitaba llamas por todas sus baterías. El horizonte se incendió asemejándose á un volcan saliendo del mar. El viento retorcia aquella inmensa púrpura de la batalla, entre la cual los buques aparecian y desaparecian como espectros. En primer término se dibujaba el esqueleto negro de la corbeta sobre aquel fondo rojo.

Distinguíase en la punta del palo mayor el pabellon sembrado de flores de lis.

Los dos hombres que iban en el bote guardaban silencio.

El bajo triangular de los Minquiers, especie de Trinacrio submarino, es mayor que la isla entera de Jersey: el mar lo cubre: y tiene por punto culminante una meseta que sobresale, aun en las más altas mareas, y de la cual parten al Nordeste seis poderosas rocas formadas en la línea recta, que parecen como una gran muralla derruida en diversos puntos. El estrecho entre la meseta y los seis escollos, no es practicable sino para los botes de poquísimo calado. Más allá se encuentra ya la mar alta.

El marinero que se había encargado de salvar el bote, metió la embarcacion por entre aquellas rocas, poniendo de este modo los Minquiers entre la batalla y el bote. Remó despues con destreza por el estrecho canal, evitando los arrecifes á babor como á estribor; las rocas entónces le ocultaban la batalla. El resplandor del horizonte y el estrépito furioso del cañoneo comenzaba á decrecer á causa de la distancia, que iba haciéndose cada vez mayor; pero á juzgar por lo contínuo de las detonaciones, podia comprenderse que la corbeta se sostenia y que queria apurar, hasta la última, sus noventa y una andanadas.

Pronto el bote se halló en agua libre, fuera dal escollo, fuera de la batalla y fuera tambien del alcance de los proyectiles.

Poco á poco el mar se iba haciendo ménos oscuro; íbanse ensanchando los puntos luminosos; la espuma se rompía acá y allá en chorros de luz, y brillantes blancuras flotaban sobre la superficie de las olas. Apareció por fin el dia.

El bote estaba fuera del alcance del enemigo, pero quedaba todavía lo más difícil, porque sise había salvado de la metralla, no lo estaba aun del naufragio. Hallábase en alta mar, cáscara de nuez imperceptible, sin puente, sin vela, sin mástil, sin brújula, sin más recurso que el remo, en presencia del Oceano y del huracan; átomo á la merced del coloso.

Entónces en aquella inmensidad, en aquella soledad, el hombre que iba á proa, levantando su cara, que la luz de la mañana hacia más pálida, miró fijamente al hombre que iba á popa y le dijo:

—Yo soy hermano de aquel á quien habeis hecho fusilar.

## LIBRO TERCERO.

### HALMALO.

#### I.

##### LA PALABRA ES EL VERBO.

El anciano levantó lentamente la cabeza.

El hombre que le hablaba tenia como unos treinta años; la frente tostada por el aire del mar; la mirada extraña; era la mirada sagaz del marinero en la pupila cándida del aldeano.

Apretaba los remos con las manos y parecia tranquilo. En la cintura llevaba un puñal, dos pistolas y un rosario.

—¿Quién eres? dijo el anciano.

—Acabo de decíroslo.

—¿Qué me quieres?

El hombre dejó los remos, cruzó los brazos y respondió:

—Mataros.

—Como gustes, dijo el anciano.

El hombre levantó la voz.

—Preparaos.

—¿A qué?

—A morir.

—¿Por qué? preguntó el anciano.

Hubo un momento de silencio. El hombre pareció como cortado por esta pregunta. Despues exclamó:

—Os digo que quiero mataros.

—Y yo te pregunto por qué.

Los ojos del marino despidieron un relámpago.

—Porque habeis hecho matar á mi hermano.

El anciano replicó con tranquilidad.

—He principiado por salvarle la vida.

—Es verdad: le habeis salvado primero, y despues le habeis mandado matar.

—No soy yo quien le ha muerto.

—¿Pues quién entónces?

—Su falta.

El marino miró al anciano con la boca abierta; despues sus cejas recobraron su fruncimiento feroz.

—¿Como te llamas? dijo el anciano.

—Me llamo Halmalo; pero no teneis necesidad de saber mi nombre para que yo os mate.

En aquel momento se elevó el sol en el horizonte; un rayo de su luz dió al marinero en el rostro é iluminó vivamente aquel semblante feroz.

El anciano le consideraba con atencion.

El cañoneo, que se prolongaba aun, tenia ya interrupciones y sacudidas de agonía; grandes nubes de humo se dibujaban sobre el horizonte; y el bote, abandonado por el remero, iba á merced de las olas.

El marinero sacó con la mano derecha una de las pistolas de su cinturon y tomó con la izquierda su rosario,

El anciano se puso en pié.

—¿Creeis en Dios? preguntó.

—Padre nuestro, que estás en los cielos, replicó el marinero. E hizo la señal de la cruz.

—¿Tienes madre?

—Sí.

E hizo una segunda señal de la cruz. Despues añadió:

Está dicho: os doy un minuto, señor.

Y armó la pistola.

—¿Por qué me llamais señor?

—Por que lo sois: eso se vé.

—¿Tienes tú señor?

—Sí, y es un grande. ¿Por ventura hay nadie que viva sin señor?

—¿Donde está?

—No lo sé: ha dejado el país; se llama el señor marqués de Lantenac, vizconde de Fontenay y es príncipe de Bretaña y señor de las siete Florestas; y aunque jamas le he visto, eso no impide que sea mi amo.

—Y si lo vieses ¿le obedecerías?

—Ciertamente; sería un pagano si no le obedeciese. Se debe obediencia á Dios en primer lugar, despues al rey, que es como Dios, y luego al señor que es como el rey. Pero aquí no se trata de eso; habeis muerto á mi hermano, y es preciso que yo os mate.

El anciano respondió:

—En primer lugar, debo decirte que si he muerto á tú hermano, he hecho bien.

El marinero apretó el puño sobre su pistola.

—Vamos, dijo.

—Sea, contestó el anciano.

Y añadió con serenidad.

—¿Donde está el sacerdote?

El marinero le miró

—¿El sacerdote?

—Sí, el sacerdote. Yo he dado un sacerdote á tu hermano; tú debes darme á mí otro.



—No lo tengo, dijo el marinero.

Y continuó:

—¿Acaso hay sacerdotes en alta mar?

Oyéronse las detonaciones convulsivas, cada vez más lejanas.

—Los que mueren allí tienen el suyo, dijo el anciano.

—Es verdad, murmuró el marinero; tienen al señor capellan.

El anciano prosiguió:

—Tu pierdes mi alma, lo cual es grave.

El marinero bajó la cabeza pensativo.

—Y al perder mi alma, añadió el anciano, pierdes la tuya. Escucha; tengo lástima de tí. Harás lo que quieras; yo he cumplido con mi deber, primero salvándole la vida á tu hermano, y despues quitándosela. Ahora, en este momento, cumplo tambien con mi deber tratando de salvar tu alma. Reflexiona, que te importa. ¿Oyes los cañonazos que allí se tiran? Hay hombres que perecen, desesperados que agonizan, maridos que no volverán á ver á sus mujeres, padres que no verán más á sus hijos, hermanos que como tú no han de ver ya nunca á sus hermanos. ¿Y por culpa de quién? Por culpa del tuyo. Tú crees en Dios ¿no es verdad? Pues bien, tú sabes que Dios padece en este momento. Dios padece en su hijo cristianísimo el rey de Francia, que es un niño como el niño Jesús, y que está preso en la torre del Temple; Dios padece en su iglesia de Bretaña; Dios padece en sus catedrales insultadas, en sus evangelios destrozados, en sus casas de oracion violadas, en sus sacerdotes asesinados. ¿Qué es lo que veniamos á hacer nosotros en ese buque que sucumbe en estos instantes? Veniamos al auxilio de Dios. Si tu hermano hubiese sido un buen servidor; si hubiese cumplido fielmente su oficio de hombre instruido y útil, no habria sucedido la desgracia de la carronada; la corbeta no hubiera quedado desamparada; no se habria separado de su rumbo; no habria caido en poder de esa escuadra de perdicion, y á esta hora todos nosotros estaríamos desembarcando en Francia como valientes hombres de guerra y de mar que somos, sable en mano, bandera desplegada, numerosos, contentos, alegres, para ayudar á los valientes aldeanos de la Vendée

á salvar la Francia, á salvar al rey, á salvar la causa de Dios. Eso es lo que veníamos á hacer; eso es lo que hubiéramos hecho; eso es lo que yo, el único que resta, podria hacer todavía. Pero tú te opones á ello; en esta lucha de los impíos contra los sacerdotes; en esta lucha de los regicidas contra el rey, de Satanás contra Dios, tú estás por Satanás. Tu hermano ha sido el primer auxiliar del demonio; tú eres el segundo, él ha comenzado, tú acabas la obra. Tú estás por los regicidas contra el trono, por los impíos contra la Iglesia; tú quitas á la causa de Dios su último recurso. Porque no estando yo allí, yo que represento al rey, las aldeas van á continuar ardiendo, las familias llorando, los sacerdotes muriendo, la Bretaña padeciendo, el rey en la cárcel y Jesucristo en la afliccion. ¿Y quién habrá hecho eso? Tú. Adelante pues; concluye tu obra. Contaba contigo para todo lo contrario; pero veo que me he engañado. Sí, es verdad, tienes razon, he mandado matar á tu hermano. Tu hermano era valiente; le he recompensado; habia sido culpado; le he impuesto su castigo; habia faltado á su deber; yo no he faltado al mio. Lo que he hecho lo volveria á hacer de nuevo; y lo juro por la gran Sta. Ana de Auray que nos mira; en casos semejantes, lo mismo que he mandado fusilar á tu hermano, hubiera mandado fusilar á mi hijo. Ahora tú eres aquí el amo; pero yo te compadezco. Has mentido á tu capitán. Tú, cristiano, te muestras sin fé; tú, breton, te presentas sin honor; he sido confiado á tu lealtad y aceptado por tu traicion, y das mi muerte á aquellos á quienes has prometido mi vida. ¿Sabes lo que pierdes aquí? Pues te pierdes á tí propio. Tomas mi vida, que es del rey, y das tu eternidad al demonio. Adelante, comete tu crimen; no te detengas; vende por nada tu parte de paraiso; gracias á tí, el diablo vencerá; gracias á tí, las Iglesias caerán; los paganos continuarán fundiendo las campanas y convirtiéndolas en cañones; los hombres serán ametrallados con aquello mismo que salvaba las almas. En el momento en que te hablo, la campana que ha tocado en tu bautizo, mata tal vez á tu madre. Prosigue, ayuda al demonio; no te detengas; sí; he condenado á tu hermano, pero sabe que soy instrumento de

Dios. ¡ Ah ! tú juzgas los medios de Dios; tú vas á ponerte á juzgar del rayo que está en el cielo. ¡ Desdichado ! el rayo te juzgará á tí. Mira lo que vas á hacer; ¿ sabes tú siquiera si me hallo en estado de gracia ? No: sin embargo, haz lo que gustes; eres libre de enviarme al infierno y de arrojarte en él conmigo. La condenacion de ambos está en tus manos; el responsable ante Dios serás tú. Estamos solos frente á frente del abismo. Continúa, acaba, termina; soy anciano y tú eres jóven, estoy desarmado y tú con armas; mátame.

Miéntas que el anciano, en pié, con voz que dominaba el ruido del mar, decia estas palabras, las ondulaciones de las olas le hacian aparecer ya en la sombra, ya en la luz. El marinero se habia puesto lívido; gruesas gotas de sudor le caian de la frente; temblaba como la hoja en el árbol; besaba de cuando en cuando su rosario; y cuando el anciano hubo concluido, arrojó la pistola y cayó de rodillas.

—Perdon, señor, perdon, exclamó; hablais como Dios. No tenia razon; mi hermano era culpado; haré cuanto esté de mi parte para reparar su crimen. Disponed de mí; mandad, yo obedeceré.

—Te perdono, dijo el anciano.

## II.

### MEMORIA DE CAMPESINO EQUIVALE A CIENCIA DE CAPITAN.

Las provisiones que habia en el bote, no fueron inútiles. Los dos fugitivos, obligados á dar grandes rodeos, gastaron treinta y seis horas en llegar á la costa. Pasaron una noche en el mar; pero la noche fué hermosa, si bien con demasiada luna para gente que trataba de ocultarse.

Por la tarde del segundo dia, como una hora ántes de poner-

se el sol, dejó detras de si el monte de San Miguel, y fué á tomar tierra á una playa que está siempre desierta porque es peligrosa y expuesta á naufragios.

Por fortuna la marea estaba alta.

Halmalo empujó el bote lo más adentro que pudo, tanteó la arena, la encontró sólida, hizo varar la embarcacion y saltó á tierra.

El anciano hizo lo mismo despues y examinó el horizonte.

—Señor, dijo Halmalo, estamos en la embocadura del Couesnon. A estribor tenemos á Beauvoir, y Huisnes á babor. El campanario que está en frente es el de Ardevon.

El anciano se inclinó hácia el bote, tomó de él un poco de galleta que se metió en el bolsillo y dijo á Halmalo:

—Quédate con lo demás.

Halmalo metió en el saco lo que quedaba de carne con lo que restaba de bizcocho; lo cargó al hombro y dijo:

—Señor, ¿debo guiaros ó seguiros?

—Ni lo uno, ni lo otro.

Halmalo, estupefacto, miró al anciano.

El anciano continuó:

—Halmalo, vamos á separarnos; dos no valen nada, es preciso ser mil, ó estar solo.

Aquí se interrumpió; sacó del bolsillo un nudo de seda verde, bastante parecido á una escarapela, en el centro de la cual estaban bordadas unas flores de lis de oro; y añadió:

—¿Sabes leer?

—No.

—Muy bien, un hombre que lee es un estorbo. ¿Tienes buena memoria?

—Sí.

—Perfectamente. Escucha Halmalo: vas á tomar por la derecha, miéntras yo voy por la izquierda; yo me dirijo hácia Fougères, tu te dirigirás hácia Bazouges. Conserva el morral, que te da las apariencias de aldeano; oculta las armas; córtate un palo en cualquier vallado; arrástrate entre los centenos altos; deslízate detrás de los setos; salta los vallados para atrave-

sar los campos evita el encuentro de los transeuntes; evita tambien los puentes y los caminos; no entres en Pontorson. ¡ Ah! tendrás que atravesar el Couesnon: ¿ como lo pasarás?

—A nado.

—Está bien; ademas hay un vado. ¿ Sabes dónde está?

—Entre Ancey y Vieux-Viel.

—Muy bien; veo que verdaderamente conoces el país.

Pero la noche se acerca; ¿ dónde vá á dormir el señor?

—Yo me encargo de lo que me toca.

—¿ Y tú dónde pasarás la noche?

—Sobre el césped, en cualquier parte. Antes de ser marinero he sido campesino.

—Quítate el sombrero de marinero, que podia dar que sospechar. Por ahí encontrarás una caperuza.

—Una montera se encuentra en cualquier parte. El primer pescador que halle me venderá la suya.

—Está bien. Ahora escucha. ¿ Conoces las selvas?

—Todas.

—¿ De todo el país?

—Desde Noirmontier hasta Laval.

—¿ Conoces tambien los nombres?

—Conozco los bosques, los nombres de todos.

—¿ No olvidarás nada?

—Nada.

—Bien, ahora atencion. ¿ Cuántas leguas puedes caminar al día?

—Diez, quince, diez y ocho, veinte si es necesario.

—Lo será; no pierdas una palabra de lo que te voy á decir: irás al bosque de Saint-Aubin.

—¿ Cerca de Lamballe?

—Sí. Al borde del barranco que hay entre Saint-Rieul y Ple-déliac, hay un gran castaño; allí te detendrás aunque no veas á nadie.

—Lo cual no impedirá que haya alguno. Ya lo sé.

—Harás la señal. ¿ Sabes hacer la señal?

Halmalo infló los carrillos, se volvió al lado del mar y se oyó

entonces el grito del mochuelo. Parecía que aquel grito salía de las profundidades nocturnas; era semejante al del ave y sinistra como ella.

—Bien, dijo el anciano, lo sabes perfectamente.

Y tendió á Halmalo el nudo de seda verde.

—Este es el nudo de mando, añadió; tómallo. Importa que nadie sepa todavía mi nombre; pero este nudo basta; la flor de lis ha sido bordada por la princesa real en la prision del Temple.

Halmalo hincó una rodilla en tierra; recibió con emocion el nudo de la flor de lis y le acercó á sus labios. Despues, deteniéndose como asustado de su atrevimiento, preguntó:

—¿ Puedo hacerlo ?

--Si, pues que besas el crucifijo.

—Halmalo besó la flor de lis.

—Levántate, dijo el anciano.

Halmalo se levantó y metió el nudo en su pecho. El anciano prosiguió: atiende bien á lo que voy á decirte: esta es la consigna, *levantaos; guerra sin cuartel*. Irás, pues, al extremo del bosque de Saint-Aubin, harás la señal; la harás tres veces y á la tercera verás salir un hombre de tierra.

—De un hueco practicado bajo los árboles; lo sé.

—Ese hombre es Planchenault, alias Corazon del Rey. Le enseñarás este nudo y te comprenderá. Despues irás por los caminos que creas mejores, al bosque de Astillé y allí encontrarás á un hombre patizambo á quien llaman por mote Mosqueton y que no tiene compasion de nadie: le dirás que le aprecio y que ponga en movimiento sus parroquias. Irás despues al bosque de Couesbon que está á una legua de Ploermel; allí harás la señal del mochuelo y saldrá un hombre de un agujero. Es M. Thuault, senescal de Ploermel, que ha sido de lo que llaman la asamblea constituyente, pero de los buenos de esa reunion. Le dirás que arme el castillo de Couesbon que es del marqués de Guer, emigrado. Allí hay barrancos; bosquecillos, terreno desigual, todo bueno para nuestro objeto; y M. Thuault es hombre diestro y de ingenio. Irás despues á Saint-Ouez-les Tois, y hablarás á Juan Chouan que á mis ojos es el verdadero

jefe. Luego irás al bosque de Ville-Anglose, donde verás á Gutter á quien llaman San-Martin, y le dirás que vigile cierto sugeto llamado Gourmesnil que es yerno del viejo Goupil de Prefeln y jefe del jacobinismo de Argentan. Conserva bien todo esto en la memoria: no escribo porque no conviene escribir nada: La Rouarie escribió una lista y con eso lo echó todo á perder. Irás despues al bosque de Rougefeu, donde está Miellette que salta los barrancos con ayuda de un palo largo.

—Esa se llama una pértiga.

—¿Sabes servirte de ella?

—No seria breton ni campesino si no lo supiera. La pértiga es nuestra amiga; alarga nuestros brazos y nuestras piernas.

—Es decir que hace más pequeño al enemigo y acorta el camino: buena máquina.

—Una vez con mi pértiga me he defendido de tres aduaneros que llevaban sables.

—¿Cuándo?

—Hace diez años.

—¿En tiempo del rey?

—Se entiende.

—¿Has peleado en tiempo del rey?

—Sí señor.

—¿Contra quien?

—No lo sé: era contrabandista de sal.

—Está bien.

—Llamamos á eso, pelear contra las gavelas. ¿Por ventura las gavelas son la misma cosa que el rey?

—Sí y no; pero no es necesario que tú comprendas ahora eso.

—Pido perdon al señor por haberle hecho esa pregunta.

—Continuemos: ¿conoces la Tourgue?

—¿Que si conozco la Tourgue? Soy de allí.

—¿Cómo?

—Sí, pues soy de Parigné.

—En efecto la Tourgue está inmediata á Parigné.

—¿Si conozco la Tourgue! Allí hay un castillo grande y redondo que es la casa solariega de mis señores. Tiene una gran,

puerta de hierro que separa el edificio nuevo del viejo y que no es posible echar abajo ni aun con un cañon. En el edificio nuevo es donde está el famoso libro sobre San Bartolomé que la gente iba á ver por curiosidad. En los charcos al rededor hay muchas ranas, yo he jugado en ellas cuando niño. Hay tambien un paso subterráneo que yo conozco y quizá no hay nadie que lo conozca mas que yo.

—¿Qué paso subterráneo? No sé lo que quieres decir.

—Se abrió hace muchísimos tiempos, cuando la Tourgue estuvo sitiada; entónces la gente de adentro podia salvarse por un pasadizo que hay bajo tierra y que va á salir al bosque.

—En efecto, hay un paso subterráneo de ese género en el castillo de la Jupelliére, en el de la Hunaudaye y en la torre de Champeon; pero no hay nada semejante en la Tourgue.

—Sí, señor, no tengais duda. No conozco esos subterráneos de que el señor habla; pero conozco el de la Tourgue porque soy del país, y puedo añadir que no hay nadie mas que yo que lo sepa. En mi tiempo no se hablaba de eso: estaba prohibido porque ese paso habia servido cuando las guerras de M. de Rohan; y mi padre sabia el secreto y me lo enseñó. Por eso sé yo el secreto para entrar y el secreto para salir. Si estoy en el bosque puedo ir á la torre, y si estoy en la torre, puedo pasar al bosque sin que me vean, y cuando los enemigos entrasen ya no habria nadie. Esa es la Tourgue: ¡vaya si la conozco!

El anciano permaneció un momento silencioso.

—Te engañas evidentemente: si hubiese un secreto semejante, yo lo sabria.

—Señor, estoy seguro de ello: hay una piedra que gira. . . .

—¡Ah! bueno; vosotros los campesinos creis en las piedras que giran, en las piedras que cantan y hasta en las piedras que van á beber por la noche en el arroyo próximo: coleccion de cuentos.

—¡Pero si yo mismo he hecho girar esa piedra!

—Como otros la han oido cantar. La Tourgue es un castillo seguro y fuerte, fácil de defender; pero el que contase con una salida secreta para librarse de un sitio, sería muy candoroso.



—Pero señor . . .

El anciano se encogió de hombros y dijo:

—No perdamos tiempo, hablemos de nuestros negocios.

Aquel tono perentorio acabó con la insistencia de Halmalo.

El anciano añadió:

—Prosigamos. Escucha: de Rougefeu irás al bosque de Montchevrier, donde está *Benedicite* que es el jefe de los Doce. Este es también un buen jefe; mientras hace arcabucear á las personas, reza el *Benedicite*; para hacer la guerra está demás la sensibilidad. De Montchevrier irás. . . . . Aquí se detuvo.

—Me olvidaba del dinero.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una bolsa y una cartera, que dió á Halmalo

—En esa cartera, dijo, van treinta mil francos en asignados, cantidad que vendrá á valer unas tres libras y diez sueldos en metálico. Debo añadir que los asignados son falsos; pero en cambio los verdaderos no valen más. En la bolsa, sin embargo, van cien luises en oro; te doy todo lo que tengo; no necesito nada aquí; y por otra parte, vale más que no se me pueda encontrar dinero en el bolsillo. Continuemos: de Montchevrier irás á Antrain, donde verás á M. de Frotté; de Antrain á la Jupelliére, donde verás á M. Rochecotte; de la Jupelliére á Noirieux donde verás al presbítero Baudoin. ¿Te acordarás de todo esto?

—Como del padre nuestro.

—Verás á M. Dubois en Sain-Brice-en-Cogles; á M. de Turpin en Morranes, que es una aldea fortificada; y al príncipe de Talmont, en Chateau-Gonthier.

—¿Y me hablará un príncipe?

—Pues que te hablo yo. . . .

Halmalo se quitó el sombrero.

—Todo el mundo te recibirá bien al ver esa flor de lis de la princesa. No olvides que tienes que ir por sitios donde hay campesinos y patanes. Te disfrazarás; eso es cosa fácil; porque esos republicanos son tan bestias, que con una casaca azul, el

sombrero de tres picos y una escarapela tricolor, se puede pasar por todas partes. No hay regimientos, ni uniformes; los cuerpos no tienen números, y cada cual se pone los trapos que quiere. Irás á Saint Mhervé, donde verás á Gaulier, llamado Pedro el Grande. Irás luego al canton de Parné, donde están los hombres de rostro ennegrecido, que echan guijarros en los fusiles y doblan la carga de pólvora para hacer más ruido. Hacen bien; pero sobre todo díles que maten, maten y maten. Irás, en seguida, al campo de la Vache-Noire, que está en una altura en medio del bosque de la Charnie; despues al campo de la Avoine: luego al campo Vert y luego al campo des Fourmis. Irás tambien al Grand-Bordage, que se llama igualmente El Alto del Prado, y que está habitado por una viuda de quien es yerno Treton, llamado el inglés. El Grand Bordage está en la parroquia de Quelaines; visitarás á Epineux-le-Chevreuil, á Sill-le-Guillaume, á Parannes y á todos los hombres que estén en los bosques. Allí te harás amigos y los enviarás á los extremos del Alto y del Bajo Maine; verás a Juan Treton en la parroquia de Veisges, á Sans-Regret en Bignon, á Chambord en Bonchamps, á los hermanos Gorbin en Maisonnelles y á *Chico sin-miedo* en Saint-Jean-sur-Erve. Es el mismo que se llama Bourdoiseau. Hecho esto, y dada la consigna en todas partes de *levantaos, guerra sin cuartel*, irás á unirte con el grande ejército, con el ejército católico y real donde quiera que se encuentre. Verás á los señores de Elbée, de Lescure, de Larochejacquelein y á los jefes que vivan para entónces: les enseñarás mi nudo de mando, y ya saben lo que quiere decir. Tú no eres mas que un marinero, pero Cathelineau no es mas que un carretero. Les dirás de mi parte esto: ya es tiempo de hacer las dos guerras á la vez, la grande y la pequeña. La grande produce más ruido, pero la pequeña hace más negocio. La Vendée es buena, la chuanería peor, y en las luchas civiles la peor guerra es la mejor. La bondad de una guerra se juzga por la cantidad de mal que produce.

Aquí se detuvo, y despues de un rato de silencio, añadió:

—Hálmalo, te digo todo esto, porque aunque no comprendes

las palabras, comprendes las cosas. He adquirido confianza en tí viéndote maniobrar en el bote. Aunque no sabes geometría, haces en el mar movimientos sorprendentes. El que sabe manejar un barco sabe dirigir una insurreccion; y por la manera con que has dirigido la intriga del mar, deduzco que saldrás bien de todas mis comisiones. Continúo: dirás esto á los jefes, como tú puedas decírselo, pero de cualquier manera que lo digas estará bien, prefiero la guerra de los bosques á la guerra de las llanuras. No quiero poner en línea á cien mil paisanos bajo la metralla de los soldados azules y bajo la artillería de M. Carnot. Antes de un mes quiero tener quinientos mil matadores emboscados en las selvas. El ejército republicano es la caza que persigo; cazar furtivamente es guerrear; y yo sé bien la estrategia de los bosques. Esta es otra palabra que tú no comprenderás, pero es igual; comprenderás estas otras: nada de cuartel y emboscadas por todas partes. Quiero que haya más chuanería que Vendée. Añadirás que los ingleses están con nosotros; que vamos á coger la república entre dos fuegos. La Europa nos ayuda; concluyamos, pues, con la revolucion. Los reyes la hacen la guerra de los reinos. Hagámoſle la guerra de las parroquias. Dirás todo esto. ¿Has entendido?

—Sí, señor, que es preciso llevarlo todo á sangre y fuego.

—Eso es.

—Sin dar cuartel.

—A nadie; eso es.

—Iré á todas partes con esa consigna.

—Y mucho cuidado, porque en este país se encuentra la muerte fácilmente.

—La muerte no me importa; quien da su primer paso, usa quizá sus últimos zapatos.

—Eres un valiente.

—¿Y si me preguntan el nombre del señor?

—Todavía no conviene que se sepa. Dirás que no lo sabes, y dirás la verdad,

—¿Dónde volveré á ver al señor?

—Donde me encuentra.

— ¿Y cómo lo sabré?

— Porque lo sabrá todo el mundo. Antes de ocho días se hablará de mí; haré ejemplares, vengaré al rey, á la religion, y tú comprenderás que es de mí de quien se habla.

— Entiendo.

— No olvides nada.

— Quede el señor tranquilo.

— Ahora marcha: que Dios te guíe.

— Haré todo lo que me habeis dicho, iré, hablaré, obedeceré, mandaré.

— Bien.

— Y si salgo bien de mi comision....

— Te haré caballero de San Luis.

— Como á mi hermano; y si no salgo bien, me hareis fusilar.

— Como á tu hermano.

— Está dicho, señor.

El anciano bajó la cabeza y cayó al parecer en una profunda meditacion. Cuando levantó la vista estaba solo: Halmalo no era ya mas que un punto negro que iba desapareciendo en el horizonte.

El sol acababa de ponerse.

Las gaviotas y demas aves acuáticas volvian á sus nidos. El mar es lo exterior; la patria, la casa, están en tierra.

Sentíase en el espacio ese género de inquietud que precede á la noche; las ranas cantaban, las cercetas huían silbando de los estanques; las grullas, las ánades, los vencejos, lanzaban sus gritos vespertinos; las aves de la playa se llamaban unas á otras; pero no se oía ningun ruido humano. La soledad era profunda; ni una vela en la bahía, ni un aldeano en el campo; toda la extension del horizonte parecia desierta. El viento silbaba entre los grandes cardos de las arenas; el cielo blanco del crepúsculo arrojaba sobre la playa una vasta claridad lívida; á lo lejos los estanques en la llanura sombría parecian manchas de estaño sobre el suelo, y el viento soplabá del mar,

## LIBRO CUARTO.

## TELLMARCH.

## I.

## LA CUMBRE DE LA DUNA.

El anciano despues que vió desaparecer á Halmalo, se embolsó en su capa de mar y se puso en marcha. Caminaba á paso lento pensativo, dirigiéndose hácia Huisnes, miéntras que Halmalo se dirigia á Beauvoir.

Detrás de él se erguia el monte de San Miguel, que es al Oceano lo que la pirámide de Chéops es al decierto: enorme triángulo negro con su tiara de catedral y su coraza de fortaleza, con sus dos gruezas torres de levante, la una redonda, la otra cuadrada que ayudan á la montaña á llevar el peso de la iglesia y de la aldea.

Las arenas movedizas de la bahía del monte de San Miguel, hacen que sus dunas cambien insensiblemente de lugar. Habia en aquella época entre Huisnes y Ardevon una duna muy alta, que hoy ha desaparecido. Aquella duna, nivelada ya por una de la tempestades del equinoccio, tenia la particularidad de ser bastante antigua y de ostentar en su cima una piedra miliar colocada allí en el siglo XII, en conmemoracion del concilio celebrado en Avranches contra los asesinos de Santo Tomás de Cantorbéry.

Desde lo alto de aquella duna, se descubria todo el país y era fácil orientarse.

El anciano marchó hácia ella y subió su pendiente.

Cuando estuvo en la cumbre, se recostó contra la piedra miliar, se sentó sobre uno de los lados de su cuadrada base y se puso á examinar la especie de mapa geográfico que tenia á sus piés. Parecia buscar un camino en aquel país, que, por otra parte, le era conocido. En aquel vasto paisaje, poco distinto á causa del crepúsculo, nada se destacaba con más precision que el horizonte negro sobre el cielo blanco.

Veíanse los grupos de tejados de once aldeas y aldehuelas; distinguíanse á muchas leguas de distancia, todos los campanarios de la costa, que son muy altos y que sirven en caso de necesidad, de puntos de mira á los que están en el mar.

Al cabo de algunos momentos pareció haber hallado en aquel claro-oscuro lo que buscaba. Su mirada se detuvo en un recinto de árboles, de paredes y de tejados, algo visibles en medio de la llanura y de los bosques, que constituian una alquería. A su vista hizo ese movimiento de cabeza que indica que un hombre está satisfecho, y se dijo mentalmente: "allí es" Despues que se puso á trazar con el dedo el bosquejo de un itinerrario al través de los vallados y de los sembrados. De cuando en cuando examinaba un objeto informe y poco visible que se agitaba por cima del tejado principal de la alquería y parecia preguntarse: ¿qué es aquello? Aquello era incoloro y confuso á causa de la hora; no era una veleta porque ondeaba, y no habia ninguna razon para que fuese una bandera.

El anciano estaba cansado, y por eso permanecia sentado sobre aquella piedra donde se hallaba, dejándose llevar de la especie de olvido vago que da á los hombres cansados al primer minuto de reposo.

Hay una hora del dia que podria llamarse la hora de la ausencia de ruido, la hora serena; y esa es la de la tarde, la que reinaba en aquel momento. El anciano gozaba de ella; miraba; escuchaba, ¿qué? La tranquilidad. Los hombres más crueles tienen sus instantes de melancolia. Súbitamente aquella tranquilidad fué, no diremos turbada, pero sí acentuada por voces

de transeuntes: eran voces de mujeres y de niños. Hay á veces en la sombra estos repiques de alegría inexperados. No se veía, á causa de la maleza, el grupo de donde salían las voces; pero se adivinaba que iba caminando al pié de la duna y se dirigía hácia la llanura del bosque. Las voces subían claras y frescas hasta el anciano pensativo; y venían de tan cerca, que no perdió una sola palabra de ellas.

Una voz de mujer decía:

—Aprieta el paso, tú la Flecharde. ¿Es por aquí?

—No, es por allí.

—Y el diálogo continuaba entre las dos voces, la una alta, la otra tímida.

—¿Cómo llamas á esa alquería que habitamos ahora?

—La de Herbe en Pail.

—¿Estamos lejos todavía?

—Nos falta un buen cuarto de hora de marcha.

—Apretemos el paso para llegar pronto á comer el rancho.

Es verdad que nos hemos retardado un poco.

—Deberíamos correr; pero estos muñecos están fatigados. Somos solo dos mujeres y no podemos llevar á tres chiquillos; y despues tú llevas ahí una, la Flecharde, que es un verdadero plomo. Ya la has destetado; y sin embargo la llevas siempre en brazos; mala costumbre; hazla andar un poco. En fin, cuando lleguemos, el rancho estará frio.

—¡Ah!; que buenos zapatos me has dado! No parece sino que están hecho para mí.

—Eso vale más que andar descalza.

—Anda más de prisa, Renato.

—El es quien nos ha hecho tardar, porque quiere hablar á todas las niñas que encuentra. Ya parece un hombre.

—Vaya va á tener cinco años.

—Dime, Renato, por qué has hablado á aquella chiquilla en la aldea?

Una voz de muchacho respondió:

—Porque es una que conozco.

—La mujer volvió á preguntar. ¿Cómo la conoces?

—Sí, respondió el niño, porque es mi novia desde esta mañana.

—Esto sí que es bueno, exclamó la madre; no estamos en el país sino desde hace tres días, ¡este chico no ha salido del cascaron, y dice que tiene novia!

Las voces se alejaron y se estableció de nuevo el más profundo silencio.

## II.

### AURES HABET, ET NON AUDIET.

El anciano permanecía inmóvil. No meditaba; apenas soñaba; y á su alrededor todo era serenidad, letargo, confianza, soledad. Había claridad todavía en la duna, pero era casi de noche en la llanura y noche enteramente en los bosques. La luna iba subiendo por el Oriente; algunas estrellas rasgaban el azul pálido del zenit; y aquel hombre, aunque lleno de cuidados violentos, se abismaba en la inefable mansedumbre de lo infinito. Sentía subir en su alma el alba oscura de la esperanza, si la palabra esperanza puede aplicarse á la de las guerras civiles. Por el momento, parecía que al salir de aquel mar que acababa de ser para él tan inexorable y al tocar en tierra, todo peligro se había desvanecido. Nadie sabía su nombre; estaba solo perdido para el enemigo, sin huellas detrás de sí, porque la superficie del mar no conserva nada; oculto, ignorado, ni aun sospechado; sentía, pues, cierta tranquilidad suprema. Un instante más y se habría dormido.

Lo que para aquel hombre, presa en lo interior como en lo exterior de tantos tumultos, presentaba un atractivo extraño en aquella hora tranquila que atravesaba, era el profundo silencio que reinaba en el cielo y en la tierra.

No se oía mas que el viento que venia del mar; pero el vien-



to es un bajo continuo y cesa casi de ser un ruido por su misma continuacion.

De repente el anciano se levantó.

Su atencion se acababa de despertar brúscamente: consideró el horizonte y su mirada adquirió una fijeza particular.

Lo que miraba era el campanario de Cormeray que tenia enfrente de sí al extremo de la llanura; y en efecto, alguna cosa extraordinaria pasaba en aquel campanario.

Su perfil se destacaba claramente; veíase la torre, coronada de la pirámide, y entre la torre y la pirámide la caja de la campana, cuadrada sin reparo contra el viento, expuesta á las miradas por sus cuatro lados como es la moda en los campanarios bretones.

Aquella caja parecia alternativamente abierta y cerrada á intervalos iguales. Su alta ventana se dibujaba, ya enteramente blanca, ya completamente negra; unas veces se veia el cielo al través de su abertura; otras veces no se le veia; por intévalos se observaba claridad y despues ocultacion, y la apertura y la clausura se sucedian de un segundo al otro con la seguridad del martillo sobre el yunque.

El anciano tenia aquel campanario delante de sí á una distancia de dos leguas; miró á su derecha la torre de Baguer-Pican, igualmente erguida sobre el horizonte: la caja de las campanas se abria y se cerraba como la de Cormeray.

Miró á su izquierda el campanario de Tanis; y la caja de este campanario se abria y se cerraba tambien como la de Baguer-Pican.

Miró á todos los campanarios del horizonte, uno tras otro: á su izquierda los de Courtils, de Precey, de Crollon y de la Croix Avranchin; á su derecha los de Raz-sur-Couesnon, de Mordrey y de Pas, enfrente el de Pontorson. La caja de todos estos campanarios se presentaba alternativamente negra y blanca,

¿Qué significa aquello?

Significaba que todas las campanas eran tocadas á vuelo.

Era necesario, para aparecer y desaparecer de este modo, que estuviesen fuertemente saendidas,

/ ¿Qué era aquello, pues? Indudablemente el toque de somaten. Tocaban á somaten; tocaban frenéticamente; tocaban por todas partes, en los campanarios, en todas las parroquias, en todas las aldeas; y sin embargo á la distancia en que se hallaba el anciano no se oía nada.

Debiase este fenómeno, no solo á la distancia, sino tambien al viento del mar, que soplabá del lado opuesto y que alejaba del horizonte todos los ruidos de la tierra.

Nada más siniestro que aquellas campanas fuertemente agitadas, tocando á rebato por todas partes, y aquel silencio al mismo tiempo en que se hallaban sumergidos los sitios donde descansaba el anciano.

Este miraba y escuchaba.

No oía el somaten, pero lo veía. Ver el toque de somaten: sensacion extraña.

¿Qué querían aquellas campanas?

¿Contra quien tocaban?

### III.

## UTILIDAD DE LAS LETRAS GRANDES.

Ciertamente el toque de somaten se dirigía contra alguno.

¿Quien?

Aquel hombre de acero se estremeció por un momento.

No podía ser él á quien se buscaba. No se había podido adivinar su llegada; era imposible que los representantes en misión estuviesen ya informados de ella, pues acababa de desembarcar. La corbeta evidentemente había zozobrado, sin que un solo hombre se escapase del naufragio; y en la corbeta misma, á excepcion de Boisberthelot y La Vieuville, nadie sabía su nombre.

Las campanas continuaban su juego feroz: él las examinaba y las contaba maquinalmente; y su meditacion, llevada de una congetura á otra, tenia esa fluctuacion que produce el paso de una seguridad profunda, á una incertidumbre terrible. Sin embargo, todo bien considerado, aquel somaten podia explicarse de muchas maneras, y el anciano acabó por tranquilizarse, repitiendo: en suma, nadie sabe mi llegada ni tampoco mi nombre.

Pero hacia unos instantes que se movia un ligero ruido por cima y detrás de él; un ruido semejante al roce de la hoja de un árbol agitado contra otra. Al principio no fijó su atencion en aquel incidente; pero como el ruido persistiese, y aun pudiera decirse insistiese, acabó por volverse á mirar lo que le producía. Era una hoja en efecto, pero una hoja de papel. El viento parecia querer despegar por cima de su cabeza un gran cartel fijado sobre la piedra miliar. Hacia poco tiempo que se habia puesto aquel cartel, porque estaba todavía húmedo y ofrecia presa al viento, que se habia puesto á jugar con él y á desprenderle. El anciano habia subido á la cumbre de la duna por el lado opuesto y no habia visto aquel cartel al llegar.

Subió sobre el escalon de la piedra en que estaba sentado, y puso la mano sobre el extremo del cartel que levantaba el viento. El anciano estaba sereno; los crepúsculos son largos en Junio; al pié de la duna era tenebroso, pero el alto estaba iluminado: una parte del cartel estaba impresa en letras grandes y habia aun bastante claridad para poder leerlo. Leyó, pues, lo siguiente:

REPUBLICA FRANCESA UNA E INDIVISIBLE.

“Nos, Prieur, diputado del Marne, representante del pueblo en mision cerca del ejército de las costas de Cherburgo, mandamos:

El ex-marqués de Lantenac, ex-visconde de Fontenay, que se dice príncipe Breton y ha desembarcado furtivamente en la costa de Granville, queda declarado fuera de la ley, y su cabeza puesta á precio,

---

Se pagará á quien lo entregue muerto ó vivo la suma de sesenta mil libras.

Esta suma no será satisfecha en asignados, sino en oro.

Se enviará inmediatamente un batallon del ejército de las costas de Cherburgo en busca del ex-marqués de Lantenac.

Las poblaciones deberán prestar auxilio á esta fuerza para el desempeño de la comision de que está encargada.

Dado en las casas consistoriales de Granville á 2 de Junio de 1793.

PREIUR, del Marne."

Por debajo de este nombre habia otra firma, pero en caracteres mucho más pequeños, y que no se podia leer á causa de la poca claridad que quedaba.

El anciano se metió el sombrero hasta los ojos, se embozó en la capa tapándose la cara, y bajó repentinamente la duna. Era inútil y peligroso, en efecto, detenerse en aquella cima, iluminada aun por el crepúsculo.

Tal vez habia estado allí ya demasiado tiempo; lo alto de la duna era el único punto del paisaje que habia quedado visible.

Cuando estuvo abajo en la oscuridad, disminuyó la rapidez de su marcha. Dirigióse, en el sentido del itinerario que habia trazado, hácia la alquería, en la cual sin duda esperaba encontrarse en seguridad.

Todo estaba desierto; era la hora en que no habia ya transeúntes.

Detrás de unas matas se detuvo, se quitó la capa, volvió su casaca del lado velludo, se ató al cuello la capa con una cuerda, y volvió á ponerse en marcha.

La luna iluminaba el espacio.

Llegó á la encrucijada de dos caminos, donde se levantaba una antigua cruz de piedra. Sobre el pedestal de la cruz se distinguia un cuadrado blanco que verosímilmente era un cartel parecido al otro que acababa de leer. Aproximóse á leerlo en efecto.

—¿A dónde vais? le dijo una voz.

El anciano se volvió,

Estaba allí un hombre junto al vallado, un hombre de alta estatura como él, anciano como él, también como él de cabellos blancos, pero más araposo todavía que él; casi su igual.

Aquel hombre se apoyaba en un palo largo.

—Os pregunto á donde vais, añadió

—En primer lugar, ¿dónde estoy? dijo él preguntando con una serenidad casi altanera.

El hombre respondió:

—Estais en la señoría de Tanis, señoría de la cual yo soy el mendigo, y vos el señor.

—¡Yo!

—Sí, vos, señor marqués de Lantenac,

## VI.

## EL CAIMAN.

El marqués de Lantenac, á quien llamaremos en adelante por su verdadero nombre, respondió gravemente:

—Está bien, entrégame á mis enemigos.

El hombre respondió:

—Los dos estamos aquí en nuestra casa, vos en el castillo, yo en el monte.

—Acabemos; haz lo que pensabas; entrégame.

El hombre continuó:

—Ibais á la alquería de Herbe en Pail, ¿no es verdad?

—Sí.

—No vayais,

—¿Por qué?

—Porque están allí los azules.

—¿Desde cuando?

—Desde hace tres días.

—Los habitantes de la alquería y de la aldea ¿se han resistido?

—No: han abierto todas las puertas.

—¡ Ah! dijo el marqués.

El hombre mostró con el dedo el tejado de la alquería que se veía á alguna distancia por cima de los árboles.

—¿ Veis el tejado, señor marqués?

—Sí.

—¿ Veis lo que hay encima?

—¿ Una cosa que ondea?

—Sí.

—Es una bandera.

—Tricolor, añadió el hombre.

Era el objeto que habia llamado ya la atencion del marqués cuando estaba en lo alto de la duna.

—¿ No tocan á rebato? preguntó el marqués.

—Sí.

—¿ Por qué?

—Evidentemente á causa de vos.

—Pero no se oye el toque.

—Es el viento el que lo impide.

El hombre continuó:

—¿ Habeis visto vuestro anuncio?

—Sí.

—Os buscan.

Y echando una mirada del lado de la alquería, añadió:

—Hay allí medio batallon.

—¿ De republicanos?

—Parisienses.

—Pues bien, dijo el marqués, marchemos.

Y dió un paso hácia la alquería.

El hombre le asió del brazo diciendo: No vayais.

—¿ Y á donde quieres que vaya?

—A mi habitacion.

El marqués miró al mendigo.

—Escuchad, señor marqués; mi casa no es de las mejores,

pero es segura: una cabaña más baja que una cueva; por suelo un lecho de yerba, por techo uno de ramas y paja; venid. En la alquería seríais fusilado; en mi casa dormireis. Debeis estar cansado; y como mañana por la mañana los azules se habrán puesto en marcha, ireis á donde queráis.

El marqués contemplaba en silencio á aquel hombre.

—¿De qué partido sois? le preguntó al fin: ¿sois republicano? ¿sois realista?

—Soy un pobre.

—¿Ni realista ni republicano?

—No creo ser lo uno ni lo otro.

—¿Estais en favor ó en contra del rey?

—No tengo tiempo de pensar en eso.

—¿Qué es lo que pensais de lo que está pasando?

—Que no tengo de qué vivir.

—Sin embargo, venís á socorrerme.

He visto que estábais fuera de la ley. ¿Qué significa eso de la ley? Se puede estar fuera de ella? No lo comprendo. Por lo que á mí toca, no sé si estoy dentro ó fuera de la ley. ¿Por ventura morir de hambre es estar dentro de la ley?

—¿Desde cuando moris de hambre?

—Desde que nací.

—¡Y me salvais!

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque me he dicho á mí mismo: este es todavía más pobre que yo: yo tengo el derecho de respirar, y él no lo tiene.

—Es verdad: ¿y me salvais?

—Sin duda. Somos hermanos, señor marqués: yo pido una limosna, vos pedis la vida; somos dos mendigos.

—¿Pero sabeis que han puesto á precio mi cabeza?

—Sí.

—¿Cómo lo sabeis?

—He leído el cartel.

—¿Sabeis leer?

—Sí, y escribir tambien. ¿Por qué habia de ser un bruto?

—Entóncees, pues que sabeis leer y habeis leído el cartel, sabreis tambien que el hombre que me entregue ganaria sesenta mil francos.

—Lo sé.

—No en asignados.

—Sí, lo sé, en oro.

—¿Sabeis que sesenta mil francos son un caudal?

—Sí.

—¿Y que el que me entregase haria su fortuna?

—Es verdad, ¿y qué?

—¡Su fortuna!

—Eso es justamente lo que he pensado. Al veros, he dicho para mí: ¡cuando pienso que el que entregara á este hombre ganaria sesenta mil francos y haria su suerte! Apresurémonos á ocultarle.

El marqués siguió al pobre. Entraron en una espesura donde estaba la cueva del mendigo. Era una especie de aposento que una grande encina muy baja habia dejado formar debajo de ella á aquel hombre; un aposento abierto bajo sus raices y cubierto con sus ramas. El sitio era oscuro, bajo, oculto, invisible; pero habia espacio para dos.

—He previsto que podia tener un huésped, dijo el mendigo.

Aquella especie de habitacion subterránea, más comun en Bretaña de lo que se cree, se llama en lengua bretona *carnichot*, nombre que se aplica tambien á las aberturas secretas practicadas en el espesor de las paredes.

Tenia por mueblaje algunos pucheros, un camastro de paja lavada y despues secada, un toscó cobertor de lana y algunas mechas de sebo, con piedra y eslabon para encender lumbre.

Encorváronse los dos, se arrastraron un poco, penetraron en el aposento donde las gruesas raices del árbol formaban extrañas habitaciones y se sentaron sobre el monton de hojas secas extendidas sobre el camastro. El intervalo de dos gruesas raices por donde habian entrado, y que hacian el oficio de puerta, daba alguna claridad. La noche habia llegado; pero la mirada se proporciona siempre á la luz y acaba por hallar generalmen-



te un poco de claridad en la sombra. Un reflejo de la luna blanqueaba vagamente la entrada. Habia en un rincon un cántaro, de agua, un pan moreno y castañas.

—Cenemos, dijo el pobre.

Se repartieron las castañas; el marqués dividió con el pobre su pedazo de galleta, mordieron en la misma miga de pan negro, y bebieron en el cántaro uno despues de otro.

En seguida renovaron la conversacion. El marqués se puso á interrogar á aquel hombre.

—Es decir, que tanto os importa que sucedan grandes cosas como que no suceda nada.

—Casi lo mismo. Vosotros sois señores: esos son negocios ~~vuestros~~.

—Pero en fin, lo que pasa.....

—Pasa allá arriba.

El mendigo añadió:

Y despues hay cosas que pasan todavía más arriba que estas; el sol que se levanta, la luna que se aumenta ó se disminuye: de esas son de las que yo me cuido.

Bebió un trago de agua del cántaro y añadió:

—¡ Que buena agua fresca !

--Despues dijo: ¿ qué os parece esta agua señor marqués ?

—¿ Como os llamis ? dijo el marqués.

—Me llamo Tellmarch, alias el Caimand.

—Lo sé: *Caimand* es una palabra del país.

—Que quiere decir mendigo: me llaman tambien el viejo.

—Y prosiguió: cuarenta años hace, en efecto, que me llaman el viejo.

—¡ Cuarenta años ! seriais muy jóven entónces.

—Jamás he sido jóven, miéntas que vos lo sois todavía. Vos teneis piernas de veinte años, pues que podeis subir á lo alto de la duna, miéntas que yo comienzo á no poder andar, y al cabo de un cuarto de legua estoy cansado. Somos, sin embargo, de la misma edad; pero los ricos tienen sobre nosotros una ventaja, y es que comen todos los dias. El comer conserva la salud.

El mendigo despues de un rato de silencio continuó:

—¡ Los pobres ¡ los ricos ! terrible cosa: eso es lo que produce las catástrofes. A lo ménos á mí me parece así. Los pobres quieren ser ricos, y los ricos no quieren ser pobres; eso es lo que creo yo que hay en el fondo de todas estas cosas. No me mezclo en ellas: lo que sucede, sucede; no estoy ni por el acreedor ni por el deudor: sé que hay una deuda y que la pagan, y nada más. Habria preferido que no matasen al rey, pero no me seria difícil decir por qué. Despues oigo que me responden; en otro tiempo se ahorcaba á las personas de los árboles por nada; y en efecto, yo por un mal tiro disparado contra un cervatillo del rey, he visto ahorcar á un hombre que tenia mujer y siete hijos. De una y otra parte se pueden presentar argumentos.

Guardó silencio algunos instantes y despues añadió:

—Ya comprendéis que yo no estoy al corriente de lo que pasa; los unos van, los otros vienen; y yo no me meto en nada.

Tellmarch volvió á interrumpirse y estuvo como meditando algunos instantes. Despues continuó:

—Soy algo herborista y algo médico; conozco las yerbas y saco partido de las plantas; los aldeanos me ven muy atento á veces examinando lo que á ellos les parece nada y esto me hace pasar por brujo. Porque medito y á veces sueño, creen que sé algo.

—¿ Sois del país ? preguntó el marqués.

—No he salido nunca de él.

—¿ Me conocéis ?

—Sin duda. La última vez que os ví fué cuando pasásteis por aquí hace dos años para ir á Inglaterra. Hace poco observé en lo alto de la duna un hombre de alta estatura. Los hombres altos son poco comunes por aquí, porque la Bretaña es un país de hombres de poca estatura. Miré bien; habia leído el cartel y dije, ¡ calla ! y cuándo os volvisteis, hácia la luna, os conocí.

—Sin embargo, yo no os conocia.

—Me habeis visto, pero no habeis reparado en mí.

—Y Tellmarch el Caimand añadió: pero yo reparaba en vos. De mendigo á transeunte, la mirada no es la misma.

—¿Nos hemos encontrado alguna otra vez?

—Muchas veces, pues que soy vuestro mendigo. Yo era el pobre que se situaba al pié del camino de vuestro castillo. En algunas ocasiones me habeis dado limosna; pero el que da no mira, miéntras el que recibe examina y observa. Quien dice mendigo dice espía; pero yo, aunque muchas veces triste, trato de no ser un mal espía. Tendia la mano; vos no veiais más que la mano y echabais en ella la limosna de que yo necesitaba para no morir de hambre aquel dia. A veces está uno veinte y cuatro horas sin comer; y una moneda de un sueldo es la vida. Os debo, pues, la vida y os la devuelvo.

—Es verdad, me salvais.

—Sí, os salvo, señor marqués.

Y la voz de Tellmarch se volvió grave, al añadir:

—Con una condicion.

—¿Cuál?

—Que no venis aquí para hacer el mal.

—Vengo aquí para hacer el bien, dijo el marqués.

—Durmamos añadió el mendigo.

Tendiéronse el uno al lado del otro sobre el lecho de hojas y el mendigo se quedó inmediatamente dormido. El marqués aunque muy cansado estuvo por un instante pensativo; despues en aquella oscuridad miró al pobre y se volvió al otro lado. Echarse sobre aquel lecho era echarse en el suelo; aprovechó, pues, la ocasion de aplicar el oido á tierra y escuchó. Oíase un rumor sordo: sabido es que el sonido se propaga por las profundidades del suelo. Oíase el tañido de las campanas.

El somaten continuaba.

El marqués se durmió.

V.

#### FIRMADO GAUVAIN.

Cuando se despertó era de dia.

El mendigo estaba en pié, no en la cueva, porque allí no era posible mantenerse derecho, sino fuera y en el umbral. Esta-

ba apoyado en su garrote y tenia el semblante animado, como si un rayo de sol le iluminase.

—Señor marqués, dijo, acaban de dar las cuatro de la mañana en el reloj de la torre de Tanis. He oido las cuatro campanadas, lo cual quiere decir que el viento ha cambiado y ahora sopla de tierra. No oigo ningun ruido; de donde deduzco que ha cesado el toque de rebato. Todo está tranquilo en la alquería y en la aldea de Herbe-en-Pail. Esto me indica que los azules ó duermen ó se han marchado. Lo más fuerte del peligro ha pasado ya, y es prudente separarnos. Esta es la hora en que yo acostumbro á hacer mi escursion diaria.

Y designando un punto del horizonte añadió:

—Yo me voy por ahí.

Despues designó el punto opuesto y dijo:

—Vos, señor marqués, os ireis por allí.

El mendigo hizo al marcharse un grave saludo con la mano, y añadió señalando los restos de la cena.

—Llevaos castañas si teneis ganas.

Un momento despues habia desaparecido entre los árboles.

El marqués se levantó y se puso en marcha hácia el sitio que le habia indicado Tellmarch. Era la hora deliciosa que en la antigua lengua de los aldeanos normandos, se llama *el reclamo del dia*. Oíase piar los pajarillos en los bosques. El marqués siguió el sendero por donde habia llegado la víspera; y saliendo de la espesura, se encontró en la encrucijada donde estaba la cruz de piedra. Allí vió el cartel blanco y reflejando el sol levante. Recordó que habia al pié del anuncio una cosa que no habia podido leer la víspera, á causa de lo pequeño de las letras y de la poca claridad que habia. Llegóse al pedestal de la cruz y vió que el cartel terminaba en efecto, por debajo de la firma de PRIEUR DEL MARNE, con estas dos líneas en caracteres pequeños:

“Una vez identificada la persona del marqués de Lantenac, será inmediatamente pasado por las armas. Firmado: *El jefe de batallon comandante de la columna expedicionaria, GAUVAIN.*”

—¡Gauvain! dijo el marqués,

Detúvose profundamente pensativo con la mirada fija en el cartel y repitió:

— ¡Gauvain !

Se puso luego en marcha, se volvió, miró la cruz, deshizo el camino que habia andado y leyó de nuevo el cartel.

Despues se alejó á pasos lentos; y el que hubiera estado cerca de él en aquel momento, le hubiera oido murmurar á media voz:

¡ Gauvain !

Desde el fondo de la cañada por donde marchaba, no se veian los tejados de la alquería, que habia dejado á la izquierda. Cestaba una eminencia escabrosa toda cubierta de zarzas en flor, de la especie llamada de larga espina. Aquella eminencia tenia por cumbre una de esas puntas de tierra que se llaman en el país " hures "; y á sus piés la mirada se perdía entre los árboles. El follaje estaba como sumergido en un Océano de luz y toda la naturaleza presentaba el júbilo profundo de la madrugada.

De repente todo aquel paisaje tomó un aspecto terrible, como cuando se descubre una emboscada. Una especie de tromba formada de gritos feroces y de tiros, cayó sobre aquellos campos y aquellos bosques llenos de luz, y en breve se levantó del lado donde estaba la alquería un grande humo cortado acá y allá por llamas claras como si el pueblo y la granja no fuesen más que un haz de paja ardiendo. A quello fué súbito y lúgubre; el paso repentino de la serenidad á la furia; una explosion del infierno en plena aurora; el horror sin transicion. Sin duda se daba una batalla del lado de Herbe-en-Pail.

El marqués se detuvo.

No hay nadie que en semejantes casos no haya experimentado una sensacion de curiosidad más fuerte todavía que el peligro. Se quiere saber aun á costa de exponerse á perecer. Subió sobre la eminencia por cuya falda pasaba la cañada, y desde donde podia verse todo, aún á riesgo de ser visto. Pocos minutos tardó en hallarse en la cima y desde allí miró.

En efecto, habia tiros y habia un incendio. Oíanse clamores

y veíase el fuego; la alquería era como el centro de una catástrofe desconocida.

¿De dónde venía aquella catástrofe? ¿Atacaban la alquería? ¿Quiénes? ¿Era aquello un combate ó una ejecucion militar? Los azules, y esto les estaba mandado por un decreto revolucionario, castigaban con mucha frecuencia las alquerías y las aldeas refractarias incendiándolas; se ponía fuego por ejemplo á toda alquería y á toda aldea que no habian derribado los árboles prescritos por la ley para abrir claros en la espesura de los bosques y paso para la caballería republicana. A este castigo habia sido sometida especialmente en los últimos tiempos la parroquia de Bougon cerca de Ernée. ¿Se hallaba ahora en el mismo caso la alquería de Herbe-en-Pail? Era evidente que ninguna de las tales trochas estratégicas mandadas ejecutar por el decreto, se habian hecho en las bosques y espesuras de Tannis ni de Herbe-en-Pail. ¿Podría ser aquello el castigo? ¿Habria lledado una órden para el efecto á la vanguardia que ocupaba la alquería? Esta vanguardia ¿no formaba parte de una de aquellas columnas expedicionarias llamadas *columnas infernales*?

Un bosque lleno de maleza rodeaba por todas partes la eminencia en cuya cumbre se habia situado el marqués en observacion. Aquella espesura, llamada el bosquecillo de Herbe-en-Pail, pero que tenia las proporciones de bosque, se extendia hácia la alquería y ocultaba como todos los sotos bretones una red de barrancos, senderos y cañadas, laberintos donde se perdian los ejércitos republicanos.

La ejecucion, si es que lo era, habia debido de ser feroz, por que fué corta. Como todas las cosas brutales, en breve estuvo consumada. La atrocidad de las guerras civiles consiente estos atentados salvajes. Miéntas que el marqués, multiplicando sus conjeturas, no sabiendo si huir ó quedarse, escuchaba y espiaba, cesó aquel estrépito de exterminio, ó por mejor decir se dispersó. El marqués observó en efecto, como la dispersion de una multitud feroz y alegre al mismo tiempo. Oyóse entre los árboles un zumbido espantoso; la multitud acudía desde la alquería sobre el bosque y habia entre ella tambores que toca-

ban paso de ataque. Ya no se disparaban tiros; lo que pasaba asemejábase más que á una batalla, á un ojeo; parecia que buscaban, que perseguian, que iban sobre la pista de alguno. El ruido era difuso y profundo; una confusion de palabras de cólera y de triunfo, un rumor compuesto de clamores; no se distinguia nada. Pero de repente, como un perfil que se dibuja en una nube de humo, hubo una cosa articulada y precisa en aquel tumulto: era un nombre repetido por mil veces, y el marqués oyó claramente este grito:

“¡Lantenac! ¡Lantenac! el marqués de Lantenac!”

Era á él á quien buscaban.

## VI

### LAS PERIPECIAS DE LA GUERRA CIVIL.

Súbitamente al rededor de él y por todos los lados á la vez, el bosque se llenó de fusiles, de bayonetas y de sables; una bandera tricolor se dibujó en la penumbra; el grito ¡Lantenac! estalló á sus oidos, y rostros enfurecidos aparecieron á sus piés entre las matas y las zarzas.

El marqués estaba solo en pié sobre la eminencia, visible de todos los puntos del bosque. Apenas veia á los que gritaban su nombre; pero era visto de todos. Si habia mil fusiles en el bosque, él estaba allí pudiendo servir de blanco á los mil fusiles. No distinguia nada en la espesura mas que pupilas ardientes fijadas sobre él.

Quitóse el sombrero, levantó una de las alas, arrancó una espina seca de una zarza, sacó del bolsillo una escarapela blanca la fijó con la espina al ala levantada prendiendo tambien esta sobre la copa del sombrero; y volviéndosele á poner en la cabe-

za de manera que se viese bien el rostro y la escarapela, dijo en alta voz hablando á todo el bosque á un tiempo:

—Yo soy el hombre á quien buscais. Yo soy el marqués de Lantenac, vizconde de Fontenay, príncipe breton, teniente general de los ejércitos del rey. Acabemos: ¡ apunten ! ¡ fuego !

Y apartando con las dos manos su cojeto de piel de cabra, mostró el pecho desnudo.

Bajó los ojos buscando con la mirada los fusiles dirigidos contra su pecho y se vió rodeado de hombres hincados de rodillas.

Levantóse un inmenso grito: ¡ Viva Lantenac ! ¡ viva el señor ! ¡ viva el general !

Al mismo tiempo saltaban sombreros por el aire, agitábanse sables en señal de alegría y veíanse salir de todos los sitios palos y al extremo de ellos monteras de lana parda.

Lo que habia al rededor de él era una partida de vendeanos.

Aquella partida se habia arrodillado al verle.

La leyenda refiere que habia en las antiguas selvas turingias seres extraños, raza de gigantes, más ó ménos que hombres, á quienes los romanos consideraban como animales horribles y los germanos como encarnacion divina, y que, por tanto, segun la tropa conque se encontraban, se hallaban expuestos al exterminio ó á la adoracion.

El marqués experimentó una cosa semejante á la que debia de sentir uno de esos séres cuando pensando que iba á ser tratado como un monstruo, se encontraba bruscamente tratado como un Dios.

Todos aquellos ojos llenos de rálampagos terribles, se fijaban sobre el marqués con una especie de amor salvaje.

Aquella muchedumbre iba armada de fusiles, de sables, de hoces, de picas, de palos; todos llevaban grandes sombreros ó monteras pardas con escarapelas blancas, profusion de rosarios y de amuletos, anchos calzones abiertos por la rodilla, casaca de piel, botines de cuero, la rodilla desnuda, los cabellos largos, algunos, aire feroz, todos aire de simples.

Un jóven de bella presencia atravesó por entre aquella gente arrodillada y subió á grandes pasos hasta el marqués. Iba co-



mo los demás cubierto con un sombrero de ala levantada y escarapela blanca, y vestido con una casaca de piel; pero tenia las manos blancas y camisa fina, y llevaba por encima una faja de seda blanca de la que pendia una espada de puño dorado.

Al llegar á la eminencia arrojó su sombrero, se quitó la faja, puso la rodilla en tierra y presentó al marqués la faja con la espada diciendo:

—Os buscábamos, en efecto, y os hemos encontrado al fin. Aquí está la espada de mando. Esos hombres os pertenecen desde este momento como subordinados. Yo era su comandante: ahora asciendo á soldado vuestro. Aceptad nuestro homenaje como señor, y dadnos vuestras órdenes como general.

Despues hizo una señal y varios hombres que llevaban una bandera tricolor, salieron del bosque subiendo hasta el marqués y depositando á sus piés la bandera. Esta era la acabada de ver al través de los árboles.

Mi general, dijo el jóven que le habia presentado la espada y la faja, esta es la bandera que acabamos de tomar á los azules que estaban en la alquería de Herbe-en-Pail. Yo me llamo Gavard, y he pertenecido al marqués de la Rouarie.

—Está bien, dijo el marqués.

Y tranquilo y grave se ciñó la faja.

Despues sacó la espada y agitándola por encima de su cabeza, exclamó:

—En pié y ¡ viva el rey !

Todos se levantaron.

Y oyóse en las profundidades del bosque un clamor inmenso y triunfante:

—¡ Viva el rey ! ¡ viva nuestro marqués ! ¡ viva Lantenac !

El marqués se volvió hácia Gavard.

—¡ Cuanta gente tenemos ?

—Siete mil hombres.

Y bajando de la eminencia, miéntas que los aldeanos apartaban las zarzas por donde tenia que pasar el marqués, Gavard continuó:

—Señor nada mas sencillo: todo se explica en pocas palabras.

No se esperaba mas que una chispa que prendiese los combustibles hacinados. El bando de la república revelando vuestra presencia ha sublevado el país á favor del rey. Habíamos sido prevenidos secretamente de vuestra llegada por el alcalde de Granville que es hombre nuestro. Es el mismo que ha salvado al padre Olivier. Esta noche se ha tocado á rebato.

—¿Por quién?

—Por vos.

—¡Ah! dijo el marqués.

—Y aquí estamos, repuso Gavard.

—¿Y sois siete mil?

—Hoy siete mil; mañana seremos quince mil, que es el cupo que corresponde al país. Cuando M. Enrique de la Rochejacquelein salió para el ejército católico, se ha tocado á somaten, y en una noche seis parroquias que son las de Ysernay, Corqueux, Echaubroignes, Aubiers, Saint-Aubin y Nueil, le han llevado diez mil hombres. No habia municiones, pero se han encontrado en casa de un albañil setenta libras de pólvora de mina, y con ellas ha marchado M. de la Rochejacquelein. Pensábamos que debíais estar por aquí en este bosque y por eso os buscábamos.

—¿Y habeis atacado á los azules en esa alquería?

—El viento les habia impedido oír el toque de somaten. No sospechaban nada; la gente del pueblecillo que son todos patanes les habian recibido bien. Esta mañana hemos atacado la alquería; los azules dormian y la cosa ha quedado concluida en un minuto. Tengo un caballo. ¿Os dignareis aceptarlo mi general?

—Sí.

Un paisano acercó un caballo blanco militarmente ensillado y dispuesto. El marqués sin usar del auxilio que le ofrecia Gavard, montó á caballo.

—¡Hurra! gritaron los paisanos; porque los gritos ingleses son muy usados en la costa bretona-normanda, en relaciones continuas con las islas del canal de la Mancha.

Gavard hizo el salulo militar y preguntó:

—¿Cuál será vuestro cuartel general?

—Por ahora el bosque de Fougères.

—Uno de vuestros siete bosques señor marqués.

—Necesito un cura.

—Tenemos uno.

—¿Quién?

—El vicario de la Chapelle-Erbrée.

—Le conozco: ha hecho el viaje de Jersey.

Salió de las filas un clérigo y dijo:

—Tres veces.

—El marqués volvió la cabeza. Buenos días, señor vicario, dijo, vais á tener mucho que hacer.

—Tanto mejor, señor marqués.

—Tendreis mucha gente que confesar: los que quieran, porque no se hará fuerza á nadie.

—Señor marqués, dijo el clérigo, Gaston en Guemenée, obligó á los republicanos á confesarse.

—Gaston es un peluquero, dijo el marqués, pero la muerte debe ser libre. Gavard, que habia ido á dar algunas órdenes, volvió.

—Mi general ¿qué hacemos? Esperamos vuestra voz de mando.

—En primer lugar, ya he dicho que la reunion general es en el bosque de Fougères; que se dispersen todos, y que vayan allá por distintos caminos.

—Ya está dada esa orden.

—¿No me habeis dicho que los habitantes Herbe-en Pail habian recibido bien á los azules?

—Sí, mi general.

—¿Habeis quemado la granja?

—Sí, mi general.

—¿Habeis quemado el pueblecillo?

—No, mi general.

—Quemadlo.

—Los azules han tratado de defenderse; pero eran ciento cincuenta y nosotros siete mil,

—¿Que especie de azules eran esos?

—Azules de Santerre.

—El que mandó tocar el tambor miéntras cortaban la cabeza al rey. ¿Entónces es un batallon de París?

—Medio batallon.

—¿Cómo se llama ese batallon?

—Mi general, hay en la bandera un ~~letrero~~ **que dice** batallon del gorro colorado.

—De bestias feroces.

—¿Que haremos con los heridos?

—Acabarlos.

¿Qué haremos con los prisioneros?

—Fusilarlos.

—Hay unos ochenta.

—Fusiladlos á todos.

—Hay tambien dos mujeres.

—Fusiladlas tambien.

—Hay tres niños.

—Traedlos acá, veremos despues lo que se hace de ellos.

Y el marqués metió espuelas al caballo.

## VII.

### NADA DE PERDON (CONSIGNA DEL MUNICIPIO).—GUERRA SIN CUARTEL (CONSIGNA DE LOS PRÍNCIPES).

Miéntras esto sucedia cerca de Tanis, el mendigo se habia dirigido hácia Crollon. Se habia entrado por los barrancos bajo la vasta y sorda espesura del follaje, descuidado de todo y atento á una nada como el mismo habia dicho; soñador más que pensador, porque el pensador tiene un objeto, y el soñador no lo tiene; errante, vagabundo, deteniéndose á comer acá y allá un tallo de mimbre silvestre ó á beber en los manantiales; levantando la cabeza por momentos para oír ruidos lejanos, despues vol-

Viendo á la fascinacion deslumbradora de la naturaleza, ofreciendo sus harapos al sol, oyendo tal vez el ruido de los hombres, pero escuchando el canto de las aves.

Era viejo y pesado; no podia andar mucho; como habia dicho al marqués de Lantenac, un cuarto de legua le fatigaba; dió un breve rodeo hácia la Croix-Avranchin, y empezaba á anocheecer cuando volvió.

Un poco más allá de Macey el sendero que seguia le condujo á una eminencia desnuda de árboles, desde donde se veia á bastante distancia, descubriéndose todo el horizonte del Oeste hasta el mar.

Una grande humareda le llamó la atencion.

Nada más suave que una humareda en el paisage, nada en ocasiones mas espantoso. Hay humaredas pacíficas, y las hay que son anuncios de maldades. En una humareda, el espesor y el color del humo forman toda la diferencia entre la paz y la guerra, entre la fraternidad y el ódio, entre la hospitalidad y el sepulcro; entre la vida y la muerte. El humo que sube entre los árboles puede significar lo que hay mas delicioso en el mundo, el hogar doméstico, ó lo que hay más horrible, el incendio; toda la dicha y toda la deslucha del hombre están simbolizadas á veces en esa cosa que se exparse á impulso del viento.

El humo que miraba Tellmarch era alarmante.

Era negro con resplandores súbitos, como si el foco ardiente de donde salia tuviese intermitencias y acabase de extinguirse, y se elevaba por cima de Herbe-en-Pail.

Tellmarch apresuró el paso y se dirigió hácia aquel humo. Estaba muy cansado, pero queria saber lo que aquello era.

Llegó á la cima de un cerrillo en cuya ladera estaban la alquería y la aldehuela.

No existian ya ni la una ni la otra; un monton de escombros se quemaba y humeaba: aquello era la alquería.

Hay una cosa cuya vista causa más dolor que ver quemarse un palacio, y es ver arder una cabaña. Una cabaña ardiendo es lamentable, la devastacion abatiéndose sobre la miseria, el bui-

tre encarnizándose sobre el gusano, forman un cantrasedidó que oprime el corazon.

Segun la Leyenda bíblica, la vista de un incendio cambia una criatura humana en estatua: Tellmarch quedó por un momento convertido en estatua. Tal fué la inmovilidad que le dió el espectáculo que tenia ante sus ojos. Aquella destruccion se consumaba en silencio: no se oia un grito, ni un suspiro humano se mezclaba con aquel humo; el inmenso brasero trabajaba y acababa de devorar la aldea, sin que se oyese mas ruido que el chasquido de las maderas y el chisporroteo de la paja de las techumbres. Por momentos la nube de humo se desgarraba y las paredes abiertas dejaban ver el interior de las habitaciones. El brasero mostraba todos sus rubies, trapos encarnados y pobres muebles viejos de color de púrpura en interiores de color rojo; y Tellmarch experimentaba el deslumbramiento siniestro del desastre.

Algunos árboles de un castañar contiguo á las casas habian prendido tambien y arrojaban llamas.

El mendigo escuchaba, procurando oir alguna voz, algun clamor, algun grito de socorro, pero nadie se movia, excepto las llamas; todo callaba, excepto el incendio. ¿Era que todos habian huido?

¿Donde estaba aquel grupo vivo y trabajador de Herbe-en-Pa-il? ¿qué habia sido de toda aquella aldea?

Tellmarch bajó del cerro.

Un enigma fúnebre se presentó á su vista. Aproximábase sin apresurarse, con la mirada fija: avanzaba hácia aquella ruina con una lentitud de sombra, considerándose como el fantasma de aquella tumba.

Llegó á la que habia sido la puerta de la alquería; miró hácia el corral que ya entónces no tenia puertas y se confundia con el pueblecillo agrupado á su alrededor.

Lo que habia visto ántes no era nada; no habia visto mas que lo terrible, pero á la sazón se le apareció lo horroroso.

En medio del corral habia un monton negro vagamente iluminado de una parte por la llama, de la otra por la luna; aquel monton era de hombres, y aquellos hombres estaban muertos;

Al rededor se veia un gran charco que humeaba un poco; el incendio se reflejaba en él, pero no tenia necesidad del reflejo de fuego para ser rojo, porque era sangre.

Tellmarch se acercó y se puso á examinar uno tras otro aquellos cuerpos que yacian en tierra; todos eran cadáveres.

La luna y el incendio iluminaban la escena.

Los cadáveres eran de soldados; todos tenian los piés descalzos; les habian quitado los zapatos; les habian quitado tambien las armas; pero tenian aun los uniformes, que eran azules, y aquí y allá sé distinguian, entre la confusion de brazos, piernas y cabezas, sombreros agujereados con escarapelas tricolores. Eran, pues, republicanos; eran aquellos parisienses que el dia anterior estaban allí todos vivos, y guarnecian la granja de Herbe-en Pail. Aquellos hombres habian sido ejecutados, como lo indica la caida simétrica de los cuerpos; habian sido fusilados en el sitio y con cuidado. Todos estaban muertos; ni el más leve suspiro salia de ninguno de ellos.

Tellmarch pasó aquella revista de cadáveres sin omitir uno solo; todos estaban acribillados de balas.

Los que les habian ametrallado, teniendo prisa probablemente por ir á otro parte, no se habian tomado el trabajo de enterarlos.

Al tiempo de retirarse, su vista cayó sobre una pequeña pared que habia en el corral, y vió cuatro piés que salian por detrás del ángulo de aquella pared.

Aquellos piés tenian zapatos; eran más pequeños que los otros; Tellmarch se acercó. Eran piés de mujer.

☛ Dos mujeres habia allí tendidas una al lado de otra detrás de la pared, fusiladas tambien.

Tellmarch se inclinó sobre ellas. La una tenia una especie de uniforme; al lado de ella habia un cubeto roto y vacío; era una cantinera. Tenia cuatro balazos en la cabeza; estaba muerta.

Tellmarch examinó la otra. Era una aldeana; estaba lívida; tenia la boca abierta y los ojos cerrados, pero ninguna herida en la cabeza. Sus vestidos convertidos en harapos, sin duda por la fatiga y las marchas, se habian abierto en la caída y dejaban ver el torso medio desnudo. Tellmarch acabó de separarlos y vió en un hombro el agujero redondo que habia hecho una bala; la clavícula estaba rota. Miró aquel seno lívido y murmuró:

—Madre y nodriza.

La tocó: no estaba fria..

No tenia al parecer más herida que la del hombro, que habia roto la clavícula.

Le puso la mano sobre el corazon y sintió un débil latido. No estaba muerta.

Tellmarch se levantó y gritó con voz terrible:

—¿No hay nadie aquí?

—¿Eres tú Caimand? respondió una voz tan baja que apenas se oia, y al mismo tiempo salió una cabeza de un agujero de las ruinas.

Despues otra cara se presentó entre otros escombros.

Eran dos aldeanos que se habian ocultado, los únicos que habian sobrevivido.

La voz del Caimand les habia tranquilizado y hecho salir de los rincones en que se habian metido.

Adelantáronse hácia Tellmarch temblando.

Tellmarch habia podido gritar, pero no podia hablar; las emociones profundas causan tales efectos.

Les mostró con el dedo la mujer tendida á sus piés.

—¿Es que vive todavía? dijo uno de los aldeanos.

Tellmarch hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—¿Y la otra vive tambien? preguntó el otro aldeano.

Tellmarch hizo señas de que no.



El aldeano que se habia mostrado el primero, repuso:

—Todos los demás están muertos, ¿no es verdad? Yo lo he visto; yo estaba en mi cueva; ¡Cómo da uno gracias á Dios en tales casos de no tener familia! ¡ Señor, Jesus! todos, todos han muerto; esta mujer tenia niños; tres niños pequeñitos. Los niños gritaban ¡ madre! la madre gritaba ¡ hijos míos! Han matado á la madre y se han llevado á los niños; he visto eso. ¡ Dios mio! ¡ Dios mio! ¡ Dios mio! despues los matadores han marchado; iban todos muy contentos y se llevaron los niños despues de haber muerto á la madre. Pero no está muerta: ¿no es verdad que no está muerta? Dí Caimand, ¿ crees tú que podrias salvarla? ¿ quieres que te ayudemos á llevarla á tu covacha?

Tellmarch hizo señas de que sí.

El bosque estaba inmediato á la alquería; pronto hicieron unas parihuelas con follaje y helechos, colocaron sobre ellas á la mujer, que permanecia inmóvil, y se pusieron en marcha, uno á la cabeza y otro á los piés, miéntras Tellmarch sostenia el brazo de la mujer y examinaba el pulso.

Miéntras caminaban, los dos aldeanos hablaban, y por cima de la mujer ensangrentada, cuyo rostro pálido iluminaba la luz de la luna, cambiaban exclamaciones de susto.

—¡ Matar á todos!

—¡ Quemarlo todo!

—¡ Ah! señor Dios, ¿ es que ahora van á ir así las cosas?

—Es aquel hombre alto, viejo, el que lo ha mandado.

—Sí, él era el general.

—Yo no le he visto cuando han fusilado. ¿ Estaba allí?

—No; ya se habia marchado; pero es igual, todo se ha hecho por sus órdenes.

—Entónces es él quien lo ha hecho todo.

—El dijo: matad, quemad, nada de cuartel.

—Es un marqués.

—¿ Cómo se llama entónces?

—El marqués de Lantenac.

Tellmarch levantó los ojos al cielo y murmuró entre dientes:

—¡ Si yo lo hubiera sabido!

# LIBRO PRIMERO.

---

## SIMOURDAIN.

---

### SEGUNDA PARTE.

---

EN PARÍS.

I.

#### • LAS CALLES DE PARÍS EN AQUEL TIEMPO.

Vivíase entónces en público; se comía en mesas puestas delante de las puertas; las mujeres, sentadas en los pórticos de las galerías, hacían hilas cantando la marsellesa; el parque de Monceaux y el de Luxemburgo eran campos de maniobras; había en todas las encrucijadas talleres de armeros trabajando; se hacían fusiles á la vista de los transeuntes, que aplaudían; no se oían más que estas frases en todas las bocas:

*Paciencia, estamos en revolucion.*

Hasta las mujeres eran heroicas; se iba al teatro como en Atenas durante la guerra de Peloponeso, y se velan carteles en las

esquinas anunciando los dramas: *El sitio de Thionville.*—*La madre de familia salvada del incendio.*—*El club de los indolentes.*—*La mayor de las papisas, Juana.*—*Los filósofos soldados.*—*El arte de amar en la aldea.*

Los alemanes estaban á las puertas; corría el rumor de que el rey de Prusia habia mandado tomar palco en la ópera. Todo era espantoso y nadie se espantaba. La tenebrosa ley de sospechosos, que es el crimen de Merlin de Douai, hacia visible la guillotina suspendida sobre todas las cabezas. Un procurador llamado Sáran, denunciado, esperaba que fuesen á prenderlo vestido de bata y chinelas y tocando la flauta á la ventana. Nadie parecia estar desocupado; todo el mundo se apresuraba. No habia un sombrerero que no tuviera una escarapela. Las mujeres decian: *estamos bonitas con el gorro colorado.* París parecia llenarse de gente que cambiaba de habitacion; los prenderos tenian sus tiendas llenas de coronas, de mitras, de cetros de madera dorada y de flores de lis, restos de cosas reales; era la demolicion de la monarquía que pasaba. Veíanse en las tiendas de trapo y hierro viejo capas pluviales y roquetes que se vendian por cualquier cosa. En las tabernas de los Porcherons y de Ramponneau, hombres vestidos de sobrepellices con estolas y montados en burros, que llevaban casullas por caparazones, bebian vino de la taberna en los cálices de las catedrales. En la calle de Santiago los empedradores descalzos detenian la carretilla de un vendedor ambulante de calzado, compraban á escote quince pares de zapatos y los enviaban á la Convencion para que sirviesen á los soldados. Los bustos de Franklin, de Rousseau, de Bruto, y hay que añadir tambien de Marat, abundaban. Por debajo de uno de estos bustos de Marat, en la calle de Cloche-Pericé, estaba en un cuadro de madera negra cubierto con cristal una requisitoria contra Malouet, con todos sus considerandos y estas dos líneas al márgen “Me ha dado éstos pormenores la querida de Silvano Bailly, buena patriota, que me favorece con sus bondades.—MARAT.” En la plaza del Palais-Royal, la inscripcion de la fuente: *Quantos effundit in usus*, estaba oculta por dos grandes lienzos pintados al temple

que representaban el uno á Cahier de Gerville, denunciando á la Asamblea Nacional la consigna para la reunion de los *harapistas* de Arles; el otro á Luis XVI, volviendo de Varennes en su carroza real y bajo ella una tabla atada con cuerdas y teniendo á cada extremo un granadero con un fusil y bayoneta armada. Pocas eran las grandes tiendas que estaban abiertas. Comercios ambulantes de comestibles y de quincalla, se veian establecidos sobre carretones que circulaban arastrados por mujeres, iluminados por velas de sebo, el cual derretido, caia sobre las mercancías. Otros habia también al aire libre, que estaban dirigidos por ex-monjas con peluca rubia; tal zurcidora que remendaba medias en el hueco de una puerta era una condesa; tal costurera era una marquesa; madama de Boufflers habitaba una guardilla desde la cual veia su antiguo palacio. Corrian los vendedores ofreciendo papeles nuevos. Se llamaba *escrofulosos* á los que ocultaban la barba en la corbata. Los cantores ambulantes pululaban; la multitud silbaba á Pitou, el cancionero realista, valiente por otra parte, porque fué encarcelado veintidos veces y llevado ante el tribunal revolucionario por haberse dado golpecitos algo más abajo de la cintura al pronunciar la palabra civismo. Entónces viendo su cabeza en peligro, exclamó; *pero si es lo contrario de mi cabeza lo que es culpable!* Esto hizo reir á los jueces, y le salvó. Pitou se burlaba de la moda de los nombres griegos y latinos y su cancion favorita versaba sobre un zapatero de viejo á quien llamaba *cujus*, y á su mujer *cujus-dam*. Bailábase en los claustros arruinados con lamparillas sobre el altar y colgando de la bóveda dos palos en cruz con cuatro velas-miéntas los muertos yacían en sus tumbas bajo los piés de los bailadores. Llevábanse casacas de color "azul de tirano" y alfileres de camisa con el "gorro de la libertad", hechos de piedras blancas, azules y rojas. La calle de Richelieu se llamaba calle de la Ley; el arrabal de San Antonio tenia por nombre el arrabal de la Gloria; en la plaza de la Bastilla habia una estatua de la Naturaleza. Señalábase con el dedo á ciertos transeuntes conocidos, como Chatelet, Didier, Nicolás y Garnier-Delaunay, que vigilaban á la puerta del car-

pintero Duplay; Voulland que no faltaba un día de guillotina, y seguía á las carretadas de sentenciados, lo cual llamaba ir á la misa roja, y Montefiabert jurado revolucionario y marqués, que se hacia llamar *Diez de agosto*. Veíanse desfilár los alumnos de la escuela militar calificados por los decretos de la Convencion de *aspirantes á la escuela de Marte*, y por el público, de *pages de Robespierre*. Leíanse las proclamas de Fréron, denunciando á los sospechosos del crimen de negociantismo. Los elegantes, agolpados á las puertas de las alcaldías, se burlaban de los matrimonios civiles, y al pasar el novio le saludaban llamándole *casado municipaliter*. En los Inválidos, las estátuas de los santos y de los reyes estaban cubiertas con el gorro frigio. Jugábase á las cartas en los guarda-cantones de las encrucijadas, porque los juegos y aun los mismos naipes estaban tambien en revolucion: en efecto, los reyes habian sido reemplazados por génios, las sotas por libertad, los caballos por igualdad y los ases por las leyes. Se labraban los jardines públicos y el arado surcaba los de las Tullerías. Con todo esto se mezclaba, especialmente en los partidos vencidos, cierto cansancio altanero de la vida; un hombre escribia á Fouquier-Tinville: Tened la bondad de librarme de la existencia: á continuacion van las señas de mi casa. Champcenetz era preso por haber exclamado en las galerías del Palais-Royal: “¿Cuándo se hace la revolucion de Turquía? Quisiera ver la república puesta en la Puerta.” Por todas partes se veian periódicos: los oficiales de peluquero rizaban en público pelucas de mujeres, miéntras que el maestro leia en alta voz el *Monitor*; otros comentaban en medio de grupos con grandes gestos, el periódico: *Entendámonos* de Dubois-Crancé, ó la *Trompeta del tío Belleroso*. Algunas veces los barberos eran al mismo tiempo choriceros, y se veian jamones y salchichas colgadas al lado de una muñeca adornada de cabellos de oro. Otros mercaderes vendian en la via pública “vinos de emigrados;” otros publicaban en sus anuncios “vinos de cincuenta y dos especies,” otros iban vendiendo relojes de lira y sofás á la duquesa; y un peluquero decia en la muestra que tenia en su tienda: “afeito al clero, peino á la nobleza y cortó el

bello al estado llano." Iba tambien la gente á ver á Martiñ, ántes Delfina, que echaba las cartas en su casa de la calle de Anjou, número 173, para que les dijese la buena ventura. Falta-  
• baba el pan; faltaban el carbon y el jabon, y miéntras tanto pasaban todos los dias hatos de vacas lecheras que llegaban de las provincias. En la Vallée, el cordero se vendia á quince francos la libra; un decreto de la municipalidad asignaba á cada boca una libra de carne por década; se atropellaba á la gente á las puertas de las tiendas de comestibles; y una de estas *colas* ha quedado en la tradicion. Llegaba desde la puerta de un especiero de la calle de Petit-Carreau, hasta la mitad de la calle de Montorgueil, y entónces á formar cola, se llamó "tener la cuerda" á causa de una cuerda larga en que se apoyaban uno detras de otros los que formaban fila á la puerta de la tienda. Las mujeres, en medio de aquella miseria general, eran valientes y caritativas. Pasaban la noche esperando su vez para entrar en las tahonas. Los espedientes producian buenos resultados á la revolucion, la cual salvaba aquella gran miseria con dos medios peligrosos: el asignado y el *máximum*, de los cuales, el primero era la palanca y el segundo, el punto de apoyo. Aquel empirismo salvó á la Francia. El enemigo, lo mismo el de Coblenza que el de Lóndres, especulaba sobre los asignados. Muchachas del pueblo iban y venian ofreciendo agua de lavanda, ligas y cadenetas y haciendo el agio de asignados. Habia agiotistas del pórtico de la calle de Vivienne con zapatos rotos, cabellos graciosos, gorro de piel de cola de zorra; y los habia elegantes de la calle de Valois, con botas lustradas, mondadientes en la boca, sombrero de castor en la cabeza y que se veian tuteados por las muchachas. El público les daba caza lo mismo que á los ladrones, á quienes los realistas llamaban "ciudadanos activos." Por lo demas habia pocos robos: ofreciase generalmente el espectáculo de una desnudez salvaje unida á una probidad estóica. Los descalzos y los muertos de hambre, pasaban gravemente con los ojos bajos delante de los escaparates de las joyerías establecidas en el "Palacio Igualdad." En una visita domiciliaria que hizo la seccion Antoine en casa de Beaumar-

ohais, una mujer cogió en el jardín una flor, y el público la dió de bofetadas. El haz de leña costaba cuatrocientos francos en dinero; veíanse en las calles personas que serraban las tablas de sus camas; en el invierno, las fuentes estaban heladas y el agua costaba á veinte sueldos el viaje; todo el mundo se hacia aguador. El Luis de oro valia tres mil novecientos cincuenta francos; una carrera en coche de alquiler costaba seiscientos francos; y despues de un dia de coche, se oia este diálogo:—Coche-ro, ¿cuánto te debo?—Seis mil libras. Una vendedora de yerba vendia por valor de veinte mil francos al dia. Un mendigo decia:—por caridad, socorredme; me faltan doscientas treinta libras para pagar los zapatos. A la entrada de los puentes se veian estátuas colosales pintadas por David, y Mercier las insultaba diciendo que eran *enormes polichinelas de madera*. Aquellos colosos figuraban el federalismo y la coalicion vencidos. No se notaba desfallecimiento en aquel público, sino por el contrario, el júbilo sombrío de haber acabado con los tronos. Los voluntarios afluían ofreciendo sus pechos, y cada calle daba un batallon. Las banderas de los distritos iban y venian, cada una con su divisa. En el distrito de Capuchinos se leia: *Nadie nos hará la barba*. Otra tenia por lema: *Nada de nobleza mas que en el corazon*. En todas las puertas carteles grandes blancos, verdes, amarillos, rojos, impresos ó manuscritos, decian: *¡ Viva la república!*  Y los niños que que apénas sabian hablar balbuceaban la cancion *Caira*.

Aquellos niños eran el inmenso porvenir.

Posteriormente, á la ciudad trágica sucedió la ciudad cínica. Las calles de París tuvieron dos aspectos revolucionarios muy diferentes: ántes y despues del 9 termidor. El París de Saint Just dejó su lugar al París de Tallien; tales son las continuas antítesis de Dios; inmediatamente despues de lo sublime apareció lo ridículo. Semejantes accesos de locura pública no son raros. Uno de ellos se habia visto ya ochenta años ántes. Se sale de Luis XIV como se sale de Robespierre, con un gran deseo de respirar; de aquí la Regéncia que abre el siglo y el Directorio que le termina; dos saturnales, despues de dos terro-

rismos. La Francia se emancipa y sale del claustro puritano como del claustro monárquico con el júbilo de una nación que se escapa del encierro.

Después del 9 termidor, París se manifestó alegre, con una alegría extraviada; un pueblo mal sano se desbordó por todas partes, y al frenesí de morir sucedió el frenesí de vivir que eclipsó toda grandeza. Hubo un Trimalción que se llamó Grimod de la Reyniere y hubo también *el almanaque de los glotones*. Se comía al ruido de las músicas militares en los entresuelos del Pallas-Royal con orquestas de mujeres que tocaban el tambor y la trompeta; el bastonero con su violín reinaba por todas partes; se cenaba á la *oriental* en casa de Meto en medio de pebeteros llenos de perfumes. El pintor Boze peinaba á sus hijas, inocentes y lindas cabezas de diez y seis años, "como guillotinas" es decir, escotadas con camisas rojas. A las danzas violentas en las iglesias arruinadas, sucedían los bailes de Ruggieri, de Luquet, de Wenzel, de Mauduit, de la Montansier; á las graves ciudadanas que hacían hilas, sucedieron las sultanas, las salvajes, las ninfas; á los piés desnudos de los soldados cubiertos de sangre, de lodo y de polvo, sucedieron los piés desnudos de las mujeres adornados de diamantes. La improbidad apareció al mismo tiempo que el impudor y hubo en las altas esferas asenistas y en las pequeñas, usureros al pormenor. Un enjambre de rateros invadió á París y cada uno debía velar por su *Lucas*, es decir por su bolsillo. Uno de los pasatiempos era ir á ver en la plaza del Palacio de Justicia á las ladronas en el banquillo, á las cuales era necesario atarles las faldas. A la salida de los teatros habian muchachos que ofrecían cabriolés, diciendo: *ciudadanas y ciudadanos, hay sitio para dos*. No se gritaba ya *El viejo franciscano*, ni *el amigo del pueblo*, sino que se gritaba: *La carta del Polichinela y la petición de los galopines*. El marqués de Sade presidia la sección de las Picas en la plaza de Vendome. La reacción era jovial y feroz; *los dragones de la libertad* del 93 renacían bajo el nombre de *caballeros del puñal*. Al mismo tiempo surgió sobre la escena el tipo de Jocrissé; salieron á la luz *las maravillosas* y después hubo un más allá en las *inconcebibles*;



se juró por la *paola victimada* y por la *paola verde*; se retrocedió en fin de Mirabeau hasta Bobeche. Así es como en París va y viene, siendo el enorme péndulo de la civilización que toca ya en un polo ya en otro; desde las Termópilas, hasta Gomorra. Después del 93 la revolución atravesó un eclipse singular; el siglo pareció que se olvidaba de concluir lo que había comenzado: no sé qué orgía se interpuso, ocupó el primer término, hizo retroceder al segundo la espantosa apocalipsis; cubrió con un velo la visión desmesurada y soltó una carcajada de risa después de la expresión del espanto. La tragedia desapareció en la parodia; y en el fondo del horizonte una humareda de carnaval borró los caracteres trágicos de la Medusa. Pero en 93, en que estamos, las calles de París tenían todo el aspecto grandioso y feroz de los primeros días. Tenían sus oradores, como Varlet, que paseaba una barraca con ruedas, desde lo alto de cual arengaba á los transeuntes, tenían también sus héroes uno de los cuales se llamaba “el capitán de los *garrotes herrados*” y tenían por último sus favoritos como Guffroy, autor del folleto titulado: *Rougiff*. Alguna de estas popularidades eran corruptoras; otras eran sanas. Una entre todas era honrada y fatal; la de Cimourdain.

## II.

## CIMOURDAIN.

Cimourdain era una conciencia pura, pero sombría, en la cual reinaba lo absoluto. Había sido clérigo, lo cual es grave, pues un hombre puede, como el cielo, tener una serenidad oscura é insondable, y solo requiere algo que le haya transformado en noche. La calidad de clérigo había cambiado en noche el alma

de Cimourdain, el que ha sido una vez clérigo siempre lo será.

Lo que produce la noche en nosotros puede dejarnos tambien las estrellas. Cimourdain estaba lleno de virtudes y de verdades, pero que brillaban en las tinieblas.

Su historia es corta de referir. Habia sido cura párroco en una aldea y preceptor en una gran casa; después habia tenido una pequeña herencia y héchose independiente. Era sobre todo un hombre terco; se servia de la meditacion como podia servirse de unas tenazas: no se creia en el derecho de abandonar una idea hasta que habia llegado á sus últimas consecuencias; pensaba con encarnizamiento; sabia todas las lenguas de Europa, y algunas mas de los otros países; estudiaba sin cesar, lo cual le ayudaba á soportar su castidad; pero nada hay más peligroso que semejante represion.

El habia, por casualidad, ó por altivez, observado sus votos clericales; pero no habia podido observar su creencia; la ciencia habia detenido su fé; el dógma se habia evaporado. Examinándose, se habia comprendido, y no pudiendo deshacer sus votos, trataba con trabajo de reformarse aunque de un modo austero.

Ya que le habian quitado la familia, se propuso adoptar la patria; ya que le habian negado una mujer, se casó con la humanidad: plenitud enorme que en el fondo es el vacío.

Sus padres, aldeanos, al hacerle clérigo habian querido elevarlo sobre el pueblo; pero él habia vuelto á entrar en las filas del pueblo.

Y habia entrado apasionadamente: miraba á los que padecian con una ternura terrible. De clérigo se habia vuelto filósofo y de filósofo atleta. Todavía vivia Luis XV y Cimourdain se creia vagamente republicano. ¿De qué república? De la república de Platon quizá; quizá tambien de la república de Dracon.

Estándole privado amar, se habia puesto á detestar. Detestaba las mentiras, la monarquía, la teocracia, su traje clerical; detestaba lo presente y llamaba á grandes gritos al porvenir, presintiéndole, entreviéndole de antemano, adivinándole espantoso y magráfico. Para resolver el problema de la lamentable

miseria humana, comprendía la necesidad de algo que fuese como un vengador y al mismo tiempo un libertador. Adoraba de lejos la catástrofe.

En 1789, cuando aquella catástrofe llegó, encontró á Cimourdain apercibido. Habíase arrojado en medio de aquella vasta revolucion humana con lógica, es decir inexorablemente tratándose de un espíritu de su temple, porque la lógica no se entenece. Había dividido la vida de los grandes años revolucionarios y experimentado el estremecimiento de todas sus corrientes: 1783, la caída de la Bastilla, el fin del suplicio de los pueblos; 1790, el 4 de Agosto, el fin del feudalismo; 1791, Varennes, el fin de la Monarquía; 1792, el advenimiento de la República. Había visto levantarse la revolucion y no era hombre capaz de detener aquel gigante; y aunque ya viejo, porque tenía cincuenta años y un clérigo envejece más pronto que cualquiera otro hombre, se había puesto él también á creer en la Revolución. De año en año, había contemplado desarrollarse y crecer los acontecimientos y se había engrandecido como ellos. Al principio temió que la revolucion abortase; la observaba, teniendo la razón y el derecho, y exigía que tuviese también el triunfo; y á medida que se presentaba más espantosa, se sentía él más tranquilo. Quería que aquella Minerva coronada de las estrellas del porvenir fuese también Palas y tuviese por escudo la máscara rodeada de serpientes. Quería que sus ojos divinos pudiesen en caso necesario dirigir sobre los demonios el resplandor infernal, y devolverles terror por terror.

Así había llegado hasta 1793.

El año de 1793 es la guerra de la Europa contra Francia y de Francia contra París. ¿Y que es la Revolución? Es la victoria de la Francia sobre la Europa y de París sobre la Francia. De aquí la inmensidad de aquel minuto que se llama 93, minuto mayor que todo el resto del siglo.

Nada más trágico que la Europa atacando á la Francia y la Francia atacando á París; drama que tiene la grandeza de la epopeya.

93 es un año intenso. La tempestad reina en él en toda su cólera y en toda su grandeza; en él Cimourdain se encontraba

en su elemento, porque aquella atmósfera tempestuosa y espléndida, convenia á su constitucion intelectual y moral. Aquel hombre tenia, como el águila de los mares, una calma profunda en su interior, y la aficion al peligro en lo exterior. Ciertas naturalezas aladas, feroces y tranquilas. han sido creadas para los grandes vientos: hay almas de tempestad hechas para las tempestades.

Tenia sin embargo una compasion particular, reservada tan solo para los miserables. En aras de aquella especie de padecimientos que horrorizan, se sacrificaba. Nada entónces le parecia repugnante: aquel era un género de bondad; era asquerosamente y divinamente caritativo. Buscaba las úlceras para besarlas. Las buenas acciones feas de ver son las más difíciles de ejecutar; pero él las preferia. Un dia, en el hospital llamado Hotel Dieu, un hombre iba á morir ahogado por un tumor en la garganta, por un absceso fétido, horrible, contagioso tal vez, que era preciso vaciar inmediatamente. Cimourdain estaba allí: aplicó la boca al tumor, le chupó escupiendo á medida que la boca se le llenaba, vació el absceso y salvó al hombre. Como todavía llevaba en aquella época el traje clerical, uno le dijo: “si hiciéseis eso al rey seriais obispo”.—“Es que no lo haria al rey” respondió Cimourdain.

El acto y la respuesta le hicieron popular en los barrios oscuros de París.

Con esta conducta hacia de los que padecen, lloran, y amenazan lo que queria. En la época de la indignacion pública contra los monopolizadores, cólera tan fecunda en errores. Cimourdain fué quien con una palabra impidió el saqueo de un buque cargado de jabon que habia en el puerto de San Nicolás, y quien disipó los grupos furiosos que detenian los carruajes en la barrera de Saint-Lazare.

El fué quien dos dias despues del 2 de Agosto, condujo al pueblo á derribar las estátuas de los reyes. Al caer mataron á varias personas; y en la plaza de Vendome una mujer llamada Regina Violet fué aplastada por Luis XIV á cuyo cuello habia rodeado una cuerda de la cual tiraba. Esta estátua de Luis XIV

habia estado cien años cabales en pié: erigida en 12 de Agosto de 1692, fué derribada en 12 de Agosto de 1792. En la plaza de la Concordia un tal Guínguerlot que llamó "canallas" á los demolidores fué muerto á golpes sobre el pedestal de Luis XV y tambien se destrozó esta estatua y de ella se hicieron despues monedas; solo escapó el brazo, aquel brazo derecho de Luis XV estendido en actitud de emperador romano. A peticion de Cimourdain el público regaló, y una diputacion llevó, aquel brazo á Latude, el hombre que habia estado enterrado treinta y siete años en la Bastilla. Cuando Latude, con la argolla al cuello y la cadena en la cintura, se pudria vivo en el fondo de aquella prision por orden del rey, cuya estatua dominaba á Paris, ¡quien le habia de decir que aquella cárcel caeria, que aquella estatua caeria, que él saldría del sepulcro, que la monarquía seria á su vez sepultada, que él, el preso, seria dueño de aquella mano de metal que habia firmado la orden de su prision, y que de aquel rey de lodo no quedaria mas que aquel brazo de bronce!

Cimourdain lo sabia todo y lo ignoraba todo. Sabia todo con relacion á la ciencia, é ignoraba todo con relacion á la vida. De aquí su rigidez. Tenia los ojos vendados como la Temis de Homero. Tenia la certidumbre ciega de la flecha, que no ve mas que el blanco, y que va derecha á él. En revolucion nada más terrible que la línea recta: Cimourdain caminaba fatalmente en esta línea.

Creia que en los génesis sociales, el punto extremo es el terreno sólido: error propio de las inteligencias que reemplazan á la razon con lógica. Iba más allá de la Convencion, más allá del Municipio; pertenecía al Obispado.

La reunion llamada del Obispado, porque celebraba sus sesiones en una sala del antiguo palacio episcopal, era más bien una complicacion de hombres que una reunion. Allí asistian, como al Municipio, aquellos espectadores silenciosos y significativos, que, dice Garat, llevaban tantas pistolas como bolsillos. El Obispado era una mezcla extraña de gente, mezcla cosmopolita y parisiense, cosas ambas que no excluyen, porque Paris es el sitio en que late el corazón de los pueblos.

Allí estaba la grande incandescencia plebeya. En comparacion del Obispado, la Convencion era fria, y el Municipio era tibio. El Obispado era una de esas formaciones volcánicas; contenia de todo; ignorancia, brutalidad, probidad, heroismo, cólera y policía. El duque de Brunswick tenia allí sus agentes; habia allí hombres dignos de Esparta y hombres dignos de presidio. La mayoría se componia de personas furiosas y honradas. La Gironda, por boca de Isnard, presidente momentáneo de la Convencion, habia pronunciado una frase monstruosa:— *Cuidado, parisienses; no quedará de vuestra ciudad piedra sobre piedra; y las jeneraciones futuras buscarán un día el sitio en que estuvo París.*—Esta frase habia creado la reunición del Obispado; porque muchos hombres, y como acabamos de decir, hombres de todas las naciones, habian comprendido la necesidad de estrecharse al rededor de París, y Cimourdain se habia agregado á este grupo.

En una sociedad de reaccion contra los reaccionarios; nacida de aquella necesidad pública de violencia, que es la faz temible y misteriosa de las revoluciones.

Fuerte el Obispado con aquella fuerza, habia tomado inmediatamente su parte de influencia, y en las conmociones de París el Municipio era quien disparaba el cañon, y el Obispado el que tocaba á rebato.

Cimourdain creia, en su ingenuidad implacable, que todo lo que se pone al servicio de la verdad es bueno; lo cual le hacia á propósito para dominar á los partidos extremos. Los pillos se veian honrados y estaban contentos porque los crímenes se encuentran lisonjeados cuando se ven presididos por una virtud. Esto, si bien á veces les perturba, siempre les agrada. Palloy, el arquitecto que habia explotado la demolición de la Bastilla vendiendo en su provecho las piedras de aquella fortaleza, y que encargado de pintarragear el calabozo de Luis XVI, habia por exceso de celo cubierto las paredes de barras, cadenas y argollas; Gouchon, el orador sospechoso del arrabal de San Antonio, de quien se han encontrado despues varios reci-

bos; Fournier, el americano que el 17 de Junio habia disparado contra Lafayette un pistoletazo, pagado, segun decian, por el mismo Lafayette; Henriot, que salia del hospital de Bicetre, y que habia sido lacayo, titiritero, ladron y espía, ántes de ser general y de apuntar los cañones contra la Convencion; La Raynie, antiguo vicario general de Chartres, que habia reemplazado su breviario con el *Padre Duchesne*; todos estos hombres respetaban á Cimourdain; y en ciertos momentos, para impedir que los peores diesen un mal paso, bastaba que sintieran suspendido sobre sus cabezas el candor temible y canvencido de Cimourdain. Así es como Saint-Just atemorizaba á Schneider. Al mismo tiempo la mayoría del Obispado, compuesta especialmente de hombres violentos pero honrados, creia en Cimourdain y le seguia. Tenia por ayudante, edecan ó como se quiere, á otro clérigo republicano llamado Danjou, á quien el pueblo amaba por su elevada estatura, habiéndole bautizado con el mote de *el cura Seis Piés*. Cimourdain podria haber elevado á donde hubiera querido á un intrépido jefe á quien llamaban el general *La Pica* y á aquel otro atrevido que se llamaba Trachon, alias el Gran Nicolás, que habia querido salvar á Madama de Lambelle, y le habia dado el brazo haciéndola atravesar por entre los cadáveres, tentativa que habria tenido buen éxito sin la feroz chocarrería del barbero Charlot.

El Municipio vigilaba á la Convencion y el Obispado vigilaba al Municipio. Cimourdain, hombre recto y á quien la intriga repugnaba, habia roto mas de un hilo misterioso en la mano de Pache, á quien Beurnonville llamaba "el hombre negro." Cimourdain en el Obispado estaba á la altura de todos; era consultado por Dobsent y Momoro; hablaba español á Guzman, italiano á Pio, inglés á Arthur, flamenco á Pereyra, aleman al austriaco Proly, bastardo de un principe; creaba la inteligencia entre todos estos hombres discordantes, y de aquí la situacion oscura y fuerte que se habia formado. Hebert le temia.

Tenia en aquellos tiempos y en aquellos grupos el poder de los hombres inexorables; era un impecable que se creia infali-

ble; nadie le habia visto llorar; era una virtud inaccesible y glacial: era un justo espantoso.

No hay término medio para un clérigo en la revolucion. Un clérigo no podia lanzarse á aquella prodigiosa aventura, sino por los motivos más bajos, ó por los más elevados; era preciso que fuese infame, ó que fuese sublime. Cimourdain era sublime; pero sublime en el aislamiento, en lo escarpado, digámoslo así, en la soledad inhospitalaria; sublime en una situacion rodeada de precipicios. Las altas montañas tienen esta virginitad siniestra.

Su aspecto era el de un hombre ordinario; sus vestidos comunes, y toda su apariencia la de pobre. Jóven, habia sido tonsurado; viejo, era calvo, y los pocos cabellos que tenia eran grises. En su frente espaciosa el observador podia notar su grande inteligencia. Tenia un modo de hablar brusco, apasionado y solemne; la voz breve, el acento perentorio, la boca triste y amarga, la vista clara y profunda, y en todo el rostro cierto aire de indignacion.

Tal era Cimourdain.

Nadie sabe hoy su nombre de bautismo. La historia tiene terribles desconocidos como este.

### III.

#### UN TALON NO MOJADO EN LA ESTIGIA.

Un hombre tal ¿era verdadero hombre? El servidor del género humano ¿podia tener un afecto? ¿No era demasiada alma para tener coraczn? Aquel brazo enorme en que se admitia á todo y á todos, ¿podia reservarse para alguno? Podia Cimourdain amar? Digámoslo de una vez: sí.

Siendo jóven y preceptor en una casa de nobleza casi regia,



había tenido un discípulo, hijo del heredero de la casa, y á este discípulo amaba. ¡Amar á un niño es tan fácil! ¿Qué no se perdona á un niño? Se le perdona hasta el ser señor, el ser príncipe, el ser rey. La inocencia de la edad hace olvidar los crímenes de la raza: la debilidad del ser hace olvidar la exageración de la categoría: es tan pequeño, que se le perdona que sea grande; el esclavo le perdona el ser señor; el viejo negro idolatra al niño blanco, Cimourdain se había apasionado de su discípulo. La infancia tiene de inefable que se le puede amar sin reserva con todo el amor del alma. Todo lo que en Cimourdain podía amar se había abatido, digámoslo así, sobre aquel niño; aquel ser tierno é inocente era una presa para el corazón de Cimourdain condenado á la soledad. Le amaba con todas las ternuras á la vez, como padre, como hermano, como amigo, como creador. Era su hijo: el hijo, no de su carne, sino de su espíritu. No le había dado el ser; no era su obra; pero era su discípulo, era su obra maestra. De aquel señorito había hecho un hombre; y quien sabe si un grande hombre! porque tales son los sueños que se forjan. Sin saberlo la familia ¿hay acaso necesidad de permiso para crear una inteligencia, una voluntad y una rectitud de alma? había comunicado al jóven visconde su discípulo todo el progreso que tenía en sí; él había inoculado el virus temible de su virtud; le había infundido en las venas su convicción, su conciencia, su ideal y en aquel cerebro de aristócrata había vertido el alma del pueblo. El espíritu mama: la inteligencia es como el pecho de una nodriza; hay analogía entre la nodriza que da su leche y el preceptor da su pensamiento. Algunas veces, el preceptor es más padre, que el padre, así como con frecuencia la nodriza es más madre que la madre. Aquella profunda paternidad espiritual ligaba á Cimourdain con su discípulo. Solo la vista de aquel niño le enternecía.

Añadamos que reemplazar al padre era fácil porque el niño no lo tenía; era huérfano de padre y madre y sin más parientes que una abuela ciega y un tío segundo, ausente. La abuela murió también después y el tío, jefe de la milicia, hombre de espada y gran señor con grandes empleos en la corte, huía del viejo castillo de familia; vivía en Versalles iba á los ejércitos y dejaba al huérfano abandonado en la mansión solitaria. El

preceptor era, pues, el amo en toda la extension de la palabra.

Hay que añadir tambien que Cimourdain habia visto nacer al niño que era su alumno. Este niño, huérfano en su más tierna infancia, habia tenido una enfermedad grave. En aquel peligro de muerte Cimourdain le habia velado noche y dia; y como el médico es el que cuida, pero el asistente es el que salva, Cimourdain habia salvado al niño. No solo su discípulo le debia la educacion, la instruccion, la ciencia, sino que le debia tambien la convalescencia y la salud; no solamente le debia el desarrollo de su facultad de pensar, sino que le era deudor igualmente de la vida. Y como se adora á los que nos lo deben todo, Cimourdain adoraba á este niño.

Habia llegado, sin embargo, la natural separacion en la vida. Concluida la educacion, Cimourdain habia tenido que separarse del niño convertido ya en hombre. ¡ Con qué fria é inconsciente crueldad se verifican esas separaciones ! ; con qué tranquilidad las familias despiden al preceptor que deja su pensamiento en un niño, y á la nodriza que le deja sus entrañas ! Cimourdain, pagado y despedido, habia salido de la sociedad elevada y vuelto á entrar en la sociedad humilde; la puerta divisoria entre los grandes y los pequeños se habia vuelto á cerrar; el jóven señor, oficial por derecho de nacimiento y nombrado de un golpe capitán, habia marchado para una guarnicion cualquiera; el humilde preceptor, ya clérigo rebelde en el fondo de su corazon, se habia apresurado á bajar el oscuro entresuelo de la iglesia que se llama el bajo cléro; y Cimourdain habia perdido de vista á su discípulo.

Al advenimiento de la Revolucion, el recuerdo de aquel ser, del cual habia hecho un hombre, continuó latente en él, oculto pero no extinguido, por la inmensidad de las cosas públicas.

Modelar una estatua y darle la vida es grande; pero modelar una inteligencia y darle la verdad es más grande todavia. Cimourdain era el Pigmalion de una alma.

Un espíritu puede tener un hijo.

Aquel alumno, aquel niño, aquel huérfano, era el único ser á quien Cimourdain amaba sobre la tierra.

Pero aun en tal afecto; ¿ era aquel hombre vulnerable ?

Vamos á verlo.

## LIBRO SEGUNDO.

### LA TABERNA DE LA CALLE DEL PAVO-REAL.

#### I.

#### MINOS, EACO Y RADAMENTO.

Habia en la calle del Pavo-real una taberna que se llamaba café, y tenia una habitación retirada, que hoy es histórica. Allí se encontraban á veces, en entrevista casi secreta, hombres tan poderosos y tan vigilados, que no se atrevian á hablar en público. Allí se habia dado y recibido el 23 de Octubre de 1792 un beso célebre entre la Montaña y la Gironda. Allí era donde Garat, aunque no lo dice en sus memorias, habia ido á recibir noticias durante aquella noche lúgubre en que despues de haber

puesto á Claviere en un lugar seguro de la calle de Beaune, detuvo su coche en el Puente Real para escuchar el toque de rebato.

En 28 de Junio de 1793, tres hombres estaban reunidos al rededor de una mesa en aquella sala. Sus sillas no se tocaban; estaban sentados cada uno á uno de los lados de la mesa, dejando vacío el cuarto. Eran las ocho de la tarde; habia claridad aun en la calle, pero era de noche en aquella sala; y un quinqué pendiente del techo, lujo en aquella época, iluminaba la mesa.

El primero de estos tres hombres era pálido, jóven, de aspecto grave, con labios delgados y mirada fria; tenia en la mejilla un tic nervioso que debia incomodarle para sonreir. Llevaba la cabeza empolvada, las manos cubiertas de guantes, la casaca cepillada y abotonada; aquella casaca de color azul claro no hacia ni un pliegue. Llevaba ademas calzones de mahon, medias blancas, corbata alta, guirindola de menudos pliegues y zapatos con hebillas de plata. Los otros dos eran, el uno una especie de gigante y el otro una especie de enano. El primero, embutido en una gran casaca de paño escarlata, el cuello holgando en una corbata desanudada cuyas puntas caian más abajo de la guirindola la chupa abierta con botones arrancados, llevaba botas de campanas y tenia los cabellos erizados aunque se veia en ellos un resto de peinado y de adorno; habia algo de crin en su cabellera. Era pecoso de viruelas; tenia una arruga entre las cejas que denotaba ser hombre colérico: el pliegue de la bondad en la comisura de los labios; estos espesos; los dientes grandes; puños de mozo de cordel; mirada brillante. El enano era un hombre amarillo, que sentado parecia deforme; tenia la cabeza inclinada hácia atras, los ojos inyectados de sangre, lividez en el rostro, un pañuelo anudado sobre sus cabellos grasientos y lacios, poca frente, boca enorme y terrible. Vestia pantalon\* babuchas, un chaleco que parecia haber sido de raso blanco, y encima un ropon entre cuyos pliegues una línea dura y recta dejaba adivinar la forma de un puñal.

El primero de aquellos hombres se llamaba Robespierre, el segundo Danton y el tercero Marat.

Estaban solos en aquella habitacion. Habia delante de Danton un vaso y una botella de vino cubierta de polvo, recordando la botella de cerveza de Lutero; delante de Marat una taza de café, y delante de Robespierre papeles.

Al lado de aquellos papeles se veia uno de esos tinteros de plomo, redondos y estriados que recuerdan los que eran estudiantes al principio de este siglo. Al lado del escritorio habia una pluma y sobre los papeles un grueso sello de cobre en el cual se leia *Palloy fecit* y que figuraba un pequeño modelo de la Bastilla.

Un mapa de Francia estaba extendido en medio de la mesa.

A la puerta y fuera de la sala estaba el perro de presa de Marat, aquel Lorenzo Basse, comisionista ó mozo de recados del número 18 de la calle de los Franciscanos, que el 13 de Julio, como unos quince dias despues de aquel 28 de Junio, debia descargar un silletazo sobre la cabeza de una mujer llamada Carlota Corday, la cual en el momento de que ahora hablamos se hallaba en Caen, sumergida en vagos ensueños. Lorenzo Basse era el portador de las pruebas del *Amigo del pueblo*; y aquella tarde, llevado por su amo al café de la calle del Pavo-real, tenia la consigna de permanecer á la puerta de la sala en que estaban Marat, Danton y Robespierre, y de no dejar entrar á nadie, á no ser que se presentara algun individuo de la Comision de salvacion pública, del Municipio ó del Obispado.

Robespierre no queria cerrar la puerta de Sain-Just; Danton no queria cerrársela á Pache, ni Marat á Guzman.

Hacia ya largo tiempo que duraba la conferencia, la cual era referente al contenido de los papeles que estaban sobre la mesa, y cuya lectura habia hecho Robespierre. Comenzaban á levantarse las voces, y la cólera tronaba en el alma de aquellos tres hombres. Desde afuera se oian de cuando en cuando algunas frases pronunciadas en voz más alta que las otras. En aquella época la costumbre de los tribunales públicos parecia haber creado el derecho de escuchar. Era el tiempo en que el expe-

dicionario Fabricio París miraba por el agujero de la cerradura lo que hacia la Comision de salvacion pública; lo cual dicho sea de paso no fué inútil, porque aquel París advirtió á Danton lo que pasaba en la noche del 30 al 31 de Marzo de 1794. Lorenzo Basse habia aplicado el oido á la puerta de la sala retirada donde estaban Danton, Marat y Robespierre. Lorenzo Basse servia á Marat, pero pertenecia á la reunion del Obispado.

## II.

## MAGNA TESTANTUR VOCE PER UMBRAS.

Danton acababa de levantarse despues de hacer retroceder con violento impulso la silla.

—Escuchad, exclamó. No hay más que un asunto urgente, el de la república que está en peligro; no conozco más que una cosa importante, librar á la Francia del enemigo. Para esto todos los medios son buenos, todos, todos. Cuando estoy amenazado de toda clase de peligros, acudo á toda clase de recursos, y cuando todo lo temo, lo arrostro todo. Mi pensamiento es un leon; no entiendo de recursos á medias, no entiendo de hipocresía en revolucion; Nemesis no es la diosa de la gazmoñería; seamos espantosos y útiles; ¿por ventura el elefante mira donde pone el pié? Aplastemos al enemigo.

Robespierre respondió con voz suave.

—Estoy de acuerdo.

Y añadió:

—La cuestion es saber dónde está el enemigo.

—Está fuera de Francia, de donde yo le he expulsado, dijo

Danton.

—Está dentro, y yo le vigilo, dijo Robespierre,

—Y yo le expulsaré otra vez, respondió Danton.

—No se expulsa al enemigo interior.

—¿Entonces qué se hace?

—Se aniquila.

—Convengo en ello, dijo á su vez Danton.

Y añadió:

—Pero digo que está fuera, Robespierre.

—Danton, digo que está dentro.

—Robespierre, está en la frontera.

—Danton, está en la Vendée.

—Calmaos, dijo una tercera voz, está en todas partes, y vosotros estais perdidos.

Era Marat quien hablaba.

Robespierre miró á Marat y respondió tranquilamente:

—Dejémosno de generalidades; yo trato de hechos concretos, y esos hechôs aquí están.

—¡Pedante! murmuró Marat.

Robespierre puso la mano en los papeles que estaban delante de él, y continuó:

—Acabo de leeros las comunicaciones de Prieur del Marne, y tambien os he comunicado los datos que he recibido por ese Gelambre. Danton, la guerra extranjera no es nada; la guerra civil lo es todo. La guerra extranjera es una desolladura en el codo; la guerra civil es la úlcera que corroe las entrañas. De todo lo que acabo de leeros resulta que la Vendée, hasta hoy diseminada entre muchos jefes, se halla á punto de reconcentrarse, y va á tener un capitán único.

—Un faccioso central, murmuró Danton.

—Es, prosiguió Robespierre, el hombre que desembarcó cerca de Pontorson el 2 de Junio. Habeis visto de lo que es capaz; observad que ese desembarco coincide con la prision de los representantes en mision, Prieur, en La Costa de Oro, Romme en Bayeux, por ese distrito traidor de Calvados, el 2 de Junio, es decir, en el mismo dia.

—Y su traslacion al castillo de Caen, dijo Danton. Robespierre añadió:

—Continúo resumiendo los partes: la guerra de montaña se organiza en vasta escala. Al mismo tiempo se prepara un desembarco inglés; vendeanos é ingleses son Bretaña y Bretaña; los hurones de Finisterre hablan la misma lengua que los topinambos del Cornwall. Os he presentado una carta interceptada de Puisaye, donde se dice que veinte mil casacas rojas distribuidas entre los insurrectos harán que se levanten cien mil. Cuando la insurreccion de los paisanos sea completa, se hará el desembarco de tropas inglesas. Ved aquí el plan; podéis seguirle en el mapa. Robespierre puso el dedo sobre la carta y prosiguió:

Los ingleses tienen la eleccion del punto de desembarco desde Cancala á Paimpol. Craig preferiria la bahía de Saint-Brieuc, Cornwallis la bahía de Saint-Cast, pero este es un detalle de poca importancia. La orilla izquierda del Loira está defendida por el ejército vendeano rebelde; y respecto de las veinte y ocho leguas que tenemos al descubierto entre Ancenis y Pontorson, cuarenta parroquias norman las han prometido su cooperacion. El desembarco se hará en tres puntos; Plerin, Inffiniac y Ple-neuf á Lamballe. El segundo dia llegarán á Dinan, donde hay novecientos prisioneros ingleses, y ocuparán al mismo tiempo á Saint Jouan y á Saint Méen, donde dejarán caballería. El tercer dia dos columnas se dirigirán una de Jouan sobre Bedée, la otra desde Didan sobre Becherel, que es una fortaleza natural, donde se establecerán dos baterías. Al cuarto dia estarán en Rennes, que es la llave de la Bretaña, porque el que tiene á Rennes la tiene toda; y una vez tomada Rennes, caerán Chateaufneuf y Saint Malo. En Rennes hay un millon de cartuchos y cincuenta piezas de artillería de campaña.

—De las cuales se apoderarian, murmuró Danton.

Robespierre continuó:

—Voy á terminar. De Rennes saldrán tres columnas, la una sobre Fougeres, la otra sobre Vitré y la otra sobre Redon. Como los puentes están cortados, los enemigos, y ya habeis visto precisado este hecho, se proveerán de pontones y de maderos y tendrán guías que les llevarán por los puntos vadeables para la



caballería. De Fougères, como centro de operaciones, saldrán columnas sobre Aranches; de Redon sobre Ancenis; de Vitré sobre Laval. Nantes se rendirá; Brest se rendirá, Redon proporciona la posesión de todo el curso del Vilaine; Fougères la del camino de Normandía; Vitré la del camino de París. En quince días habrá un ejército faccioso de trescientos mil hombres, y toda la Bretaña habrá proclamado al rey de Francia.

—Es decir, al rey de Inglaterra, dijo Danton.

—No, al rey de Francia.

Robespierre añadió:

—El rey de Francia es peor; bastan quince días para expulsar al extranjero; pero se necesitan mil ochocientos años para eliminar la monarquía.

Danton, que se había vuelto á sentar, puso los codos sobre la mesa y la cabeza entre las manos, pensativo.

—Ya veis el peligro, dijo Robespierre: Vitré da á los ingleses el camino de París.

Danton levantó la cabeza y bajó sus dos manos gruesas crispadas sobre el mapa como sobre un yunque.

—Robespierre dijo, ¿por ventura Verdun no entregaba el camino de París á los prusianos?

—¡Y qué!

—Que arrojaremos á los ingleses de Francia como hemos arrojado á los prusianos

Y Danton se levantó de nuevo.

Robespierre puso la mano fría sobre el puño febril de Danton.

—Danton; la Champaña no estaba por los prusianos y la Breaña está por los ingleses. Recobrar á Verdun era hacer la guerra al extranjero; recobrar á Vitré será la guerra civil.

Y Robespierre murmuró con acento frío y profundo:

—La diferencia es grave

Y añadió:

—Sentaos, Danton, y mirad la carta en lugar de darle de puñetazos.

Pero Danton estaba absorto en su pensamiento.

—¡Esto es grande! exclamó, ¡ver la catástrofe al Occidente

cuando se presenta por el Oriente! Robespierre, concedo que Inglaterra se levante sobre el Océano; pero la España asoma por los Pirineos, la Italia por los Alpes y la Alemania por el Rhin, miéntras en el fondo se muestra el grande oso de la Rusia. Robespierre, el peligro es un círculo dentro del cual estamos nosotros: en el exterior la coalicion; en el interior la traicion; al Mediodia Servant entreabre la puerta de Francia al rey de España; al Norte Dumouriez se pasa al enemigo, aunque por otra parte estando entre nosotros más bien ha amenazado á París que á la Holanda, Nerwinde borra las glorias de Jemmapes y de Valmy. El filósofo Rabaust Saint Etienne, traidor como protestante que es, está en correspondencia con el cortesano Montesquieu. El ejército se encuentra diezmado, sin que haya un batallon que pase de cuatrocientos hombres; el valiente regimiento de Deux-Ponts está reducido á ciento cincuenta hombres; el campamento de Pamars se ha entregado; no quedan ya á Givet más que quinientos sacos de harina; retrocedamos sobre Landau; Wurmser persigue á Kleber; Maguncia sucumbe valientemente, Condé cobardemente, Valenciennes tambien: lo cual impide que Chancel defendiendo á Valenciennes y el viejo Feraud defendiendo á Condé sean tan héroes como Meunier que defendió á Maguncia. Pero todos los demas nos hacen traicion: Dharville en Aquisgram, Mouton en Bruselas, Valence en Breda, Neuilly en Limburgo, Miranda en Maestricht. Stengel es un traidor, Lanoue es un traidor; Ligonnier, Menou, Dillon son traidores; asquerosa moneda de Dumouriez. Es preciso hacer ejemplares; las contramarchas de Custine me son sospechosas; me parece que Custine prefiere la toma lucrativa de Francfort á la toma útil de Coblenza. Francfort puede pagar ciertamente cuatro millones de contribucion de guerra; pero ¿qué es eso en comparacion de la ventaja de aplastar aquel nido de emigrados? ¡Traicion! ¡traicion! repito. Meunier ha muerto el 13 de Junio; ya está Kleber solo; y entre tanto Brunswick aumenta sus fuerzas y avanza enarbolando la bandera alemana en todas las plazas francesas que toma. El margrave de Bradneburgo es hoy el árbitro de Europa; se mete en el bolsillo nuestras provincias,

y ya véreis como se adjudica la Bélgica. No parece sino que trabajamos para Berlin; y si esto continúa, si no ponemos orden, la revolucion francesa se habrá hecho en beneficio de Potsdam; habrá tenido por único resultado engrandecer los pequeños Estados de Federico II y habremos muerto al rey de Francia en beneficio del rey de Prusia: esto es, como vulgarmente se dice, habremos trabajado para el obispo.

Y Danton, terrible, soltó una carcajada.

La risa de Danton hizo sonreír á Marat.

—Cada uno, dijo, teneis vuestro coco; para vos Danton es la Prusia; para vos Robespierre es la Vendée; yo voy á deciros concretamente mi opinion. Vosotros no veis el verdadero peligro; y el verdadero peligro está en los cafés y en los garitos. El café de Choiseul es jacobino; el café de Patin es realista; el café de la Cita ataca á la guardia nacional; el Café de la Puerta de San Martin la defiende; el café de la Regencia está contra Brissot; el café Coratza en su favor; el café Procope jura por Diderot; el café del Teatro Frances jura por Voltaire; en la Ronda se rasgan los asignados; los cafés del barrio de San Marcelo se enfurecen; el café de Manouri agita la cuestion de las harinas; en el café de Foy ruido y borracheras; en el Pórtico zumbido de los tunos de la Bolsa. Estos son los peligros sérios.

Danton no se reia ya; Marat continuaba sonriéndose: sonrisa de enano, peor que la risa de un coloso.

—; Os burlais Marat! gritó Danton.

Marat experimentó aquel movimiento de caderas que era célebre. Su sonrisa habia desaparecido.

—; Ah! siempre sois el mismo, cuidado Danton. Sois aquel que en plena convencion me llamó “el tal Marat.” Escuchad: os perdono porque atravesamos una época de imbecilidad. ; Ah! ;decis que me burlo? En efecto, ;quien soy yo? Yo he denunciado á Chazot, he denunciado á Petion, á Kersaint, á Moreton, á Dufriche-Valancé, á Légonnier, á Menou, á Banneville, á Gensonné, á Biron, á Lidon y Chambon: ;los he denunciado injustamente? Yo huelo la traicion en el traidor y encuentro útil denunciar al criminal ántes que ejecutar el crimen. Tengo

por costumbre decir la vispera lo que vos aguardais á decir al dia siguiente. Soy el que propuso á la Asamblea un plan completo de legislacion criminal. ¿Que he hecho hasta ahora? He pedido que se instruya á las secciones para disciplinarlas en la doctrina de la revolucion; he hecho levantar los sellos de treinta y dos expedientes; he reclamado los diamantes depositados en manos de Roland; he probado que los Brisotistas habian dado á la comision de seguridad general autos de prision en blanco; he señalado las omisiones del informe de Lindet sobre los crímenes de Capeto; he votado el suplicio del tirano en el término de veinticuatro horas; he defendido á los batallones llamados el Mauconseil y el Republicano; he impedido la lectura de la carta de Narbonne y de Malouet; he presentado una proposicion en favor de los soldados heridos; he hecho suprimir la comision de los seis; he previsto en el asunto de Mons la traicion de Dumouriez; he pedido que se tomasen en rehenes cien mil parientes de emigrados por los comisarios entregados al enemigo; he propuesto que se declare traidor á todo representante que pase las barreras de Paris; he desenmascarado la faccion rolandista en los desórdenes de Marsella; he insistido para que se pusiese á precio la cabeza de Igualdad, hijo; he defendido á Bouchotte; he pedido la votacion nominal para arrojar á Isnard de la presidencia; he hecho declarar que los parisienses han merecido bien de la patria; por eso Louvet me llama polichinela; por eso el Finisterre pide que me expulsen, la ciudad de Loudun solicita me destierran, y la de Amiens que me pongan un bozal; por eso Coburgo quiere que me prendan y Leccintre-Puiraveau propone á la Convencion que me declare loco. ¡Oh ciudadano Danton! ¿porqué me habeis hecho venir á vuestro conciliábulo sino es para pedirme mi parecer? ¿Por ventura os he pedido yo esta cita? Lejos de eso; no me gustan de modo alguno las conferencias privadas con gentes contrarrevolucionarias como sois Robespierre y vos. Por lo demas, no me habeis entendido y yo debia esperar que así sucediese, ni vos ni Robespierre, ni Robespierre ni vos. ¿No hay aquí ningún hombre de Estado?

¿Habrá que enseñaros á deletrear el arte política? Habrá que poner los puntos sobre las *ii*? Lo que os he dicho queria decir lo siguiente: os engañais los dos; el peligro no está en Londres, como cree Robespierre, ni en Berlin como cree Danton; está en París; está en la falta de unidad, en el derrocho con que cada uno se cree de tirar por su lado, empezando por vosotros dos, en la trituracion de los talentos, en la anarquía de las voluntades.

—¡La anarquía! interumpió Danton ¿quien la produce, sino vos?

Marat continuó sin detenerse:

—Robespierre, Danton, el peligro está en esa multitud de cafés, en esa porcion de garitos y de clubs, club de los Negros, club de los Federados, club de las Damas, club de los Imparciales, fundado en tiempo de Clermont-Tonnerrey y que ha sido el club monárquico de 1790; círculo social imagidado por el clérigo Claudio Fauchet: club de los gorros de lana, fundado por el gacetista Prudhomme etc.; sin contar vuestro club de los Jacobinos, Robespierre y vuestro club de los Franciscanos, Danton. El peligro está en el hambre que ha hecho que el portasacos Blin cuelgue de un farol del Ayuntamiento al panadero del mercado Palu, Francisco Denis; y en la justicia que ha ahorcado al portasacos Brin por haber ahorcado al panadero Denis. El peligro está en el papel moneda que se encuentra despreciado; como lo prueba que en la calle del Temple un asignado de cien francos cayó al suelo y pasando por allí un hombre del pueblo dijo: *no vale la pena de recogerlo*. El peligro está en los agiotistas y monopolizadores. ¿Gran cosa haber enarbolado la bandera negra en el Ayuntamiento! No basta haber preso al baron de Trenck; hay que retorcer el cuello á ese viejo intrigante de las cárceles. ¿Creeis no tener ya más que hacer porque el presidente de la Convencion haya puesto una corona cívica sobre la cabeza de Laberteche, que recibió cuarenta y un sablazos en Jemmapes y del cual Chenier se ha hecho el trompetero? ¿Comedias y farsas! ¿Ah! no mirais á París. ¿Ah! bus

caís el peligro lejos, cuando está cerca. ¿De qué os sirve vuestra policía, Robespierre? Porque teneis vuestros espías; Payan en el Municipio, Coffinhal, en el Tribunal revolucionario; David, en la Junta de seguridad general; Couthon en la de salvacion pública. Ya veis que estoy bien informado. Pues sabed lo que voy á deciros: el peligro está sobre vuestras cabezas; el peligro está bajo vuestros piés; se conspira, se conspira, se conspira; los que pasan por las calles se leen unos á otros los periódicos y se hacen signos de cabeza; seis mil hombres sin carta de civismo, emigrados que han vuelto, petimetres y tunantes, están ocultos en las cuevas y en los graneros y las galerías de madera del Palais-Royal; se forma cola á las puertas de las tahona, las mujeres en los portales cruzan las manos y dicen: ¿cuando tendremos paz? En vano, para estar entre los vuestros, vais á encerraros á la sala del Consejo Ejecutivo: se sabe todo lo que allí decís; y la prueba, Robespierre, es que ayer por la noche dijísteis á Sain-Just estas palabras: "Barbaroux principia á echar tripa lo que le vá á molestar mucho en la fuga." Si, el peligro está en todas partes y especialmente en el centro. En París los ex-nobles conspiran, los patriotas van descalzos; los aristócratas, presos el 9 de Marzo, están ya en libertad; los caballos de lujo, que deberion haber sido enganchados en la artillería y enviados á la frontera, nos llenan de lodo por las calles; el pan de cuatro libras vale tres francos y doce sueldos; los teatros representan piezas impuras, y Robespierre hará guillotinar á Danton.

—¡Bah! dijo Danton.

Robespierre miraba atentamente el mapa.

—Lo que necesitamos, gritó bruscamente Marat, es un dictador. Robespierre ya sabeis que quiero un dictador.

Robespierre levantó la cabeza:

—Ya lo sé, Marat, vos ó yo.

—Yo ó vos, dijo Marat.

Danton murmuró entre dientes.

—¡La dictadura! Proclamadla si os atreveis.

Marat vió el fruncimiento de cejas de Danton.

—Vamos, replicó, hagamos un último esfuerzo y pongámonos de acuerdo, porque la situación vale la pena de hacer algún sacrificio. ¿No nos pusimos ya de acuerdo para los sucesos del 31 de Mayo? La cuestión de la unidad de acción es más grave todavía que el girondinismo, que es una cuestión secundaria. Hay algo de verdad en lo que decís; pero la verdad, la verdad verdadera, es lo que yo digo. Al Sur tenemos al federalismo; al Oeste, el realismo; en París el duelo entre la Convención y el Municipio; en las fronteras la retirada de Custine y la traición de Dumouriez. ¿Qué significa todo eso? La desmembración. ¿Qué necesitamos? La unidad. Ahí está la salvación; pero apremiémonos; es preciso que París tome el gobierno de la Revolución. Si perdemos una hora, mañana los vendeanos pueden estar en Orleans y los prusianos en París. Os lo concedo, Danton, os lo concedo, Robespierre; es verdad. Pues bien, de aquí se deduce la necesidad de la dictadura. Tomemos la dictadura; entre nosotros tres representamos la República, somos las tres cabezas del Cervero; de estas tres cabezas, la una habla y sois vos, Robespierre; la otra ruge, y sois vos Danton.

—La otra muere, dijo Danton, y sois vos Marat.

—Las tres muerden, dijo Robespierre.

Hubo un momento de silencio; después prosiguió el diálogo con sacudidas sinistras.

—Escuchad, Marat; antes de casarse, es preciso conocerse. ¿Cómo habeis sabido lo que yo dije ayer á Saint-Just?

—Esa es cuenta mia, Robespierre.

—¡ Marat !

—Mi deber es ilustrarme, tomar notas y de ello no tengo que dar cuenta á nadie,

—¡ Marat !

—Me gusta saber.

¡ Marat !

—Robespierre, yo sé lo que decís á Saint-Just como sé lo que Danton dice á Lacroix; como sé lo que pasa en el muelle de los Teatinos, en el hotel de Labriffe, refugio á donde acuden todas las ninfas de la emigración; como sé lo que pasa en la casa de

Thillers cerca de Gonesse que es en Valmerange, el antiguo administrador de correos, á donde iban ántes Maury y Cazales, á donde han ido despues Sieyes y Vergniaud, y á donde ahora van muchos una vez por semana.

Al pronunciar éste muchos, Marat miró á Danton.

Danton exclamó:

—Si yo tuviera dos dedos de poder, sucederia al 3o de terrible.

Marat prosiguió:

—Sé lo que vos decis, Robespierre, como sé lo que pasaba en la torre del Temple cuando cebaban á Luis XVI, tanto que solamente en el mes de Septiembre, el lobo, la loba y los lobeznos se comieron ochenta y seis cestas de melocotones, miéntras el pueblo se moria de hambre. Yo sé todo eso, como sé que Roland estuvo oculto en un aposento que daba á un corral de la calle de la Harpe; como sé que seiscientas picas de las del 14 de Julio fueron fabricadas per Faure, cerrajero del duque de Orleans, como sé lo que se hace en casa de la Saint-Hilaire, querida de Sillery. En los dias de baile el vie o Sillery en persona frota con gre 'a las baldosas del salon amarillo de la calle Neuve-des-Mathurins; allí comian ántes Buzot y Kersaint; allí comió Saladin el 27, ¿y con quien, Robespierre? Con vuestro amigo Lasource.

—¡ Habladurías ! murmuró Robespierre; Lasource no es amigo mio.

Y añadió pensativo:

—Entre tanto hay en Lónd es diez y ocho fábricas de asignados falsos.

Marat con'inuó con voz tranquila, pero con un ligero temblor que era espantoso:

—Vosotros formais la faccion de los importantes. Sí, lo sé todo, á pesar de lo que Saint-Just llama el *silencio de Estado*.

Marat recalcó estas palabras mirando á Robespierre; y prosiguió.

—Sé lo que se dice á vuestra mesa los dias en que Lebas convida á David á comer la sopa hecha por su prometida Isabel



Duplay, vuestra fu'ura cuñada, Robespierre. Yo soy el ojo enorme del pueblo, y desde el fondo e mi cueva miro. Sí, miro y veo, y oigo y sé. Las cosas pequeñas os bastan; os admirais de vosotros mismos; Robespierre se hace contemplar por su madama de Chalabre la hija de aquel marqués de Calabre que jugó la partida de whist con Luis XVI el dia de la ejecución de Damiens. Sí, todos llevais erguida la cabeza; Saint-Just vive dentro de su corbata; Legendre es correcto; levita nueva, chaleco blanco, y una guirindola para hacer olvidar su delantal; Robespierre se imagina que la historia quer á saber que llevaba una levita color de aceituna en la Constituyente, y una casaca azul en la Convencion: Tiene su retrato en todas las paredes de su cuarto.

Robespierre interrumpió á Marat, con voz más tranquila aun que la de este último.

—Y vos, Marat, teneis el vuestro en todos los lupanares.

Así continuaron en tono de una conversacion familiar aquel diálogo, cuya lentitud era tanto mayor cuanto mayor era la violencia de las réplicas y de las respuestas, y en el cual las amenazas iban envueltas en la ironía.

—Robespierre, habeis llamado *Quijotes del género humano* á los que quieren la caída de los tronos.

—Y vos, Marat, despues del 4 de Agosto, en vuestro número 559 del *Amigo del pueblo* (he conservado el número porque es útil), habeis pedido que se devuelvan sus títulos á los nobles, diciendo: *Un duque es siempre un duque.*

—Robespierre, en la sesion del 7 de Diciembre habeis defendido á la Roland contra Viard.

—Lo mismo que mi hermano os defenció á vos, Marat, cuando os atacaron los jacobinos, ¿Qué prueba eso? Nada.

—Robespierre conocemos el gabinete de las Tullerías donde habeis dicho á Garat: *Estoy cansado de la Revolucion.*

—Marat, aquí en esta taberna es donde el 29 de Octubre abrazásteis á Barbaroux,

—Robespierre, habeis dicho á Buzot: *La República!* ¿Qué cosa es la República?

—Marat, en esta taberna habeis convidado á almorzar á tres marseleses por compañía.

—Robespierre, os haceis escoltar por un maton del mercado, armado de un g rrote.

—Y vos, Marat, la víspera del 10 de Agosto habeis suplicado á Buzot que os ayudase á ir á Marsella disfrazado de lacayo.

—Durante las justicias de Septiembre os habeis ocultado, Robespierre.

—Y vos, Marat, os habeis mostrado en público.

—Robespierre, habeis arrojado al suelo el gorro colorado.

—Sí, cuando se le ponía un traidor. lo que adorna á Dumouriez, mancha á Robespierre.

—Robespierre, durante el desfile de los soldados de Chateaufvieux no habeis querido cubrir con un velo la cabeza de Luis XVI.

—He hecho más que cubirla con un velo; se la he cortado.

Danton intervino, pero como el aceite interviene en el fuego.

—Robespierre, Marat, dijo, calmaos.

Marat no gustaba nunca de ser nombrado en segundo lugar. Volvióse hácia Danton y dijo:

—¿Quién le mete en esto á Danton?

Danton dió un salto sobre su asiento.

—¿Quién me mete á mí en esto? Que no debe haber fratricidios; que no debe haber lucha entre dos hombres que sirven al pueblo; que basta la guerra extranjera; que basta la guerra civil, y que sería ya demasiado tener la guerra doméstica; que soy yo quien ha hecho la Revolucion y no quiero que nadie la deshaga. Por eso intervengo en vuestra disputa.

Marat respondió sin levantar la voz.

—Tratad primero de rendir cuentas.

—¡Cuentas! gritó Danton, id á pedir las á los desfiladeros de la Argonne, á la Champaña libertada, á la Bélgica conquistada, á los ejércitos donde he estado cuatro veces ofreciendo mi pecho á la metralla; id á pedirla á la plaza de la Revolucion, al patíbulo del 21 de Enero, al trono echado por tierra, á la guillotina, esa viuda.....

Marat interrumpió á Danton.

—La guillotina es una virgen; el que se echa sobre ella no la fecunda.

—¿Qué sabeis vos? replicó Danton; yo la fecundaré.

—Verémos, dijo Marat.

Y se sonrió.

Danton vió aquella sonrisa.

—Marat, gritó, vos sois el hombre que se oculta mientras yo soy el hombre que se manifiesta á la luz del sol y á todos vientos. Aborrezco la vida reptil; no me conviene ser cucaracha; vos habitais una cueva, mientras yo vivo en la calle; vos no os comunicais con nadie, y yo me dejo ver de todo el que pasa y quiere hablarme.

—Gallardo jóven, ¿quereis subir á mi casa? mumuró Marat.

Y cesando de sonreirse replicó con acento perentorio.

—Danton, rendid cuentas de los treinta y tres mil escudos en dinero contante que Montmorin os pagó á nombre del rey bajo pretexto de indemnizaros de la pérdida de vuestro destino de procurador en el Chatelet.

—He sido de los del 14 de Julio, dijo Danton con altivez.

—¿Y el guarda muebles? ¿Y los diamantes de la corona?

—He sido de los del 6 de Octubre.

—¿Y los robos de vuestro *alter ego* Lacroix, en Bélgica?

—He sido de los del 20 de Junio.

—¿Y los préstamos hechos a la Montansier?

—Yo he excitado al pueblo cuando la vuelta de Varennes.

—¿Y el teatro de la ópera que se está edificando con el dinero que vos suministráis?

—Yo he armado á las secciones de París.

—¿Y las cien mil libras de fondos secretos del ministerio de justicia?

—Yo he hecho el 16 de Agosto.

—¿Y los dos millones de gastos secretos de la Asamblea, cuya cuarta parte la habeis tomado vos?

—He detenido al enemigo en su marcha, y he cerrado el paso á los reyes coaligados.

—¡Prostituta! dijo Marat.)

Danton se levantó espantoso.

—Sí, gritó, soy una mujer pública; he vendido mi cuerpo, pero he salvado al mundo.

Robespierre se había puesto á roerse las uñas. No podia reir ni sonreír: no tenia la risa relámpago de Danton, ni la sonrisa punzante de Marat.

Danton añadió:

—Soy como el Oceano; tengo mi flujo: en la baja mar se ven mis escollos; en la mar alta se ven mis olas.

—Vuestra espuma, dijo Marat.

—Mi tempestad, exclamó Danton.

Al mismo tiempo que Danton se había levantado Marat, y entonces estalló su cólera: la culebra se convirtió súbitamente en dragon.

—¡ Ah ! gritó, ¡ ah ! Robespierre, ¡ ah ! Danton, ¡ no quereis oírme ! Pues bien, os lo digo, estais perdidos. Vuestra política os lleva á un callejon sin salida, á la imposibilidad de ir más lejos; á hacer cosas que os cierran todas las puertas, excepto la del sepulcro.

—Esa es nuestra grandeza, dijo Danton encogiéndose de hombros.

Marat continuó:

—Ten cuidado Danton: Vergniaud tambien tiene la boca grande, los labios espesos y frunce el entrecejo cuando está colérico; Vergniaud es tambien pecoso de viruelas como Mirabeau y como tú: pero eso no ha impedido la ocurrencia del 31 de Mayo. Ah ! te encoges de hombros; algunas veces el encogerse de hombros produce la caida de la cabeza. Danton, no tengo reparo en decírtelo: tu gruesa voz, tu corbata floja, tus botas altas, tus cenas de confianza, tus grandes bolsillos, todo eso corresponde á Luisita.

Luisita era el nombre de amistad que Marat daba á la guillotina.

Y prosiguió:

—En cuanto á tí, Robespierre, eres un moderado, pero no te servirá de nada. Anda, empólvate, péinate, cepíllate, haz el fraute, ten muchas camisas, preséntate arreglado, atildado, plan-

chado, peinado; no por eso dejarás de ir á la plaza de Grève. Lee la declaracion de Brunswick; no dejarás por eso de ser tratado como el rejcida Damiens; ponte ahora de veinticinco alfileres, mientras llegue la época de que te pongan entre cuatro caballos.

—¡Eco de Coblenza!, dijo Robespierre entre dientes.

—Robespierre, no soy el eco de nada y soy el grito de todo. ¡Ah! vosotros sois jóvenes. ¿Qué edad tendrá Danton! Treinta y cuatro años. ¿Y tú Robespierre? ¿treinta y tres? Pues bien, yo he vivido siempre; yo soy el antiguo paciente humano; y tengo seis mil años.

—Es verdad, replicó Danton; desde hace seis mil años Cain se ha conservado encerrado en su odio, como el sapo encerrado en su piedra; la piedra se rompe, el sapo salta entre los hombres y es Marat.

—¡Danton! gritó Marat; y un resplandor lívido apareció en sus ojos.

—Y bien qué? dijo Danton.

Así hablaban aquellos tres hombres formidables. Disputa de tres nos.

### III.

#### ESTREMECIMIENTO DE FIBRAS PROFUNDAS.

El diálogo tuvo un momento de reposo, y aquellos titanes volvieron á abstraerse cada uno en su pensamiento.

Los leones temen á las hidras: Robespierre se habia puesto muy pálido y Danton muy colorado: ambos se habian estremecido. El relámpago que habia animado las pupilas leonadas de Marat habíase extinguido; y la calma, una calma imperiosa, ha-

bia vuelto á reinar en el semblante de aquel hombre, temido de los temibles.

Danton se sentia vencido, pero no queria rendirse; y renovada la conversacion dijo:

—Marat habla muy alto de dictadura y de unidad, pero no tiene más poder que el de disolver.

Robespierre, separando sus labios estrechos que tenia apretados uno contra otro, añadió:

—Yo soy de la opinion de Anacarsis Cloots, y que dijo: Ni Roland, ni Marat.

—Y yo, respondió Marat, digo: Ni Danton, ni Robespierre.

Miró á los dos fijamente y añadió:

—Permitidme daros un consejo, Danton: estais enamorado; pensais en volveros á casar; no os mezcleis más en política y hareis muy bien.

Y retrocediendo hácia la puerta para salir, les hizo este saludo siniestro:

—Adios para siempre, señores.

Danton y Robespierre se estremecieron.

En aquel momento se levantó una voz en el fondo de la sala, y dijo:

—No tienes razon, Marat.

Todos se volvieron. Durante la explosion de Marat, y sin que ninguno de ellos lo advirtiese, habia entrado una persona por la puerta del fondo.

—¡Eres tú, ciudadano Cimourdain! le dijo Marat: buenas tardes.

Era en efecto Cimourdain.

—Digo que no tienes razon, M rat.

Marat se puso verde, que era su manera de ponerse pálido, Cimourdain añadió:

—Tú eres útil, pero Robespierre y Danton son necesarios. ¿Por qué amenazarlos? ¡Union, ciudadanos! el pueblo quiere que esteis unidos.

Esta entrada hizo el efecto de un chorro de agua fria, y como la llegada de un estraño en una disputa entre casados, apaciguó,

si no en el fondo, á lo ménos la superficie.

Cimourdain se adelantó hácia la mesa. Danton y Robespierre le conocian por haber observado muchas veces en las tribunas públicas de la Convencion á aquel hombre poderoso, á quien el pueblo saludaba. Robespierre, sin embargo, que era formalista, preguntó:

—Ciudadano, ¿ cómo habeis entrado aquí ?

—Es del Obispado, respondió Marat, con voz en que se echaba de ver cierta especie de sumision.

Marat desafiaba á la Convencion, dirigia el Municipio y temia al Obispado.

Tal es la ley de siempre.

Mirabeau siente rem verse á una profundida l desconocida á Robespierre; Robespierre siente removerse á Marat; Marat siente bullir bajo sus piés á Hebert; Hebert siente á Babeuf. Mientras las capas subterráneas están tranquilas, el hombre político puede marchar; pero bajo la capa más revolucionaria hay un sub-suelo, y los más osados se detienen por rplejos cuando sienten bajo sus piés el mismo movimiento que ántes han producido ellos sobre sus cabezas.

Saber distinguir el movimiento que viene de la codicia, del movimiento que viene de los principios, combatir el uno y secundar el otro, constituye el genio, y forma la virtud de los grandes revolucionarios.

—Danton vió ceder á Marat y dijo:

—¡ Oh ! no está aquí demás el ciudadano Cimourdain.

Y tendió la mano á Cimourdain; despues añadió:

—¡ Par diez ! espliquemos la situacion al ciudadano Cimourdain, que viene muy apropósito. Yo represento la Montaña; Robespierre representa la Comision de salvacion pública; Marat representa el Municipio; Cimourdain representa el Obispado; el ciudadano Cimourdain va á desempatarnos.

—Sea, dijo Cimourdain con aire grave y sencillo. ¿ De qué se trata ?

—De la Vendée respondió Robespierre.

—¡ La Vendée ! dijo Cimourdain.

Y añadió:

—Esa es la grande amenaza; si la Revolucion muere, morirá por la Vendée; una Vendée es más temible que diez Alemanias. Así para que la Francia viva es menester matar á la Vendée.

Estas palabras le ganaron la consideracion de Robespierre.

Robespierre, sin embargo, le hizo esta pregunta:

—¿No habeis sido clérigo?

El aire clerical no se escapaba á la pretension de Robespierre. Conocia fuera de sí lo que tenia dentro de sí.

—Cimourdain respondió: Sí, ciudadano.

—¿Qué importa eso? exclamó Danton; cuando los clérigos son buenos, valen más que los que no lo son. En tiempo de revolucion los clérigos se funden en ciudadanos como las campanas en moneda y en cañones. Danjou es clérigo y Daunou tambien lo es; Tomás Lindet es obispo de Evreux; Robespierre vos mismo os sentais en la Convencion codo con codo con un Massieu, obispo de Beauvais. El Vicario general Vaugeois era individuo de la junta de insurreccion del 10 de Agosto; Chabot es capuchino; el cura Gerlé hizo el juramento del Juego de Pelota; el presbítero Audran fué quien hizo declarar á la Asamblea nacional superior al rey; el padre Goutte fué quien pidió que se quitase el dosel de encima del sillón de Luis XVI, y el abate Gregoire fué quien promovió la abolicion del trono.....

—Apoyado, dijo Marat sonriendo, por el actor Collot-d'Herbois. Entre los dos hicieron la cosa; el cura derribó el trono y el cómico derribó al rey.

—Volvamos á la Vendée, dijo Robespierre.

—Y bien, preguntó Cimourdain ¿qué hay? ¿qué hace la Vendée?

Robespierre respondió:

—Tiene un jefe que va á hacerse formidable.

—¿Quién es ese jefe, ciudadano Robespierre?

—Un ex-marqués de Lantenac, que se titula principe breton. Cimourdain hizo un movimiento.

—Le conozco, dijo: he sido cura en su casa.

Meditó un momento y añadió:

—Era amigo de mujeres ántes de ser hombre de guerra.



—Como Biron, que primero fué Lauzun dijo Danton.

Cimourdain, pensativo, añadió:

—Si es un antiguo calavera debe ser terrible.

—Espantoso, dijo Robespierre. Quema las aldeas, asesina á los heridos, mata á los prisioneros, fusila á las mujeres.

—¿A las mujeres!

—Sí: ha hecho fusilar entre otras á una madre de tres niños, de los cuales no se sabe lo que ha sido; pero por lo demas, es un capitan que conoce el arte de la guerra.

—En efecto, respondió Cimourdain. Hizo la guerra de Hano-ver y los soldados decian: Richelieu arriba, Lantenac abajo, pero Lantenac ha sido el verdadero general. Dusaulx vuestro colega podrá daros informes.

Robespierre quedó un momento pensativo; y despues prosiguió el diálogo entre él y Cimourdain

—Pues bien, ciudadano Cimourdain, ese hombre está en la Vendée.

—¿Desde cuando?

—Desde hace tres semanas.

—Es preciso penerlo fuera de la ley.

—Ya lo está.

—Es preciso poner á precio su cabeza.

—Ya está hecho.

—Es preciso ofrecer mucho dinero á quien lo prenda.

—Tambien se ha hecho.

—No en asignados.

—No en asignados.

—En oro-

—Está hecho eso.

—Es preciso guillotinarle.

—Eso se hará.

—¿Por quién?

—Por vos.

—¿Por mí?

—Sí, vos sereis delegado de la Comision de salvacion pública con plenos poderes.

—Acepto, dijo Cimourdain.

Robespierre era rápido en su eleccion, cualidad de hombre de Estado. Tomó del legajo de papeles que tenia delante un pliego en blanco en el cual se leia el membrete: REPÚBLICA FRANCESA UNA É INDIVISIBLE, COMISION DE SALVACION PÚBLICA.

Cimourdain continuó:

—Sí, acepto. Terrible contra terrible; Lantenac es feroz; yo lo seré tambien. Guerra á muerte á ese hombre; yo libraré de él á la República, si Dios quiere.

Aquí se detuvo y luego prosiguió:

—Soy clérigo, es igual, creo en Dios.

—Dios ha envejecido, dijo Danton.

—Yo creo en Dios, dijo Cimourdain implacable.

Robespierre, siniestro, aprobó con un signo de cabeza. Cimourdain continuó:

—¿Cerca de quién seré yo delegado?

Robespierre respondió:

—Cerca del comandante de la columna expedicionaria enviada contra Lantenac. Pero os prevengo que ese comandante es un noble.

Danton exclamó:

—Otra cosa de que yo me burlo. ¡Un noble! ¿y qué importa? Lo mismo que he dicho del clérigo, digo del noble: cuando es bueno es excelente. La nobleza es una preocupacion; pero es preciso no tener preocupacion ni en un sentido ni en otro, ni en favor ni en contra. Robespierre ¿por ventura Saint-Just no es un noble? Se llama Florelle de Saint-Just. Anacarsis Cloots es baron; nuestro amigo Charles Hesse, que no perdona una sesion de los Franciscanos, es príncipe y hermano del landgreve reinante de Hesse-Rothenburgo. Montaut, el íntimo de Marat, es marqués de Montaut; hay en el tribunal revolucionario uno que es cura y se llama Vilate, y otro que es noble, el jurado Leroy, marqués de Monflaber; y ámbos son seguros.

—Olvidais, dijo Robespierre, el pretendiente del jurado revolucionario.

—¿Antonelle?

—Que es el m rqués Antonelle, dijo Robespierre.

Danton repuso:

—Dampierre que acaba de hacerse matar delante de Condé por la República, era un noble tambien, era Beaurepaire que se ha volado la tapa de los sesos por no abrir las puertas de Verdun á los prusianos.

—Lo que no impide, balbuceó Marat, que el dia en que Condorcet dijo: *Los Gracos eran nobles*, Danton gritáse á Condorcet: *Todos los nobles son traidores, empezando por Mirabeau y acabando por tí.*

La voz grave de Cimourdain se elevó entónces diciendo:

—Ciudadano Danton, ciudadano Robespierre, teneis razon quizá al confiar; pero el público desconfia, y tambien la tiene en la desconfianza. Cuando es un clérigo el que está encargado de vigilar un noble, es doble la responsabilidad y debe el clérigo ser inflexible.

—Cierto, dijo Robespierre.

Cimourdain añadió:

—E inexorable.

—Robespierre repuso: Bien dicho, ciudadano Cimourdain. Teneis que habéros las con un jóven, sobre el cual ejercereis ascendiente, pues que le doblais la edad. Será preciso dirigirle, pero al mismo tiempo tenerle consideraciones, porque segun parece posee talentos militares, como testifican os informes, que en este punto son unánimes. Forma parte de un cuerpo destacado del ejército del Rhin para ir á Vendée. Ha llegado de la frontera, donde ha mostrado admirable inteligencia y gran valor.

Conduce superiormen'e la columna expedicionaria y desde hace quince dias tiene en jaque á ese viejo marqués de Lantenac, reprimiéndole y rechazándole delante de sí. Yo creo que acabará por hacerlo retroceder hasta el mar y arrojarle en él. Lantenac posee la astucia de un viejo general, y él la audacia de un jóven capitán. Ese jóven tiene ya enemigos y envidiosos; uno de estos es el ayudante general Léchelle.

—Ese Léchelle, interrumpió Danton, quiere ser general en jefe, y no tiene á su favor mas que un retruécano que dice: *Se necesita á Léchelle para subir sobre Charette*. Entre tanto Charrette le derrota.

—Y no quiere, prosiguió Robespierre, que otro sino él derrote á Lantenac. La desdicha de la guerra de la Vendée consiste en esas rivalidades. Nuestros soldados son héroes mal mandados. Cherin, simple Capitan de húsares, entra en Saumur con un trompeta tocando el *Ca ira*, y toma á Saumur y aun podria continuar y tomar á Cholet; pero como no tiene orden para ello se detiene. Es preciso remover á los comandantes de la Vendée. Se desparraman los destacamentos; se dispersan las fuerzas, y un ejército disperso, es un ejército paralizado: es un terror que se convierte en polvo. El campamento de Paramé ya no hay mas que tiendas. Tenemos entre Treguier y Dinan cien puestos militares, pequeños é inútiles, con los cuales podria formarse una division que cubriese todo el litoral. Léchelle, apoyado por Pallein, desguarnea la costa del Norte, so pretexto de proteger la costa del Sur, y abre así las puertas de Francia á los ingleses. El plan de Lantenac, por consiguiente, es la sublevacion de medio millon de paisanos y un desembarco de ingleses en Francia. El jóven comandante de la columna expedicionaria tiene siempre en jaque á ese Lantenac; le estrecha y le derrota sin permiso de Léchelle; ahora bien, Léchelle es su jefe y le denuncia. Los informes son contradictorios acerca de ese jóven. Léchelle quiere que se le fusile; Prieur del Marne propone que se le haga ayudante general.

—Paréceme que ese jóven, dijo Cimourdain, tiene grandes cualidades.

—Pero tiene un defecto.

La interrupcion era de Marat.

—¿Cuál? preguntó Cimourdain.

—La clemencia, dijo Marat, y prosiguió:

—Es firme en el combate y blando despues; concede indultos, perdona, es misericordioso, protege á las beatas y á las monjas, salva las mujeres y las hijas de los aristócratas, da libertad á los prisioneros y á los curas.

—Grave falta, murmuró Cimourdain.  
 —Crímen, dijo Marat.  
 —Algunas veces, dijo Danton.  
 —Muchas, dijo Robespierre.  
 —Casi siempre, respondió Marat.  
 —Cuando se trata de los enemigos de la patria, siempre, dijo Cimourdain.

Marat se volvió hácia Cimourdain.

—¿Y qué harías tú con un jefe republicano que pusiera en libertad á un jefe realista?

—Sería del parecer de Léchelle: le haria fusilar.

—O guillotinar, dijo Marat.

—A eleccion, dijo Cimourdain.

—Danton se echó á reir diciendo: lo mismo me da lo uno que lo otro.

—Podeis estar seguro de que tendreis lo uno ó lo otro, murmuró Marat, y su mirada pasó de Danton á Cimourdain.

—Así, ciudadano Cimourdain, si un jefe republicano tropeza, ¿le harías cortar la cabeza?

—En el término de veinte y cuatro horas.

—Pues bien, repuso Marat, soy del parecer de Robespierre, debemos enviar al ciudadano Cimourdain como comisario delegado de la Junta de salvacion pública cerca del comandante de la columna expedicionaria del ejército de las Costas.

¿Cómo se llama ese comandante?

Robespierre respondió:

—Es un ex-noble.

Y se puso á hojear los papeles.

—Pongamos á ese ex-noble bajo la vigilancia de un cura, dijo Danton. Desconfio de un clérigo que está solo, y de un noble que está solo; pero cuando están juntos, no les temo, porque el uno vigila al otro y ambos marchan.

Al oir estas palabras, se aumentó el fruncimiento natural de cejas de Cimourdain, señal de su indignacion; pero encontrando sin duda la observacion justa en el fondo, no se volvió hácia Danton y levantó su voz suavemente diciendo:

—Si el comandante republicano que me va á ser confiado da

un mal paso, se le impondrá la pena de muerte.

Robespierre que concluyó de examinar los papeles, dijo:

—Aquí está el nombre, ciudadano Cimourdain; el comandante sobre el cual tendreis plenos poderes es un ex-vizconde y se llama Gauvain.

Cimourdain se puso pálido.

—¡Gauvain! exclamó.

Marat vió la palidez de Cimourdain.

—¡El vizconde Gauvain! repitió Cimourdain.

—Sí, dijo Robespierre.

—¡Y bien! dijo Marat con la vista fija en Cimourdain.

Hubo un momento de silencio. Marat repuso:

—Ciudadano Cimourdain, con las condiciones indicadas por vos mismo, ¿aceptais la mision de comisario delegado cerca del comandante Gauvain?

—La acepto, respondió Cimourdain, miéntras su palidez iba aumentándose cada vez mas.

Robespierre tomó la pluma que tenia inmediata y escribió de su letra tarda y correcta cuatro líneas en la hoja de papel que tenia por membrete *Comision de salvacion pública*, firmó y pasó la hoja y la pluma á Danton; este firmó tambien, y Marat, que no quitaba la vista de la cara lívida de Cimourdain, firmó el último.

Robespierre, recogiendo el papel puso la fecha y le dió á Cimourdain, que leyó lo siguiente:

AÑO PRIMERO DE LA REPÚBLICA.

“Se conceden plenos poderes al ciudadano Cimourdain, comisario delegado de la Comision de salvacion pública cerca del ciudadano Gauvain, comandante expedicionario del ejército de las costas.”

“ROBESPIERRE. —DANTON. —MARAT.”

Y debajo de las firmas:

28 de Junio de 1793

El calendario revolucionario, llamado calendario civil, no existia aun legalmente en aquella época, pues que la Conven-

cion no le aceptó aprobando la proposicion de Romme, hasta el 5 de Octubre de 1793.

Miéntas que Cimourdain leia, Marat le miraba.

Marat dijo á media voz como hablándose á sí mismo:

—Será preciso que todo eso conste por un decreto de la Convencion ó por una órden de la Comision de salvacion pública. Queda, pues, todavía algo que hacer.

—Ciudadano Cimourdain, preguntó Robespierre ¿dónde vivis?

—Plaza del Comercio.

—¡ Calla! yo tambien, dijo Danton; sois mi vecino.

Robespierre añadió:

—No hay un momento que perder: mañana recibireis vuestro nombramiento en regla, firmado por todos los individuos de la Comision de salvacion pública; esta es una confirmacion de la delegacion que os acreditará especialmente para con los representantes en mision, Philipeaux, Prieur del Marne, Lecointre, Alquier y demás. Nosotros sabemos quien sois: vuestros poderes son ilimitados; teneis facultades para hacer general á Gauvain ó para enviarle al cadalso. Mañana á las tres recibireis el nombramiento. ¿Cuándo saldreis de París?

—A las cuatro, dijo Cimourdain.

Y se separaron.

Al entrar en su casa, Marat previno á Simona Evrard que al dia siguiente iría á la Convencion.



# SEGUNDA PARTE.

EN PARIS.

---

## LIBRO TERCERO

---

### I.

#### LA CONVENCION.

Nos acercamos á la gran cima: la Convencion.

La mirada se detiene en presencia de esa cúspide.

Nunca se ha presentado una cosa más alta en el horizonte de la humanidad.

En el globo físico tenemos el Himalaya; en el mundo de la historia sobresale la Convencion.

La convencion es quizá el punto culminante de la historia

Cuando la Convencion vivia, porque las asambleas viven, nadie comprendia lo que era. Lo que no podian ver los contem-



poráneos era precisamente su grandeza; estaban demasiado atemorizados para que los deslumbrase. Todo lo que es grande inspira un horror sagrado. Es fácil admirar las medianías y las colinas; pero lo que es grandísimo, genio ó monte, asamblea ú obra maestra, vis' o de cerca espanta. Toda cima parece una exageracion; el subir fatiga; el que sube se sofoca en los sitios escarpados, se escurre en las pendientes, se lastima en las asperezas que sin embargo son bellas; los torrentes espumosos le anuncian los precipicios; las nubes le ocultan las cimas; la ascension le aterroriza tanto como el peligro de la caída: de aquí que la admiracion sea mucho menor que el espanto: de aquí ese sentimiento extraño que puede llamarse la aversion á lo grande. Se ven en efecto los abismos, pero no la sublimidad; se ve el monstruo, no el prodigio. Así fué juzgada al principio la Convencion, mirada por los miopes, cuando habia nacido para ser contemplada por las águilas.

Hoy la vemos en perspectiva, y nos presenta, en una lontananza serena y trágica, el inmenso perfil de la revolucion francesa.

## II.

El 14 de Julio habia libertado.

El 10 Agosto habia fulminado.

El 21 Septiembre fulminó.

El 21 de Septiembre: el equinoccio, el equilibrio, *Libra*, la balanza. La república, segun observó Romme, fué proclamada bajo este signo de la Igualdad y de la Justicia, y anunciada por una constelacion.

La Convencion es el primer avatar del pueblo. En ella se abrió la gran página de la Historia, y en ella comenzó el porvenir que hoy es presente.

Toda idea necesita una envoltura visible, todo principio una

habitacion. Una iglesia es Dios entre cuatro paredes; y á todo dogma corresponde un templo. Cuando nació la Convencion, el primer problema que hubo que resolver fué prepararle alojamiento.

Para este objeto se dispuso al principio el Picadero y despues el palacio de las Tullerías. Se pusieron bastidores, adornos, una tribuna cuadrada, bancos simétricos: David pintó la sala de un color gris: se levantaron pilastras paralelas; zócalos parecidos á tajos de cocina; largas rodas rectilíneas, alvealos rectangulares donde se agolpaba la multitud y que se llamaban tribunas públicas; un valarium romano, paños griegos: y en aquellas líneas y en aquellos ángulos rectos, se instaló la Convencion: que fué poner la tempestad en la geometría. En la tribuna el gorro frigio estaba pintado de gris. Los realistas comenzaron por reirse de aquel gorro encarnado que era gris, de aquella sala postiza, de aquel monumento de cartón, de aquel santuario de papel machacado, de aquel panteon de cieno y de saliva; pero cuan pronto debia desaparecer todo! Las columnas se componian de duelas de toneles, las bóvedas eran de madera, los bajo-relieves de estuco, los entablamentos de pino, las estátuas de yeso, los mármoles pintados, las paredes de tela; y en esta habitacion provisional, fué donde la Francia produjo lo eterno.

Las paredes de la sala del Picadero, cuando la Convencion se reunió en ella á celebrar sus sesiones, estaban todas cubiertas de las inscripciones y carteles que habian pululado en París en la época de la vuelta de Varennes. Una de aquellas decia: *El rey volver el que le aplauda debe ser apaleado; el que le insulte debe ser ahorcado.* En otro se leia: *Silencio, no hay que quitarse el sombrero: va á pasar delante de sus jueces.* En otro: *el rey, apuntando á la nacion, ha hecho fuego por largo tiempo contra ella: á la nacion, toca hacer fuego ahora.* En otra: *¡la ley, la ley!* Entre estas paredes juzgó la Convencion á Luis XVI.

En las Tullerías, que se llamaron el Palacio Nacional, á donde la Convencion se trasladó el 10 de Mayo de 1793, el salon de sesiones ocupaba todo el espacio que mediaba entre el pabellon

del Reloj, llamado pabellon-Unidad, y el pabellon Marsan, llamado pabellon-Libertad. El de Flora tenia por nombre pabellon Igualdad. Subíase á aquel salon por la grande escalera de Juan Bul ant. Bajo el piso principal ocupado por la Asamblea, todo el piso bajo del palacio estaba convertido en una especie de salon de guardias lleno de armeros y camastros para las tropas de todas armas que vigilaban al rededor de la Convencion. La Asamblea tenia una guardia de honor, cuyos individuos se llamaban "granaderos de la Convencion."

Una cinta tricolor separaba el palacio, donde estaba la Asamblea, del jardin por donde se paseaba el pueblo.

### III.

Acabamos de decir lo que era el salon de sesiones, porque es interesante todo lo que se refiere á tan terrible lugar.

Lo que al entrar llamaba primero la atencion, era una gran estátua de la Libertad entre dos espaciosas ventanas.

Cuarenta y dos metros de longitud, diez de anchura y once de altura eran las dimensiones de lo que habia sido teatro del rey, convertido despues en teatro de la revolucion. La elegante y magnífica sala construida por Virgarani para los cortesanos, desapareció bajo el tosco maderámen que en 93 debia soportar el peso del pueblo. Aquel maderámen sobre el cual se levantaban las tribunas públicas, tenia por único punto de apoyo un poste, circunstancia que vale la pena de ser notada, poste de un solo trozo y que contaba diez metros de estensi n. Pocas caridades han trabajado tanto como aquel poste; él soportó la aclamacion, el entusiasmo, la injuria, el ruido, el tumulto, el inmenso caos de la cólera, el motin, todo sin doblegarse. Despues de la Convencion sostuvo al consejo de los Ancianos, hasta que le dió su relevo el 18 brumario.

●Percier entónces sustituyó al pilar de madera columnas de mármol que duraron ménos,

El ideal de los arquitectos es á veces singular. El arquitecto de la calle de Rivoli tuvo por ideal la línea trayectoria de una bala de cañon; el arquitecto de Carlsruhe se propuso por ideal un abanico: el ideal del arquitecto que construyó el salon de sesiones á donde trasladó las suyas la Convencion en 10 de Mayo de 1793, parece haber sido un gigantesco cajon de cómoda, largo, alto y plano. A uno de los lados mayores del paralelógramo, estaba adosado un vasto semi-círculo; era el anfiteatro de los bancos de los representantes, sin mesas ni pupitres. Garan-Coulon, que escribía mucho, tenía que hacerlo sobre la rodilla. En frente de los bancos estaba la tribuna; delante de esta se ostentaba el busto de Lepelletier Saint-Fargeau, y detrás el sillón del presidente.

La cabeza del busto sobresalía un poco del borde de la tribuna, por lo cual más adelante fué quitado de allí.

El anfiteatro constaba de diez y nueve bancos semicirculares colocados en otras tantas filas, con otros más pequeños que se extendían hasta formar las dos puntas del semicírculo.

Abajo en el hemicírculo al pié de la tribuna, estaban los porteros.

A un lado de la tribuna, en un cuadro de madera negra aplicado á la pared, se veía un gran cartel de nueve piés de altura, donde en dos columnas separadas por un especie de cetro, se leía la declaracion de los derechos del hombre. Al otro lado hubo al principio un espacio vacío que despues se ocupó con un cuadro parecido en que se estampó la constitucion del año II, y cuyas dos columnas aparecian separadas por una espada.

Por encima de la tribuna parlamentaria y de la cabeza del orador, saliendo de una profunda tribuna popular, llena de espectadores y dividida en dos compartimentos, ondeaban tres inmensas banderas tricolores apoyadas en un altar sobre el cual se leían estas palabras: LA LEY. Detras de aquel altar, se levantaba, como centinela de la palabra libre, un enorme haz romano, tan alto como una columna. Estátuas colosales adosadas á las paredes, daban frente á los representantes. El presidente tenía á Licurgo á su derecha, y á su izquierda á Solon: Platon sobresalía por cima de la Montaña.

Los peñestales de aquellas estatuas, eran simples discos colocados sobre una larga cornisa saliente que daba la vuelta al salon y separaba al pueblo de la Asamblea. Los espectadores apoyaban los codos en aquella cornisa.

El cuadro de madera negra que contenia los *Derechos del Hombre* subia hasta la cornisa y tapaba un poco el dibujo del entablamento; interrupcion de la línea recta que hacia murmurar á Chabot, diciendo á Vadier: *¡ que feo es eso !*

Las cabezas de las estatuas tenian coronas, unas de encina y otras de laurel alternativamente. Una colgadura verde en que estaban pintadas de color verde tambien, pero más oscuro, las mismas coronas, descendian en grandes pliegues rectos desde la cornisa que circundaba el salon hasta el piso de este. Por cima de ella se veia tan solo la pared blanca y fria, en la cual se abrian como formados con un sacabocados, sin mcladuras ni follage, dos órdenes de tribunas públicas, las cuadradas abajo, las redondas encima. Segun la regla las archivoltas estaban superpuestas á los arquitrabes. Habia diez tribunas en cada una de los lados mayores del salon y dos en cada uno de los extremos, ambas desmesuradas; en todo veinticuatro. En ellas se agolpaba y oprimia la multitud.

Los espectadores de los tribunas inferiores rebasaban sobre todas las cornisas y se agrupaban sobre todos los relieves de la arquitectura. Una larga barra de hierro sólidamente asegurada á la altura conveniente, servia de parapeto en las tribunas superiores y garantizaba á los espectadores contra la presion de la muchedumbre que subia las escaleras. Una vez sin embargo fué precipitado un hombre sobre la Asamblea, viniendo á caer casi sobre Massieu, obispo de Beauvais; y como no muriera del golpe, dijo; *¡ calle ! ¡ pues vale para algo un obispo !*

La sala de la Convencion podia contener dos mil personas, y en los dias de insurreccion tres mil.

La Convencion celebraba dos sesiones, una de dia y otra de noche.

El respaldo del sillón presidencial era redondo con clavos dorados. La mesa estaba sostenida por cuatro mónstruos alados

de un solo pié que parecían sacados del Apocalipsis para asistir á la revolucion ó desenganchados del carro de Ezequiel para arrastrar la carreta de Sanson.

Sobre la mesa del presidente se veía una gran campanilla, casi una campana, un ancho tintero de cobre y un libro en folio encuadrado en pergamino que era el libro de áctas.

Sobre aquella mesa han goteado su sangre cabezas cortadas y llevadas al extremo de largas picas.

Subíase á la tribuna por una escalerilla de nueve escalones. Eran estos altos, rectos y bastante difíciles, y tropezando un día Gensonné al subirlos, dijo: *esta es la escalera de la horca.*—*Haz tu aprendizaje*, le gritó Carrier.

Allí donde la pared habia parecido demasiado desnuda, sobre todo en los ángulos del salon, el arquitecto habia puesto por adorno haces romanos con el hacha sobresaliendo.

A derecha é izquierda de la tribuna sobre los zócalos, se levantaban dos candelabros de doce piés de altura y con cuatro pares de quinqué. Un candelero semejante alumbraba cada una de las tribunas públicas, y en los zócalos tenia esculpidos círculos que el pueblo llamaba “collares de guillotina.”

Los bancos de la Asamblea subían casi hasta la cornisa de las tribunas; de modo que los representantes podían sostener diálogos con el pueblo.

Los vomitorios de las tribunas desembocaban en un laberinto de corredores, donde á veces se oían ruidos feroces.

La Convencion llenaba el palacio y refluía hasta los hoteles inmediatos, como el hotel de Longueville y el de Coigny. A este último fué, si hemos de creer una carta de lord Bradford, adonde despues del 10 de Agosto se trasladaron los muebles de la casa Real. Dos meses fueron necesarios para desocupar las Tullerías.

Las comisiones tenían sus juntas en las salas inmediatas al salon de sesiones. En el pabellon Igualdad estaban la de legislacion, la de agricultura y la de comercio; en el pabellon Libertad funcionaban las de marina, colonias, hacienda, asignados y salvacion pública: y en el pabellon Unidad la de guerra,

La comision de seguridad general se comunicaba directamente con la de salvacion pública por medio de un corredor oscuro, alumbrado noche y dia por un reverbero, corredor donde se hablaba en voz muy baja y por donde iban y venian los espías de todos los partidos.

La barra de la Convencion, que cambió muchas veces de sitio, estaba habitualmente á la derecha de la presidencia.

A los dos extremos del salon, los dos tabiques verticales que cerraban á derecha é izquierda los semicírculos concéntricos del anfiteatro, dejaban entre ellos y la pared dos corredores estrechos y largos á los cuales daban dos oscuras puertas cuadradas. Por ellas se entraba y se salia.

Los representantes entraban directamente en el salon por una puerta que daba al terrero de los Fuldenses.

Aquel salon, mal iluminado de dia por pálidas ventanas, mal alumbrado durante el crepúsculo por luces lívidas, tenia algo de nocturno. Aquella semi claridad añadida á las tinieblas de la noche, daba un aspecto lúgubre á las sesiones nocturnas. No se veia distintamente; de un extremo á otro del salon, de la derecha á la izquierda grupos de rostros vagamente dibujados en la sombra se insultaban. Los representantes se encontraban sin conocerse. Un dia Laignelot, dirigiéndose precipitadamente á la tribuna, tropezó en el corredor con uno.—Perdon Robespierre, dijo. ¿Por quién me tomas? preguntó una voz ronca.—Perdon, Marat, repuso Laignelot.

Abajo, á derecha é izquierda del presidente, habia dos tribunas reservadas; porque, cosa extraña, habia en la Convencion espectadores privilegiados. Aquellas tribunas, eran las únicas que tenian colgaduras. En medio del arquitrave dos bellotas de oro las sostenian levantadas. Las tribunas del pueblo estaban desnudas.

Todo aquel conjunto era violento, rudo y regular. Lo correcto en lo feroz: tal es en cierto modo la revolucion. Aquel salon ofrecia el más completo ejemplar de lo que los artistas han llamado despues "la arquitectura messidor:" era á la vez macizo y esquinado. Los constructores de aquel tiempo toma-

ban lo simétrico por lo bello. La época del renacimiento habia producido sus últimas obras en tiempo de Luis XV, y desde entonces se habia efectuado una reaccion. Despues de las orgías deslumbradoras de forma y de color del siglo XVIII, el arte se habia puesto á dieta y no se permitia mas líneas que la recta. Este género de progreso conduce en último término á la fealdad, produciendo el fenómeno del arte reducido á esqueleto. El inconveniente de esa especie de prudencia y de abstinencia consiste en que el estilo, á fuerza de ser sóbrio, se convierte en enjuto.

Prescindiendo de toda emocion política y no fijándose mas que en la arquitectura, la vista de aquel salon daba escalofríos. Recordábanse confusamente el antiguo teatro, los palcos adornados de guirnaldas, el techo azul y púrpura, la grande araña de facetas de girándolas de reflejos diamantinos, la tapicería, cuello de paloma, la profusion de amores y de ninfas en el telon de boca y en las colgaduras, todo el idilio régio y galante que habia llenado con su sonrisa aquel lugar, á la sazón tan severo, donde por ninguna parte se veian ya mas que ángulos duros, rectilíneos, frios y cortante; como el acero, que producian en cierto modo el efecto de Boucher guillotinado por David.

#### IV.

El que veia la Asamblea no pensaba ya en el salon: el que veia el drama no podia pensar ya en el teatro. Nada más deforme ni más sublime: grupo de héroes, rebaño de cobardes; fieras en una montaña, reptiles en un pantano; allí hormigueaban, se codeaban, se provocaban, se amenazaban, luchaban y vivian todos aquellos combatientes que hoy son fantasmas.

Enumeracion titánica.

A la derecha de la Gironda, legion de pensadores: á la izquierda la Montaña, grupo de atletas. De un lado Brissot, que ha



bia recibido las llaves de la bastilla; Barbaroux, á quien obedecian los marseleses: Kervelegan, que tenia á su devocion el batallon de Brest acuartelado en el arrabal de San Marcelo; Gensonné que habia establecido la supremacia de los representantes sobre los generales; el fatal Guadet, á quien una noche en las Tullerías la reina habia enseñado el delfin dormido; Gaudet que besó la frente del niño é hizo caer la cabeza del padre; Salles, el denunciador quimérico de la intimidación de la Montaña con Austria; Sillery, el cojo de la derecha como Cou hon era el jorobado de la izquierda; Lause-Duperret, que llamado *fasineroso* por un periodista, le convidó á comer diciendole: “yo sé que *fasineroso* significa simplemente el hombre que no piensa como nosotros;” Rabau!-Saint-Etienne, que habia comenzado su almanaque de 1790 con estas palabras: “La Revolucion está terminada:” Quinette, uno de los que precipitaron á Luis XVI; el jansenista Camus, que redactaba la constitucion civil del clero, creia en los milagros del diácono Páris y se arrodillaba todas las noches delante de un Cristo de siete piés de altura colgado en la pared de su cuarto; Fauchet, clérigo, que con Camilo Desmoulins habia hecho el 14 de Julio; Isnard, que cometió el crimen de decir: *París será destruida* en el mismo momento en que Brunswick decia: *París será quemada*; Jacob Dupont, el primero que gritó: *yo soy ateo*, á quien contestó Robespierre: el ateismo es aristocrático; Lanjuinais, cabeza bretona, dura, sagaz y valiente; Ducos, el Eurialo de Boyer-Fontrede; Rebecqui, el Pilades de Barbaroux, que dimitia su cargo porque todavía no habia sido guillotinado Robespierre; Richau, que combatia la permanencia de las secciones; Lasource que habia sentado este mortífero apotegma: *¡ay de las naciones agradecidas!* y que al pié del cadalso debia contradecirse, arrojando á los montañeses estas altivas palabras: *nosotros morimos por que el pueblo duerme; y vosotros morireis porque el pueblo despertará*; Biroteau que hizo decretar la abolicion de la inviolabilidad parlamentaria siendo de este modo sin saberlo el constructor de la guillotina y el de su propio cadalso; Cárlos Villatte que abrigó su conciencia bajo esta protesta: *no quiero votar bajo la ame-*

naza de los puñales; Louvet, el autor de *Faublas* que debía acabar de ser librero en el *Palais Royal* y tener á Lodoiska en el mostrador, Mercier, autor del *Cuadro de París* que exclamaba: *todos los reyes han sentido sobre sus nuca el golpe del 21 de Enero*; Merc, á quien daba cuidado principal “la faccion de los antiguos límites;” el periodista Car. a, que al pié del patíbulo dijo al verdugo: *siento morir solo por no ver la continuacion de esto*; Vigée, que se titulaba granadero del segundo batallon de Mayena, y Loira y que amenazado por las tribunas públicas, exclama: *Pido que al primer murmullo de las tribunas, nos retiremos todos y marchemos á Versailles sabie en mano*; Buzot, que estaba destinado á morir de hambre; Valazé que debía morir al golpe de su propio puñal; Condorcet, que debía perecer en Bourg-la Reina, pueblo convertido en Bourg-Igualdad, denunciado por el Horacio que llevaba en el bolsillo; Petion, cuyo destino era ser adorado por la muchedumbre en 1792 y devorado por los lobos en 1794 y otros veinte más, como Pontecoulant, Marboz, Lidon, Saint-Martin; Dussaulx, traductor de Juvenel, que habia hecho la campaña de Hanover, Boilleaud, Bertrand, Lesterp-Beauvais Lesage, Gomaise, Gardien, Mainvielle, Duplantier, Lacazé, Antiboul, gente toda cuya cabeza estaba en Barnave á quien llamaban Vergniaud.

Del otro lado figuraban Antonio Luis Leon Florelle de Saint Just, pálido, de frente estrecha, perfil correcto, mirada misteriosa, tristeza profunda, veintetres años; Merlin de Thionville, á quien los alemanes llamaban *Fener Teufel*, el diablo de fuego; Merlin de Douai, el culpable autor de la ley de sospechosos; Soubrany, á quien el pueblo de París pidió por general el 1º de predial: el antiguo cura Lebon que empuñaba el sable con la misma mano en que habia tenido el hisopo; Billaud-Varenes, que entreveia la magistratura del porvenir con árbitros en vez de jueces; Fabre de Eglantine, que tuvo una bella invencion, el calendario republicano, así como Rouget de Lisle tuvo una sublime inspiracion, la marsellesa, uno y otro sin reincidencia; Manuel, el procurador del municipio que habia dicho: *un rey muerto no es un hombre de ménos*.

Goujon que habia entrado en Tripstadt, en Newstadt y en Spira, y habia visto huir al ejército prusiano; Lacroix, abogado convertido en general y hecho caballero de San Luis seis dias ántes del 10 de Agosto; Freron (Tersites) hijo de Freron (Zoiló); Ruth, el inexorable registrador del armario de hierro, predestinado al gran suicidio republicano, que debia matarse el dia de la muerte de la república; Fouché, alma de demonio, cara de cadáver; Camboulas, el amigo del Padre Duchesne que decia á Guillotin: *tú eres el club de los Fuldenses; pero tu hija es del club de los Jacobinos*; Jagot, que respondia con estas palabras feroces á los que lamentaban la desnudez de los presos: *una cárcel es un vestido de piedra*; Javogues, el espantoso desenterrador de los cadáveres del regio panteon de Saint-Denis; Osselin, perseguidor que ocultó en su casa á Madame Charry, proscrita; Bentabole, que cuando presidia daba á las tribunas la señal para aplaudir ó para silbar; el periodista Robert, marido de la señorita Keralio, la cual escribia: *ni Robespierre ni Marat vienen á mi casa: Robespierre vendrá cuando quiera, Marat nunca*; Garancoulon, que cuando España intervino en el proceso de Luis XVI propuso orgullosamente que la asamblea no se dignara leer la carta de un rey en favor de otro rey; Gregoire, obispo, digno al principio de la Iglesia primitiva, pero que despues en tiempo del imperio reemplazó el título del republicano Gregoire por el de conde Gregoire; Amar que decia: *toda la Tierra condenaba á Luis XVI: ¿á quién pues podia apelarse de la sentencia? Solo á los planetas*; Rouyer, que el 21 de Enero se opuso á que se hicieran disparos con el cañon del Puente Nuevo, diciendo: *la cabeza de un rey no debe hacer más ruido al caer que la de cualquier otro hombre*; Chenier, hermano de Andrés; Valdier, uno de los que ponian una pistola sobre la tribuna cuando subian á ella; París que decia á Momoro: *quiero que Marat y Robespierre se abracen en mi casa, y á mi mesa. — ¿ Donde vives? — En Charenton. — En cualquier otra parte me admtraria*, repuso Momoro; Legendre que fué el cañicero de la revolucion de Francia como Pride lo habia sido de la de Inglaterra: *Ven que te degielle* gritaba á Lanjuinais, el cual le respondia: *haz primero decretar que soy un buey*; Collot d'Herbois, lúgubre actor que tenia sobre el rostro la an-

tigua máscara de dos bocas para decir Si y No, aprobando con la una lo que reprobaba con la otra, condenando á Carrier en Nantes y deificando á Chalier en Lyon, enviando á Marat al Panteón y á Robespierre al cadalso; Genissieux, que pedia la pena de muerte contra todo el que ll vasa la m dalla de *Louis XVI martirizado*; Leonard Bourdon, el maestro de escuela que habia ofrecido su casa al anciano del monte Jura; Topsent, marino, Goupilleau abogado, Laurent Lecointre, comerciante, Duhem, médico, Sergent, estatuario, David, pintor, José Igualdad, príncipe; y otros muchos, como Lecointe-Puiraveau que propuso un decreto para declarar á Marat “en estado de demencia;” Roberto Lindet el bullicioso creador de aquel pólipa, cuya cabeza era la comision de seguridad general y cuyos veinte mil brazos cubrian la Francia bajo el nombre de comisiones revolucionarias; Lebæuf, acerca del cual Girey-Dupré en su *Navidad de los falsos patriotas* habia escrito este verso:

*Mugió Leboeuf cuando á Legendre viera;*

Tomás Payne, americano y demente; Anacrisis Cloots, alemán, baron, millonario, ateo, hebertista, cándido; el íntegro Lebas, el amigo de los Duplay; Rovere uno de los poquisimos hombres que son malvados solo por ser o, porque no deja de haber, y en mayor escala de lo que se cree, quien ame el arte por el arte; Charlier que quiso se diese tratamiento de *vos* á los aristócratas; Tallien, elegiaco y feroz, que debia promover por amor los sucesos del 9 thermidor; Cambaceres, procurador destinado á ser príncipe; Carrier, procurador que debia ser tigre; Laplanche que exclamó un dia: *pido la prioridad para el cañon de alarma*; Thuriot que queria el voto en voz alta de los jurados del tribunal revolucionario; Bourdon del Oise que desafiaba á Chamborn, denunciaba á Payne y era denunciado por Hebert; Payan que proponia se enviase “un ejército incendiario” á la Vendée; Tavaux que el 13 de Abril fué casi sin mediador entre la Montaña y la Gironda; Vernier, que propuso que los jefes de ámbas fracciones fuesen al ejército á servir como soldados rasos; Rewbell, que se encerró en Maguncia; Bourbotte, á quien mataron el caballo que montaba en la toma de Saumur; Guimberteau, que dirigió el ejército de las costas de Cherburgo;

Jard-Panvilliers que dirigió el de las costas de la Rochela; Le-carpentier que mandó la escuadra de Cancale; Roberjot que esperaba el engaño de Rastadt; Prieur del Marne que llevaba á los campos de batalla sus viejas caponas de comandante de escuadron; Levasseur, del Sarthe que con una palabra inducia á Serrent, jefe del batallon de Saint-Amand, á hacerse matar; Reverchon, Maure, Bernardo de Saintes, Carlos Richard, Lequinio; y á la cabeza de este grupo un Mirabeau que se llamaba Danton.

Apartado de ámbos campos é infundiendo respeto á uno y otro, se levantaba un hombre: Robespierre.

v.

En los bancos inferiores se encorvaban el espanto que puede ser noble, y la cobardía que es vil; bajo las pasiones, bajo el heroísmo, el sacrificio, la cólera, la rabia, bullia la triste y oscura multitud de los hombres anónimos. El fondo inferior de la Asamblea se llamaba la Llanura. Allí estaba todo lo fluctuante: los que dudaban, los que vacilaban, los que retrocedían, los que aplazaban ó esperaban, temerosos unos de otros. La Montaña era gente escogida; la Gironda lo era tambien: la Llanura era la muchedumbre. Esta llanura se resumía y condensaba en Sieyes.

Sieyes, hombre que á fuerza de ser profundo habia llegado á ser hueco, se habia detenido en el *tercer-estado*, sin haber podido subir hasta el pueblo. Ciertos talentos han nacido para quedarse á mitad del camino. Sieyes llamaba tigre á Robespierre, el cual le llamaba topo: era un metafísico que habia ido á parar, no á la sabiduría, sino á la prudencia: cortesano, no servidor de la revolucion. Tomaba una pala é iba á trabajar al campo de Marte, llevando el carreton con Alejandro Beauharnais. Aconsejaba la energía, pero no la usaba. Decía á los Girondi-

nos: *poned de vuestra parte los cañones.* Hay pensadores que son al mismo tiempo batalladores; estos estaban, como Condorcet, con Vergniaud, ó como Camille Desmoulins, con Danton; pero hay tambien pensadores que quieren vivir, y estos estaban con Sieyes.

Las cubas del vino más generoso tienen sus heces. Por debajo de la misma Llanura estaba el Pantano; estanque asqueroso, en que se trasparentaba el egoísmo, y en que tiritaban las esperanzas mudas de los temblones. Nada más miserable: todos los oprobios y ninguna vergüenza; la cólera latente; la rebelion bajo la máscara de la servidumbre. Los pantanistas, cínicamente asustados, tenían las especies de valor que distinguen á la cobardía; preferían á la Gironda, y votaban con la Montaña; el desenlace dependía de ellos, y se inclinaban del lado de la causa que ofrecía más elementos de triunfo; así entregaron la cabeza de Luis XVI á Vergniaud, la de Vergniaud á Danton, la de Danton á Robespierre, la de Robespierre á Tallien; así anatematizaron á Marat vivo, y divinizaron á Marat, muerto. Lo defendía todo, hasta que llegaba el momento oportuno de derribarlo todo. Tenían el instinto de dar el golpe de gracia á todo lo que moría, el empujon decisivo á todo lo que vacilaba. Como se ponía al servicio de una causa bajo la condicion indispensable de que fuese sólida, perder en grados de solidez, era á sus ojos, hacerle traicion. Eran el número, la fuerza, el miedo: de aquí su audacia para todas las ignominias.

De aquí los sucesos del 31 de Mayo, del 11 germinal y del 9 termidor, tragedias, cuyo enredo fué obra de gigantes, y cuyo desenlace fué obra de enanos.

## VL

Entre estos hombres llenos de pasiones se mezclaban hombres llenos de ilusiones, en cuyos cerebros la utopia revestia

todas las formas, la belicosa que admitia el cadalso y la inocente que abolia la pena de muerte: espectro frente á los tronos, ángel frente á los pueblos. Al lado de talentos que combatian, habia talentos que meditaban; los unos tenian en su cabeza la guerra; los otros la paz: un cerebro como el de Carnot producía catorce ejércitos, y otro cerebro como el de Juan Debry meditaba una federacion democrática universal. Entre aquellos hombres de elocuencia furiosa, entre aquellas voces que aullaban ó tronaban, habia hombres de silencio fecundo, Lakanal callaba y combinaba en su pensamiento la educacion pública nacional. Lacthenas callaba y creaba las escuelas de primera enseñanza; Reveillere-Lepeaux callaba y pensaba en elevar la filosofía á la dignidad de religion. Otros se ocupaban en revolver cuestiones de pormenor, más pequeñas, pero más prácticas. Guyton Morveaux examinaba los medios de sanificar los hospitales; Maire los de abolir las servidumbres reales; Juan Bon-Saint-André los de suprimir la prision por deudas; Romme la proposicion de Chappe, Duboe el mejor arreglo de los archivos; Coren-Fustier la creacion del gabinete de anatomía y del museo de historia natural; Guyomard la navegacion fluvial y las presas del Escalda. El arte tenia tambien sus fanáticos y hasta sus monomaniaticos. El 21 de Enero, miéntras que en la plaza de la Revolucion caia la cabeza de la monarquía, Bezzard, representante del Oise, iba á ver un cuadro de Rubens encontrado en una boardilla de la calle de San Lázaro. Artistas, oradores, profetas, hombres colosos como Danton, hombres niños como Cloots, gladiadores y filósofos, todos se dirigian al mismo fin: el progreso, sin que nada les detuviera ni desconcertara. La grandeza de la Convencion consiste en que supo buscar la cantidad de real que hay siempre en lo que los hombres llaman imposible. A uno de sus extremos Robespierre tenia la vista fija en el derecho: al otro extremo Condorcet tenia la vista fija en el deber.

Condorcet era hombre de imaginacion y de claridad: Robespierre era hombre de ejecucion, y algunas veces, en las crisis finales de las sociedades envejecidas, ejecucion significa exter-

minio. Las revoluciones tienen dos cuevas, una que se sube y otra que se baja, y escalonadas en ellas están todas las estaciones, desde la de los hielos hasta las de las flores. Cada zona de estas pendientes produce los hombres que convienen á su clima, desde los que viven al calor del sol, hasta los que viven en el incendio del rayo.

## VII.

Designábase como objeto de interés el rincón del corredor de la izquierda donde Robespierre habia dicho en voz baja al oído de Garat, amigo de Claviere, estas palabras terribles: *Claviere ha conspirado donde quiera que ha respirado*. En aquel mismo rincón, cómodo para los aparatos y las disputas á media voz, Fabre de Eglantine habia reconvenido á Romme diciendo que le habia desfigurado el calendario por poner *Ferbidor* en vez de *Thermidor*. Tambien se enseñaba á los curiosos el ángulo en que se sentaban. tocándose en los codos, los siete representantes del Alto Garona, que llamados los primeros á pronunciar su fallo en la causa de Luis XVI, habian respondido sucesivamente: Mailhe, la muerte; Delmas, la muerte; Projean, la muerte; Cales, la muerte; Ayral, la muerte; Julien, la muerte; Desaby, la muerte: eterna repercucion que llena toda la historia y que desde el origen de la justicia humana, hace resonar las paredes del tribunal con los ecos del sepulcro. Señalábanse con el dedo, en la ruidosa confusion de semblantes, todos aquellos hombres de cuyas filas habia salido el tumulto de los votos trágicos: Paganel que habia dicho: *la muerte: un rey no es útil sino con su muerte*; Milaud que dijo: *la muerte: hoy si la muerte no existiese, seria preciso inventarla*; el anciano Raffron de Trouillet que dijo: *la muerte, y pronto*; Goupilleau, que habia exclamado: *el cadalso inmediatamente porque la lentitud agrava la muerte*; Sieyes que ha-



bia pronunciado estas palabras concisas y fúnebres: *la muerte*: Thuriot, que al desechar la apelacion del pueblo propuesta por Bezot dijo: *¡ como ! ; asambleas primarias ! ; cuarenta y cuatro mil tribunales !* *Proceso interminable: la cabeza de Luis XVI tendria tiempo de blanquear ántes de caer*; Agustin-Bon Robespierre, que despues de haber votado su hermano, gritó: *No entiendo esa humanidad que degüella á los pueblos y perdóna á los déspotas.* ; *La muerte ! Pedir un aplazamiento es sustituír á la apelacion al pueblo, la apelacion á los tiranos*; Foussedoire, que substituyó á Bernardino de Saint-Pierre y que dijo: *detesto la efusion de sangre; pero la sangre de un rey no es sangre humana; voto pues la muerte*; Juan Bon-Saint-An dré que dijo; *no hay pueblo libre sin tirano muerto*; Laviconterie, que proclamó esta fórmula. “ *miéntras respira el tirano, la libertad se asfixia. La muerte;*” Chateauneuf-Randon, que lanzó este grito: “ *la muerte de Luis el último;*” Guyardin, que emitió este voto: “ *que se le ejecute en la Barrera Derribada; (era la que se llamaba ántes Barrera del Trono)*; Teller que exclamó; “ *que se funda un cañon del calibre de la cabeza de Luis XVI para dispararlo contra el enemigo*”. Señalábanse tambien los indulgentes como Gentil, que dijo: “ *voto la revolucion: hacer un Cárlos I es hacer con el tiempo un Cromwell;*” Bancal que dijo: “ *voto el destierro: quiero ver al primer rey del universo condenado á ejercer un oficio para ganarse la vida;*” Albouys, que dijo: “ *el destierro: que ese espectro vivo vaya errante al rededor de los tronos;*” Zangiacomí que dijo; “ *la detencion; conservemos á Capeto vivo como espantajo;*” Chailon que exclamó; “ *¡que viva ! No quiero hacer un muerto para que Roma haga de él un santo;*” Miéntras tales sentencias caian de aquellos labios severos, y una tras otra se dispersaban por la historia, en las tribunas, mujeres escotadas y adornadas como para una fiesta, contaban los votos, con una lista en la mano, y alfileres que clavaban debajo de los diversos nombres.

Donde ha entrado la tragedia, quedan para siempre el horror y la compasion.

Ver á la Convencion, cualquiera que sea la época de su mando que se examine, es revisar el juicio del último Capeto: la leyenda del 21 de Enero parecia mezclada en todos sus actos.

La temible Asamblea estaba llena de aquellos hálitos fatales que habian pasado por la antigua antorcha monárquica, encendida por espacio de diez y ocho siglos, y la habian apagado; el proceso decisivo de todos los reyes es un rey, era como el punto de partida de la gran guerra que declaraba á lo pasado: cualquier que fuese la sesion á que se asistiera, veíase proyectar en ella la sombra del patíbulo de Luis XVI; los espectadores se referian unos á otros la dimision de Kersaint, la dimision de Roland, el acto de Duchatel, que enfermo se hizo trasladar en su lecho á la Asamblea, y moribundo votó la vida, lo cual hizo sonreír á Marat; y se buscaba con la vista al otro representante, olvidado hoy por la historia, que despues de aquella sesion de treinta y siete horas, tendido sobre un banco por efecto del cansancio y del sueño y despertado por el portero cuando le llegó el turno de votar, entreabrió los ojos, dijo *¡la muerte!* y se volvió á dormir.

Cuando condenaron á muerte á Luis XVI, quedaban á Robespierre diez y ocho meses de vida, á Danton quince meses, á Vergniaud nueve, á Marat cinco y tres semanas, á Lepelletier-Saint-Fargeau un dia: ¡ corto y terrible aliento de las bocas humanas!

## VIII.

El pueblo tenia sobre la Convención una ventana abierta, que eran las tribunas públicas; y cuando esta ventana no le bastaba, abria la puerta, y la calle entraba en la asamblea. Estas invasiones de la multitud en aquel senado son una de las visiones más sorprendentes de la historia. Por lo general eran cordiales; la plaza pública fraternizaba con la silla curul; pero es una cordialidad temible la de un pueblo que un dia en tres horas habia tomado los cañones de los Inválidos y cuarenta mil fusiles. A cada instante, un desfile interrumpia la sesion, ya de diputaciones admitidas á la barra, ya de comisiones que lleva-

ban peticiones, homenajes y ofrendas. La pica de honor del arrabal de San Antonio entraba llevada por mujeres. Una comisión de ingleses ofrecía veinte mil zapatos para calzar á los ~~señores~~ los descalzos de la república. “El ciudadano Arnoux, decía el *Monitor*, cura de Aubignan, comandante del batallón del Drome, solicita el permiso de marchar á la frontera y que se le conserve su curato.” Los delegados de las secciones llegaban llevando en parihuelas platos, patenas, cálices, relicarios, pedazos de oro, de plata blanca y sobredorada, ofrecidos á la patria por aquella multitud cubierta de harapos, y pedían por recompensa licencia para bailar la carmañola delante de la Convención. Chenard, Narbonne y Valliere venían á cantar motetes en honor de la Montaña. La sección llamada de Monte-Blanco llevaba el busto de Lépelletier, y una mujer ponía un gorro colorado sobre la cabeza del presidente, el cual la abrazaba. “Las ciudadanas de la sección del Mallo” arrojaban flores “á los legisladores;” los “alumnos de la patria” acudían precedidos de una música para dar gracias á la Convención por haber “preparado la prosperidad del siglo;” las mujeres de la sección de los guardias franceses ofrecían rosas; las de la sección de los Campos Eliseos una corona de encina; las de la sección del Temple se presentaban en la barra á jurar *que no se unirían sino á verdaderos republicanos*; la sección de Moliere presentaba una medalla de Franklin, la cual decretó la Convención que se colgase de la corona que tenía la estatua de la Libertad; los Expósitos, declarados “hijos de la República,” desfilaban vestidos del uniforme nacional. las jóvenes solteras de la sección del Noventa y dos llegaban ataviadas de largas faldas blancas, y al día siguiente el *Monitor* insertaba estas líneas: “El presidente recibe un ramillete de las manos inocentes de una joven beldad.” Los oradores saludaban todas estas procesiones; á veces las adulaban y decían á la multitud; *tú eres infalible: tú eres irreprochable; tú eres sublime*. El pueblo tiene un lado de niño: le gustan estas golosinas. En ocasiones el motin atravesaba la asamblea, entraba furioso y salía apasiguado como el Ródano, que atraviesa el lago Lemán, y que es de fango al entrar y trasparente al

salir.

A veces no pasaban las cosas tan pacíficamente; y Henriot hacia llevar delante de la puerta de las Tullerías hornillos para preparar balas rojas.

## XI.

Esta asamblea, al mismo tiempo que desprendía revolución, producía civilización. Era horno; pero también fragua: si en aquella caldera bullía el terror, también fermentaba el progreso. De aquel caos de sombra y de aquella tumultuosa exhalación de nubes, salían inmensos rayos de luz, paralelos á las leyes eternas; rayos que se han quedado sobre el horizonte, para siempre visibles en el cielo de los pueblos, y que son uno la justicia, otro la tolerancia, otro la bondad, otro la razón, otro la verdad, otro el amor. La Convención promulgaba este grande axioma: *La libertad de un ciudadano termina donde comienza la libertad de otro ciudadano*; axioma que resume en dos líneas toda la sociabilidad humana. La Convención declaraba sagrada la indigencia; declaraba sagrada la enfermedad en el ciego y en el sordo-mudo, convertidos en pupilos del Estado; sagrada la maternidad en la soltera y madre, á quien consolaba y levantaba después de su caída; sagrada la infancia en el huérfano, adoptado por la patria; sagrada la inocencia en el acusado absuelto, á quien indemnizaba. La Convención anatematizaba el tráfico de negros; abolía la esclavitud; proclamaba la mancomunidad cívica; decretaba la instrucción gratuita; organizaba la educación nacional con la escuela normal en París, la escuela central en la capital de cada distrito, y la escuela primera en cada pueblo; creaba los conservatorios y los museos; decretaba la unidad de códigos, de pesas y medidas, y de cálculos por sistema decimal; fundaba la Hacienda de Francia, haciendo suceder el crédito público á la larga bancarrota monárquica; daba á la cir-

culacion el telégrafo, á la vejez hospicios dotados, á la enfermedad hospitales sanificados, á la enseñanza la escuela politécnica, á la ciencia la seccion de Longitudes, al espíritu humano el Instituto. Al mismo tiempo que nacional era cosmopolita. De los once mil doscientos diez decretos que expidió, la tercera parte tenian un objeto político; las dos terceras partes un objeto humano. Declaró la moral universal como base de la sociedad, y la conciencia universal base de la ley. Y todo esto, abolición de la esclavitud, proclamacion de la fraternidad, proteccion á la humanidad, rectificacion de la conciencia humana, trasformacion de la ley del trabajo en derecho y de onerosa en auxiliar, consolidacion de la riqueza nacional, educacion y asistencia de la infancia, propagacion de las letras y de las ciencias, luz hecha en todas las alturas, auxilio dado á todas las miserias, promulgacion de todos los principios, todo esto la Convencion lo hacia teniendo en sus entrañas la hidra que se llamaba la Vendée, y en sus hombros la manada de tigres llamados reyes.

### Σ.

Lugar inmenso: en él estaban todos los tipos humanos, inhumanos y sobrehumanos; épica amalgama de antagonismos; Guillotin evitando encontrarse con David. Bazire insultando á Chabot, Guadet burlándose de Sain-Just, Vergniaud despreciando á Danton, Louvet atacando á Robespierre, Buzot denunciando á Igualdad, Chambon vituperando á Pache, todos execrando á Marat. ¡Y quede nombres podrian citarse todavía Armonville llamado Gorro Colorado, porque siempre asistia á las sesiones con gorro frigio, amigo de Robespierre, y que queria guillotinarle despues de Luis XVI, por su aficion al equilibrio; Massieu, colega y menecmo de aquel buen Lamourette, hecho obispo para que diera nombre á un beso; Lehardy de Morbihan, anatemizador de los clérigos de Bretaña; Barere, el hombre de

las mayorías, que presidia cuando Luis XVI se presentó en la barra, y que era á Pamela lo que Louvet á Lodoiska; Daunou, del Oratorio, que decia: *Ganemos tiempo*; Dubois-Crancé, á cuyo oído hablaba Marat; el marqués de Chateauneuf, Lacos, Hérault de Sechelles, que retrocedia delante de Henriot gritando: *¡artilleros, á las piezas!* Julien, que comparaba la Montaña con la Termopilas; Gamon que queria reservar para las mujeres una tribuna pública; Laloy que dió los honores de la sesion al obispo Gobel porque acudió á la Convencion á deponer la mitra y ponerse el gorro frigio; Lecomte que exclama: *¡qué prisa por descler iguizarse!* Feraud, cuya cabeza debia ser saludada por Boissy d'Anglas, el cual dejó á la historia que resolviera esta cuestion:—Boissy d'Anglas, ¿hizo el saludo á la cabeza, es decir, á la víctima, ó lo hizo á la pica en que iba clavada, es decir, á los asesinos?—los dos hermanos Duprat, el uno montañés y el otro girondino, que se odiaban como los dos hermanos Chénier.

En aquella tribuna se pronunciaron palabras misteriosas, de esas que, sin saberlo el mismo que las pronunciaba, tienen el acento fátidico de las revoluciones, y á consecuencia de las cuales los hechos materiales parece que toman súbitamente cierto carácter de descontento y de pasion; como si hubieran tomado á mal las cosas que se acaban de oír; como si lo que pasa pareciera indigno de lo que se dice; sobreviniendo las catástrofes furiosas y en algun modo exasperadas por las palabras de los hombres. Así una voz en la montaña basta para desprender una avalancha; y una palabra de mas puede ser seguida de un hundimiento. Si no se hubiese hablado, tal cosa no habria sucedido. Diríase á veces que los acontecimientos son irascibles.

De esta manera, y por la casualidad de haber pronunciado un orador una frase mal comprendida, cayó la cabeza de la princesa Isabel.

En la Convencion la intemperancia de lenguaje era el derecho.

Las amenazas volaban y se cruzaban en la discusion como las chispas en un incendio.—PETION: Robespierre, venid al caso.—ROBESPIERRE: el caso sois vos, Petion, y ya vereis como llego á él—UNA VOZ: muera Marat.—MARAT: El dia en que muera Ma-

rat, no existirá París, y el día en que París deje de existir no habrá ya República.—Billaud-Varenes se levanta y dice: queremos...—Barere le interrumpe diciendo; hablas como un rey.—Otro día PHILIPPEAUX exclama: un individuo de esta asamblea ha sacado la espada contra mí.—AUDOUIN: presidente, llama al orden al asesino.—El PRESIDENTE: esperad.—PANIS: presidente os llamo al orden.—Había también risas groseras.—LECOINTRE: el cura de Chant-de-Bout se queja de su obispo Fauchet porque le prohíbe casarse,—UNA voz: no encuentro por qué razón Fauchet, que tiene queridas, haya de impedir á los demás que tengan esposas.—OTRA voz, cura, cástate. Las tribunas se mezclaban en la conversacion y tuteaban á la asamblea. Un día el representantante Ruamps sube á la tribuna. Tenía una “cadera” mucho más gruesa que la otra, y un espectador le gritó: vuélvete hácia la derecha, porque tienes una “mejilla” á la David. Tales eran las libertades que el pueblo se tomaba con la Convencion. Una vez, sin embargo, en el tumulto del 11 de Abril de 1793, el presidente hizo prender á un interruptor de las tribunas.

Un día (entre los espectadores de esta sesion se hallaba el anciano Buonarrotti) Robespierre toma la palabra y habla por espacio de dos horas, mirando á Danton, unas veces fijamente, lo cual era grave, y otras oblicuamente, lo cual era peor. Su discurso fulminante hiere por decirlo así á boca de jarro, y termina por una explosion de cólera llena de frases fúnebres:—Conocemos á los intrigantes; conocemos á los corruptores y á los corrompidos; conocemos á los traidores: están en esta asamblea; nos oyen; les vemos y no separamos la vista de ellos. Si miran por cima de sus cabezas, verán suspendida sobre ellas la espada de la ley; si miran al fondo de su conciencia, verán en ella su infamia; ¡ay de ellos!—Cuando termina Robespierre, Danton, con la cara levantada hácia el techo, los ojos medio cerrados, un brazo pendiente del respaldo de su banco, echando el cuerpo hácia atrás, canta á media voz:

*Cadet Roussel hace discursos*

*Que no son largos cuando son cortos.*

Cruzábanse imprecaciones contra imprecaciones—¡ Conspirador!—¡ Asesino!—¡ Facineroso!—¡ Faccioso!—¡ Moderado!—Denunciábanse unos á otros ante el busto de Bruto que se veía en el salon. Abundaban los apóstrofes, injurias, desafíos, miradas furiosas de un lado á otro; enseñábanse los puños; se entreveían las pistolas y medio se sacaban los puñales de sus vainas: enorme reverberacion flamígera de la tribuna. Algunos hablaban como si estuviesen recostados sobre la guillotina: las cabezas ondeaban, espantadas y terribles; montaneses, girondinos, fuldenes, moderantistas, terroristas, jacobinos, franciscanos: diez y ocho clérigos regicidas.

¡ Qué hombres todos aquellos! Multitud confusa de humanas, empujadas en todos sentidos.

## II.

Espíritus presa del viento.

Pero era aquel un viento de prodigio.

Ser miembro de la Convencion era como ser una ola del Océano, y esta comparacion es exacta aun respecto de los más eminentes: la fuerza de la impulsión venia de arriba: habia en la Convencion una voluntad que era la de todos y no era la de nadie; voluntad constituida por una idea, idea indomable, desmesurada, que soplaba en la oscuridad desde lo alto del cielo. A esa idea llamamos Revolucion. Cuando pasaba, abatía á los unos, levantaba á los otros, se llevaba á este entre su espuma, y despedazaba al otro sobre los escollos; sabia á donde iba y empujaba al abismo delante de sí. Imputar la Revolucion á los hombres es echar la culpa de la marea á las olas.

† La Revolucion es una accion del Inexcrutable; llámese accion buena ó mala, segun se aspire al porvenir, ó á lo pasado, pero déjesele á quien la ha hecho.



Parece la obra común de los grandes acontecimientos y de los grandes hombres; pero es en realidad la resultante de los sucesos. Estos gastan y los hombres pagan; los sucesos dictan, los hombres firman: el 14 de Julio está firmado por Camilo Desmoulins; el 10 de Agosto por Danton, el 2 de Septiembre por Marat, el 21 de Septiembre por Gregoire y el 21 de Enero por Robespierre; Pero Desmoulins, Danton, Marat, Gregoire y Robespierre no son más que editores de lo que los sucesos han dictado: el redactor enorme y siniestro de esas grandes páginas tiene un nombre: Dios, y una máscara: el destino. Robespierre creía en Dios. ¡Hacia bien!

La revolucion es una forma del fenómeno inmanente que nos estrecha por todas partes y al cual damos el nombre de Necesidad.

Ante este misteriosa complicacion de beneficios y de padecimientos se levanta el ¿Por qué? de la historia.

*Por que sí.* Esta respuesta del que no sabe nada es tambien la respuesta del que lo sabe todo.

En presencia de esas catástrofes climatéricas que devastan y vivifican la civilizacion, no se atreve el historiador á juzgar los pormenores. Censurar ó elogiar á los hombres á causa del resultado, es casi como elogiar ó censurar los sumandos á causa de la suma total. Lo que debe pasar pasa; la que debe soplar sopla; la sereni lad eterna no se turba con esos aquilones: por cima de las revoluciones quedan la verdad y la justicia, como el cielo estrellado por cima de las tempestades.

## XII.

Tal era aquella Convencion desmesurada: campo atrincherado del género humano, atacado por todas partes á la vez; fuegos nocturnos de un ejército de ideas sitiadas; inmenso vivac de talentos sobre una pendiente de abismos. Nada hay en la historia comparable con aquel grupo, á la vez senado y popu-

lacho, cónclave y plazuela, arcópagó y plaza pública, tribunal y acusado.

La Convencion se plegó siempre á impulso del viento dominante: pero aquel viento salla de la boca del pueblo y era el soplo de Dios.

Hoy, despues de trascurridos ochenta años, cada vez que la pensamiento de un hombre, cualquiera que sea, historiador ó filósofo, se presenta la Convencion, ese hombre se detiene y medita: imposible no detenerse á contemplar esa gran porcesion de sombras.

## XIII.

## MARAT EN LOS PASILLOS.

Marat, como habia anunciado á Simona Evrard, asistió á la Convencion al dia siguiente de la conferencia de la calle del Pavoreal

Habia en la Convencion un marqués maratista, Luis Montaut, el que despues ofreció á la Convencion un reloj decimal coronado del busto de Marat.

En el momento de entrar este último. Chabot acababa de acercarse á Montaut.

—¡Hola ex!.... le dijo.

—? Por qué me llamas ex?....

—Por que lo eres.

—¿Yo?

—¿No has sido marqués?

—Nunca.

—¡Bah!

—Te digo que nunca; mi padre era soldado, y mi abuelo tejedor

—¿Qué nos cuentas, Montaut?

—Yo no me llamo Montaut.

—¿Pues como te llamas?

—Me llamo Maribon.

—En último resultado lo mismo me da, dijo Chabot.

Y añadió entre dientes:

—Hay puja para saber quién s ra ménos marqués.

Marat se habia detenido en el corredor de la izquierda y miraba á Montaut y á Chabot.

Siempre que Marat entraba se levantaban rumores, pero lejos de él. A su alrededor todos guardaban silencio. Marat no hacia caso de esta circunstancia: desdeñaba segun decia “los graznididos del Pantano.”

En la penumbra de los bancos oscuros más inferiores, Coué del Oire, Prunelle, Villaes, obispo que despues fué individuo de la academia francesa, Boutrone, Petit, Plaichard, Bonet, Thi-beauveau, Valdruche, se le mostraban con el dedo, diciendo:

—¡ Calla ! ahí está Marat.

—¿ Pues no está enfermo ?

—Sí, pues que viene de bata.

—¡ De bata !

—¡ Pardiez ! sí.

—Ese hombre todo se lo permite.

—¡ Y se atreve á venir así á la Convencion !

—Habiendo venido un dia cubierta la cabeza de laureles bien puede venir otro dia de bata.

Cara de oobre y dientes de verde-gris.

—Su bata parece nueva.

—¿ De qué es ?

—De reps.

—Ajada.

—Mirad los forros.

—Son de piel.

—De tigre.

—No, de armiño.

—Falsificado.

—¡ Y trae medias !

—Es extraño.

—Y zapatos con hevillas,

—¡ De plata !

—No se se lo perdonarán los zuecos de Camboulas.  
 En otros bancos se hacia gala de no reparar en Marat, y se hablaba de otra cosa. Santhonax se acercaba á Dussaulx, diciendo:

- ¿Sabeis la noticia, Dussaulx?  
 —¿Qué hay?  
 —El ex-conde de Brienne.....  
 —¿El que estaba en la Force con el ex-duque de Villeroy?  
 —Sí.  
 —A los dos los he conocido; ¿y qué ha pasado?  
 —Tenian tanto miedo, que saludaban á los gorros colorados de todos los carceleros, y un dia se negaron á juzgar á los cientos porque les ofrecieron unas barajas con reyes y reinas.  
 —¿Y bien?  
 —Ayer los han guillotinado.  
 —¿A los dos?  
 —A los dos.  
 —En suma ¿como se han portado en la prision?  
 —Han estado cobardes.  
 —¿Y en el cadalso?  
 —Intrépidos.  
 Y Dussaulx lanzaba esta exclamacion:  
 —Morir es más fácil que vivir.

Barere estaba leyendo un informe; tratábase de la Vendée. Nueve cientos hombres del Morbihan habian salido con artillería para socorrer á Nantes; Redon estaba amenazada por los campesinos; Paimboeuf se hallaba atacada: una escuadra cruzaba á la altura de Maindrin para evitar los desembarcos: toda la orilla izquierda del Loira, desde Ingranda hasta Maure, estaba cruzada de baterías realistas; tres mil campesinos se habian apoderado de Pornic al grito de *¡Vivan los ingleses!* Una carta de Santerre á la Convencion, que leyó Barere, terminaba con estas palabras: “siete mil campesinos han atacado á Vannes; les hemos rechazado, y han dejado en nuestro poder cuatro cañones”.

—¿Y cuantos prisioneros? interrumpió una voz,  
 Barere continuó:

—Postdata de la carta: “No hemos hecho prisioneros porque ya no los hacemos”.

Marat continuaba inmóvil, sin escuchar; parecía absorto en serias reflexiones.

Tenia en la mano y arrugaba entre los dedos un papel, en el cual quien lo hubiese desdoblado habría podido leer estas líneas, escritas de puño de Momoro, y que eran probablemente la respuesta á una pregunta hecha por Marat.

—“No se puede hacer nada contra la omnipotencia de los comisarios delegados, sobre todo contra los delegados de la comision de salvacion pública. Por más que Genissieux haya dicho en la sesion del 6 de Mayo: *cada comisario es más que un rey*, sus frases no han producido ningun efecto. Tienen poder de vida ó muerte. Massade en Angers, Trullard en Sain Amand, Nyon cerca del general Marcé, Parrein en el ejército de Sables, Milliert en el de Niort, son omnipotentes. El club de los jacobinos ha llegado hasta nombrar á Parrein brigadier; las circunstancias todo lo permiten; y un delegado de la comision de salvacion pública tiene en jaque á un general en jefe”.

Marat acabó de arrugar el papel, le metió en el bolsillo, y se acercó lentamente á Montaut y Chabot, que continuaban hablando y no le habian visto entrar.

Chabot decia:

—Maribon ó Montaut, escucha: vengo de la comision de salvacion pública.

—¿Y que hacen?

—Han encomendado á un clérigo la vigilancia sobre un noble.

—¡Ah!

—Un noble como tú.....

—Yo no soy noble, dijo Montaut.

—Bajo la guarda de un clérigo.....

—Como tú.

—Yo no soy clérigo, dijo Chabot.

—Ambos rompieron á reir.

—Concreta el hecho, repuso Montaut.

! —El hecho es el siguiente. Un cura, llamado Cimourdain ha

sido nombrado delegado con plenos poderes cerca de un vizconde llamado Gauvain, que manda la columna expedicionaria del ejército de las Costas. Trátase de impedir al noble que nos haga alguna trampa y al cura que nos haga alguna traicion.

—Es muy sencillo, respondió Montaut: no hay sino hacer que la muerte se mezcle en la aventura.

—Para eso vengo yo, dijo Marat.

Ambos levantaron la cabeza.

—¡Hola Marat! ; que poco te dejas ver por las sesiones!

—Mi médico me ha recetado los baños, respondió Marat.

—Hay que desconfiar de los baños, repuso Chabot: Séneca murió en un baño.

Marat se sonrió, y dijo:

—Chabot, aquí no hay Neron.

—Estas tú, que es lo mismo, dijo una voz dura.

—Era Danton que pasaba por allí para subir á su banco.

—Marat no se movió.

Metió la cabeza entre las de Montaut y Chabot y les dijo:

—Oid; vengo para un asunto grave: es preciso que uno de nosotros tres proponga hoy un proyecto de decreto á la Convencion.

—Yo no, dijo Montaut, no me hacen caso porque soy marqués.

—A mí tampoco, añadió Chabot por que soy capuchino.

—Ni á mí, dijo Marat, porque soy Marat.

Hubo entre ellos un rato de silencio.

Marat cuando estaba pensativo no se dejaba interrogar fácilmente. Sin embargo, Montaut aventuró una pregunta.

—Marat dijo, ; qué decreto es ese que deseas?

—Un decreto condenando á muerte á todo jefe militar que permita la evasion de un rebelde prisionero.

Chabot intervino.

—Ese decreto existe: se votó en fines de Abril.

—Entónces es como si no existiese, dijo Marat. En todas partes, en toda la Vendée, no hay uno que no deje escapar á los prisioneros y los que les dan asilo quedan impunes.

—Marat, eso consiste en que el decreto ha caído en desuso.

—Chabot, es preciso restablecerlo en todo su vigor.

—Sin duda.

—Y para eso excitar á la Convencion.

—No es necesario hablar á la Convencion: basta llevar el caso á la comision de salvacion pública. El fin se conseguirá de todos modos si la comision de salvacion pública manda fijar el decreto en todos los pueblos de la Vendée y hace dos ó tres buenos ejemplares.

—En grandes cabezas, añadió Chabot, en cabezas de generales. Marat murmuró:

—En efecto eso bastará.

—Marat, añadió Chabot, tú mismo puedes ir á decirlo á la comision de salvacion pública.

Marat le miró entre ceja y ceja, lo cual no era agradable, ni aun para Chabot.

—Chabot, dijo, ir á la comision de salvacion pública es como ir á casa de Robespierre, y yo no voy en casa de Robespierre.

—Yo iré, dijo Montaut.

—Bien, dijo Marat.

Al dia siguiente se expidió en todas direcciones una orden de la comision de salvacion pública mandando fijar en todas las poblaciones de la Vendée y ejecutar estrictamente el decreto imponiendo pena de muerte á los cómplices de la fuga y evasion de facciosos é insurgentes prisioneros.

Aquel decreto no era más que el primer paso: la Convencion debia ir todavía más lejos. Pocos meses despues, el 11 de brumario, año II (Noviembre de 1793), con ocasion de haber abierto Laval sus puertas á los vendeanos fugitivos, decretó, que toda ciudad que diere asilo á los rebeldes seria demolida y destruida.

Por su parte los príncipes de Europa, en el manifiesto del duque de Brunswick, inspirado por los emigrados y redactado por el marqués de Linnon, mayordomo del duque de Orleans, habian declarado que todo frances preso con las armas en la mano seria fusilado, y que si se tocaba á un cabello de la cabeza del rey, la ciudad de París seria arrasada.

**Salvajismo contra barbárie**

# TERCERA PARTE.

## EN LA VENDEE.

### LIBRO PRIMERO.

#### LA VENDEE.

##### I.

#### LAS SELVAS.

Habia entónces en Bretaña siete selvas horribles. La Vendée es la religion clerical, rebelion que tuvo por auxilio las selvas. Las tinieblas se auxilian mutuamente.

Las siete Selvas-Negras de Bretaña eran: el bosque de Fougères, que cierra el paso entre Dol y Avranches; el bosque de Princé, que tiene ocho leguas de circuito; el bosque de Paimpont, lleno de barrancos y de arroyos, casi inaccesible por la parte de Boignon y con una retirada fácil sobre Concornet que era poblacion realista; el bosque de Rennes, desde donde se oia el somaten de las parroquias republicanas, siempre numerosas cerca de las ciudades, y en donde Puyssaye perdió á Focard; el bosque de Machecoul, cuya bestia feroz era Charette; el bosque de la Garnache, propiedad de los La Trémouille, los Guavain y los Rohan, y el bosque de Brocéliande que pertenecia á las hadas.



Un noble de Bretaña tenia el título de señor de la Siete Florestas: era el vizconde de Fontenay, príncipe breton.

Porque el príncipe breton existia separadamente del príncipe francés. Los Rohan eran príncipes bretones; Garnier de Saintes, en el informe que presentó á la Convencion el 15 nivoso, año II, califica de este modo al príncipe de Talmout: "Ese Capeto de los facciosos, soberano del Maine y de la Normandia."

La historia de las selvas bretonas desde 1792 á 1800 podría escribirse aparte, y con la gran aventura de la Vendée formaria como una leyenda.

La historia tiene su verdad, la leyenda tiene la suya. La verdad legendaria es de otra naturaleza que la verdad histórica: es invencion que tiene por resultado la realidad. Por lo demás, la historia y la leyenda se proponen el mismo objeto: pintar al hombre eterno bajo el aspecto del hombre momentáneo.

La Vendée no puede ser explicada completamente si no viene la leyenda á completar la historia: son ámbas necesarias, la historia para el conjunto y la leyenda para los pormenores.

Y la Vendée, en efecto, vale la pena de completarse de este modo porque la Vendée es un prodigio.

Esa guerra de los Ignorantes tan estúpida y tan espléndida, abominable y magnifica ha desolado y engrandecido á la Francia.

La Vendée es una herida y esa herida es una gloria.

A ciertas horas la sociedad humana tiene sus enigmas, que para los ilustrados se resuelven en luz y para los ignorantes en oscuridad, en violencia y en barbarie. El filósofo no se atreve á acusar: tiene en cuenta la turbacion que produce los problemas, los cuales no pasan sin arrojar una sombra debajo de sí como las nubes.

Si se quiere comprender á la Vendée, es necesario figurarse el antagonismo que existia entre la revolucion francesa por un lado y por el otro el campesino breton. En frente de los acontecimientos incomparables de la revolucion, amenaza inmensa de todos los beneficios á la vez, acceso de cólera de la civilizacion, exceso de progreso furibundo, mejoras desmesuradas é ininteligibles, pongamos aquel salvaje grave y singular, aquel hombre de ojos claros y largos cabellos, que vive de leche y de

castañas, que se contenta con su techo de paja, con su vallado y su foso, que distingue cada pueblecillo de las inmediaciones por el sonido de su campana, que no usa del agua mas que para beber, que se viste de un colete de cuero con arabescos de seda, inculto y bordado, pintorreteado su traje como los celtas sus antepasados se pintorreteaban el rostro, respetando á su amo en su verdugo, hablando una lengua muerta, lo cual es obligar al pensamiento á habitar en una tumba, picando sus bueyes, aguzando sus hoces, escardando su trigo negro, amasando su torta de trigo sarraceno, venerando primero á la reja de su arado, despues á su abuela, creyendo en la santa virgen, en la dama blanca, teniendo devocion al altar y á la piedra misteriosa que se encuentra erguida en medio de la llanura, labrador en los valles, pescador en la costa, cazador en el bosque, amante de sus reyes, de sus señores, de sus sacerdotes y de su miseria, pensativo, inmóvil con frecuencia por espacio de horas enteras en la gran playa desierta escuchando el ruido del mar en actitud sombría.

Y despues de haber puesto enfrente ámbas cosas, preguntémonos si este ciego podia aceptar aquella claridad.

## II.

### LOS HOMBRES.

El campesino breton tiene dos puntos de apoyo; el campo que le alimenta y el bosque que le oculta.

Difícilmente podríamos figurarnos lo que eran las selvas bretonas; eran ciudades. Nada más sordo, más mudo ni más agresivo que aquellos inextricables espesuras de espinos y de ramaje. Aquella vasta maleza tenia sitios de inmovilidad y de silencio. No habia soledades que pareciesen más muertas y más sepulcrales; pero si súbitamente se hubiera podido, de un golpe semejante al del rayo, cortar todos los árboles y arbustos, se hubiera visto en aquella sombra un enjambre de seres humanos.

Pozos redondos y estrechos, disimulados al exterior por tapa-

deras de piedra y de ramas, primero verticales, despues horizontales, ensanchándose bajo tierra en forma de embudo, y terminando en habitaciones tenebrosas; pozos como los que Cambises encontró en Egipto, fueron los que Westerman halló en Bretaña. Sólo que Cambises caminaba por el desierto, y Westerman por el bosque, y así como en las cuevas de Egipto habia muertos, en las cuevas de Bretaña habia vivos.

Uno de los claros del bosque de Misdon más agrestes, todo perforado de galerías y de celdas por donde iba y venia un pueblo misterioso, se llamaba "la Gran ciudad." Otro no ménos desierto por encima y no ménos habitado por debajo, se llamaba "la Plaza real."

Esta vida subterránea era inmemorial en Bretaña, donde en todos tiempos el hombre habia huido delante del hombre. De aquí las cuevas como de reptiles abiertas bajo los árboles, cuevas cuya apertura databa del tiempo de los druidas; pues algunas de aquellas criptas eran tan antiguas como los dolmens. Las larvas de la leyenda y los mónstruos de la historia, todo habia pasado por aquel negro país; Teutates, César, Hoel, Neomenes, Godofredo de Inglaterra, Alan Guante de hierro, Pedro Mauclerc, la casa francesa de Blois, la casa inglesa de Montfort, los reyes y los duques, los nuevos barones de Bretaña, los jueces de los Grandes Dias, los condes de Nantes disputando con los condes de Rennes, los plebeyos, los malandrines, las grandes compañías, Renato II vizconde de Rohan, los gobernadores por el rey, el "buen duque de Chaulnes" que colgaba de los árboles á los campesinos, bajo las ventanas de madama de Sevigné, las carnicerías señoriales del siglo XV, las guerras de religion de los siglos XVI y XVII, los treinta mil perros adiestrados para la caza de hombres en el siglo XVIII; y bajo aquel pisoteo espantoso el pueblo habia tomado el partido de desaparecer. Cada cual á su turno, los trogloditas para librarse de los celtas, los celtas para librarse de los romanos, los bretones para huir de los normandos, los hugonotes para escaparse de las garras de los católicos, los contrabandistas para librarse de los aduaneros, se habian refugiado primero en los bosques y despues bajo tierra; recurso de bestias. A ese recurso obliga

la tiranía á las naciones. Desde hacia dos mil años el despotismo en todas sus formas, la conquista, el feudalismo, el fanatismo, el fisco, perseguían á toda aquella miserable y azorada Bretaña: especie de batida inexorable que no cesaba bajo una forma sino para comenzar bajo otra. Por eso los hombres se escondían bajo tierra.

El espanto, que es una especie de cólera, estaba dispuesto á mostrarse en las almas, así como las cuevas estaban dispuestas á recibir la gente en los bosques, cuando estalló la república francesa. La Bretaña se sublevó, hallándose oprimida por aquella libertad que se le daba á la fuerza: error habitual de los esclavos.

## III.

## CONNIVENCIA DE LOS HOMBRES Y DE LAS SELVAS.

Las trágicas selvas bretonas volvieron á representar su antiguo papel; fueron siervas y cómplices de aquella rebelion, como lo habian sido de todas las demás.

El subsuelo de ciertos bosques era una especie de madrepora perforada y atravesada en todos sentidos por un laberinto desconocido de zapas, de celdas y galerías. Cada una de estas celdas sin salida albergaba cinco ó seis hombres. La dificultad no consistía mas que en poder respirar en ellas. Hay ciertos números extraños que hacen comprender la poderosa organizacion de aquella vasta sublevacion campesina. En Ille-et-Vilaine, en el bosque del Pertre, asilo del príncipe de Talmont, no se oía ni el ruido de una respiracion, no se veía la menor señal de séres humanos, y sin embargo habia seis mil hombres con Focard. En Morbihan, en la selva de Meulac, no se veía á nadie y habia ocho mil hombres; y sin embargo, estas dos selvas el Pertre y Meulac no se cuentan entre las grandes selvas bretonas. Era terrible la marcha por aquellos lugares; aquellas espesuras hipócritas llenas de comb tientes escondidos en una especie de laberintos subyacentes, eran uno especie de enormes

esponjas oscuras, de donde, con la presión del pié gigantesco llamado revolución, brotaba la guerra civil.

Batallones invisibles estaban en asecho; ejércitos ignorados serpenteaban bajo los ejércitos republicanos; salían de tierra súbitamente y volvían á ella del mismo modo; saltaban de improviso en innumerables bandas y desaparecían también en un momento como dotados del don de ubicuidad y del de dispersión, siendo primero avalancha y después polvo; colosos que podían disminuir su estatura á voluntad; gigantes para combatir, enanos para desaparecer, yaguares con costumbres de topos.

Además de las selvas, había los matorrales. Así como en primer lugar están las ciudades y en segundo las aldeas, venían en Bretaña los matorrales después de las selvas. Estas selvas se unían entresí por el dédalo de las matas esparcidas por todas partes. Los antiguos castillos que eran fortalezas, los pueblecillos que eran campos, las granjas que eran recintos rodeados de emboscadas y de lazos, las alquerías defendidas por fosos y empalizadas de árboles, eran las mallas de aquella red en que se enredaron los ejércitos republicanos.

Aquel conjunto era lo que se llamaba el Bocage.

Contábanse además el bosque de Misdon, el cual tenía en el centro un estanque, bosque donde hacía la guerra Juan Chouan; el bosque de Gennes donde campaba Taillefer; el bosque de la Huisserie, donde mandaba Gouge-le-Bruant; el bosque de la Bharnie donde mandaba Contillé el bastardo, llamado el apóstol San Pablo, jefe del campo de la Vache-Noire; el bosque de Burgault, donde dominaba el enigmático señor Santiago, reservado á un fin misterioso en el subterráneo de Juvardeil; el bosque de Charreau, donde Pimousse y Petit-Prince, atacados por la guarnición de Chateaufort se arrojaron sobre las filas republicanas, y tomando cuerpo á cuerpo varios granaderos se los llevaron prisioneros; el bosque de Heureserie, testigo de la derrota del destacamento de la Longue-Faye, el bosque de Aulne, desde donde espiaban el camino entre Rennes y Laval; el bosque de la Gravelle, ganado por un príncipe de La Tremoille

al juego de bolos; el bosque de Lorges en la costa del Norte donde Cárlos de Boishard reinó despues de Bernardo de Villeneuve; el bosque de Bagnard, cerca de Fontenay, donde Lescure presentó combate á Chalbos, que teniendo nada mas que uno contra cinco, le aceptó. El bosque de la Durondais, que en otro tiempo se disputaron Alan-le-Redrú y Hérispoux, hijo de Cárlos el Calvo; el bosque de Croqueloup al extremo de aquella landa donde Coquereau esquilaba á los prisioneros; el bosque de la Croix-Bataille que presenció los insultos homéricos de Pierna de Plata á Morière y de Morière á Pierna de Plata; el bosque de la Saudraie, registrado, como hemos visto, por el batallon de París, y otros muchos.

En muchos de estos bosques y selvas no habia solamente aldeas subterráneas agrupadas en torno de la cueva del jefe, sino que habia tambien verdaderos caseríos de cabañas bajas, ocultas bajo los árboles y en tan gran número que á veces llenaban todo el bosque y solamente se descubrian por el humo de sus hogares. Dos de estos caseríos, ámbos del bosque de Misdon, han adquirido celebridad: Lorriere cerca del estanque, y el grupo de cabañas llamado calle de Bau, hácia la parte de Sant-Quent-les-Tois.

Las mujeres vivian en estas chozas y los hombres en las criptas, utilizando para la guerra las galerías llamadas de las hadas y las antiguas minas célicas. Los de afuera llevaban de comer á los que estaban escondidos, muchos de los cuales, á veces olvidados, se morian de hambre. Estos por lo demás eran gente poco hábil que no habian sabido abrirse paso por los pozos. Habitualmente la tapa de estos, hecha de yerba y ram: ge, estaba tan artísticamente dispuesta, que era imposible distinguirla desde fuera miéntras era facilísima de abrir y cerrar por dentro. Aquellos lugares de refugio habian sido abiertos con esmero, echándose en los estanques la tierra que se sacaba de ellos. La pared interior y el suelo se cubrian con musgo y helechos; llamaban á esos reductos el alojamiento, y allí no se estaba mal, salvo que se carecia de luz, fuego, pan y aire.

Volver sin precaucion entre los vivos y desenterrarse inopurtamente, era grave.

Se corría el riesgo de hallarse de improviso entre las piernas de una columna en marcha. Selvas temibles, lazos de doble trampa, donde los azules no osaban entrar y de donde los blancos no se atrevían á salir.

## IV.

## LA VIDA VENDEANA BAJO TIERRA.

Los hombres en aquellas cavernas de animales se aburrían. De noche, algunas veces, desafiaban el peligro y salían de ellas para bailar en las landas inmediatas, ó bien rezaban para matar el tiempo. Bourdoiseau decía: "todo el día nos tenía Juan Chouan con el rosario en la mano."

Cuando lo llegaba la estación en que se celebraba la fiesta llamada de la Gavilla, era casi imposible impedir á los naturales del Bajo Maine que salieran de sus escondrijos para asistir á la romería. Algunos tenían ideas propias: Denys, llamado Cortamontes, se disfrazaba de mujer para ir á Laval á ver una comedia y luego volvía á esconderse en su agujero.

Otras veces salían de repente para arrostrar la muerte, dejando el calabozo por el supulcro.

Otras levantaban la tapa del pozo y escuchaban el ruido del combate que resonaba á lo lejos, siguiendo sus alternativas con el oído atento. El fuego de los republicanos era regular el de los realistas graneado y desparramado, y por estas señales se guiaban. Si el fuego por pelotones cesaba súbitamente era señal de que los realistas habían perdido la acción; si el fuego desordenado continuaba y se alejaba era señal de que la habían ganado. Los blancos perseguían siempre á sus enemigos; los azules nunca, porque el país estaba en contra suya.

Estos beligerantes subterráneos estaban admirablemente informados de los movimientos de sus contrarios. Nada más rápido y misterioso que sus comunicaciones. Rompían todos los puentes, desmontaban todos los carros y hallaban medio de comunicarse todas las noticias, y darse todos los avisos y órdenes

Tenian estaciones de emisarios establecidas de bosque en bosque, de aldea en aldea, de granja en granja, de cabaña en cabaña, de matorral en matorral.

Tal aldeano, que parecia un estúpido, pasaba por entre el enemigo llevando partes y comunicaciones en el palo en que se apoyaba, que estaba hueco.

Un antiguo constituyente, llamado Boetidoux les proporcionaba, para ir y venir de un extremo á otro de la Bretaña, pasaportes republicanos del nuevo modelo con los nombres en blanco, documentos de los cuales aquel traidor tenia muchos legajos. Era imposible sorprenderlos. Puyseye dice: *secretos comunicados á más de cuatrocientos mil individuos han sido guardados religiosamente.*

Parecia que el cuadrilátero formado al Sur por la línea que va de las Sables á Thouars, al Este por la línea de Thouars á Saumur, y por el rio de Thoué, al Norte por el Loira, y al Oeste por el Océano tenia un mismo aparato nervioso, y que no podia estremecerse un solo punto de aquel suelo sin que todo él se estremeciera. En un abrir y cerrar de ojos corrian las noticias de Noirmoutier á Luzon, y el campo de la Loué sabia en un momento lo que pasaba en el campo de la Croix-Morineau, como si las aves fuesen las encargadas de pasar los avisos. Hoche escribia el 7 mesidor año III: *no parece sino que tienen telégrafos.*

Estaban divididos en clanes como en Escocia: cada parróquia tenia su capitán. Mi padre hizo aquella guerra y por eso puedo hablar de ella con conocimiento de causa.

v.

## LA VIDA DE LOS VENDEANOS EN GUERRA.

Muchos no tenian mas armas que la pica; pero abundaban las buenas escopetas de caza. Los cazadores furtivos del Bocage y los contrabandistas del Louroux eran diestrísimos tiradores: extraños combatientes, espantosos é intrépidos. El decreto para la leva de trescientos mil hombres habia producido



el somaten de seiscientas aldeas. y los chasquidos del incendio se oyeron en todos los puntos á la vez. El Poitou y el Anjou hicieron su explosion en el mismo dia, y ya el primer trueno de esta erupcion habia resonado en 1792, el 8 de Julio, un mes antes de los sucesos del 10 de Agosto, en la landa de Kerbader. Alan Redeler, hoy ignorado, fué el precursor de la Rochejacquelein y de Juan Chouan. Los realistas obligaban á formar en sus filas á todos los hombres útiles para llevar las armas y esto bajo pena de muerte. Hicieron requisas de atalajes, carros y víveres. En breve Srpinaud tuvo á sus órdenes tres mil hombres, Cathelineau diez mil, Stofflet veinte mil, y Charette se apoderó de Noirmoutier. El vizconde de Scepeaux sublevó el Alto Anjou, el caballero de Dieuze levantó el país entre el Vilaine y el Loira, Tristan el ermitaño insurreccionó el Bajo Maine, el barbero Gaston tomó á Guemenée, y el cura Bernier todo el resto. Para hacer sublevar á tanta gente se usaba un procedimiento muy sencillo y poco costoso. Detras del retablo del altar donde decia misa un cura juramentado, un *clérigo jurado* como ellos decian, se metia un gran gato negro y se le hacia saltar afuera durante la misa.—¡ Es el diablo! gritaban los campesinos, y todo un canton se sublevaba. Los confesonarios soplaban tambien el fuego de la sublevacion. Para atacar á los azules y atravesar los barrancos, tenian un palo de quince piés de largo que era la *pértiga*, arma á la vez de combate y de retirada. En lo más fuerte de la pelea, cuando atacaban los cuadros republicanos, se encontraban en el campo una cruz ó una capilla, todos se hincaban de rodillas y rezaban sus oraciones bajo la metralla. Una vez concluidas, los que habian quedado vivos se lanzaban con furia sobre el enemigo. ¡ Ah! ¡ qué gigantes combatientes! Cargaban los fusiles á la carrera; esta era su peculiar habilidad. Se les hacia creer lo que se queria; los curas les mostraban otros curas á los cuales habian enrojecido el cuello con un cordel apretado y les decian: son sacerdotes guillotizados que han resucitado de entre los muertos. Tenian tambien sus accesos de caballerosidad y honraron á Fesque, abanderado republicano, que resistió cuantos sablazos le dieron sin soltar la bandera. Tenian así mismo sus dichos agu-

dos y sus chanzonetas: á los curas republicanos que se **habian** casado les llamaban *descoronados que se habian hecho descamisados*. Comenzaron por arredrarse ante los cañones y concluyeron por echarse encima de ellos y tomarlos con sus garrotes. Tomaron primero un buen cañon de bronce, al cual bautizaron con el nombre de *El Misionero*; despues se apoderaron de otro que habia servido en las guerras católicas, y tenia grabadas las armas de Richelieu y una imágen de la Virgen, y le llamaron *Maria-Juana*. Cuando perdieron á Fontenay perdieron tambien á Maria-Juana, entórno de la cual cayeron sin retroceder un paso seiscientos campesinos. Despues recobraron á Fontenay para recobrar á Maria-Juana y la llevaron bajo la bandera flordelisada cubriéndola de flores, y dándola á besar como reliquia á las mujeres que encontraban. Pero dos cañones no eran bastante: Stofflet habia tomado á Maria-Juana: Cathelineau, celoso, salió de Pin-en-Mange, atacó á Jallais y tomó un tercer cañon; Forest atacó á Saint-Florent y tomó el cuarto; y otros dos capitanes, Choupes y Saint-Pol hicieron más: figuraron cañones con troncos de árboles cortados, y artilleros con maniquies, y con esta artillería de que se reian violentamente hicieron retroceder á los azules en Maresui. Esta fué su época gloriosa, su grande época. Posteriormente, cuando Chalbos derrotó á la Marsonniere, los campesinos al huir dejaron, en el campo de batalla deshonorado, treinta y dos cañones con las armas de Inglaterra. Inglaterra entónces pagaba pensiones á los príncipes franceses y enviaba fondos al hermano del rey, porque segun escribia Nantiat el 10 de Mayo de 1794 “se habia dicho á Mr. Pitt que esto era decente.” Mellinet en su informe del 31 de Marzo dice: “El grito de los rebeldes es: *vivan los ingleses*.” Los campesinos se cebaban en el pillaje; aquellos devotos robaban cuanto podian; las selvas tienen sus vicios, y precisamente por ellos les prende despues la civilizacion. Puyssaye dice en el tomo II, página 187: “He salvado varias veces del saqueo la aldea de Plelan.” Más adelante en la página 434 dice que no quiso entrar en Monfort y dió un rodeo “para evitar el saqueo de las casas de los jacobinos.” Saquearon tambien á Cholet y Challans, y aunque no pudieron saquear á Granville, se desquitaron en Vil-

le-Dieu. Llamaban *masa jacobina* á los campesinos que se habian unido á los azules y los esterminaban con más furia que á los demás. Eran aficionados á la carnicería en el combate como soldados, y al asesino fuera del combate como salteadores. Agradábales fusilar á los "papanatas," es decir, á los ciudadanos; y á esto llamaban *descuaresmarse*. En Fontenay uno de sus clérigos, el cura Barbotin, dejó tendido á un anciano de un sablazo. En Saint-Germain-sur-Ille uno de sus capitanes, noble por cierto, mató de un tiro al síndico del ayuntamiento y le robó el reloj. En Machecoul decidieron hacer una *corta* en regla de republicanos, á treinta por dia y la corta duró cinco semanas. Cada cadena de treinta se llamaba "el rosario": bajándolos á un foso que habian abierto; la cadena se adosaba á una de las paredes y allí eran todos fusilados. Los fusilados caian en la zanja, algunos de ellos aún vivos, y á todos los enteraban confundidos. De estas costumbres aún hemos vuelto á ver ejemplos. A Joubert, presidente del distrito, le serraron los puños. Ponian á los prisioneros azules esposas cortantes forjadas expresamente para ellos, y los mataban á goipes en las plazas públicas tocando el halalí de caza. Charette, que se firmaba: *Fraternidad, el caballero Charette* y que llevaba como Marat un pañuelo atado á la cabeza, quemó la poblacion de Pornic con los habitantes dentro de las casas. Entre tanto por la otra parte Carrier cometia atrocidades espantosas: el terror respondia al terror. El insurgente breton tenia casi la traza del insurgente griego; chaqueta corta, fusil con bandolera, polainas, anchos calzones semejantes á la fustanela; el muchacho parecia un clefta. Enrique de La Rochejacquelein, á los veintiun años partia para la guerra armado de un palo y un par de pistolas. El ejército vendeano contaba ciento cincuenta y cuatro divisiones; ponía sitios en regla, y tres dias tuvo bloqueada á Bressuire. Diez mil campesinos en un dia de Viernes Santo cañonearon con bala roja la ciudad de las Sables. En una ocasion destruyeron en un solo dia catorce acantonamientos republicanos, desde Montigné á Courbevelles. En Thouars en lo alto de la muralla oyóse este diálogo soberbio entre La Rochejacque-

lein, y un joven campesino. — Carlos — Señor — Pon los hombros que voy á subir en ellos — Subid — Dame tu fusil — Tomad. Y La Rochejacquelein asaltó la ciudad, y fueron así tomadas aquellas torres que habia tenido sitiadas Duguesclin. Preferian un cartucho á un luis de oro; lloraban cuando perdian de vista el campanario de su pueblo; huir les parecia cosa natural y entonces los jefes les gritaban: *arrojad el calzado y conservad los fusiles*. Cuando les faltaban municiones, rezaban el rosario y se lanzaban á tomarlas en los arzones de la artillería republicana: posteriormente Elbée las pidió á los ingleses. Cuando se acercaba el enemigo, si tenian heridos, los ocultaban entre los trigos ó los helechos, y terminada la accion, volvian por ellos. No tenian uniformes de ninguna especie: sus vestidos se caian á pedazos, y campesinos y nobles se vestian con los trapos que podian haber á manos. Roger Mouliniers llevaba un turbante y un dolman que habia tomado en el almacen de trajes del teatro de la Fleche; el caballero de Beauvilliers llevaba una toga de fiscal y un sombrero de mujer encima de un gorro de lana: todos sin embargo llevaban banda y cinturones blancos, y los grados se distinguian por los diversos nudos. Stofflet tenia un nudo encarnado; La Rochejacquelein le llevaba negro; Wimpfen, semigirondino, que por lo demás no salió nunca de Normandía, llevaba el broche de los carabots de Caen. Tenian en sus filas mujeres, como Madama Lescure, que despues fué Madama de La Rochejacquelein. Teresa de Mollien, querida de La Rouarie, la cual quemó la lista de los jefes de parroquia, Madama de Rochefoucauld, hermosa joven que sable en mano reunia á los campesinos al rededor de la gruesa torre del castillo de Puy-Rousseau; y aquella Antonieta Adams, llamada el caballero Adams, tan valiente que hecha prisionera, se la fusiló en pié por respeto á su valor. Aquel tiempo épico era cruel; las almas<sup>s</sup> estaban poseidas de furor. Madama de Lescure hacia expresamente pasar su caballo por los cuerpos de los republicanos que habian caido en el combate, muertos segun ella decia, heridos como tal vez estaban. Algunas veces los hombres hicieron traicion á su causa; las mujeres jamás: la Fleury, actriz del teatro Francés, se pasó de la Rouarie á Marat, pero por amor. Los

capitanes eran por lo general tan ignorantes como los soldados; M. de Sapinaud no sabia ortografía y para escribir *nous aurions de notre côté* (tendríamos por nuestra parte) *nous orions de notre côté*. Los jefes se odiaban mutuamente; los capitanes del *Mairais* gritaban: "¡abajo los del país lato!" Su caballería era poco numerosa y difícil de allegar. Puyssaye escribía: *hay hombre que me da de muy buena gana sus dos hijos, y se enfria su entusiasmo si le pido uno de sus caballos*. Sus armas eran pértigas, horquillas, hoces, guadañas, fusiles viejos y nuevos, cuchillos de monte, hachas, mazas herradas y claveteadas. Algunos llevaban dos huesos de muerto puestos en forma de aspa. Atacaban dando grandes gritos; surgían repentinamente de todas partes, de los bosques, de las colinas, de las cuevas, de las cañadas, formando círculo al rededor del enemigo, cayendo sobre él como el rayo, matando, esterminando y luego disolviéndose y desapareciendo. Cuando atravesaban una poblacion republicana cortaban el árbol de la Libertad, le quemaban y bailaban en coro al rededor del fuego. Todas sus expediciones eran nocturnas, regla general del vendéano: presentarse siempre donde menos lo esperan. Caminaban quince leguas en silencio sin dejar la menor huella de su paso. Por la noche, despues de acordado entre los jefes y en consejo de guerra el sitio donde debían de acometer por sorpresa á los detachamentos republicanos, cargaban sus fusiles, mascullaban sus oraciones, se quitaban los zapatos y desfílaban en largas columnas por medio de los bosques, descalzos sobre los brezos, sobre el musgo, sin ruido, sin pronunciar una palabra, casi sin respirar: marcha de gatos en las tinieblas.

## VI.

## EL ALMA DE LA TIERRA SE TRASMITE AL HOMBRE.

La Vendée sublevada no puede calcularse en ménos de quinientas mil personas, entre hombres, mujeres y niños. Medio millon de combatientes es el número citado por Tuffin de la Rouarie.

Los federalistas eran los auxiliares de aquella sublevacion; la Vendée tuvo por cómplice á la Gironda. La Lozere enviaba al Bocage treinta mil hombres. Ocho departamentos se coaligaban, cinco en Bretaña y tres en Normandía. Evreux, que fraternizaba con Caen, estaba representado en la rebelion por Chaumont, su alcalde, y Gardembas uno de sus notables. Bissot en Moulins, Chassan en Lyon, Rabaut-Saint-Etienne en Nismes, Meillan y Duchatel en Bretaña, eran otras tantas bocas que soplaban el fuego y atizaban la llama de aquel incendio.

Hubo ademas dos Vendées; la que puede llamarse la grande, que hacia la guerra de las selvas, y la pequeña que hacia la guerra de los matorrales: tal es el matiz que separa á Charette de Juan Chouan. La pequeña Vendée era cándida, la grande corrompida; la pequeña valía más. Charette, sin embargo, fué nombrado marques, teniente general de los reales ejércitos y gran cruz de San Luis, miéntras que Juan Chouan no pasó de ser Juan Chouan. Charette confina con el bandido; Juan Chouan con el paladin.

En cuanto á aquellos jefes magnánimos como Bonchamps, Lescure, Larochejacquelein, todos incurrieron en error. El grande ejército católico fué un esfuerzo insensato, que no podia tener por consecuencia sino el desastre. Figurémonos una tempestad campesina atacando á París, una coalicion de aldeas sitiando el Panteon, una trahilla de villancicos y de oremus ladrando en torno de la Marsellesa, un enjambre de zuecos precipitándose sobre la legion de los talentos: ¿qué habia de suceder? Mans y Savenay castigaron aquella locura. Pasar el Loira era imposible para la Vendée: todo lo podia hacer ménos dar ese paso. La guerra civil no hace conquistas: pasar el Rhin completa á César y aumenta á Napoleon, pero pasar el Loira mata á Larochejacquelein.

La verdadera Vendée es la que se sostiene en su propio territorio, allí donde es más que invulnerable, imprecindible. El vendeano en su territorio es contrabandista, labrador, pastor, cazador furtivo, salteador, cabrero, campanero, campesino, espía, asesino, sacristan y animal selvático.

Larochejacquelein no pasa de ser Aquiles; pero Juan Chouan es Proteo.

La rebelion de la Vendée abortó: otras han triunfado, la de Suiza por ejemplo. Hay una diferencia entre el montañés y el campesino insurrecto, entre el suizo y el vendeano, y es que, como necesario resultado de la influencia del medio en que viven, casi siempre pelean el uno por un ideal el otro por preocupaciones. El uno se cierne sobre el suelo, el otro se arrastra por él; el uno combate por la humanidad, el otro por el aislamiento; el uno quiere la libertad, el otro la soledad; el uno defiende la comunidad, el otro la parroquia. ¡Comunidades, comunidades! gritaban los héroes de Marat. El uno tiene que habérselas con los principios, el otro con las hondonadas y los barrancos; el uno es el hombre de los torrentes espumosos, el otro el de los estanques y de los charcos, de donde salen las fieras; el uno tiene sobre su cabeza el azul del cielo, el otro las ramas de los árboles y matas; el uno está elevado sobre una cima, el otro sumergido en una sombra.

La educación que proporcionan las alturas no es la misma que dan los barrancos.

La montaña es una ciudadela; la selva es una emboscada; la una inspira audacia, la otra enseña á tender lazos. La antigüedad ponía los dioses en las cumbres y los sátiros en las espesuras. El sátiro es el salvaje semi-hombre, semi-bestia. Los países libres tienen sus Apeninos, sus Alpes, sus Pirineos, su Olimpo; el Parnaso es un monte; el Monte Blanco era el auxiliar colosal de Guillermo Tell; en el fondo y por cima de las luchas inmensas de los espíritus contra la noche, de que están llenos los poemas de la India, se ve el Himalaya: la Grecia, la España, la Italia, la Helvecia, tienen por figura la montaña; la Cimeria, la Germania, la Bretaña, tienen la selva. Ahora bien, la selva es bárbara.

La configuracion del suelo aconseja al kombre muchos actos, y es más cómplice en ellos de lo que se cree. En presencia de ciertos paisajes feroces, se inclina uno á disculpar al hombre y á culpar á la creación: el desierto es á veces mal sano para la conciencia, sobre todo si está poco ilustrada. La conciencia

puede ser gigante y entónces forma á Sócrates y á Jesus, y puede ser enana, y entónces nacen Atreo y Judas. La conciencia pequeña se hace en breve reptil; es fatal para ella la frecuentacion de los altos árboles que arrojan una sombra crepuscular, de las zarzas, de los pinos, de los pantanos entre las matas, porque allí está sometida á la misteriosa infiltracion de malos consejos. Las ilusiones de óptica, los espejismos no esplicados, el azoramiento causado por la hora ó el lugar sumerjen al hombre en una especie de pavor semi-religioso, semi-bestial, que engendra en tiempos ordinarios la supersticion, y en épocas de violencia la brutalidad. Las alucinaciones llevan la antorcha que ilumina la senda del asesinato. El faccioso está poseido de una especie de vértigo: la prodigiosa naturaleza tiene un doble sentido, que deslumbra á los grandes talentos y ciega á las almas ignorantes. Cuando el hombre es ignorante y el desierto á propósito para visiones, la oscuridad del aislamiento se agrega á la oscuridad de la inteligencia, y de aquí que se abran abismos en el hombre. Ciertas rocas, ciertos barrancos, ciertos matorrales, ciertos claros de la selva, la noche al través de los árboles, impulsan al hombre á cometer actos de locura y de atrocidad. Casi podria decirse que hay sitios facinerosos.

¿Qué de cosas trágicas ha visto la colina sombría que hay entre Bañon y Plelan !

Los vastos horizontes inspiran al alma ideas generales; los horizontes circunscritos engendran ideas parciales, lo cual condena á veces á grandes corazones á ser pequeños talentos: testigo de esta verdad es Juan Chouan.

El odio de las ideas parciales á las ideas generales es lo que constituye la lucha misma del progreso.

País, Patria, son dos palabras que resúmen toda la guerra de la Vendée: contienda de la idea local contra la idea universal, del paisano contra los patriotas.

#### VII.

### LA VENDÉE CONCLUYÓ CON LA BRETAÑA.

La Bretaña es una rebelde antigua. Todas las veces que se ha sublevado en el espacio de dos mil años ha tenido razon, mé-



nos la última. Sin embargo, en realidad, contra la revolucion como contra la monarquía, contra los representantes en mision, como contra los gobernadores, duques y pares, contra la lámina de los asignados, como contra el arriendo de las gabelas, cualesquiera que fuesen los personajes combatientes, Nicolás Rapin, Francisco de la Noue, el capitán Pluviant, y la dama de la Garnache, ó Stofflet, Conquereau y Lechandelier de Pierreville, á las órdenes de M. de Rohan contra el rey, ó á las de M. Larochejacquelein en favor del rey, siempre la Bretaña hacia la misma guerra, la guerra del espíritu local contra el espíritu central.

Esas antiguas provincias eran un estanque: correr era repugnante para aquella agua dormida; el viento que soplaba no lograba vivificarlas sino irritarlas. En Finisterre concluía la Francia; allí terminaba el campo concedido al hombre; allí se detenía la marcha de las generaciones. ¡Alto! gritaban el Océano á la tierra, y la barbarie á la civilización. Cada vez que el Centro, París, daba un impulso, ya viniera del trono, ya de la república, ya en sentido del despotismo, ya en el de la libertad, era una novedad, y ante aquella novedad la Bretaña se erizaba exclamando: dejadme en paz; ¿qué se quiere de mí? El Marais tomaba su pértiga y el Bocage su carabina. Todas las tentativas de la Francia, su iniciativa en legislación y en educación, sus enciclopedias, sus filosofías, sus genios, sus glorias vienen á estrellarse delante del Houroux; el somaten de Bazouges amenaza á la revolucion francesa; la landa de Faon se subleva contra las tempestuosas plazas públicas, y la campana del Haut-des-Prés declara la guerra á la Torre del Louvre.

Terrible sordera.

La insurreccion vendeana es un lúgubre error.

Escaramuza colosal, triquiñuela de Titanes, rebelion desmesurada, condenada á no dejar en la historia más que un nombre, la Vendée, nombre ilustre y negro de un país que se suicida por ausentes, que se sacrifica en aras del egoismo, que pasa el tiempo en ofrecer á la cobardía el homenaje de un inmenso valor, sin estrategia, sin táctica, sin plan, sin objeto, sin jefe, sin responsabilidad, demostrando hasta qué punto la voluntad pue-

de ser la impotencia; país caballeresco y salvaje; lo absurdo agitado del instinto de la procreacion, fabricando contra la luz un parapeto de tinieblas; la ignorancia haciendo á la verdad, á la justicia, á la razon, á la emancipacion una larga resistencia bestial y magnífica; el espanto de ocho años; la desolacion de catorce departamentos, la devastacion de los campos y de las cosechas, el incendio de las aldeas, la ruina de las ciudades, el saqueo de las casas, el asesinato de las mujeres y de los niños, la tea incendiaria penetrando en las cabañas, y la espada en los corazones, el terror de la civilizacion, la esperanza de Pitt; tal fué aquella guerra; tal fué aquel ensayo inconsciente de parricidio.

En suma, la Vendée ha servido la causa del progreso, demostrando la necesidad de perforar en todos sentidos la vieja oscuridad bretona, y de atravesar aquella maleza con todas las flechas de la luz á un tiempo. Las catástrofes tienen una manera sombría de arreglar las cosas.

## LIBRO SEGUNDO.

### LOS TRES NIÑOS.

#### I.

#### PLUS QUAM CIVILIA BELLA.

El verano de 1792 habia sido muy lluvioso, pero el de 1793

fué muy cálido. La guerra civil habia concluido, por decirlo así, con los caminos de Bretaña. Viajábase, sin embargo, por el país, merced al buen tiempo, porque el mejor camino es una tierra seca.

Al anoecer de un día sereno de julio, como una hora despues de puesto el sol, un hombre á caballo, que venia por el camino de Avranches, se detuvo á la puerta de la pequeña posada llamada la Cruz Branchard, situada á la entrada de Pontorson, y cuya muestra tenia esta inscripcion que aun se leia en ella hace pocos años: *bueno cidra para desembotellar*. Habia hecho calor todo el día; pero comenzaba á soplar la brisa.

El viajero iba envuelto en una ancha capa que cubria la grupa del caballo; llevaba un sombrero de grandes dimensiones con escarapela tricolor, lo que era bastante osadía en aquel país de vallados y de emboscadas, donde una escarapela era un blanco para un fusil. La capa, atada al cuello, dejaba los brazos libres, y al entreabrirse permitia ver una faja tricolor y los pomos de dos pistolas que salian entre ella. Por debajo de la capa se mostraba tambien el extremo de un gran sable.

Al ruido del caballo que se detenía, abrióse la puerta de la posada y se presentó el posadero con un farol en la mano. Era, como se ha dicho, la hora del crepúsculo; habia claridad en el camino, pero era de noche en la casa.

El posadero miró en primer lugar la escarapela.

—Ciudadano, dijo, ¿os deteneis aquí?

—No.

—¿A dónde vais entónces?

—A Dol.

—En ese caso volveos á Avranches, ó quedaos en Pontorson

—¿Por qué?

—Porque hay combate en Dol.

—¡Ah! exclamó el ginete.

Despues añadió.

—Dad un pienso á mi caballo.

El posadero acercó una gamella, echó en ella un saco de avena y quitó la brida al caballo, que se puso á resoplar y á comer.

El diálogo entre tanto continuó:

—Ciudadano, este caballo ¿es de la requisita?

—No.

—¿Es vuestro?

—Sí; le he comprado y pagado.

—¿De dónde venís?

—De París.

—No será directamente.

—No.

—Ya lo creo; los caminos están interceptados. Sin embargo la posta corre todavía.

—Hasta Alenzon; allí la he dejado yo.

—¡Ah! al paso que vamos dentro de poco se habrá acabado de correr la posta en Francia. ¿Qué ha de suceder, si no hay caballos? Un caballo que vale trescientos francos, cuesta hoy seiscientos, y los forrajes están por las nubes. Yo he sido maestro de postas y hoy me veo reducido á la condicion de bodeguero. De mil trescientos maestros de postas que eramos, doscientos hemos tenido que hacer dimision. Ciudadano, ¿habeis viajado con arreglo á la nueva tarifa?

—Desde el 1º de mayo. Sí.

—Veinte sueldos por posta en el coche, doce en el cabriolé y cinco en el furgon. ¿Será en Alenzon donde habeis comprado ese caballo?

—Sí.

—¿Y habeis caminado hoy todo el dia?

—Desde el alba.

—¿Y ayer?

—Y anteayer.

—Se conoce. Habeis venido por Domfront y Mortain.

—Y Avranches,

—Creedme, ciudadano, descansad aquí: debeis estar fatigado. Vuestro caballo lo está mucho.

—Los caballos tienen derecho al cansancio; los hombres no.

La mirada del posadero se fijó de nuevo sobre el caminante, y observó que tenia un rostro grave, tranquilo, severo, coronado de cabellos grisea.

Miró despues al camino, que estaba desierto en todo lo que alcanzaba la vista, y añadió:

—¿Y viajais así, solo?

—Llevo una escolta.

—¿Dónde está?

—Aquí: la forman mi sable y mis pistolas.

El posadero fué á buscar un cubo de agua para dar de beber al caballo; y miéntras éste bebía, el otro contemplaba al viajero y decia para sí: es igual, pero tiene traza de cura.

El ginete repuso:

—Deciais que andan á tiros en Dol.

—Sí; debe haber comenzado el fuego en este momento.

—¿Entre quienes?

—Entre un ex.... y otro ex....

—¿Cómo?

—Quiero decir que un ex.... que está por la república pelea contra otro ex.... que está por el rey.

—Pero ya no hay rey.

—Queda el chico. Pero lo curioso es que los dos *ex* son parientes.

El ginete escuchaba atentamente: el posadero prosiguió:

—El uno es jóven, el otro es viejo; el hijo de un sobrino pelea contra el padre de su tio. El tio es realista: el sobrino patriota; el tio manda los blancos; el sobrino los azules. ¡Ah! no se darán cuartel, tenedlo por cierto; es una guerra á muerte.

—¿A muerte?

—Sí, ciudadano. Mirad, ¿quereis ver los cumplimientos que se dirigen mútuamente? Este es un cartel que el viejo ha hecho fijar por todas partes, en todas las casas, en todos los árboles y hasta en mi misma puerta.

El posadero acercó su farol á un cartel fijado en una de las hojas de la puerta; y como estaba en gruesos caracteres, el ginete desde el caballo pudo leer lo siguiente:

—“El marqués de Lantenac tiene el honor de informar á su sobrino, el señor vizconde Gauvain, que si el señor marqués tiene la buena suerte de hacerle prisionero, mandará bonitamente arcabucear al señor vizconde.”

—La respuesta, prosiguió el posadero, la teneis aquí.

Y volviéndose, alumbró con el farol otro cartel fijado al lado del primero, en la otra hoja de la puerta. El viajero leyó:

—“Gauvain advierte á Lantenac que si le coge prisionero le hará fusilar.”

—Ayer, continuó el posadero, pegaron el primer cartel en mi puerta, y hoy han pegado el segundo. La respuesta, por consiguiente, no se ha hecho esperar.

El viajero, á media voz, y como hablando consigo mismo, pronunció estas palabras, que el posadero oyó, sin comprender bien su significado:

—Sí, esto es más que la guerra dentro de la patria; es la guerra dentro de la familia. Es necesario y por lo mismo conveniente; sólo á este precio se obtiene la gran regeneracion de los pueblos.

Y llevando la mano al sombrero, con la vista fija en el segundo cartel, lo saludó.

El posadero continuó;

—Ya lo veis, ciudadano: el caso es el siguiente: En las ciudades y en las grandes poblaciones estamos por la revolucion; en los campos están contra ella; lo cual equivale á decir que en las ciudades somos franceses y en los campos son bretones. Es la guerra actual de ciudadanos contra campesinos. Ellos nos llaman papanatas; nosotros les llamamos palurdos: los nobles y los clérigos están con ellos.

—No todos, interrumpió el ginete

—Sin duda, ciudadano, porque tenemos aquí un vizconde que pelea contra un marqués.

Y añadió para sí:

—Y ademas, porque segun creo, estoy hablando con un cura.

El ginete continuó:

—¿Y cuál de los dos lleva la ventaja en la lucha?

—Hasta ahora el vizconde; pero le cuesta trabajo: el viejo es duro de pelar. Ambos son de la familia de Gauvain, nobles de por acá; familia que se divide en dos ramas, la mayor, cuyo jefe se llama el marqués de Lantenac, y la menor cuyo jefe se llama Gauvain. Hoy las dos ramas se hacen mutuamente la

guerra: eso no se ve entre los árboles; pero no es raro entre las personas. El marqués de Lantenac es omnipotente en Bretaña; para los campesinos es un príncipe. El día de su desembarco, se le unieron en el acto siete mil hombres, y en una semana se han sublevado despues trescientas parroquias. Si hubiera podido tomar un punto cualquiera de la costa, habrian desembarcado ya los ingleses. Por fortuna ese Gauvain se ha encontrado ahí para impedirlo, y lo extraño de la aventura es que son tío y sobrino. El comandante republicano tiene siempre en jaque á su tío. La suerte ha querido, ademas, que ese Lantenac, al llegar, mandando matar una gran masa de prisioneros, haya hecho fusilar á dos mujeres, una de las cuales tenia tres niños, que habian sido adoptados por un batallon de París. Esto ha indignado de tal suerte al batallon, que se llama del gorro colorado, que los que de él quedan, que entre paréntesis son pocos, están furiosos. Se han incorporado á la columna del comandante Gauvain y nada les resiste, decididos como están á vengar á las mujeres y recobrar los niños. Ne se sabe lo que ha hecho de ellos el viejo y esto hace rabiarse á los granaderos de París. Si en efecto no estuvieran de por medio estas circunstancias, la guerra actual no habria tomado el carácter que tiene. El vizconde es un jóven bueno y valiente; pero el viejo es un marqués espantoso. Los campesinos llaman á esto la guerra de San Miguel contra Belzebuth: ya sabreis que San Miguel es un ángel del país y que tiene aquí un monte que lleva su nombre y está situado en medio de la bahia. Dicen que derribó al demonio y lo enterró bajo otro monte que está cerca de aquí, llamado Tombelaine.

—Sí, murmuró el ginete. Tumba Beleni, la tumba de Beleno, de Belo, Belial ó Belzebuth.

—Veo que estais enterado.

Y el posadero añadió para sí:

—Sabe latin; no hay remedio; es cura.

Despues dijo en alta voz:

—Pues bien, ciudadano, para los campesinos esa es la guerra que ahora vuelve á empezar; por supuesto que San Miguel milita en su favor y es el general realista, miéntras que Belzebuth

es el comandante patriota. Pero si en esto hay un diablo, es sin duda Lantenac, y si hay un ángel es Gauvain. ¿No tomaréis nada, ciudadano?

—Tengo aquí mi calabaza y mi pan. Pero continuad diciéndome lo que ocurre en Dol.

—Voy allá. Gauvain manda la columna expedicionaria de la costa. El objeto de Lantenac era sublevar todo el país; apoyar el movimiento de la Baja Bretaña con el de la Baja Normadía; abrir la puerta á Pitt, y cubrir las espaldas del gran ejército vendeano con veinte y un mil ingleses y doscientos mil campesinos. Gauvain ha desbaratado este plan, dominando la costa; rechazando á Lantenac hácia el interior é impidiendo á los ingleses el desembarcar. Lantenac estaba aquí, y de aquí le ha desalojado Gauvain; le ha tomado el Pont-au-Beau; le ha echado de Avranches y de Villedieu y le ha impedido llegar á Granville. Ahora maniobra para rechazarle hasta el interior de la selva de Fougères para cerrarle en ella. Todo iba bien ayer; Gauvain estaba aquí con su columna, cuando de repente se supo que el viejo, que es astuto, había hecho punta y marchado sobre Dol. Si toma á Dol y establece en el monte una batería, porque lleva cañones, tendrá un punto que ofrecer á los ingleses para su desembarco, y todo se ha perdido. Por eso, no habiendo un minuto que perder, Gauvain, que es buena cabeza, sin aconsejarse de nadie, sin pedir ni esperar órdenes de nadie, mandó tocar bota-sillas y enganchar la artillería, formó su tropa, tiró del sable; y ved ahí como miéntras Lantenac se arrojaba sobre Dol, Gauvain se ha lanzado sobre Lantenac. En Dol van, pues, á chocar una contra otra estas dos duras cabezas bretonas: fiero será el topetazo y en este momento se le estarán dando.

—¿Cuánto tiempo se tarda en llegar á Dol?

—Para tropa que lleva bagages, lo ménos tres horas; pero ya están allí.

—En efecto, me parece que oigo fuego de cañon.

El posadero se puso á escuchar.

—Sí, ciudadano, dijo, y tambien de fusil. Se bate bien el



cobre. Creo que deberíais pasar la noche aquí; porque por allá no hay nada bueno que recoger.

—No puedo detenerme; debo continuar mi camino.

—Haceis mal: no conozco vuestros negocios; pero el peligro es grande, y á no ser que se trate de lo que os sea mas querido en el mundo....

—En efecto, de eso se trata, dijo el ginete.

—Cosa así como de un hijo....

—Casi, casi, añadió el viajero.

El posadero levantó la cabeza y dijo otra vez para sí:

—Sin embargo, este ciudadano me sigue pareciendo un cura.

Luego reflexionó y añadió:

—Al cabo, bien puede un cura tener hijos.

—Volved á poner la brida á mi caballo, dijo el viajero. ¿Cuánto debo?

Y pagó.

El posadero puso la gamella y el cubo en su sitio á lo largo de la pared, y volvió hácia el viajero.

—Ya que estais decidido á seguir adelante, le dijo, voy á daros un consejo. Es claro que vais á Saint-Maló; pues bien, no vayais por Dol. De aquí á Saint-Maló hay dos caminos, el que pasa por Dol y el de la costa, tan largo uno como otro. El de la costa va por Saint-Georges de Brehaigne, Cherrueix é Hirelle-Vivier, dejando á Dol al Mediodia y Cáncal al Norte. Al fin de esta calle encontrareis el empalme de los dos caminos: el de Dol es el de la izquierda; el de Saint-Georges de Brehaigne, es el de la derecha. Mucho cuidado, no os equivoqueis, ciudadano; si vais por Dol, os encontrareis en medio del fuego; por consiguiente, no tomeis el camino de la izquierda, sino el de la derecha.

—Gracias, dijo el viajero, picando espuela.

La oscuridad era ya camplata, y á poco que hubo andado, el posadero le perdió de vista.

Cuando llegó al extremo de la calle donde se dividia el camino, oyó la voz del posadero que le gritaba:

—¡No lo olvideis, tomad por la derecha!

Tomó por la izquierda.

## II.

## D O L.

Dol, ciudad española de Francia en Bretaña, como la califican los cartularios, no es realmente una ciudad, es una calle: calle larga, vieja y gótica, limitada á derecha é izquierda por casas con soportales, no alineadas, sino formando cabos y recodos en ella; calle, por lo demas, bastante ancha. El resto de la poblacion no es sino una red de callejuelas relacionadas con lo principal y que desembocan en ella como los arroyos en un rio. La ciudad, sin puertas ni muralla, abierta y dominada por el Monte-Dol, no podria sostener un sitio; pero la calle puede sostenerlo. Los promontorios de casas que aun se veian hace cincuenta años y los soportales con sus pilares á un lado y á otro, constituian una defensa bastante sólida y resistente. Cada casa podia convertirse en una fortaleza, y en ciertos casos habia necesidad de tomarlas una á una. La antigua plaza del mereado estaba como á mitad de la calle.

El posadero de la Croix-Branchard habia dicho la verdad. Dol era teatro de una lucha furiosa en el momento en que hablaba, habiendo estallado bruscamente un combate nocturno entre los blancos, que habian entrado por la mañana, y los azules que habian llegado por la tarde. Las fuerzas eran desiguales: los blancos contaban seis mil hombres: los azules solo mil quinientos; pero el encarnizamiento era igual por ámbas partes: ¡ y cosa notable! los mil quinientos eran los que habia atacado á los seis mil.

De un lado una gran muchedumbre confusa: de otro una falange. De un lado seis mil campesinos con escapularios del corazon de Jesus sobre sus chaquetas de cuero, cintas blancas en sus sombreros redondos, divisas cristianas en los hombros, rosarios á la cintura, llevando mas número de horquillas que de sab es y carabinas sin bayonetas, arrastrando cañones atados cor cuerdas, mal equipados, mal disciplinados, mal armados, pero frenéticos. Del otro lado mil quinientos soldados con sus tricornios de escarapelas tricolor, sus uniformes de grandes fal-

dones y grandes vivos, el tahalí cruzado, el sable con puño de cobre, el fusil con larga bayoneta, formados, alineados. dóciles y feroces, sabiendo obedecer, como hombres que en su caso sabrían mandar, voluntarios también, pero voluntarios de la patria, rotos, por lo demás, y sin zapatos. Por la monarquía combatían campesinos—paladines; por la revolución héroes descalzos; cada una de estas dos tropas teniendo por alma su jefe, los realistas un viejo, los republicanos un joven; de una parte Lantenac, de la otra Gauvain.

La revolución al lado de las jóvenes figuras gigantescas como Danton, Saint-Just y Robespierre, presenta jóvenes figuras ideales, como Hoche y Marceau. Gauvain era una de ellas.

Gauvain tenía treinta años, cuello de Hércules, la mirada grave de un profeta y la risa de un niño. No fumaba, ni bebía, ni juraba; llevaba á la guerra su tocador de viaje; cuidaba mucho las uñas, los dientes y los cabellos castaños que eran soberbios; y en los altos sacudía por sí mismo al aire su casaca de comandante agujereada por las balas y cubierta de polvo. Aunque se lanzaba sin reparar á lo más empeñado de la lucha, jamás había sido herido. Su voz muy suave tomaba cuando era conveniente el tono brusco del mando. Daba ejemplo á sus soldados acostándose en el suelo expuesto al viento, á la lluvia, á la nieve, envuelto en la capa y apoyando su hermosa cabeza en una piedra. Era un alma heroica é inocente; y sable en mano se transfiguraba. Tenía aquel aire afeminado que en las batallas es formidable.

Además era pensador, filósofo, estudioso; Alcibiades para quien le veía, Sócrates para quien le oía.

En aquella inmensa improvisación que constituye la revolución francesa, el joven Gauvain había sido desde luego jefe de guerra.

Su columna, formada por él, era como la legión romana, una especie de ejército completo, aunque pequeño. Componíase de infantería, caballería y artillería: tenía exploradores, gastadores, zapadores, pontoneros y llevaban cañones como la legión romana catapultas. Tres piezas bien servidas daban fortaleza á la columna sin quitarle nada de su movilidad.

Lantenac era tambien un jefe de guerra, pero de peor especie; á la vez más reflexivo y más osado. Los héroes viejos tienen más frialdad que los jóvenes porque están léjos de la aurora, y más audacia porque están cerca de la muerte, ¡Es tan poco lo que pueden con la vida! De aquí las maniobras temerarias al mismo tiempo que inteligentes de Lantenac. Pero en suma, casi siempre en aquel duelo entre el viejo y el joven llevaba este la ventaja. Esto era efecto de la fortuna más que de otra cosa. Todas las dichas, aun la más terrible, son patrimonio de la juventud. La victoria es algo muchacha.

Lantenac estaba exasperado contra Gauvain, en primer lugar porque Gauvain le derrotaba, en segundo lugar porque era pariente suyo. ¿Qué idea le habia dado de hacerse jacobino á ese Gauvain, á ese galopin, su heredero, porque el marqués no tenia hijos y Gauvain lo era de su sobrino, es decir que era casi su nieto? ¡Ah! decia aquel abuelo, *si le llego á poner la mano encima, le mato como á un perro.*

Por lo demas, la República tenia razon en temer á aquel marqués de Lantenac. Apenas desembarcado, habia infundido el terror por todas partes; su nombre en la insurreccion vendean habia producido el efecto de un reguero de pólvora, y su persona habia sido el centro y el alma de la insurreccion. En un levantamiento de esta naturaleza, en que cada jefe tiene celos de sus colegas, y escoge para sí el teatro especial de sus operaciones, sus bosques, sus barrancos, si llega alguno cuya superioridad sobre todos es incontestable, pronto consigue reunirlos á todos en torno suyo. Casi todos los capitanes de las partidas se habian unido á Lantenac, y de cerca ó de léjos le obedecian. Uno no más se le habia separado, y era el primero que le habia prestado obediencia, Gavard. ¿Por qué? Porque Gavard era un hombre de confianza. Poseia todos los secretos y habia adoptado todos los planes del antiguo sistema de guerra civil que Lantenac iba á supplantar y reemplazar. No se heredan los proyectos de un hombre de confianza; el zapato de la Rouarie no venia bien al pié de Lantenac; por eso Gavard habia marchado á reunirse con Bonchamp.

Lantenac, como hombre de guerra, era de la escuela de Fede-

rico II; queria combinar la guerra en grande con la pequeña. No queria ni una "masa confusa" como el numeroso ejército católico y real, multitud destinada á sucumbir aplastada, ni una dispersion entre bosques, barrancos y vallados, buena para hostigar al enemigo, pero impotente para vencerlo. La guerra de partidas no concluye con el adversario ó concluye mal; comienza por atacar á una república y acaba por desbalijar una diligencia. Lantenac no comprendia esa guerra bretona: no la queria toda en campo raso, como La Rochejacquelein, ni toda en los bosques, como Juan Chouan; ni Vendée ni Chuaneria. Queria la verdadera guerra; servirse del campesino, sí, mas para apoyarle en el soldado; queria partidas para la estrategia, y regimientos para la táctica. Consideraba excelentes para el ataque, la emboscada y la sorpresa, aquellos ejércitos de paisanos que en un momento podian reunirse y en otro momento dispersarse; pero les consideraba tambien demasiado fluidos, demasiado fáciles de escapársele, como el agua, de entre las manos, y deseaba crear un punto sólido en aquella guerra flotante y difusa, añadiendo al ejército salvaje de los bosques una tropa que fuera el eje de maniobras de los campesinos. Pensamiento profundo y terrible, que habria hecho á la Vendée inexpugnable si hubiese tenido éxito.

¿Pero dónde hallar una tropa regular? ¿dónde soldados? ¿dónde regimientos? ¿dónde un ejército ya organizado? En Inglaterra. De aquí la idea fija de Lantenac de proporcionar á los ingleses los medios de hacer un desembarco. Asi capitula la conciencia de los partidos: asi la escarapela blanca servia en Lantenac de máscara al uniforme colorado. Lantenac no tenia mas que un pensamiento: apoderarse de un punto del litoral y entregarlo á Pitt. Por eso, viendo á Dol sin defensa, se habia arrojado sobre aquella poblacion, á fin de tener por medio de Dol el Monte-Dol y por medio de Monte-Dol, la costa.

El sitio estaba bien elegido: el cañon del Monte-Dol barreria por un lado el Fresnois, por otro á Saint-Brelade, mantendria á distancia al crucero de Cancale y dejaria libre para el desembarco toda la playa desde Raz-sur-Couesnon á Saint-Meloirdes-Ondes.

Para el mejor éxito de esta operacion decisiva, habia llevado consigo algo de mas de seis mil hombres, los más robustos de las partidas de que disponia, con toda su artillería, compuesta de diez culebrinas de á diez y seis, una bastarda de á ocho y un pedrero de á cuatro. Pensaba con estas piezas establecer una fuerte batería en el Monie-Dol, siguiendo el principio de que mil tiros disparados con diez cañones producen más efecto que quinientos tiros disparados con cinco.

El éxito parecia seguro. Eran, como se ha dicho, seis mil hombres. No habia que temer mas que á Gouvain y sus mil quinientos soldados por la parte de Avranches, y á Lechelle por la parte de Dinan. Es verdad que Lechelle tenia veinte y cinco mil hombres, pero en cambio se hallaba á veinte leguas de allí. Lantenac estaba, pues, tranquilo respecto de Lechelle, á causa de la gran distancia que neutralizaba el efecto del gran número, y respecto de Gouvain á causa del corto número que neutralizaba el efecto de la corta distancia. Añadiremos que Lechelle era inepto, y que posteriormente dejó derrotar sus veinte y cinco mil hombres en las Landas de la Croix-Bataille, derrota que pagó con el suicidio.

Lantenac tenia, pues, una seguridad completa en el resultado de sus planes. Su entrada en Dol fué brusca y dura: tenia una fama terrible; sabiendo que era inexorable, no se le ofreció la menor resistencia, y los habitantes asustados se encerraron en sus casas. Los seis mil vendeanos se instalaron en la ciudad en confusion campesina, casi como en campo de feria, sin furrieles, sin alojamientos señalados, vivaqueando acá y allá, cociendo el rancho al aire libre, desparramándose por las iglesias y dejando los fusiles por los rosarios. Lantenac se dirigió apresuradamente con algunos oficiales de artillería á reconocer el Monte-Dol, dejando el mando interinamente á Gouge-le-Bruant, á quien habia nombrado jefe de Estado Mayor.

Este Gouge-le-Bruant ha dejado de sí una huella, aunque vaga, en la historia. Tenia dos alias; *Mata-azules*, á causa de su carnicerías de patriotas y el *Imano* porque tenia un no se qué de inefablemente horrible. *Imano* se deriva de *immanis* y es una antigua palabra del bajo-Normando que significa la fealdad

sobrehumana, y casi divina por lo espantosa, el demonio, el sátiro, el ogro. Un antiguo manuscrito dice *d'mes daeux iers j'vis l'imanus*. Los ancianos del Bocage no saben ya hoy quien era Gouge-le-Bruant, ni lo que significa Mata-azules; pero tienen una idea aunque confusa del Imano, que figura en todas las supersticiones locales. Todavía se habla del Imano en Tremorel y en Plumaugat, dos poblaciones en que Gouge-le-Bruant ha dejado huellas de su pié fatídico. En la Vendée los otros jefes eran salvajes, pero Gouge-le-Bruant era bárbaro. Era una especie de cacique con la piel pintada de cruces y flores de lis y en cuyo rostro brillaba el fulgor repugnante y casi sobrenatural de un alma que no se parecía á ninguna otra alma humana. Era infernalmente audaz en el combate, y atroz despues; corazon lleno de tortuosidades, capaz de todos los sacrificios, é inclinado á todos los furores. ¿Razonaba? Sí; pero en espiral, como se levantan las serpientes. Hablaba de heroismo para venir á parar al asesinato; era imposible adivinar lo que le inspiraba sus resoluciones, á veces grandiosas por el mismo exceso de su monstruosidad: capaz de todo lo horriblemente inesperado, tenia la ferocidad épica.

De aquí el mote deforme de el *Imano*.

El marqués de Lantenac tenia confianza en su carácter cruel.

En efecto, el Imano excedia á todos en crueldad: pero en estrategia y en táctica era ménos superior, y tal vez el marqués habia cometido un yerro nombrándole su jefe de Estado Mayor. De todos modos, el Im no fué el que quedó con autoridad para reemplazarle y vigilarlo todo.

Gouge-le-Bruant, más guerrero que militar, era hombre mas á propósito para degollar una tribu que para defender una ciudad. Sin embargo, estableció sus grandes guardias.

Al anoche, cuando el marques de Lantenac volvia de reconocer el sitio donde pensaba establecer la batería proyectada, le sorprendió el estampido del cañon. Miró hácia Dol: una humareda roja se levantaba de la calle principal. Indudablemente habia sorpresa, irrupcion, ataque, combate en la ciudad.

Aunque difícil de espantar, se quedó por el pronto estupefacto. No esperaba nada semejante. ¿Qué podia ser aquello? Evi-

dentamente no era Gauvain quien atacaba: uno no ataca fácilmente á cuatro. ¿Serie Lechelle? Pero entónces ¡qué marcha tan forzada! Lechelle era improbable; Gauvain imposible.

Lantenac-aceleró el paso de su caballo. En el camino tropezó con multitud de habitantes que huían; preguntóles: iban locos de temor y gritaban: ¡ los azules, los azules! En efecto, cuando llegó á Dol la situacion era mala.

Explicaremos lo que habia ocurrido.

### III.

#### PEQUEÑOS EJÉRCITOS Y GRANDES BATALLAS.

Al llegar á Dol los campesinos se habian desparramado, como hemos dicho, por la ciudad, haciendo cada uno lo que le acomodaba, como sucede cuando *se obedece por amistad*, segun la frase de los vendeanos: género de obediencia que puede formar héroes, pero no soldados. Habian reguardado su artillería con los bagajes bajo los portales del antiguo mercado, y cansados, comiendo, bebiendo y rezando el rosario, se habian tendido sin órden por la calle, mas bien obstruida que guardada. Al caer la noche, la mayor parte se durmieron, teniendo por almohadas los morrales, y algunos con sus mujeres al lado, porque con que con frecuencia las campesinas seguian á sus maridos; y en la Vendée las mujeres embarazadas servian de espías. Era una noche apacible de julio: las constelaciones resplandecian en el oscuro azul del cielo; y todo aquel vivac, que más que el campamento de un ejército, parecia el rancho de una caravana, se abandonó pacíficamente al sueño. De repente, á la débil claridad del crepúsculo, los que aun no habian cerrado los ojos vieron tres piezas de artillería enfilando la calle principal desde su entrada.

Eran las de Gauvain, el cual habia sorprendido las grandes guardias, entrando en la ciudad y apoderándose con su columna de la cabeza de la calle.



Un campesino se levantó, gritó: ¡quién vive! y disparó su fusil. El cañon respondió á este disparo; y despues se rompió un fuego furioso de fusilería. Toda aquella multitud adormecida se levantó sobresaltada: dura sacudida en efecto, dormirse bajo las estrellas y despertar bajo la metralla.

El primer momento fué terrible: nada más trágico que el azoramiento de una multitud bajo una lluvia de balas. Todos acudieron á las armas; unos corrian, otros gritaban, muchos caian; los que estaban de faccion no sabian lo que hacian y se fusilaban unos á otros. Algunos, aturridos, salian de las casas, volvan á entrar, y luego á salir y vagaban en medio del tumulto sin saber donde situarse: los miembros de cada familia se llamaban y buscaban mútuamente; combate lúgubre en que se mezclaban mujeres y niños. Las balas silbaban rasgando el viento en la oscuridad; el fuego de fusil partió de todos los rincones oscuros; todo era humo y confusion, que se aumentaba por el entrelazamiento de los furgones y de las carretas y el asombro é inquietud de los caballos. Los heridos eran pisados por los que iban y venian en aquella confusion; oíanse ahullidos de dolor, horror de unos, estupor de otros; los soldados y los oficiales se buscaban, y en medio de todo se ejecutaban actos de sombría indiferencia. Una mujer daba el pecho á un recién nacido sentada junto á una pared contra la cual se habia recostado su marido, que tenia la pierna rota y que chorreando sangre de la herida, cargaba tanquilamente su carabina y disparaba al acaso en la oscuridad. Hombres echados boca abajo hacian fuego entre las ruedas de las carretas; de cuando en cuando se levantaba una gran confusion de clamores; pero la voz del cañon dominaba al fin todos los ruidos. Espectáculo espantoso.

Como árboles cortados en un bosque, iban cayendo unos tras otros; Gauvain, parapetado al principio de la calle, ametrallaba á sus enemigos sobre seguro y perdia poca gente.

Sin embargo, el intrépido desórden de los campesinos acabó por ponerse á la defensiva; replegáronse bajo las bóvedas del mercado, vasto reducto oscuro, bosque de pilares de piedra, y allí se hicieron firmes porque todo lo que parecia bosque les

daba confianza, y el Imano suplía como mejor podía la ausencia de Lantenac. Tenían cañones, pero no se servían de ellos, lo cual admiraba no poco á Gauvain. Era que habiendo los oficiales de artillería acompañado al marqués al reconocimiento de Dol, los destinados al servicio de las piezas no sabían qué hacer de las culebrinas y bastardas, contentándose con responder enviando una lluvia de balas de fusil á los azules que les cañoneaban. Los campesinos respondían con la fusilería á la metralla: ellos eran ya los que estaban mejor parapetados, porque habían reunido los carros, las carretas, los equipajes, todas las barricadas viejas del antiguo mercado y habían improvisado una alta barricada con aspilleras por donde pasaban las carabinas. Desde ellas el fuego de fusilería era mortífero; y todo se ejecutó prontamente, de modo que al cabo de un cuarto de hora todo el mercado presentó un frente inexpugnable.

El caso iba siendo grave para Gauvain: no esperaba ver tan súbitamente transformada la plaza del mercado en ciudadela, sirviendo de refugio á las masas sólidas y compactas de los campesinos. La sorpresa que había intentado, había tenido buen éxito; pero la derrota del enemigo estaba á punto de serle imposible. Echó pié á tierra, y atento á lo que pasaba con la espada pendiente del puño y cruzado de brazos al resplandor de una antorcha que alumbraba la batería, contemplaba aquella oscura é improvisada fortificación.

Su elevada estatura, rodeada de luz, le hacía visible á los defensores de la barricada, y les servía de blanco para sus tiros; pero no hacía caso de esta circunstancia.

Las granizadas de balas que enviaban de la barricada, caían al rededor de Gauvain, que continuaba pensativo.

Contra aquellas carabinas tenía él cañones; la bala de cañón concluye siempre por tener razón, y el que dispone de la artillería tiene segura la victoria. Su batería, bien servida, le aseguraba, pues, la superioridad.

Pero de repente, del mercado sumido en las tinieblas salió un resplandor; oyóse una detonación como la de un rayo, y una bala de cañón fué á perforar la pared de una casa sobre la cabeza de Gauvain.

La barricada respondía al cañon con el cañon.

¿Qué pasaba? Aquello era nuevo: la artillería ya no funcionaba para uno sólo de los combatientes.

Una segunda bala siguió á la primera y fué á estrellarse en la pared cerca tambien de Gauvain. La tercera le derribó el sombrero.

Aquellas balas eran de grueso calibre; sin duda procedían de una pieza de á diez y seis.

—Estais sirviendo de blanco al cañon, mi comandante, le gritaron los artilleros.

Apagaron la tea, y Gauvain pensativo, recogió su sombrero.

Habia en efecto quien apuntaba á Gauvain: era Lantenac.

El marqués acababa de llegar á la barricada por el lado opuesto.

El Imano corrió hácia él.

—Señor, nos han sorprendido.

—¿Quiénes?

—No lo sé.

—¿Estaba libre el camino de Dinan?

—Así lo creo.

—Es preciso comenzar la retirada.

—Ha principiado: muchos están ya léjos de aquí y en salvo.

—No se trata de huir, sino de retirarse. ¿Por qué no poneis en juego la artillería?

—Todos han perdido la serenidad, y ademas no teniamos oficiales.

—Ahora voy yo.

—He enviado á Fougères todo lo que he podido de impedimenta: bagages, mujeres, en fin, todo lo inútil. ¿Qué hacemos de los tres prisioneros?

—¡ Ah ! ¿ los niños ?

—Sí.

—Son nuestros rehenes: enviadlos á Tourgue.

Dicho esto, el marqués se dirigió á la barricada, y una vez allí, todo cambió de faz. La barricada estaba mal censtruida para artillería; no habia sitio mas que para dos cañones: el marqués mandó ensanchar las aspilleras y puso en batería dos piezas de

á diez y seis. Al inclinarse sobre una de ellas, observando por la tronera la batería enemiga, divisó á Gauvain.

—¡ Es él ! gritó.

Entónces tomó por sí mismo el escobillon y el atacador, cargó la pieza, fijó el fronton de mira, apuntó y disparó.

Tres veces fijó en él la puntería y tres veces erró el blanco. La última no consiguió sino derribar el sombrero á Gauvain.

—¡ Torpe ! murmuró Lantenac: si hubiera apuntado un poco más bajo, le llevo la cabeza.

Entónces se apagó la antorcha y ya no pudo apuntar sino á las tinieblas.

—¡ Cómo ha de ser ! exclamó.

Y volviéndose á los que servian las piezas, gritó:

—Fuego de metralla.

Gauvain por su parte no andaba ménos solícito. La situacion se agravaba, presentando el combate una nueva faz. La barricada le cañoneaba: ¿quién sabe si no estaba á punto de pasar de la ofensiva á la defensiva? Tenia delante de sí, aun descontando los muertos y los fugitivos, lo ménos cinco mil combatientes y su tropa se hallaba reducida á mil doscientos hombres útiles. ¿Qué seria de los republicanos si el enemigo echaba de ver su corto número? Los papeles podian en breve invertirse: los acometedores iban, tal vez, á ser acometidos; y si los defensores hacían una salida, todo se habia perdido.

¿Qué hacer? No habia que pensar en atacar la barricada de frente: un ataque á viva fuerza era quimérico; mil doscientos hombres no arrojan de sus posiciones á cinco mil. Por otra parte, si una brusca acometida era imposible, esperar era funesto. Era preciso decidirse y acabar de una vez la partida. ¿Pero cómo?

Gauvain era del país; conocia la ciudad y sabia que el antiguo mercado donde se habian formado los vendeanos, tenia á sus espaldas un dédalo de callejuelas estrechas y tortuosas.

Volvióse hácia su segundo, que era el valiente capitán Guechamp, famoso despues por haber limpiado de insurrectos la selva de Concise, patria de Juan Chouan, y por haber impedido la toma de Bourgneuf, cerrando á los rebeldes la calzada del estanque de la Chaîne.

—Guechamp, le dijo, os entrego el mando; haced todo el fue-

go que podais; abrid brecha en la barricada á cañonazos; y llamadme hácia vos toda la atencion de esa gente.

—Comprendo, dijo Guechamp.

—Formad despues en columna cerradas, armas cargadas, bayoneta armada y estad preparado para el ataque.

Despues añadió algunas palabras al oido de Guechamp.

—Entendido, dijo este.

Gauvain repuso:

—¿Están todos nuestros tambores?

—Si.

—Tenemos nueve; quedaos con dos, y yo me llevo siete.

Los siete tambores vinieron en silencio á formar delante de Gauvain.

Entónces Gauvain gritó:

—Adelante el batallon del gorro colorado.

Doce hombres, uno de ellos sargento, salieron de las filas.

—He dich el batallon, exclamó Gauvain.

—Aquí está todo, dijo el sargento.

—¡No sois mas que doce!

—No quedamos mas que doce.

—Está bien, dijo Gauvain.

Aquel sarjento era el brusco y honrado Radoub que habia adoptado, á nombre del batallon, los tres niños encontrados en el bosque de la Saudraie.

Se recordará que solamente medio batallon habia sido exterminado en Herbe-en-Pail, y Radoub habia tenido la suerte de no hallarse en aquel sitio.

Estaba inmediato un furgon de forrage: Gauvain le mostró al sargento y dijo:

—Que se hagan cuerdas de paja para envolver los cañones de los fusiles á fin de que no produzcan ruido si chocan unos con otros.

Un minuto despues estaba ejecutada la órden en la oscuridad y en silencio.

—Ya está, dijo el sargento.

—Soldados, añadió Gauvain, quitaos los zapatos.

—No los tenemos, mi comandante, dijo el sargento.

Componíase aquella tropa, incluyendo en la cuenta los siete tambores, de diez y nueve hombres. Gauvain era el vigésimo.

Luego que todo estuvo dispuesto, gritó:

—Seguidme á la desfilada, primero los tambores, despues el batallon. Sargento, vos mandaréis el batallon.

Se puso á la cabeza de la débil columna; y miéntras el cañoneo continuaba por ámbas partes, aquellos veinte hombres, pasando sin hacer ruido, como sombras, se introdujeron por las callejuelas casi desiertas.

Así marcharon algun tiempo serpenteando á lo largo de las paredes de las casas. Todo parecia muerto en la poblacion: sus habitantes se habian escondido en las cuevas; todas las puertas estaban atrancadas; no habia ni una sola ventana abierta ni una luz en ninguna parte.

En medio de este silencio, en la calle principal se oía un ruido espantoso: el combate de artillería continuaba y la batería republicana y la barricada realista se escupian mútuamente con rabia toda su metralla.

Despues de veinte minutos de marcha tortuosa, Gauvain, que en aquella ocasion caminaba con pié seguro, llegó al extremo de una callejuela que desembocaba en la calle mayor, á espaldas del mercado.

Habia envuelto la posicion. Por aquel lado no se habia levantado ningun atrincheramiento: tal es la eterna imprudencia de los constructores de barricadas. El mercado estaba abierto y se podia entrar bajo los pórticos donde estaban enganchados varios carros de equipages prontos á marchar. Gauvain y sus diez y nueve hombres tenian delante de sí á los cinco mil vendedanos; pero de espaldas y no de frente.

Gauvain habló en voz baja al sargento: desataron las cuerdas de paja de los fusiles; los doce granaderos se apostaron formados en batalla detras del ángulo de la calle, y los siete tambores esperaron la señal con las baquetas suspendidas sobre el parche.

Las descargas de artillería eran intermitentes. De repente, aprovechando un intervalo entre dos detonaciones, Gauvain levantó la espada, y con voz que en aquel silencio resonó como el toque de un clarin, gritó:

—Doscientos hombres por la derecha; otros doscientos por la izquierda; los demas por el centro: ¡ paso de ataque !

Los doce tiros partieron de los fusiles y los siete tambores tocaron paso de ataque.

Gauvain en seguida lanzó el grito formidable de los azules:

—¡ A la bayoneta ! ¡ carguen !

El efecto fué inaudito.

Toda aquella masa campesina se creyó cortada por la espalda y se imaginó perseguida por un ejército. Al mismo tiempo, al redoble de los tambores, la columna que ocupaba la entrada de la calle Mayor, mandada por Guechamp, respondió tocando el paso de ataque, y arrojándose á la carrera sobre la barricada. Viéronse los campesinos entre dos fuegos. El pánico aumenta desmesuradamente las proporciones de las cosas: en él un pistoletazo produce más ruido que un cañon; todo clamor es fantasma, y se toma por rugido de un leon el ladrido de un perro. Añádase á esto que en el paisano prende el temor tan fácilmente como se prende el fuego en una choza; y así como es fácil que el fuego de unas pajas se convierta en incendio, lo es que el pánico en los paisanos se convierta en derrota. La fuga, pues, fué espantosa.

En pocos momentos quedó el mercado desierto; los combatientes aterrorizados perdieron la formacion; los oficiales no podian contener la gente que se desbandaba; el Imano mató inútilmente dos ó tres fugitivos; no se oia por todas partes mas que el grito *¡ que nos cortan !* y aquel ejército se dispersó por los campos al traves de las calles de la ciudad, como al traves de los agujeros de una criba, con la rapidez de una nube impulsada por el huracan.

Unos huyeron hácia Chateaufneuf, otros hácia Plerguer, otros en fin hácia Antrain.

El marqués de Lantenac, al ver aquella derrota, clavó por su mano los cañones, y se retiró el último, lenta y friamente, diciendo: está visto, los campesinos no resisten; es preciso que vengan los ingleses.

## POR SEGUNDA VEZ.

La victoria era completa.

Gauvain se volvió hácia los hombres del batallou del Gorro Colorado y les dijo:

—Sois doce, pero valeis por mil.

Una palabra como esta del gefe era la cruz de honor de aquel tiempo.

Guechamp, enviado por Gauvain, se lanzó fuera de la ciudad en persecucion de los fugitivos, é hizo muchos prisioneros.

Encendiéronse antorchas y se registró la ciudad.

Todos los que no pudieron evadirse se rindieron. Se iluminó la calle Mayor por medio de cazuelas de sebo con mechas: toda ella estaba llena de muertos y heridos. El fin de un combate se prolonga siempre un poco, y hay que hacer esfuerzos para acabar definitivamente; algunos grupos desesperados resistian aun acá y allá; se les cercó y depusieron las armas.

Gauvain habia observado en la confusion desenfrenada de la derrota, un hombre intrépido, especie de fauno ágil y robusto, que habia protegido la fuga de los demas sin querer huir por su parte. Servíase magistralmente de su carabina, fusilando con el cañon y aplastando con la culata, de tal suerte que al cabo la habia roto. A la sazón tenia una pistola en una mano y un sable en la otra, y nadie se atrevia á ponerse á su alcance. De repente Gauvain le vió vacilar y rescostarse contra un poste de la calle Mayor; era que acababa de recibir una herida, pero continuaba empuñando el sable y amenazando con la pistola. Gauvain con la espada debájo del brazo se dirigió á él.

—Ríndete, le dijo.

El hombre le miró fijamente: su sangre, que corria por el cuerpo abajo, formaba ya un charco á sus piés.

—Eres mi prisionero, repuso Gauvain.

El hombre permaneció mudo.

—¿Cómo te llamas?

El hombre dijo:

—Me llamo Danza-á-la-sombra.



—Eres un valiente, dijo Gauvain, y le tendió la mano.

El hombre respondió:

—¡Viva el rey!

Y reuniendo las fuerzas que le quedaban, levantó los brazos á un tiempo, apuntó al corazón de Gauvain con la pistola y disparó, dirigiéndole al mismo tiempo una cuchillada á la cabeza.

Todo esto lo hizo con una prontitud de tigre: pero hubo uno que anduvo más ligero todavía, y fué un hombre á caballo que acababa de llegar hacia pocos momentos sin que nadie reparase en él. Aquel hombre, viendo al hombre levantar el sable y la pistola, se arrojó entre él y Gauvain y evitó á este una muerte segura. El caballo recibió el tiro de la pistola, el hombre recibió la cuchillada y ámbos cayeron.

El vendeano cayó también á tierra junto al poste.

El sablazo había dado al hombre en el rostro, y le había hecho caer desmayado. El caballo estaba muerto.

Gauvain se acercó.

—¿Quién es ese hombre? preguntó.

Miróle; la sangre de la herida inundaba su rostro, cubriéndole de una máscara roja; era, pues, imposible distinguirlo. No se veían más que sus cabellos grises.

—Este hombre me ha salvado la vida, exclamó Gauvain; ¿hay alguno aquí que le conozca?

—Mi comandante, dijo un soldado, este hombre acababa de entrar en la ciudad: yo le he visto llegar: venia por el camino de Pontorson.

El cirujano mayor de la columna llegó con su bolsa de operaciones. El herido continuaba desmayado: el cirujano le examinó y dijo:

Esto no es nada; una cortadura sencilla; se coserá la herida y dentro de ocho días estará en convalecencia. Ha sido un buen sablazo.

El herido llevaba capa, faja tricolor, pistolas y sable. Le tendieron sobre unas parihuelas; le desnudaron; llevaron un cubo de agua fresca; el cirujano lavó la herida, y comenzando á distinguirse las facciones, Gauvain las contempló con una atención profunda.

—¿Trae papeles consigo? preguntó.

El cirujano tentó el bolsillo del pecho y sacó de él una cartera que tendió á Gauvain.

Entre tanto el herido, reanimado por el agua fria, volvía en sí y comenzaba á mover los párpados.

Gauvain registraba la cartera; y hallando una hoja de papel en cuatro dobleces, la desdobló y leyó:

“Comision de salvacion pública. El ciudadano Cimourdain.....”

Al leer este nombre arrojó un grito:

—¡Cimourdain!

Aquel grito hizo abrir los ojos al herido.

Gauvain estaba profundamente conmovido.

—¡Cimourdain! ¡sois vos! por segunda vez me salvais la vida.

Cimourdain miraba á Gauvain. Un inefable resplandor de júbilo iluminaba su rostro ensangrentado.

Gauvain cayó de rodillas ante el herido exclamando:

—¡Mi querido maestro!

—Tu padre, dijo Cimourdain.

#### V.

### LA GOTA DE AGUA FRIA.

No se habian visto durante muchos años; pero sus corazones no se habian separado, y se conocieron como si se hubieran dejado de ver el día ántes.

Habíase improvisado un hospital de sangre en la posada de la poblacion. Llevaron á él á Cimourdain y le instalaron en una cama de un gabinete contiguo á la gran sala general. El cirujano que habia reconocido la herida puso fin á las expansiones de aquellós dos hombres, indicando que era necesario dejar dormir á Cimourdain. Por otra parte, mil quehaceres, que constituyen los deberes y los cuidados de la victoria, reclamaban la presencia de Gauvain. Quedó, pues, solo Cimourdain, pero no podia dormir, porque tenia dos clases de fiebre: la fiebre de la herida y la fiebre de la alegría.

No durmió y sin embargo no creia estar despierto. ¿Era po-

sible? Su sueño se había realizado. El, que era de los que no creían en la realización de las ilusiones, tenía la suya convertida en hecho. Había encontrado á Gauvain; le había dejado niño y le hallaba hombre, y hombre grande, temible, intrépido triunfador, y triunfador por la causa del pueblo. Gauvain era en la Vendée el punto de apoyo de la revolución, y era él, Cimourdain, quien había formado aquella columna para la república. Aquel vencedor era su discípulo: Cimourdain veía irradiar su pensamiento propio al través de aquel busto jóven destinado quizá al panteón republicano; su discípulo, el hijo de su espíritu, era ya un héroe y sería dentro de poco una gloria. Parecía á Cimourdain que veía su propia alma hecha genio. Acababa de ver por sí propio como hacia Gauvain la guerra: era como Quiron viendo pelear á Aquiles: relación misteriosa entre el sacerdote y el centauro, porque el centauro no tiene más que medio cuerpo de hombre.

Todas las circunstancias extraordinarias de esta aventura unidas al insomnio que la herida ocasionaba, llenaban la mente de Cimourdain de una embriaguez misteriosa. Levantábase magnífico un jóven destino, y lo que aumentaba su profundo júbilo era que tenía plenos poderes sobre aquel destino. Un triunfo más, como el que acababa de presenciar, y Cimourdain con una sola palabra podía hacer que la república confiase á Gauvain el mando de un ejército. Nada deslumbra tanto como la admiración de ver que todo sale bien. Era aquella la época en que todos tenían su sueño militar, y cada cual quería hacer un general; Danton quería hacer general á Westermann, Marat á Rossignol, Hebert á Ronsin; Robespierre deshacerlos á todos. ¿Por qué no he de hacer yo general á Gauvain? se decía Cimourdain: y seguía pensando. Tenía delante de sí un campo ilimitado: pasaba de una hipótesis á otra y todos los obstáculos se desvanecían ante su pensamiento. Una vez en esta senda y puesta la imaginación en este tono, no es posible detenerla: la subida es infinita: se parte del hombre y se llega al astro. Un gran general no es más que un jefe de ejércitos; pero un gran capitán es al mismo tiempo un jefe de ideas. Pues bien, Cimourdain veía en Gauvain un gran capitán: parecía ya, porque la imagina-

cion camina de prisa, verle en el Océano, dando caza á los ingleses, en el Rhin castigando á los reyes del Norte, en los Pirineos rechazando á los españoles, en los Alpes dando á Roma la señal para sublevarse. Habia en Cimourdain dos diversos sujetos, uno tierno, otro insensible; y ámbos estaban gozosos, porque siendo lo inexorable su ideal, al mismo tiempo que veia á Gauvain magnífico, le veia terrible. Pensaba en todo lo que debía destruirse ántes de construir, y ciertamente, decia, no ha llegado aun la hora del enternecimiento ni de la sensibiilidad. Gauvain estará “á la altura que corresponde,” frase de la época. Figurábase á Gauvain aplastando con el pié las tinieblas, cubierto de una coraza de luz, con resplandor de meteoro en la frente, abriendo las grandes alas ideales de la justicia, de la razon y del progreso, y con la espada en la mano: ángel, pero exterminador.

En lo más fuerte de su ilusion, que era casi un éxtasis, oyó por la puerta entreabierta que hablaban en el salon contiguo, y conoció la voz de Gauvain. Aquella voz, á pesar de los años de ausencia habia resonado siempre en su oido; y la voz del niño conserva su timbre especial, aun despues de su trasformacion en voz de hombre. Escuchó; primero sonó un ruido de pasos: luego se oyó la voz de un soldado que decia:

—Mi comandante, este hombre es el que disparó contra vos. En la confusion se habia arrastrado por el suelo y escondido en una cueva, donde le hemos hallado.

Cimourdain oyó entónces este diálogo entre Gauvain y aquel hombre.

—¿Estás herido?

—Estoy bastante bien para ser fusilado.

—Metedle en una cama; que le cuiden con esmero y le curen.

—Quiero morir.

—Vivirás. Has querido matarme en nombre del rey: yo te perdono en nombre de la república.

Una sombra pasó por la frente de Cimourdain, el cual experimentó la misma sencion que si despertase sobresaltado, y murmuró con una especie de tristeza siniestra:

—En efecto, es un hombre compasivo.

## VI.

## PECHO CURADO, CORAZON HERIDO.

Una cortadura se cura pronto; pero habia en otro sitio una persona más gravemente herida que Cimourdain, y era la mujer fusilada y recogida por el mendigo Tellmarch en el gran charco de sangre de la granja de Herbe-en-Pail.

La herida de Micaela Flechard era más peligrosa de lo que Tellmarch habia creído al principio: al agujero de bala que tenia por cima del seno, correspondia otro agujero en el omoplato; al mismo tiempo que una bala le habia roto la clavícula, otra la habia atravesado el hombro; pero como la herida no habia interesado el pulmon, podia curarse. Tellmarch era un "filósofo", palabra de los campesinos que significa un poco médico, un tanto cirujano y algo brujo. Cuidó á Micaela en su caverna de fiera y en su cama de yerba con esas cosas misteriosas que se llaman "simples", y gracias á sus cuidados, vivió.

La clavícula se soldó; las heridas del pecho y del hombro se cerraron, y al cabo de algunas semanas, la enferma entró en convalecencia.

Una mañana pudo salir de la cueva ayudada por Tellmarch y fué á sentarse al sol al pié de un árbol. Tellmarch sabia muy poco acerca de ella: las heridas del pecho exigen silencio, y durante la semi-agonía que habia precedido á la curacion, apenas habia pronunciado la enferma algunas palabras. Cuando queria hablar, Tellmarch la obligaba á guardar silencio; pero tenia un pensamiento fijo y tenaz, y Tellmarch observaba en ella un sombrío vaiven de ideas dolorosas. Aquella mañana Micaela se sentia fuerte y casi podia andar sola. Una curacion es una especie de paternidad, y Tellmarch la miraba con la satisfaccion con que un padre mira á su hija. Aquel buen viejo se puso á sonreír y dijo:

—Muy bien, ya estamos levantados, ya no tenemos heridas.

—Mas que en el corazon, respondió Micaela.

Y añadió:

—¿De modo que no sabeis absolutamente dónde están?

—¿Quiénes? preguntó Tellmarch.

— Mis hijos.

Aquel *de modo* expresaba todo un mundo de pensamientos; significaba: “pues que no me hablais de ellos; pues que desde hace tantos días estais á mi lado sin decirme nada de mis hijos; pues que me obligais á callar cada vez que quiero romper el silencio; pues que parece que temeis que yo os hable, es que nada tenéis que decirme.” Con frecuencia, durante la fiebre, el extravío, el delirio, habia llamado á sus hijos, y habia visto claramente, porque aun en el delirio no dejan de hacerse ciertas observaciones, que el anciano no la respondia.

Es que en efecto Tellmarch no sabia qué decirle. No es tan fácil hablar á una madre de sus hijos perdidos; y ademas ¿qué sabia de ellos? Nada. Sabia que una madre habia sido fusilada; que la habia encontrado tendida en tierra; que al recogerla era casi un cadáver; que aquel cadáver tenia tres hijos, y que el marqués de Lantenac, despues de haber hecho fusilar á la madre, se habia llevado los niños. Aquí terminaban todos sus informes. ¿Qué habia sido de aquellos niños? ¿Vivian todavía? Sabia, porque se lo habian dicho, que eran dos niños y una niña, apenas destetada: nada más. Hacíase mil preguntas acerca de este grupo desgraciado, pero á ninguna podia responder. Los habitantes del país á quienes habia interrogado, se contentaban con mover la cabeza con aire compasivo. El marques de Lantenac era hombre de quien no gustaba hablar.

No se hablaba de buen grado del marques de Lantenac y no agradaba á nadie hablar con Tellmarch. Los campesinos tienen una especie de sospecha que les es peculiar. No querian á Tellmarch: para ellos aquel mendigo era sospechoso. ¿Por qué estaba siempre mirando al cielo? ¿Qué hacia y qué miraba durante sus largas horas de inmovilidad? Ciertamente, aquel género de vida era extraño. En aquel país donde ardía la guerra; que estaba en plena conflagracion, en plena combustion: donde no habia quien pensara en otro negocio mas que el de la devastacion, ni en otro trabajo mas que el de la matanza; donde todos parecia que habian apostado á quien quemaría más casas, degollaría más familias, mataría más centinelas, saquearía más

pueblos; donde no se pensaba sino en tenderse lazos, atraerse á emboscadas y matarse los unos á los otros, aquel solitario absorto en la contemplacion de la naturaleza, como sumergido en la paz inmensa de las cosas, recogiendo yerbas y plantas, cuidándose tan sólo de las flores, de los pájaros y de las estrellas, no podia ménos de ser peligroso. Era visible que no tenia razon, porque ni se ocultaba detras de las matas, ni disparaba un fusil contra nadie. De aquí cierto temor esparcido en torno suyo.

—Ese hombre está loco, decian los que pasaban á su lado.

Tellmarch era más que un hombre aislado: era un hombre cuya compañía se evitaba.

No se le hacian preguntas, ni tampoco se le daban respuestas. No habia podido, por consiguiente, tomar todos los informes que hubiera querido. La guerra se habia extendido por otros parajes; los combatientes se habian ido á pelear á otra parte: el marques de Lantenac habia desaparecido del horizonte, y en la disposicion de ánimo en que se hallaba Tellmarch, para que advirtiese que habia guerra era necesario que esta pasase sobre él.

Al oir estas palabras *mis hijos*, Tellmarch habia cesado de sonreir. La madre habia quedado pensativa: ¿qué pasaba en aquella alma? Estaba como en el fondo de un abismo. De repente miró á Tellmarch y gritó de nuevo, casi con acento de cólera:

—¡ Mis hijos !

Tellmarch bajó la cabeza como un criminal.

Pensaba en aquel marques de Lantenac, que ciertamente no se acordaba de él y que probablemente no sabia siquiera que existiese. Tellmarch se explicaba esta probabilidad diciendo: “Un señor, cuando está en peligro, conoce al pobre, pero cuando ha salido de él, ya no le conoce.

Despues se preguntaba: ¿pero por qué he salvado yo á ese señor?

Y se respondía:—Porque es un hombre.

Sobre esto reflexionó un corto rato y repuso: ¿estoy bien seguro de que es un hombre?

Y repitió su amarga frase:—¡ Si yo hubiese sabido.... !

Todas aquellas aventuras le abrumaban, pues en lo que habia

hecho veia una especie de enigma que le hacia meditar dolorosamente. Una buena accion puede, pues, resultar una accion mala; quien salva al lobo causa la muerte de las ovejas; el que cura las alas del buitre es responsable del mal que causen sus garras.

Sentíase culpado y creia que la cólera inconsciente de la madre era justa.

Sin embargo, el haber salvado tambien á aquella madre le consolaba de haber salvado al marqués.

¿Pero y los niños?

La madre tambien pensaba entónces en ellos. Aquellas dos imaginaciones marchaban á la par y á veces se reunian sin decirselo en las tinieblas de la meditacion.

La mirada de la madre, mirada tenebrosa, se fijó de nuevo sobre Tellmarch.

—Esto, sin embargo, dijo, no puede quedar así.

—¡ Chist ! dijo Tellmarch, y puso el dedo en la boca.

—Habeis hecho mal en salvarme y no os lo agradezco. Preferiría estar muerta, porque entónces les vería; sabría donde están; ellos no me verían, pero yo estaría á su lado. Una muerta debe tener poder para protegerlos.

Tellmarch le tomó el pulso.

—Calmaos, dijo, os va á volver la calentura.

Ella le preguntó casi con dureza.

—¿ Cuándo podré marcharme ?

—¿ Marcharos ?

—Sí, marcharme.

—Nunca, si os exaltais de este modo: mañana, si tenes juicio.

—¿ A qué llamais tener juicio ?

—A tener confianza en Dios.

—¡ Dios ! ¿ á dónde me ha enviado mis hijos ?

Estaba como extraviada. Suavizando despues la voz, dijo:

—Ya comprenderéis que no puede permanecer aquí de esta manera. Vos no habeis tenido hijos; yo sí. Hay una gran diferencia entre vuestra posicion y la mia. No se puede juzgar de una cosa cuando no se sabe lo que es. Vos no habeis tenido hijos, ¿ eh ?



—No, respondió Tellmarch.

—Yo no he tenido otra cosa. Sin mis hijos ¿qué soy? Quisiera que me explicasen por qué no tengo aquí mis hijos. Algo pasa, estoy segura, que yo no comprendo. Han muerto á mi marido, me han fusilado á mí, ¿por qué? No lo entiendo.

—Vamos, dijo Tellmarch, ya volveis á tener fiebre. No habéis. Ella le miró y guardó silencio.

Desde aquel dia no quiso hablar más.

Tellmarch fué más obedecido de lo que habría deseado. Micaela pasaba horas enteras como estupefacta, acurrucada debajo del árbol. Pensaba y se callaba: el silencio ofrece una especie de abrigo á las almas sencillas que han sido sumerjidas en la profundidad siniestra del dolor. Parecia que habia renunciado á comprender lo que le pasaba: cuando la desesperacion llega á cierto grado, es ininteligible para el desesperado.

Tellmarch la examinaba conmovido; á la vista de aquel padecimiento, el anciano tenia sentimientos de mujer.—¡ Oh, sí, decia entre sí mismo, sus lábios no hablan, pero hablan sus ojos, y en ellos veo que tiene una idea fija: haber sido madre y ya no serlo; haber sido nodriza y no serlo! No puede resignarse á ese dolor. Piensa en la niña á quien daba el pecho poco tiempo há: piensa y piensa y no acaba de pensar en ella. En verdad que debe de ser delicioso sentir una boquita sonrosada que os va sacando el alma del interior del cuerpo y se forma una vida suya con vuestra vida.

Y por su parte guardaba tambien silencio, comprendiendo la impotencia de la palabra para aliviar aquel dolor profundo. El silencio de una idea fija es terrible; ¿pero cómo hacer oír la razon á la idea de una madre? La maternidad no admite excusas: no se discute con ella. Lo que hace que una madre sea sublime es el tener algo de irracional; el instinto materno es divinamente animal: la madre no es mujer: es hembra.

Los hijos son sus cachorros.

De aquí que haya en la madre algo de inferior y tambien algo de superior á la razon. La madre tiene un delicado instinto: la inmensa y tenebrosa voluntad de la creacion reside en ella é impulsa sus acciones: ceguedad llena de perspicacia.

Tellmarch queria ya hacer hablar á la desdichada, y no podia conseguirlo. Una vez le dijo:

—Por desgracia soy viejo y no puedo apénas andar. Al cabo de un cuarto de hora de marcha, se me agotan las fuerzas y necesito detenerme á descansar. Si no fuera por eso, podría acompañaros. Ademas, quizá es un bien que no me sea posible hacerlo: sería para vos más peligrosa que útil mi compañía, porque si bien aquí me toleran, soy sospechoso para los azules como campesino y para los campesinos como hechicero.

Esperó á ver qué respondía, pero ella ni levantó siquiera los ojos.

Una idea fija termina en locura ó en heroismo; ¿pero de qué heroismo puede ser capaz una campesina? De ninguno: puede ser madre, pero nada más: sumergíase cada dia más en sus pensamientos. Tellmarch la observaba sin cesar.

Trató de proporcionarle ocupacion, y con este objeto la llevó hilo, agujas y un dedal, y en efecto con gran alegría notó que se puso á coser. Meditaba, pero trabajaba, lo cual es señal de salud; recobraba las fuerzas poco á poco. Remendó sus camisas, sus vestidos y sus zapatos; pero las pupilas de sus ojos continuaban vidriosas, y sin cesar de coser, cantaba á media voz canciones oscuras; murmuraba nombres, probablemente de niños, que Tellmarch no podia oir bien; se interrumpia y escuchaba el canto de las aves como si le diesen noticias: consideraba el tiempo que hacia, movia los labios y hablaba en voz baja. Por fin hizo un morral y le llenó de castañas, y un dia la vió Tellmarch que se ponía en marcha con la vista fija en la profundidad de la selva.

—¿A dónde vais? la preguntó.

Ella respondió:

—Voy á buscarlos.

Tellmarch no intentó detenerla.

## VII

### LOS DOS POLOS DE LA VERDAD.

Al cabo de algunas semanas de vicisitudes y vaivenes como los que ocurren en toda guerra civil, no se hablaba en el país de Fougères mas que de dos hombres, de los cuales el uno era lo contra-

rio del otro, y que, sin embargo, ejecutaban la misma obra, es decir, reñían juntos el gran combate revolucionario.

La salvaje campaña vendeana continuaba; pero la Vendée perdía terreno. Sobre todo en el departamento de Ille-et-Vilaine, gracias al jóven comandante que en Dol tan oportunamente habia contestado á la audacia de los seis mil realistas con la temeridad de mil quinientos republicanos, la insurreccion estaba, si no extinguida, á lo ménos muy disminuida y muy circunscrita. Al golpe de Dol habian seguido otros muchos con feliz resultado, y de estos multiplicados triunfos habia nacido una situacion nueva.

Pero, aunque las cosas habian cambiado de faz, habia sobrevenido una complicacion singular.

En toda aquella parte de la Vendée triunfaba la república: esto era indudable. ¿Pero qué república? En el triunfo que se bosquejaba, dos formas distintas de república se disputaban la preferencia, la república del terror y la república del perdon: la que queria vencer por medio del rigor y la que aspiraba á vencer por medio de la clemencia. ¿Cuál prevalecería? Las dos formas, la conciliadora y la implacable, estaban representadas por dos hombres, cada uno de los cuales tenia su influencia y su autoridad especiales, el uno como jefe militar, el otro como jefe civil. ¿Cuál de estos dos hombres vencería al cabo? El uno, el delegado, tenia terribles puntos de apoyo; habia llegado al campamento llevando la ominosa consigna del municipio de París á los batallones de Santerre: *nada de perdon, nada de cuartel*. Para someterlo todo á su autoridad tenia el decreto de la Convencion, imponiendo pena de muerte al que pusiera en libertad ó protegiese la evasion de un jefe rebelde prisionero: y tenia ademas plenos poderes de la comision de salvacion pública y una credencial firmada: ROBESPIERRE, DANTON, MARAT. El otro, el soldado, no tenia en su favor mas que una fuerza: la misericordia.

No tenia en su favor mas que su brazo que derrotaba á los enemigos, y su corazon que los perdonaba. Vencedor, se creia con derecho de indultar á los vencidos.

De aquí un conflicto latente, pero profundo, entre aquellos dos hombres que vivian en atmósferas diferentes, combatiendo ámbos la insurreccion, pero cada uno con sus armas peculiares, el uno con la victoria, el otro con el terror.

En todo el Bocage no se hablaba mas que de ámbos; y lo que aumentaba la ansiedad de las miradas que de todas partes se dirigian sobre ellos, era que á pesar de ser de ideas tan opuestas, estaban al mismo tiempo estrechamente unidos. Aquellos dos antagonistas eran dos amigos; jamas habia unido dos corazones una simpatía mayor y más profunda, tanto que el feroz habia salvado la vida al piadoso, exponiendo la suya, como lo probaba la cortadura que tenia en la cara. Aquellos dos hombres encarnaban el uno la muerte, y el otro la vida; el uno era el principio terrible, el otro el principio pacífico; y sin embargo se amaban mutuamente. Problema extraño: figurémonos á Oréstes misericordioso y á Pilades clemente; figurémonos á Arimanes hermano de Oromazes.

Añádase á esto que aquel de los dos á quien llamaban “el cruel”, era al mismo tiempo el más caritativo de los hombres. El hacia la cura á los heridos, cuidaba de los enfermos, pasaba los días y las noches en las ambulancias y en los hospitales, se compadecia de los niños descalzos, no tenia nada suyo y lo daba todo á los pobres. Cuando habia ataque marchaba al ataque á la cabeza de las columnas, acudiendo siempre á lo más fuerte del combate, armado de sable y dos pistolas, pero en realidad desarmado, porque nadie le habia visto hacer uso del uno ni de las otras. Arrostraba la muerte, pero no devolvía los golpes; decíase que habia sido cura.

Uno de aquellos hombres era Gauvain; el otro era Cimourdain.

La amistad reinaba entre los dos hombres; pero el odio separaba los dos principios; y aquella guerra sorda no podia ménos de estallar, al fin. En efecto, una mañana comenzó la batalla.

Cimourdain dijo á Gauvain:

—¿Qué tenemos?

—Ya lo sabeis tan bien como yo. He dispersado las partidas de Lantenac, y no le queda sino un corto número de hombres; le tengo metido en el bosque de Fougères y dentro de ocho días será cercado.

—¿Y dentro de quince?

—Será hecho prisionero.

—¿Y despues?

—¿Habeis visto mi cartel?

—Sí: ¿y qué?

—Será fusilado.

—Otro rasgo de clemencia: es preciso que sea guillotinado.

—Yo, dijo Gauvain, estoy por la muerte militar.

Y yo, repuso Cimourdain, por la muerte revolucionaria.

Despues miró á Gauvain fijamente, y preguntó:

—¿Por qué has mandado poner en libertad á esas monjas del convento de San Márcos el Blanco?

—Porque yo no hago la guerra á las mujeres, respondió Gauvain.

—Esas mujeres aborrecen al pueblo, y por el ódio vale una mujer tanto como diez hombres. ¿Por qué te has negado á enviar al tribunal revolucionario todo ese atajo de viejos clérigos fanáticos cogidos en Louvigné?

—Porque tampoco hago la guerra á los viejos.

—Un clérigo viejo es peor que uno jóven. La rebelion es más peligrosa predicada por cabellos blancos: las arrugas inspiran fé. No tengamos falsa clemencia, Gauvain; los regicidas son los libertadores: contempla sin cesar la torre del Temple.

—¡La torre del Temple! De buena gana permitiría salir de ella al delfín, porque yo no hago la guerra á los niños.

Cimourdain le dirigió una mirada severa, y dijo:

—Gauvain, sabe que es necesario hacer la guerra á la mujer cuando se llama María Antonieta, al viejo cuando se llama Pio VI, y al niño cuando se llama Luis Capeto.

—Querido maestro, yo no soy hombre político.

—Trata de no ser hombre peligroso. En el ataque del puente de Cossé, cuando el rebelde Juan Treton, acorralado y perdido, se lanzó sólo, sable en mano, contra toda la columna, “por qué gritaste: *abrid las filas, dejadle pasar?*”

—Porque me repugna que para matar á un hombre se reúnan mil quinientos.

—En la Cailleterie d’Astillé, cuando viste que tus soldados iban á matar al vendeano José Bezier que estaba herido y se arrastraba por tierra, ¿por qué gritaste: *¡seguid adelante: eso es cosa mia!* para luego descargar tu pistola al aire?

—Porque no se mata á un hombre postrado en tierra.

—Pues hiciste mal: esos dos son hoy jefes de partidas: José Bezier es el que llaman Bigoté, y Juan Treton, el que dicen Pierna-de-Plata. Salvando esos dos hombres, has dado dos enemigos á la república.

—Mi intencion realmente no era darle enemigos, sino ganarle amigos.

—¿Por qué despues de la victoria de Laudeau, no hiciste fusilar á los trescientos campesinos hechos prisioneros?

—Porque Bonchamp habia perdonado la vida á los prisioneros republicanos, y yo he querido que se dijese que tambien la república perdonaba á los prisioneros realistas.

—Pero entónces ¿perdonarás á Lantenac si cae en tu poder?

—No.

—¿Por qué, pues, has perdonado á trescientos campesinos?

—Los campesinos son ignorantes, al paso que Lantenac sabe lo que hace.

—Pero Lantenac es pariente tuyo.

—No hay pariente más cercano que la Francia.

—Lantenac es un anciano.

—Lantenac es un extranjero, que no tiene edad; Lantenac quiere traer á los ingleses: Lantenac es la invasion; Lantenac es el enemigo de la patria, la lucha entre él y yo no puede acabar sino con su muerte ó con la mia.

—Gauvain, no olvideis esas palabras.

—Están dichas.

Hubo un momento de silencio durante el cual se miraron uno á otro. Despues Gauvain añadió:

—Será una fecha sangrienta la del año 93 en que estamos,

—¡Cuidado! exclamó Cimourdain: ten presente que hay deberes tremendos, y no acuses al que no es acusable. ¿Por ventura, el médico tiene la culpa de la enfermedad? Sí: lo que caracteriza este año enorme es la crueldad: ¿por qué? Porque es el grande año revolucionario, el año que encarna la revolucion. Tiene la revolucion un enemigo, que es la sociedad antigua, así como el cirujano tiene un enemigo, que es la gangrena: pues

bien, la revolucion es desapiadada con el antiguo órden de cosas, como el cirujano es implacable con la carne gangrenada. La revolucion extirpa la monarquía en el rey, la aristocracia en el noble, el despotismo en el soldado, la supersticion en el clérigo, la barbarie en el juez: en suma, todo lo que es tiranía en todo lo que es tirano. La operacion es espantosa, y la revolucion la ejecuta con mano segura. En cuanto á la cantidad de carne sana que sacrifica, pregunta á Boerhaave su opinion. ¿Qué tumor puede cortarse sin producir pérdida de sangre? ¿qué incendio puede extinguirse sin que el fuego se lleve su parte? Esas necesidades terribles constituyen la condicion misma del buen éxito. Un cirujano se parece á un carnicero: un médico que cura puede tener el aspecto de un verdugo. La revolucion, dedicándose á completar su obra fatal, mutila, pero salva. ¡Osaréis pedirle gracia para el vírus, clemencia para lo que es venenoso! Vana audacia: no os escuchará; apoderada de lo pasado, acabará con ello. Hace á la civilizacion una incision profunda, de la cual saldrá la salud del género humano. Padeceis en el interin; no lo dudo: ¿cuánto durará el padecimiento? El tiempo de la operacion; pero despues viviréis: la revolucion amputa á la sociedad, y de aquí la hemorragia que se llama 93.

—El cirujano es hombre tranquilo y sereno, y los hombres que yo veo son violentos, exclamó Gauvain.

—La revolucion, replicó Cimourdain, busca para que la ayuden obreros feroces; rechaza toda mano trémula y no se fia sino de los inexorables, como Danton, que es lo terrible; Robespierre, que es lo inflexible; Saint-Just, que es lo irreducible; Marat, que es lo implacable. Desengáñate, Gauvain, esos hombres son necesarios; sus nombres valen para nosotros tanto cada uno como un ejército. Ellos harán temblar á Europa.

—Y quizá tambien el porvenir, añadió Gauvain. Despues dijo:

—Por lo demas, mi querido maestro, estais en un error. Yo no acuso á nadie. Para mí, el verdadero punto de vista de la revolucion es la irresponsabilidad; ninguno es inocente, pero tampoco hay ningun culpado.

—Luis XVI es un cordero arrojado entre leones. Quiere huir, quiere salvarse, trata de defenderse; mordería si pudiese; pero no basta para ser leon querer serlo. Sus deseos pasan por crímenes. Cuando el cordero irritado enseña los dientes, ¡traidor! exclaman los leones, y se lo comen, para despues destrozarse ellos mútuamente.

—El cordero es una bestia.

—Y los leones ¿qué son?

Esta réplica dió en qué pensar á Cimourdain. Levantó la cabeza y dijo:

—Esos leones son conciencias; esos leones son ideas; esos leones son principios.

—Lo que hacen es producir el terror.

—La revolucion será un día la justificacion del terror.

—Temed que el terror sea la calumnia de la revolucion.

Y Gauvain repuso.

—Libertad, Igualdad, Fraternidad son dogmas de paz y armonía. ¿Por qué darles un aspecto espantoso? ¿Qué queremos? ¿Conquistar la voluntad de los pueblos en favor de la república universal? Pues entónces, ¿por qué les infundimos miedo? ¿De qué sirve la intimidacion? Los pueblos, como las aves, huyen del espantajo; no se debe hacer el mal para producir el bien; no se debe derribar el trono para dejar en pié el cadalso; mueran los reyes, pero vivan las naciones; echémos abajo las coronas, pero dejemos en sus sitios las cabezas. La revolucion es la concordia, no el terror. Los hombres inclementes no saben servir á las ideas de caridad. La palabra amnistía es para mí la más hermosa del lenguaje humano; no quiero verter sangre sino arriesgando la mia. Por lo demas, yo no soy sino un soldado ni entiendo de otra cosa mas que de combatir; pero si no se puede perdonar, no vale la pena de vencer. Seamos durante la batalla enemigos de nuestros enemigos, pero despues de la victoria sus hermanos.

—¡Cuidado! repitió por tercera vez Cimourdain; ¡cuidado! te digo; tú eres para mí más que un hijo.

Y añadió pensativo:

—En tiempos como estos la misericordia puede ser una de las formas de la traicion.



Al oír hablar á aquellos dos hombres, hubiera creído oírse el diálogo de la espada y del hacha.

## VIII.

## DOLOROSA.

Entre tanto la madre seguía buscando á sus hijuelos.

Continuaba su camino: ¿cómo vivía? Imposible decirlo; no lo sabía ella misma. Caminaba día y noche, mendigando, comiendo yerbas, durmiendo sobre el suelo, al aire libre, entre las matas, bajo la luz de las estrellas, á veces bajo el látigo de la lluvia y del cierzo.

Vagaba de aldea en aldea, de alquería en alquería tomando informes. Deteníase en el umbral de las puertas: y como sus vestidos estaban rotos, si unas veces la recibían, otras no era recibida. Cuando no podía entrar en las casas, se refugiaba en los bosques.

No conocía el país: nada sabía de él, á excepcion de los alrededores de Siscoignard y la parroquia de Azé; y como no tenía itinerario, desandaba á veces lo andado y recorría inútilmente un camino por donde ya había pasado ántes. Unas veces seguía la parte empedrada de la calzada, otras entraba por los senderos de los bosques. En esta vida á la ventura no solo había gastado sus miserables ropas, sino también sus zapatos: al cabo de algún tiempo aquellas eran harapos, estos no habían podido servir más; y tuvo que andar descalza, y en breve con los piés ensangrentados.

Atravesaba los sitios donde ardía la guerra; pasaba al traves de los tiros de fusil sin oír nada, sin ver nada, sin tratar de evi ar nada, buscando á sus hijos. Estando todo en revolucion, no había ni gendarmes, ni alcaldes, ni autoridades con quienes hubiera de entenderse: no se entendía más que con los transeuntes que encontraba.

Hablábales y les preguntaba:

—¿Habeis visto por ahí tres niños?

Eos pasajeros la miraban.

—Dos niños y una niña, decía.

Y continuaba:

—Se llaman Renato, Alan y Georgina: ¿no les habeis visto?

Y proseguía:

—El mayor tiene cuatro años y medio; y la niña veinte meses.

Y volvía á preguntar:

—¿Sabeis dónde están? Me los han llevado.

Los pasajeros se contentaban con mirarla sin responder.

Viendo que no la entendian, decia:

—Es que son míos, son mis hijos: ya veís.

Los pasajeros continuaban su camino. Entónces ella se detenía, guardaba silencio y se rasgaba el pecho con las uñas.

Un día, sin embargo, un campesino se detuvo á aira y se puso á reflexionar.

—Esperad, dijo, ¿tres niños?

—Sí.

—¿Dos varones?...

—Y una niña.

—¿Son esos los que buscáis?

—Sí.

—He oido hablar de un señor que llevaba consigo tres niños.

—¿Dónde está ese hombre? gritó Micaela, ¿dónde están los niños?

El campesino respondió:

—Id á la Tourgue.

—¿Encontraré allí á mis hijos?

—Podrá ser que sí.

—¿Y decís que vaya á la...?

—A la Tourgue.

—¿Y qué es la Tourgue?

—Un paraje.

—¿Es aldea, castillo, alquería.....?

—Yo no he estado nunca allí.

—¿Está léjos?

—Bastante.

—¿Hácia qué lado?

—Hácia Fougeres.

—¿Por dónde se vá?

—Estais en Vantorles, dijo el campesino; dejaréis á la izquier-

da á Ernée, y á la derecha á Coxelles, pasaréis por Lorchamp y atravesaréis el Leroux.

Y el campesino, extendiendo la mano hácia el occidente añadió:  
—Todo derecho, caminando siempre hácia el sitio donde se pone el sol.

Antes que el campesino bajara el brazo Micaela estaba ya en marcha.

El campesino le gritó:

—Pero id con cuidado, porque andan á tiros por allá.

Micaela no se volvió para responderle y continuó su camino.

## IX.

### UNA BASTILLA DE PROVINCIA.

#### I.

##### LA TOURGUE.

El viajero que hace cuarenta años, entrando en el bosque de Fougères por el lado de Laignelete, salía por el lado de Parigné, encontraba al extremo de aquella profunda espesura de altos árboles una cosa, siniestra. Al desembocar de la espesura veía delante de sí como una súbita aparición: la Tourgue.

No la Tourgue viva, sino la Tourgue muerta; la Tourgue agrietada, agujereada, hendida, desmantelada. La ruina es al edificio lo que la fantasma es al hombre. No había, pues, vision más lúgubre que la de la Tourgue. Lo que el viajero tenía á la vista era una alta torre redonda y solitaria, situada en un rincón del bosque como un malhechor. Aquella torre, levantándose sobre una roca cortada á pico, tenía casi el aspecto romano; tal era ella de correcta y sólida y tanto se confundían en aquella masa robusta la idea del poder y la de la ruina. Algo romana era, en efecto, por el estilo de su construcción, pues comenzada en el siglo IX, había sido concluida en el XII, después de la tercera cruzada. Las impostas de orejones en cada una de sus divisiones declaraban su edad. Al acercarse y subir por la escarpa, se veía una brecha por la cual podía penetrarse en su interior, y el que penetraba lo hallaba vacío. Era como el interior de un clarín de

pedra puesto con la boca en el suelo. De alto á bajo no habia diafragma alguno; ni tejado, ni techos, ni suelos; tan solo arranques de chimeneas y de bóvedas; huecos para las antiguas piezas de artillería, llamadas falconetes, situados á diversas alturas; cordones de garfios de granito y algunas vigas transversales que marcaban los pisos; sobre las vigas el estiércol de las aves nocturnas; el muro colosal de quince piés de espesor en la base y doce en la cima: acá y allá hendiduras y agujeros, que habian sido puertas, por donde se veian escaleras abiertas en el interior tenebroso del muro. El viajero que allí penetraba de noche oia chillar los cuculillos, los mochuelos, los buhos y los gorriones, veia á sus piés zarzas, piedras, reptiles, y sobre su cabeza, al traves de una circunferencia negra, que era lo alto de la torre y parecia la boca de un pozo enorme, el centelleo de las estrellas.

Era tradicion en el país, que en los pisos posteriores de aquella torre habia puertas secretas, hechas, como las puertas de las antiguas tumbas de los reyes de Judá, de una gruesa piedra que giraba sobre un eje, abriéndose y despues confundándose al cerrarse con las demas piedras del muro, moda arquitectónica traída con la ojiva por los cruzados. Cuando aquellas puertas estaban cerradas, era imposible descubrirlas: tanto se confundian con las demas de las paredes. Todavía hoy se ven puertas de ese género en las misteriosas ciudades del Anti-Líbano, que se salvaron del terremoto que hundi6 las doce poblaciones en tiempo de Tiberio.

## II.

### LA BRECHA.

La brecha por donde se entraba en aquella arruinada torre, era el agujero que habia hecho una mina. Para un hombre familiarizado con las obras de Errard, Sardi y Pagan, aquella mina habia sido hecha científicamente. El horno en forma de solideo habia tenido las proporciones requeridas por la fortaleza del muro que estaba destinado á perforar, y habia debido contener, por lo ménos, dos quintales de pólvora. Llegábase á él por una canal serpenteante que vale más que una canal recta; y el hundimiento producido por la mina dejaba al descubierto, en la hendidura de

la piedra, el salchichon, que tenia el diámetro requerido de un huevo de gallina. La explosion habia hecho en la muralla una herida profunda por donde los sitiadores habian podido, sin duda, entrar. Evidentemente aquella torre habia sostenido en diversas épocas verdaderos sitios en regla. Estaba acribillada de señales de metralla, que indudablemente no eran todas del mismo tiempo, pues cada proyectil tiene su manera de marcarse en un muro, y todos habian dejado en áquel su cicatriz, desde las balas de piedra del siglo XIV, hasta las balas de hierro del siglo XVIII.

La brecha daba entrada á lo que habia debido ser el piso bajo. En frente de ella, y en la misma pared de la torre, se abria el postigo de una cripta escavada en la roca, y que se prolongaba por los cimientos de la torre hasta debajo de la sala de los cimientos de aquel piso.

Esta cripta, cegada en sus tres cuartas partes, fué descombrada en 1855 por M. Augusto Le Prevost, anticuario de Bernay.

### III.

#### EL CALABOZO DEL OLVIDO.

Aquella cripta era el calabozo del olvido, y todas las torres tenían el suyo. El de que se trata, como otros muchos de la misma época, tenia dos pisos. El primero, al cual se entraba por el postigo era una pieza abovedada, bastante capaz, al mismo andar que la sala del piso bajo. Veíanse en la pared de esta pieza dos surcos paralelos y verticales que iban de una pared á la otra pasando por la bóveda, y que daban idea de las rodadas de un carro. Eran rodadas, en efecto, pues habian sido abiertas por dos ruedas. Antes, en los tiempos feudales, en esta pieza era donde se descuartizaba á los reos, por un procedimiento ménos ruidoso que el de los cuatro caballos. Habia en ella dos ruedas fuertes, y tan grandes que tocaban á las paredes y á la bóveda. A cada una se ataba un brazo y una pierna del paciente, y dando vuelta á las ruedas en sentido inverso quedaba el hombre descuartizado. Para esto era preciso un buen esfuerzo, y de aquí los surcos hechos en las paredes con el roce de las ruedas. Todavía puede verse una pieza de este género en Vianden.

Por debajo de este calabozo habia otro, que era el verdadero de olvido. En él no se entraba por puerta ninguna, sino por un agujero. Se ataba al paciente con una cuerda que le pasaba por los sobacos y se le bajaba desnudo á aquel calabozo por un hueco practicado en las baldosas de la pieza superior. Si se obstinaba en vivir, le echaban el alimento por aquel hueco. Uno de este género puede verse todavía en Bouillon.

Por aquel agujero entraba el aire. La pieza inferior abierta bajo la sala del piso bajo era más bien un pozo que una habitacion. Estaba en contacto con una vía de agua y llena de un aire glacial; así lo que causaba la muerte al preso de abajo daba la vida al de arriba, haciéndole la prision respirable, pues el piso de arriba á oscuras bajo su bóveda no recibia aire mas que por aquel hueco. Por lo demas, el que entraba ó caía en aquel calabozo no volvía á salir. Tocaba al preso de arriba exclusivamente precaverse de cualquier accidente en la oscuridad: un paso en falso podia convertir al paciente de arriba en paciente de abajo: esta era cuenta suya. Si queria vivir, aquel agujero era un peligro; si le cansaba la vida, era un recurso. El piso superior era el calabozo, el inferior la tumba: superposicion parecida á la sociedad de aquella época.

Esto es lo que llamaban nuestros abuelos una "mazmorra". Habiendo desaparecido la cosa, el nombre no tiene ya ningun sentido para nosotros, que gracias á la revolucion oimos pronunciar estas palabras con indiferencia.

Al exterior de la torre y por cima de la brecha que hace cuarenta años era su única entrada veíase un hueco mayor que el de las demas aspilleras, del cual pendia una verja de hierro arrancada y rota.

#### IV.

##### EL PUENTE DEL CASTILLEJO.

A esta torre se unia, por el lado opuesto á la brecha, un puente de piedra de tres arcos, bastante bien conservados, el cual en otro tiempo habia sostenido un cuerpo de edificio de que aun quedaban restos.

Este cuerpo de edificio, en el cual se advertian señales evidentes de un incendio, no tenia mas que su armazon ennegrecida, especie de osamenta, al traves de la cual pasaba la luz y que se erguia junto á la torre como un esqueleto al lado de un fantasma.

Aquella ruina ha sido ya demolida enteramente y no queda de ella ningun vestigio. Bastan un dia y un aldeano para deshacer la obra de muchos siglos y de muchos reyes..

La Tourgue, abreviatura campesina, significa la Torre ñe Gauvain, lo mismo que *la Jupelle* significa la Jupelliere y que *Pinzon el tuerto*, nombre dada á un jorobado jefe de una partida, significa *Pinzon el torcido*, ó el corcovado.

La Tourgue, que hace cuarenta años era una ruina y que hoy es una sombra, era en 1793 una fortaleza. Era la antigua Bastilla de los Gauvain, que guardaba al Occidente la entrada del bosque de Fougères, hoy tambien casi sombra de lo que fué.

Habíase construido esta ciudadela sobre una de las grandes rocas de esquisto que abundan entre Mayena y Dinan y que se encuentran esparcidas entre los setos y los brezos, como si los titanes se hubieran hecho la guerra con ellas arrojándoselas unos á otros.

La torre constituia toda la fortaleza: debajo de ella estaba la roca; al pié de la roca una de esas corrientes de agua que en el mes de enero se convierten en torrentes y en el mes de junio se quedan en seco.

Aquella fortaleza, simplificada hasta el punto que acabamos de decir, era en la edad media casi inexpugnable. El puente debilitaba su posicion: los Gauvain góticos la habian construido sin puente: llegaban á ella por un estrecho puente levadizo, de esos que pueden romperse con un hachazo. Miéntas los Gauvain fueron vizcondes, les plugo tenerla así y la conservaron con gusto; pero cuando fueron marqueses, al dejar su caverna para ir á establecerse en la córte, echaron tres arcos de piedra sobre el torrente y se hicieron accesibles por la llanura, así como se habian hecho accesibles respecto del rey. Los marqueses del siglo XVII y las marquesas del siglo XVIII no tenian empeño en ser inexpugnables. La frase: *continuar la tradicion de sus abuelos*, fué reemplazada por la de: *copiar á Versailles*.

En frente de la torre por el lado occidental había una meseta bastante elevada que terminaba en las llanuras. Aquella meseta venía casi á tocar con la torre, estando sólo separada de ella por un barranco muy hondo, por cuyo seno corría un riachuelo que es un afluente del Couesnon. El puente que unía la meseta con la torre estaba fundado sobre altos pilares, y sobre ellos se fabricó como en Chemonceaux un edificio de estilo Mansard, más habitable que la torre. Pero las costumbres eran todavía muy groseras, y los señores conservaron aun la de habitar con preferencia los aposentos de la fortaleza, parecidos á calabozos. En el edificio levantado sobre el puente se construyó un largo pasillo que servía de entrada y que se llamaba la sala de guardias; encima de esta sala de guardias, que era una especie de entresuelo, se puso una biblioteca y encima de la biblioteca un granero. Altas ventanas de vidrios pequeños de Bohemia, pilastras entre las ventanas, medallones esculpidos en la pared, tres pisos, en el bajo artesanas y mosquetes, en el de en medio libros y en el alto sacos de avena; todo esto era un poco silvestre y muy noble.

La torre de al lado era feroz.

Dominaba con toda su altura lúgubre aquel castillejo coqueton, y desde la plataforma podía destruir el puente.

Los dos edificios, el uno abrupto y severo, el otro risueño y cortesano, se chocaban en vez de unirse: no estaban acordes en el estilo. Aunque dos semicírculos parece que deben ser idénticos, nada se parece ménos á una plena cintra romana que una archivolta clásica. Aquella torre digna de las selvas, era una vecina extraña para aquel puente digno de Versailles. Figurémonos á Alan Barba-torcida dando el brazo á Luis XIV; el emblema inspiraba el miedo: de la reunion de las dos majestades resultaba un no sé qué feroz.

Bajo el punto de vista militar, el puente, como hemos indicado, perjudicaba grandemente para la defensa de la torre; la hermo-seaba, pero la desarmaba y la hacia perder en fuerza lo que ganaba en adornos, poniendo su entrada al nivel de la meseta. Continuando inexpugnable por la parte del bosque, se había hecho vulnerable por la de la llanura. Antiguamente dominaba la meseta; pero ya la meseta la dominaba. Un enemigo instalado



en ella podia ser en breve dueño del puente; y la biblioteca y el granero podrían servir de auxiliares al sitiador contra la fortaleza. Una biblioteca y un granero se parecen en que los libros y la paja son combustibles; y para un sitiador que utiliza el incendio, quemar á Homero ó quemar un haz de heno viene á ser lo mismo con tal que ardan. Así se lo han demostrado los franceses á los alemanes quemando la biblioteca de Heildelberg, y así se lo han probado tambien los alemanes á los franceses quemando la biblioteca de Estraburgo. Aquel puente añadido á la Tourgue era, pues, estratégicamente una falta; pero en el siglo XVII, bajo el gobierno de Colbert y de Louvois, los príncipes Gauvain, lo mismo que los príncipes de Rohan y de la Tremoille, no se creían ya sitiabiles. Sin embargo, los constructores del puente habian tomado algunas precauciones. En primer lugar habian previsto el incendio; y debajo de las tres ventanas del lado resguardado habian sujetado transversalmente, por medio de garfios que todavía se conservaban hace medio siglo, una escalera fuerte de salvamento, cuya longitud era igual á la altura de los dos primeros pisos del puente, altura mayor de la que solian tener tres pisos ordinarios. En segundo lugar habian previsto el asalto, y habian aislado el puente de la torre por medio de una puerta baja y maciza de hierro. Esta puerta, que estaba cintrada y se cerraba con una gruesa llave oculta en un sitio sólo conocido del dueño de la torre, una vez cerrada, podia desafiar el empuje del ariete y aun casi el de la bala de cañon.

Era preciso pasar por el castillejo para llegar á la puerta y por la puerta para penetrar en la torre, pues no tenia otra entrada.

## V.

### LA PUERTA DE HIERRO.

El segundo piso del castillejo del puente, bastante elevado á causa de los pilares, correspondia con el segundo piso de la torre. A esta altura se habia puesto para mayor seguridad la puerta de hierro.

Esta, del lado del castillejo daba entrada á la biblioteca, y del lado de la torre á una gran sala abovedada, con un pilar en el centro, sala que, como se acaba de decir, correspondia al segun-

do piso de la torre. Esta habitacion era redonda como la fortaleza, con largas aspilleras que daban al campo y por donde entraba la luz. Las toscas paredes estaban desnudas, sin que nada ocultase las piedras, por lo demas simétricamente ajustadas. Llegábase á ella por una escalera de caracol practicada en el espesor del muro, cosa sencilla cuando el espesor es de quince piés. En la edad media se toma una ciudad calle por calle, una casa por casa y una casa cuarto por cuarto. Sitiábase una fortaleza tambien piso por piso y bajo este punto de visto la Tourgue, científicamente dispuesta, era muy dura y muy difícil de sitiar. Subíase de uno á otro piso por una escalera en espiral de no fácil acceso. Las puertas no daban entrada directa sino sesgada y eran más bajas que la estatura mediana de un hombre, de suerte que era preciso bajar la cabeza para pasar por ellas. Ahora bien, cabeza baja, cabeza magullada; y el sitiador esperaba á cada puerta al sitiado.

Debajo de la sala redonda del pilar habia dos salas parecidas, una que formaba el primer piso y otra el piso inferior, y encima habia otras tres de la misma especie. Sobre estas seis salas superpuestas la torre se cerraba con una especie de tapadera de piedra que era la azotea ó plataforma, á la cual se subia por un estrecho tragaluz.

Los quince piés de espesor del muro que habia sido necesario perforar para poner la puerta de hierro, y en medio de las cuales estaba empotrada, la encajaban dentro de una larga bóveda; de suerte que esta puerta, cuando estaba cerrada, se hallaba, lo mismo por el lado de la torre que por el del puente, bajo un pórtico de seis ó siete piés de anchura, y cuando estaba abierta, las dos partes de la bóveda no formaban más que una de quince piés á la entrada.

Bajo el pórtico del castillejo se abria en el espesor de la pared un postigo bajo, que daba á una escalerilla de caracol, la cual conducia á la sala del primer piso debajo de la biblioteca. Esta era otra dificultad para el sitiador, porque el castillejo no presentaba en su extremo, por el lado de la meseta, más que un muro elevado y sin entradas y el puente terminaba allí. Un puente levadizo aplicado contra una puerta baja le ponía en comunica-

cion con la meseta, y aquel puente, que á causa de la altura de la meseta, formaba un plano inclinado daba al largo corredor llamado la sala de guardias. El sitiador, una vez dueño de esta sala, tenia precision de tomar á viva fuerza la escalera de caracol que conducia al segundo piso, para poder llegar á la puerta de hierro.

## VI.

## LA BIBLIOTECA.

En cuanto á la biblioteca, era una sala oblonga que tenia la misma anchura y longitud que el puente, y una puerta única, la puerta de hierro. Una mampara forrada de paño verde, que se abria y cerraba al más pequeño impulso, encubria por la parte interior la bóveda que daba paso á la torre. El muro de la biblioteca estaba revestido de alto á bajo y desde el suelo al techo de armarios de cristales contruidos con el buen gusto de la ebanistería del siglo XVII. Seis grandes ventanas, tres á cada lado y una encima de cada arco, iluminaban la estancia, cuyo interior se veia por ellas desde lo alto de la meseta. En los entrepaños de las ventanas, sobre repisas de roble esculpido, habia seis bustos de mármol que representaban á Hermolao de Bizancio, Ateneo, gramático naucrático, Suidas, Casaubon, Clodoveo, rey de Francia, y su canciller Anachalo, el cual, entre paréntises, era tan canciller como Clodoveo rey.

Habia en esta biblioteca varios libros de poca importancia; pero uno ha adquirido celebridad: era muy viejo, en cuarto, con estampas, cuyo título en gruesas letras decia: *San Bartolomé*, y debajo en letras más pequeñas como subtítulo: *Evangelio segun San Bartolomé, precedido de una disertacion de Panteno, filósofo cristiano, sobre la cuestion suscitada acerca de si este evangelio debe ser tenido por apócrifo, y si San Bártoomé es el mismo que Nathanael*. Este libro, considerado como ejemplar único, estaba sobre un pupitre en medio de la biblioteca, y en el siglo pasado iban á verlo los curiosos.

## VII.

## EL GRANERO.

Respecto del granero, que tenia como la biblioteca la forma oblonga y la extension del puente, era simplemente el desvan cubierto por la armazon del techo. Formaba una gran sala atesta-

da de heno y paja y alumbrada por seis ventanas de buhardilla. No tenia mas ornamento que una imágen de San Bernabé esculpida en la puerta, y debajo este verso:

*Barnabus sanctus falcem jubet ire per herbam.*

Así, pues, una torre alta y grande, de seis pisos, alumbrada acá y allá por varias aspilleras, teniendo por entrada y por salida únicas una puerta de hierro que daba á un puente-castillejo cerrado por un puente levadizo; detras de la torre la selva; delante una meseta cubierta de brezos, más alta que el puente y más baja que la torre; bajo el puente, entre la torre y la meseta, un barranco profundo y estrecho lleno de maleza, torrente en invierno, arroyo en primavera, foso pedregoso en estío: tal era la torre de Gauvain, llamada la Tourgue.

## VIII.

### LOS REHENES.

Julio transcurrió, vino Agosto, una corriente heroica y feroz pasaba por la atmósfera política de la Francia y dos espectros atravesaban el horizonte: Marat con el puñal hundido en el costado, Carlota Corday sin cabeza. Todo se presentaba más y más formidable. En cuanto á la Vendée, derrotada en la grande estrategia, se refugiaba en la pequeña, más temible, como hemos dicho, que la otra. Aquella guerra era ya una inmensa batalla desparramada por los bosques. Comenzaban los desastres del grande ejército llamado católico y real; un decreto enviaba á la Vendée el ejército de Maguncia: ocho mil vendeanos habian muerto en Ancenis; sus bandas habian sido rechazadas en Nantes, arrojadas de los bosques de Montaigu, expulsadas de Thouars, echadas de Noirmoutier, lanzadas fuera de Chollet, de Mortagne, y de Saumur. Ademas evacuaron á Parthenay, abandonaban á Clisson, se retiraban de Chatillon, perdian una bandera en Saint-Hilaire, eran derrotados en Pornic, en las Sables, en Fontenay, en Doué, en Chateau-d'Eau, en los Ponts-de-Cé; se hallaban en jaque en Luzon, en retirada en la Chataigneraye, en dispersion en la Roche-sur-Yon; pero por una parte amenazaban á la Rochela, y por otra una escuadra inglesa en las aguas de Guernesey, á las órdenes del general Craig, llevando á su bordo con los

mejores oficiales de la marina francesa varios regimientos ingleses, no esperaban para desembarcar en Francia mas que una señal de Lantenac. Aquel desembarco podia restablecer la victoria en favor de la insurreccion realista. Ademas, Pitt era un malhechor de Estado: en la política hay el arma de la traicion como en la panoplia hay el puñal. Pitt daba de puñaladas á la Francia y hacia traicion á su país, porque hacerle traicion era deshonorarlo, y la Inglaterra bajo su gobierno y por su influjo hacia la guerra púnica, espiondo, cometiendo fraudes, mintiendo. Contrabandista y falsario, nada le repugnaba, y descendia hasta las más fútiles minuciosidades del odio. Procuraba el monopolio del sebo, que costaba á cinco fancos la libra: y en Lila se encontraba en el bolsillo de un inglés una carta de Prigent, agente de Pitt en la Vendée, que contenia estas líneas- “Os ruego que no perdoneis gasto ninguno. Esperamos que los asesinatos se ejecutarán con prudencia: los clérigos disfrazados y las mujeres son las personas más á propósito para esta operacion. Enviad sesenta mil libras á Ruan y cincuenta mil á Caen.” Esta carta fué leida por Barére en la Convencion el 1º de Agosto. A estas perfidias respondian los actos de salvagismo de Parrein y posteriormente respondieron las atrocidades de Carrier. Los republicanos de Metz y los del Medíodia solicitaban el permiso de marchar contra los rebeldes. Mandáronse formar veinticuatro compañías de gastadores para incendiar los setos y vallados del Bocage. Crisis inaudita: la guerra no cesaba en un punto sino para comenzar de nuevo en otro. ¡No hay cuartel, no se hacen prisioneros! era el grito de los dos partidos: una sombra terrible cubria la historia de aquella época.

En aquel mes de Agosto la Tourgue estaba sitiada.

Una tarde, al anochecer, cuando empezaban á aparecer las estrellas, en la calma de un crepúsculo canicular, cuando ni una hoja se movia en el bosque, ni una yerba se estremecia en la llanura, al traves del silencio de la noche que se acercaba, se oyó el sonido de una trompeta, que procedia de lo alto de la torre.

Al toque de trompota respondió un toque de clarin que procedia de abajo.

En lo alto de la torre habia un hombre armado: abajo en la oscuridad habia un campamento.

Distinguíase confusamente en la sombra, alrededor de la Torre de Gauvain, un enjambre de formas negras. Era un vivac, cuyos fuegos comenzaban á encenderse al pié de los árboles del bosque, y entre los brezos de la meseta, y picaban acá y allá de puntos luminosos las tinieblas, como si la tierra quisiera cubrirse de estrellas al mismo tiempo que el cielo. Tristes estrellas las de la guerra! El vivac, del lado de la meseta, se prolongaba hasta la llanura, y del lado de la selva se hundía en los zarzales. La Tourgue estaba bloqueada.

La extension del vivac de los bloqueadores indicaba su gran número.

El campamento cerraba estrechamente las avenidas en la fortaleza, llegando del lado de la torre hasta la roca, y del lado del puente hasta el barranco.

Oyose un segundo toque de trompeta que fué seguido de otro segundo toque de clarin.

La trompeta interrogaba y el clarin respondia.

La trompeta, en nombre de la torre, preguntaba al campamento, ¿quereis que hablemos? y el clarin, en nombre del campamento, contestaba: sí.

En aquella época, no estando considerados los vendeanos como beligerantes, y habiendo prohibido la Convencion por un decreto que se recibiesen parlamentarios rebeldes ni se enviasen á los *facciosos*, se suplian del modo que era posible estos intermedios para las comunicaciones, que autoriza el derecho de gentes en la guerra ordinaria y prohíbe en la guerra civil. De aquí que cuando el caso lo requeria, hubiese cierta inteligencia entre la trompeta campesina y el clarin militar. El primer toque no era sino una señal preventiva: el segundo significaba: ¿quereis oír lo que tenemos que deciros? Si el clarin no respondia á este segundo toque, el silencio era señal de negativa: si respondia, este segundo toque significaba consentimiento y por consecuencia tregua de algunos instantes.

Habiendo respondido el clarin al segundo toque, el hombre que estaba en lo alto de la torre habló, y se oyó que decia lo siguiente:

—Hombres que me escuchais, yo soy Gouge-le-Bruant, llamado Mata-azules, porque he exterminado á muchos de los vuestros, y tambien el Imano porque estoy dispuesto á matar muchísimos más. En el ataque de Granville me cortásteis un dedo de un sablazo sobre el cañon de mi fusil, y en Laval habeis guillotinado á mi padre, á mi madre y á mi hermana Jaquelina, de edad de diez y ocho años. Ya sabeis quien soy.

Ahora os hablo en nombre del muy ilustre señor marqués Gauvain de Lantenac, vizconde de Fontenay, príncipe breton, señor de las Siete Florestas, mi amo.

En primer lugar, habeis de saber que el señor marqués, ántes de encerrarse en esta torre, donde le teneis bloqueado, ha distribuido la direccion de las operaciones de la guerra entre seis jefes, sus tenientes: ha dado á Deliere el país entre el camino de Brest y el de Ernée; á Treton el que se extiende entre la Roe y Laval; á Jacquet, llamado Corta-hierro, los confines del Alto-Maine; á Gauthier, llamado Pedro el Grande, el Chateau Gonthier; á Lecomte, el territorio de Craon; á Dubois-Guy, el de Fougères; y toda la Mayena al señor de Rochambeau: de suerte que con tomar esta fortaleza no habeis conseguido nada en definitiva, y aun en el caso extremo de que el señor marqués muriese, la Vandée de Dios y del rey no moriría.

Esto que digo es para preveniros: el señor marqués está aquí á mi lado; soy la boca por donde salen sus palabras. Hombres que nos sitiais, guardad silencio.

Voy á deciros lo que más os importa oír.

No olvideis que la guerra que nos haceis es injusta. Nosotros somos habitantes de este país, peleamos honradamente, y somos sencillos y puros bajo la voluntad de Dios, como la yerba bajo el rocío. Es la república la que nos ha atacado, la que ha venido á turbar la tranquilidad de nuestros campos, á quemar nuestras casas y cosechas, á ametrallar nuestras granjas; la que ha obligado á nuestros hijos y mujeres á huir á los bosques, los piés descalzos, miéntras aun cantaba la curruca de invierno.

Vosotros los que estais aquí oyéndome nos habeis perseguido por el bosque y cercado en esta torre; habeis muerto ó dispersado á los que se habian unido á nosotros; teneis cañones; habeis

reforzado vuestra columna con las gnarniciones y destacamentos de Mortain, de Barenton, de Teilleul, de Landivy, de Evran, de Tinteniac y de Vitré, lo que aumenta vuestro número hasta cuatro mil quinientos hombres disponibles para el ataque, miéntras que nosotros no somos mas que diez y nueve hombres para la defensa.

Tenemos sin embargo víveres y municiones.

Habeis logrado practicar una mina y volar un trozo de nuestra roca y otro del muro.

Habeis hecho por ese medio un agujero al pié de la torre, y ese agujero es una brecha por la cual podeis entrar, aunque no está á cielo abierto, y aunque la torre, en pié y tan fuerte como ántes, forma bóveda sobre ella.

Ahora os preparais al asalto.

Nosotros, en primer lugar el señor marqués que es príncipe de Bretaña y prior secular de la abadía de Santa Maria de Lan-tenac, donde se dice todos los dias una misa instituida por la reina Juana; y despues los demás defensores de la torre, entre los cuales se encuentra el señor cura Turmeau, cuyo nombre de guerra es Grand-Francœur, mi compañero Guinoiseau, que es capitán del Camp-Vert, mi compañero Canta-en-Invierno, que es capitán del campo de la Avoine, mi compañero Musette, capitán del campo de las Fourmis, y yo paisano natural de la aldea de Daon, por donde corre el arroyo llamado Moriandre, todos en fin los que aquí estamos tenemos una cosa importante que deciros.

Hombres que estais al pié de la torre, oid.

Tenemos en nuestro poder tres prisioneros que son tres niños, estos niños han sido adoptados por uno de vuestros batallones, y son vuestros. Os ofrecemos devolvéroslos.

Pero con una condicion.

La condicion es que nos dejeis libre la salida de la torre.

Si no la aceptais, oid bien lo que voy á deciros: no podeis atacarnos sino de dos maneras: ó por la brecha del lado del bosque, ó por el puente del lado de la llanura. El edificio levantado sobre el puente tiene tres pisos: en el de abajo yo, el Imano, yo, que os hablo, he puesto seis toneles de alquitran y cien faginas de brezos secos; en el de arriba hay paja y en el de enmedio libros y papeles. La puerta de hierro que comunica el puente con



la torre está cerrada y el señor marqués tiene la llave. Yo he hecho debajo de esa puerta un agujero y por él he pasado una mecha bien dada de azufre: uno de sus extremos está metido en uno de los toneles de alquitran y el otro estará al alcance de mi mano en lo interior de la torre para darle fuego cuando me parezca. Si os negais á dejarnos salir, pondremos los tres niños en el segundo piso del puente, entre el piso donde están la mecha azufrada y el alquitran y el otro donde está la paja, y les encerraremos allí. Si nos atacais por el puente, sereis vosotros los que incendiéis el edificio; si nos atacais por la brecha lo incendiaremos nosotros y si atacais por ámbas partes, ámbos le pondremos fuego. En cualquiera de estos casos, los niños morirán quemados.

Ahora aceptad ó rechazad la oferta.

Si aceptais, saldremos.

Si no aceptais, morirán los niños.

He dicho.

Cuando el hombre que hablaba desde lo alto hubo terminado su arenga, se alzó al pié de la torre una voz que dijo:

—No aceptamos.

Esta voz era breve y severa. Otra ménos dura, pero tambien firme añadió:

—Os damos veinticuatro horas para rendiros á discrecion.

Hubo un momento de silencio: despues la misma voz continuó:

—Mañana á estas horas, si no os habeis rendido, daremos el asalto.

Y la primera voz dijo:

—Y entónces no habrá cuartel.

A aquella voz cruel otra respondió desde lo alto de la torre.

Vióse entre dos almenas de la plataforma inclinarse un hombre de elevada estatura, y á luz de las estrellas pudo distinguir-se el terrible semblante del marqués de Lantenac.

El marqués, cuyas miradas caian sobre la oscuridad como si buscasse á alguno, gritó:

—¡Hola cura! ¿eres tú?

—Si, traidor, yo soy, respondió la ruda voz de abajo.

## X.

## ESPANTOSO COMO LO ANTIGUO.

La voz implacable era en efecto la de Cimourdain: y la más joven y ménos absoluta la de Gauvain.

El marqués de Lantenac no se habia engañado en sus conjeturas.

Al cabo de pocas semanas, en aquel país ensangrentado por la guerra civil, Cimourdain se habia hecho famoso; no habia notoriedad más lúgubre que la suya; y se decia: Marat en París, Chalier en Lyon, Cimourdain en la Vendée. Vituperábase tanto más á Cimourdain, cuanto mayor era el respeto que se le habia profesado en otro tiempo: es lo que sucede á todos los clérigos que vuelven la casaca. Cimourdain inspiraba horror: los hombres crueles son desgraciados; los que ven sus actos, les condenan; tal vez el que viese su conciencia, les absolvería, porque en efecto un Licurgo no explicado parece un Tiberio. De todos modos aquellos dos hombres, el marqués de Lantenac y Cimourdain, pesaban igualmente en la balanza del odio; la maldicion que los realistas lanzaban contra Cimourdain formaba contrapeso con la execracion de los republicanos á Lantenac. Cada uno de aquellos dos hombres era, para el partido opuesto, un monstruo, hasta tal punto que se observó el fenómeno singular de que miéntras Prieur del Marne en Granville ofrecia un premio por la cabeza de Lantenac, Charette en Noirmoutiers ofrecia otro por la cabeza de Cimourdain.

Debemos decirlo: aquellos dos hombres, el marqués y el clérigo, eran hasta cierto punto el mismo hombre. La máscara de bronce de la guerra civil tiene dos perfiles, vuelto el uno hácia lo pasado y el otro hácia el porvenir; pero tan trágicos uno como otro. Lantenac era el primero de estos perfiles; Cimourdain el segundo: sólo que el amargo rictus de Lantenac estaba cubierto de sombra, miéntras en la frente fatídica de Cimourdain se reflejaba un resplandor de aurora.

Entre tanto la Tourgue, sitiada, gozaba el beneficio de un corto respiro.

Gracias á la intervencion de Gauvain, se habia pactado, como hemos visto, una especie de tregua.

El Imano, por lo demas, estaba bien informado, y por consecuencia de las órdenes y disposiciones de Cimourdain, tenia ya Gauvain bajo su mando cuatro mil quinientos hombres entre guardia nacional y tropa de línea, con las cuales cercaba á Lantenac en la Tourgue y habia podido asestar contra la fortaleza doce piezas de artillería, seis por el lado de la selva en batería rasante y seis por el del puente en la meseta y en batería alta. Tambien habia podido emplear la mina y abrir la brecha al pié de la torre.

Así pues la lucha iba á empeñarse, al concluir las veinticuatro horas de tregua, en las condiciones siguientes:

En la meseta y en el bosque habia cuatro mil quinientos hombres.

En la torre no habia mas que diez y nueve.

La historia puede hallar los nombres de estos diez y nueve sitiados en las listas de los que fueron puestos en aquella época fuera de la ley. Tal vez los encontraremos.

Para mandar aquellos cuatro mil quinientos hombres, que eran casi un ejército, hubiera querido Cimourdain que Gauvain se dejase nombrar ayudante general; pero Gauvain se habia negado á aceptar el ascenso diciendo “ya veremos cuando Lantenac caiga en nuestras manos: hasta ahora no lo he merecido.”

Por lo demas, entraba en las costumbres republicanas de aquel tiempo el tener grandes mandos con pequeños grados. Bonaparte posteriormente fué comandante de escuadron de artillería y general en jefe del ejército de Italia.

La Torre de Gauvain tenia un destino extraño: un Gauvain la atacaba y otro Gauvain la defendia: de aquí cierta reserva en el ataque. Pero no se llevaba con la misma la defensa porque el marqués de Lantenac era de los que no reparaban en nada y por otra parte siempre habia vivido en Versalles y no tenia ningun cariño á la Tourgue que apenas le era conocida. Habia ido á refugiarse en ella por no tener otro asilo; pero la hubiera demolido sin escrúpulo si el demolerla le hubiese podido aprovechar para su causa. Gauvain era más respetuoso.

El punto débil de la fortaleza era el puente; pero en la biblioteca, que caía sobre el puente, estaban los archivos de la familia; si se daba el asalto por allí, el incendio sería inevitable, y quemar los archivos era para Gauvain en cierto modo como atacar á sus padres. La Tourgue era la casa solariega de los Gauvain; de ella procedían todos sus feudos de Bretaña, lo mismo que los de Francia procedían de la Torre del Louvre; allí estaban los recuerdos domésticos de Gauvain; allí había nacido él mismo; las vicisitudes tortuosas de la vida le llevaban en su edad viril á atacar la misma fortaleza que le había protegido en su infancia. ¿Sería con ella tan impío que se resolviera a reducirla á cenizas? Quizá su propia cuna estaba todavía en algun rincón del granero ó de la biblioteca. Ciertas reflexiones son emociones, y Gauvain en presencia de la antigua casa de su familia se sentía conmovido. Por eso había evitado el ataque del puente, contentándose con situar á su frente una batería para hacer imposible toda salida ó evacion por aquella parte. Por eso también, habiéndose decidido á atacar por el lado opuesto; tuvo que hacer los trabajos de mina y de zapa al pié de la torre.

Cimourdain le había concedido seguir este plan, aunque reconviniéndose á sí propio por su condescendencia. La aspereza de su carácter le hacía fruncir el ceño ante aquellas vejeces góticas, y no quería tener más indulgencia con los edificios de la que tenía con los hombres. Perdonar un castillo era ya un principio de clemencia; y siendo la clemencia el flaco de Gauvain, Cimourdain, como es sabido, le vigilaba y le detenía en aquella pendiente, á su juicio, funesta. Sin embargo él mismo no podía ménos de reconocer y confesar en su interior, aunque con indignación, contra su debilidad, que no había podido volver á ver la Tourgue sin un secreto estremecimiento; enternecíase delante de aquella sala de estudio donde estaban los primeros libros que había hecho leer á Gauvain. Había sido cura de la aldea inmediata de Parigné; había habitado el último piso del castillejo del puente; en aquella biblioteca había tenido sobre sus rodillas al niño de Gauvain, enseñándole el alfabeto; y entre aquellas cuatro paredes ya viejas era donde había visto á su querido discípulo, al hijo de su alma, crecer corporal y espiritualmente. ¿Podía

destruir y quemar aquella biblioteca, aquel castillejo, aquellas paredes donde habian resonado las bendiciones pródigas sobre la cabeza del niño? Por eso le perdonaba, aunque no sin remordimientos.

Habia pues dejado á Gauvain establecer el ataque por el lado opuesto. La Tourgue tenia un lado selvático, que era la torre, y otro civilizado, que era la biblioteca; y Cimourdain habia permitido á Gauvain que batiese tan solo en brecha el lado salvaje.

Por lo demas, para aquella antigua mansion, atacada por un Gauvain y defendida por otro Gauvain, volvian, en plena revolucion, los tiempos feudales. Las guerras entre parientes forman toda la historia de la Edad Media; los Eteocles y los Polínicos son tan góticos como griegos, y Hamlet hace en Elsenor lo que Orestes hizo en Argos.

## XI.

### BOSQUÉJASE EL SALVAMENTO.

Toda la noche pasaron los dos bandos en preparativos.

Luego que terminó el siniestro parlamento, cuyos pormenores acaban de leerse, el primer cuidado de Gauvain fué llamar á su teniente,

Guechamp, á quien no deja de ser importante conocer, era un hombre de segunda fila, honrado, intrépido, de mediano talento, mejor soldado que jefe, rigurosamente inteligente hasta el punto en que el deber manda no entender ya más, duro hasta el extremo de no enternecerse nunca, inaccesible á la corrupcion, de cualquiera especie que fuese, lo mismo á la venalidad, corruptora de la conciencia, que á la compasion, corruptora de la justicia. Tenia en el alma y en el corazon las dos pantallas que se llaman disciplina y consigna, como un caballo tiene orejeras delante de los ojos, y marchaba de frente por el espacio que le dejaban libre. Su paso era recto, pero era estrecho su camino.

Por lo demas, hombre seguro, rígido en el mando, puntualísimo en la obediencia.

Gauvain le dirigió la palabra y dijo con viveza de expresión:

—Guechamp, una escalera.

—Mi comandante, no tenemos ninguna.

—Es preciso tener una.

—¿Para escalar?

—No, para salvamento.

Guechamp reflexionó y respondió:

—Comprendo; pero es necesario que sea muy larga para lo que quereis.

—Que alcance por lo ménos á tres pisos.

—Sí, mi comandante, esa es la altura poco más ó ménos.

—Y debe ser aun mayor para tener seguridad del éxito.

—Sin duda.

—¿Cómo es que no teneis escalas?

—Mi comandante, no habeis creído oportuno atacar la Tourgue por el lado de la meseta, contentándoos con bloquearla por ese lado. Habeis querido atacar, no por el puente, sino por la torre; por eso no nos hemos ocupado sino en las obras de mina y no hemos traído escalas.

—Buscadlas.

—No es fácil que se encuentren. Los campesinos en todas partes, así como desmontan los carros y cortan los puentes, destruyen las escaleras.

—Es verdad, quieren paralizar la acción de la república.

—Quieren que no hallemos medios ni de llevar un convoy, ni de pasar un río, ni de asaltar un muro.

—Sin embargo, necesito de todos modos una escalera.

—Me ocurre una idea: en Javené, cerca de Fougères, hay una gran carpintería. Allí podremos hacernos con escaleras.

—No hay un minuto que perder.

—¿Para cuando la quereis?

—Para mañana á estas horas lo más tarde.

—Voy á enviar á Javené un expreso á galope: llevará la orden de requisa, y como tenemos allí un destacamento de caballería, él proporcionará la escolta; y la escalera podrá estar aquí mañana ántes de ponerse el sol.

—Me parece bien, dijo Gauvain: eso es bastante: despachad.

Diez minutos despues, Guechamp volvió y dijo á Gauvain:

—Mi comandante, ya ha marchado el ordenanza á Javené.

Gauvain subió á la meseta y permaneció por algun tiempo con la vista fija en el puente—castillejo construido al través del barranco. El ala del edificio, sin mas entrada que la puerta baja cerrada por el puente levadizo, levantado á la sazón, daba frente á la escarpa del barranco. Para llegar desde la meseta á los pilares del puente, habia que bajar por esta escarpa, lo cual no era imposible asiéndose á las matas. Pero una vez en el foso, el sitiador se veia expuesto á todos los proyectiles que podian llover sobre él desde los tres pisos. Gauvain acabó de convencerse de que, dada la situacion de las cosas, el ataque sería mas ventajoso por la brecha de la torre.

Adoptó pues todas sus medidas para hacer imposible la fuga de los sitiados; completó el estrecho bloqueo de la Tourgue, y apretó las mallas de sus batallones de modo que nada pudiera atravesarlas. Gauvain y Cიმourdain se repartieron la fuerza para el ataque; Gauvain se reservó el lado del bosque y dió á Cიმourdain el lado de la meseta, conviniendo en que mientras Gauvain, secundado por Guechamp, condujese el asalto por la brecha, Cიმourdain, con la mecha encendida y mandando la batería alta, observaría el puente y el barranco.

## XII.

### LO QUE HACIA EL MARQUÉS.

Mientras que fuera de la torre todo se preparaba para el ataque, dentro se disponia tambien todo para la resistencia.

No deja de haber cierta analogía entre torre y tonel porque así como se perforan con un punzon las duelas de un tonel se perforan con una mina los muros de una torre. Esto es lo que habia sucedido á la Tourgue.

El poderoso golpe de punzon dado por dos ó tres quintales de pólvora, habia agujereado de parte á parte el enorme muro. Aquel boquete partia del pié de la torre, atravesaba la muralla

en su mayor grueso, y terminaba formando una especie de arco grosero en la sala del piso bajo de la fortaleza. Los sitiadores desde sus baterías, á fin de hacer la brecha practicable para el asalto, le habian modelado y ensanchado á cañonazos.

El piso bajo hasta el cual penetraba la brecha era una gran sala redonda, toda desnuda, con un pilar central que sostenia la clave de la bóveda. Aquella sala, la mayor de todo el edificio, no tenia ménos de cuarenta piés de diámetro. Cada uno de los pisos de la torre se componia de una sala semejante, pero menor, con aposentillos en los huecos de las aspilleras. Pero la sala del piso bajo no tenia aspilleras, ni tragaluces, sino la misma claridad y el mismo aire que una tumba.

En esta sala estaban la puerta de los calabozos del olvido, que tenia más hierro que madera, y otra puerta de la escalera que conducia á los pisos superiores, escalera abierta, como todas, en el espesor de los muros.

A esta sala baja podían llegar los sitiados por la brecha que habian practicado; pero todavia, aun tomada esta sala, les faltaba tomar la torre.

Jamas habia sido posible respirar en semejante sala; nadie habia podido pasar en ella veinticuatro horas sin morir asfixiado; pero la brecha, permitiendo la entrada del aire exterior, le habia dado condiciones bastantes para que pudiera vivirse en ella.

Por eso los sitiados no cerraron la brecha.

Y ademas, ¿para qué cerrarla? El cañon la habria abierto de nuevo.

Fijaron en el muro una argolla de hierro y en ella una antorcha, y con esto tuvieron alumbrada la sala del piso bajo.

Ahora ¿cómo defenderse en ella?

Tapar el boquete era fácil, pero inútil: era mejor construir una *retirada*. Una retirada es un atrincheramiento de ángulo entrante, especie de barricada doble que permite hacer converger los fuegos de diversos puntos sobre los sitiadores, y que dejando al exterior abierta la brecha, la cierra verdaderamente por dentro. No les faltaban materiales y construyeron en efecto una retirada con aberturas para los fusiles. El ángulo entrante de este reducto apoyaba su vértice en el pilar central y las dos alas toca-



ban al muro por las dos partes. Hecho esto, se practicaron en los puntos convenientes algunos barrenos para minas.

El marqués lo dirigia todo: siendo inspirador, ordenador, guía, maestro, alma terrible de aquella defensa.

Lantenac era de esa raza de guerreros del siglo XVIII que á los ochenta años de edad salvan ciudades. Se parecia á aquel conde Alberg, que casi centenario, expulsó de Riga al rey de Polonia.

—Valor amigos, decia el marqués; recuerdo que á principios de este siglo, en 1713, Cárlos XII, encerrado en Bender en una casa, se sostuvo con trescientos suecos contra veinte mil turcos,

Fortificaron tambien los dos pisos superiores; cerráronse las piezas con barricadas, hicieron aspilleras, atrancáronse las puertas con vigas empotradas á fuerza de golpes de mazo, y solamente se dejaron libres las escaleras de caracol que comunicaban con los diversos pisos por que eran necesarias para la circulacion y dificultarla para el sitiador habria sido tambien dificultarla para el sitiado. Por eso la defensa de las plazas ha tenido siempre un lado débil.

El marqués infatigable, robusto como un jóven, levantando vigas, llevando piedras, daba el ejemplo, poniendo mano al trabajo, dando órdenes, ayudando, fraternizando, riendo con aquella gente feroz, conservándose sin embargo á la altura de su categoría de señor, altivo, familiar, elegante, feroz.

No admitia réplica cuando mandaba. Les decia: "Si la mitad de vosotros se me sublevara, la haria fusilar por la otra mitad y defendería la torre con los que me quedasen." Tales cosas hacen adorado á un jefe.

### XIII.

#### LO QUE HACIA EL IMANO.

Mientras el marqués se ocupaba en preparar la defensa de la brecha y de la torre, el Imano se cuidaba de la del puente. Des-

de el principio del sitio la escalera de salvamento, suspendida transversalmente por fuera y debajo de las ventanas del segundo piso, habia sido retirada de órden del marqués y puesta por el Imano en la sala de la biblioteca. Esta escalera era quizá la que Gauvain queria reemplazar por otra. Las ventanas del entre-suelo llamado sala de guardias, estaban defendidas por una triple armadura de barrotes de hierro fijos en la piedra, y no se podia entrar ni salir por ellas.

No habia barrotes en las ventanas de la biblioteca, pero eran muy altas.

Hizose acompañar el Imano de tres hombres, capaces de todo como él y resueltos á todo. Eran Hoisnard, alias Rama de Oro y los dos dos hermanos llamados Pica-en-Bosque. El Imano tomó una linterna sorda, abrió la puerta de hierro y visitó minuciosamente los tres pisos del castillejo del puente. Hoisnard Rama de Oro era tan implacable como el Imano, sobre todo desde que los republicanos habian dado muerte á un hermano suyo.

El Imano examinó el piso superior lleno de heno y de paja, y el inferior al cual hizo llevar varias ollas de alquitran para añadir las á los toneles; puso con estos en contacto un monton de haces de brezo y se aseguró del buen estado de la mecha azufrada que por un extremo se comunicaba con los toneles y por otro con la torre. Derramó tambien por el suelo debajo de aquellos y de los haces una gran cantidad de alquitran, empapando con él parte de la mecha; y por último trasladó á la sala de la biblioteca, entre los pisos superior, donde estaba la paja, é inferior donde estaba el alquitran, las tres cunas donde dormian profundamente Renato, Alan y Georgina, mandando que se les llevase con cuidado para no despertarlos.

Eran estas cunas sencillos cuévanos de campaña, especie de canastillas de mimbre muy bajas, que puestas en el suelo permiten al niño salir de la cuna por sí, sin auxilio ageno. Cerca de cada cuna el Imano puso una escudilla de sopa con su cuchara de palo. La escalera de salvamento retirada de las ventanas habia sido puesta en el suelo de la biblioteca y apoyada contra la pared. El Imano mandó colocar las cunas tocándose por los extremos junto á la otra pared en frente de la escalera, y despues

pensando que podría ser útil establecer corrientes de aire, abrió de par en par las seis ventanas de la biblioteca. Era una noche de verano, en que á la serenidad de la bóveda azulada se unia la suave tibieza del ambiente.

Envió tambien á los hermanos Pica-en-bosque á abrir las ventanas de los pisos superior é inferior; porque habia observado en la fachada oriental del edificio una gran hiedra vieja y seca de color de yesca, que pensó podría serle útil, pues cubria todo un lado del puente de alto abajo, y formaba como una especie de marco á las ventanas de los tres pisos. Por último, despues de haber inspeccionado odo de una ojeada definitiva, los cuatro hombres salieron del castillejo y regresaron á la torre. El Imano cerró de nuevo con dos vueltas de llave lá pesada puerta de hierro, consideró atentamente la cerradura enorme y terrible, y examinó con aire de satisfaccion el cabo de la mecha azufrada que pasaba por el agujero que habia hecho, y era el único medio que quedaba de comunicacion entre la torre y el puente. Aquella mecha partiendo de la sala redonda pasaba bajo la puerta de hierro, entraba por la bóveda, descendia por la escalera del piso bajo del puente, serpenteaba por la espiral, se arrastraba por el suelo de la sala de guardias y terminaba en el charco de alquitran en contacto con los toneles y las faginas. El Imano habia calculado que se necesitaría un cuarto de hora para que la mecha encendida en el interior de la torre comunicase el fuego al alquitran que estaba debajo de la biblioteca. Tomadas todas estas disposiciones, y hecha la visita de inspeccion, devolvió la llave de la puerta de hierro al marqués de Lantenac, el cual la guardó en el bolsillo.

Importaba vigilar todos los movimientos de los sitiadores. El Imano fué á situarse de centinela con su trompeta al cinto en la garita de la plataforma en lo alto de la torre. Allí sin cesar de observar por un lado el bosque, por otro la meseta, y teniendo á su inmediacion un frasco de pólvora, un saco de balas y números de periódicos, se ocupó toda la noche en hacer cartuchos.

Cuando salió el sol, pudieron verse en el bosque ocho batallones con las fornituras puestas y la bayoneta armada, prontos para el asalto; en la meseta una batería de piezas con cartuchos y

cajas de metralla en disposicion de entrar en juego; en la fortaleza diez y nueve hombres cargando trabucos, fusiles, pistolas y escopetas, y en las tres cunas tres niños dormidos.



## TERCERA PARTE.

# EN LA VENDEE.

(Continuacion)

---

## LIBRO TERCERO.

---

### EL MARTIRIO DE SAN BARTOLOMÉ.

#### I.

Los niños se despertaron.

Primero despertó la niña.

El despertar de los niños es como el abrirse de las flores; parece que se exhala un perfume de aquellas frescas almas.

Georgina, la niña de veinte meses, la menor de las tres, que en mayo aun estaba mamando, levantó su cabecita, se sentó, se miró los piés y se puso á charlar.

Daba en su cuna un rayo de luz matutina y hubiera sido difícil decir cuál era más sonrosado, si la aurora ó el pié de Georgina.

Los otros dos niños dormían aun; los varones tienen el sueño más pesado: Georgina alegre y tranquila, charlaba.

Renato era moreno; Alan tenía el pelo castaño y Georgina era rubia. Estos matices de color, en la infancia, de acuerdo con la edad, suelen cambiar después. Renato tenía un airecillo de pequeño Hércules; dormía boca abajo con los puños en los ojos. Alan tenía las piernas fuera de la cuna.

Todos tres estaban andrajosos. Los vestidos que en el batallón del Gorro Colorado le habían dado, se habían roto en mil pedazos; apenas tenían camisa; los dos niños estaban casi desnudos y Georgina llevaba un trapo que en su tiempo había sido vestido, pero que ya no era sino corpiño. No era fácil averiguar quién cuidaba de aquellos niños. No tenían madre á su lado que mirase por ellos; los salvajes y guerreros aldeanos que les llevaban en pos de sí de bosque en bosque, les daban su parte de rancho y á eso se reducía todo el cuidado. Los niños se componían como podían; tenían á todos por amos, pero á ninguno por padre. Sin embargo, los andrajos de los niños son una cosa llena de luz: estaban hechiceros.

Georgina seguía charlando.

Lo que un pajarillo canta, un niño lo charla: es el mismo himno, indistinto, balbuceado, profundo. El niño tiene además lo que no tiene el pájaro: el porvenir, el oscuro destino humano delante de sí. De aquí la tristeza de los hombres que oyen, contrapuesta á la alegría del niño que canta. El cántico más sublime que puede oírse sobre la tierra es el balbuceo del alma humana en los labios del niño. Ese confuso cuchicheo de un pensamiento que todavía no es sino instinto, contiene un como llamamiento inconsciente á la justicia eterna; quizá es una protesta hecha en el umbral de la vida ántes de atravesarlo para entrar, protesta humilde y doliente; esa ignorancia que se sonríe á la vista de lo infinito compromete toda la creación en los destinos de aquel sér débil y desarmado. La desgracia, si acontece, será un abuso de confianza.

El murmullo del niño es más y es ménos que la palabra: no son notas, y es un cántico: no son sílabas, y es un lenguaje; ha principiado en el cielo y no tendrá fin en la tierra; existe ántes del nacimiento y sigue: le es una simple continuacion. Se compone de lo que el niño decia cuando era ángel y de lo que dirá cuando sea hombre: la cuna tiene un Ayer, así como el sepulcro tiene un Mañana; el Ayer y el Mañana amalgaman en ese gorjeo oscuro su respectivo secreto; y nada prueba tanto la existencia de Dios, la eternidad, la responsabilidad, el dualismo del destino, como esa sombra formidable en esa alma color de rosa.

Lo que balbuceaba Georgina no la entristecia porque todo su hermoso semblante era una pura sonrisa. Sonreia su boca, sonreian sus ojos y sonreian tambien los hoyuelos de sus mejillas. Desprendíase de aquella sonrisa una misteriosa aceptacion de la aurora. El alma tiene fé en el rayo de luz; el cielo estaba azul, hacia calor y un tiempo hermoso; la débil criatura, sin saber nada, sin conocer ni comprender nada, muellemente sumergida en imaginaciones infantiles, se creia segura en medio de aquella tranquilidad de la naturaleza, de aquellos árboles inocentes, de aquel verdor sincero, de aquella campiña pura y pacífica, de aquel ruido de nidos, de fuentes, de moscas, de hojas, por cima de las cuales resplandecia la inmensa inocencia del sol.

Después de Georgina se despertó Renato, el mayor, el grande, que tenia ya sus cuatro años cumplidos. Se puso en pié, salió varonilmente de la cuna, vió su escudilla, no extrañó encontrarla tan á punto, se sentó en el suelo y empezó á comer su sopa.

La charla de Georgina no habia despertado á Alan, pero al ruido que hacia la cuchara en la escudilla, se volvió de repente y abrió los ojos. Alan tenia tres años: vió su escudilla que estaba al alcance de su mano, extendió el brazo, la tomó y sin salir de la cuna la puso entre las rodillas, y como Renato, comenzó á hacer uso de la cuchara y á comer.

Georgina no les oia, y las ondulaciones de su voz parecian modular los vaivenes de un ensueño. Sus grandes ojos abiertos miraban hácia el cielo y eran divinos: cualquiera que sea el techo ó la bóveda que tenga un niño sobre su cabeza, lo que se refleja en sus ojos es el cielo.

Cuando Renato hubo terminado su almuerzo rebañó con la cuchara el fondo de la escudilla, suspiró y dijo con dignidad: ya me he comido la sopa.

Estas palabras llamaron la atención de Georgina.

—Sopa, dijo.

Y viendo que Renato había almorzado y que Alan estaba almorzando, tomó la escudilla que tenía á su lado llena de sopa y comió de ella, no sin llevarse la cuchara con más frecuencia á las orejas que á la boca.

De cuando en cuando, renunciaba á la civilización y comía con los dedos.

Alan, después de haber rebañado como su hermano el fondo de la escudilla, había ido á reunirse y á jugar con él.

## II.

En esto se oyó al exterior, al pié de la torre, por el lado del bosque, el ruido del clarín, especie de toque altivo y severo, al cual respondió luego el de la trompeta de la fortaleza.

Un segundo toque de clarín fué respondido igualmente por otro de trompeta.

Después, á la entrada del bosque, se oyó una voz lejana, pero clara, que gritó:

—Facciosos, oid la intimación que se os hace. Si al ponerse el sol no os habeis rendido á discreción, os atacaremos.

Una voz, semejante á un trueno, respondió desde la plataforma de la torre:

—Atacad.

La de abajo repuso:

—Por vía de aviso final, se disparará un cañonazo media hora antes del ataque.

La voz de arriba repitió:

—Atacad-

Las voces no llegaban hasta los niños, pero sí el sonido del clarín y de la trompeta que se extendía mucho más. Georgina al primer toque del clarín levantó la cabeza y cesó de comer, al

toque de trompeta, dejó la cuchara en la escudilla; al segundo toque de clarín levantó el índice de la manita derecha, y levantándolo y bajándolo alternativamente, marcó las cadencias del sonido, prolongado por el segundo toque de trompeta. Luego, cuando el clarín y la trompeta se callaron, quedó pensativa con el dedo levantado y murmurando á media voz:

—Sica.

Suponemos que queria decir música.

Los dos mayores, Renato y Alan, no habian fijado la atencion en el clarín ni en la trompeta: la tenian absorta an otra cosa: era una cucaracha que atravesaba la biblioteca.

Alan la vió y gritó:

—Un bicho.

Renato acudió á verla.

Alan añadió:

—Ese pica.

—No le hagas mal, dijo Renato.

Y ámbos se pusieron á mirar como andaba la cucaracha.

Entre tanto Georgina acabó de comer la sopa y despues buscó con la vista á sus hermanos. Renato y Alan estaban en el hueco de la ventana, en cuclillas, mirando la cucaracha, graves, atentos, juntas las frentes, mezclándose los cabellos del uno con los del otro, conteniendo la respiracion, maravillados, contemplando aquel bicho, que se habia detenido y no se movia, disgustado al parecer de tanta admiracion.

Georgina, viendo á sus hermanos tan ocupados, quiso saber el motivo; y aunque no le era fácil llegar hasta ellos, tuvo ánimo para intentarlo. El trayecto estaba erizado de dificultades; habia muchas cosas por el suelo: taburetes patas arriba, montones de papelotes, cajones desclavados y vacíos, baules, multitud de objetos que era preciso evitar, todo un archipiélago de escollos. Georgina se aventuró á penetrar en él, comenzando por salir de su cuna, primer trabajo: despues serpenteó entre los arrecifes y los estrechos, se arrastró entre dos cofres, pasó por encima de un gran lío de papeles trepando por un lado y rodando por el otro, mostrando inocentemente su pobre é infantil desnudez, y llegó á lo que un marino llamaría la mar libre, es decir: á un espacio



bastante grande del suelo que no estaba obstruido y donde no habia peligros. Entónces se lanzó, atravesó á cuatro piés el espacio, que era todo el diámetro de la sala, con la ligereza de un gato y llegó cerca de la ventana. Allí habia un obstáculo formidable, que era la grande escalera puesta horizontalmente junto á la pared, y cuyo extremo rebasaba un poco de la esquina que formaba el hueco de la ventana. Este extremo formaba entre Georgina y sus hermanos una especie de cabo que era preciso doblar. Detúvose y meditó; y terminado su monólogo interior, tomó su partido. Asiendo resueltamente con sus dedos rosados uno de los peldaños que por la posicion de la escalera estaban verticales y no horizontales, trató de levantarse sobre los dos piés; á la primera vez no lo consiguió, ni tampoco á la segunda, ántes volvió á caer al suelo, pero á la tercera logró tenerse derecha y apoyándose sucesivamente en cada uno de los peldaños, echó á andar á lo largo de la escalera. Al llegar al último, faltándole el punto de apoyo, vaciló, pero asiendo en sus dos manitas el extremo del montante que era enorme, se enderezó, dobló el promontorio, miró á Renato y á Alan y se echó á reir.

### III.

En aquel momento Renato, satisfecho del resultado de sus observaciones sobre la cucaracha, levantaba la cabeza y decia:

—Es una hembra

La risa de Georgina hizo reir á Renato, y la de Renato á Alan.

Georgina se reunió con sus hermanos y formaron un pequeño cenáculo sentados en el suelo.

Pero la cucaracha habia desaparecido.

Habíase aprovechado de la risa de Georgina para ocultarse en un agujero del suelo.

Otros acontecimientos siguieron al suceso de la cucaracha.

En primer lugar cruzaron varias golondrinas.

Sus nidos estaban probablemente bajo el alero del tejado. Vieron á volar cerca de la ventana, un poco recelosas de los niños

describiendo grandes círculos en el aire, y lanzando su dulce grito de primavera. Esto hizo levantar la vista á los niños, y la cucaracha quedó olvidada.

Georgina señaló con el dedo á las golondrinas y exclamó:

—Paros.

Renato la reconvino.

—Señorita, no se dice paros, sino pájaros.

—Caros, dijo Georgina.

Y los tres miraron á las golondrinas,

Despues entró una abeja.

Una abeja es lo más parecido á un alma. Va de flor en flor como un alma de astro en astro, y recibe la miel como el alma la luz.

Esta abeja hizo gran ruido al entrar, zumbando en alta voz como si dijese: vengo de ver las rosas para ver los niños. ¿Qué ocurre por aquí?

Una abeja es como una ama de casa; riñe cantando.

Miéntras la abeja estuvo en la habitación, los niños no separaron de ella la vista.

Exploró toda la biblioteca, registró los rincones, revoleteó como si estuviese en su casa, en su colmena, y anduvo alada y melodiosa, de armario en armario, mirando al través de los cristales los títulos de los libros, como si tuviera inteligencia.

Hecha su visita, se marchó.

—Se va á su casa, dijo Renato.

—Es un bicho, dijo Alan.

—No, es una mosca, replicó Renato.

—Moca, dijo Georgina.

En esto, Alan, que acababa de encontrar en el suelo un bramante á cuyo extremo habia un nudo, lo asió por el otro extremo entre el índice y el pulgar y haciendo con él una especie de molinete, le miraba dar vueltas con atencion profunda.

Por su parte Georgina volviéndose á echar á gatas comenzo de nuevo sus vaivenes caprichosos, y descubriendo un venerable sillón de tapicería apolillado, cuya crin salia por muchos agujeros, se detuvo junto á él, metió los dedos y se entretuvo en sacar la crin, mostrando en esta operacion el mayor recogimiento.

De repente interrumpió su tarea y levantó el dedo, lo cual quería decir: escuchad.

Los dos hermanos volvieron la cabeza.

Oíase al exterior un estrépito vago y lejano: eran probablemente los sitiadores que ejecutaban algun movimiento estratégico en el bosque. Relinchaban caballos, redoblaban tambores, rodaban arzones de artillería, chocábanse cadenas, cornetas militares se llamaban y se respondían: confusión de ruidos toscos que mezclándose formaban una especie de armonía. Los niños escuchaban con deleite.

—Es el Señor Dios quien hace eso, dijo Renato.

Cesó el ruido.

Renato se habia quedado pensativo.

¿Cómo se descomponen y se recomponen las ideas en esos cerebros infantiles? ¿Cuál es el movimiento interior y misterioso de esas memorias tan turbadas y tan cortas todavía? Produjose en aquella cabecita graciosa y pensativa una mezcla de ideas de Dios, de oracion, de manos cruzadas, de cierta sonrisa que en otra época se cernia sobre él y que ya no existía, y Renato murmuró á media voz:

—Mamá.

—Mamá, dijo Alan.

—Mamá, exclamó Georgina.

Despues Renato se puso á saltar.

Visto lo cual por Alan, saltó tambien.

Alan reproducia todos los movimientos y gestos de Renato; Georgina no tanto. La edad de tres años copia á la de cuatro; pero la edad de veinte meses conserva su independencia.

Era una pensadora: hablaba por apotegmas: era monosilábica.

Sin embargo, al cabo de un rato, seducida por el ejemplo, concluyó por tratar de hacer lo que sus hermanos; y aquellos seis piecesitos desnudos se pusieron á bailar, á correr, á tropezar entre el polvo del viejo pisc de encina pulimentado, bajo la mirada grave de los bustos de mármol, á los cuales Georgina dirigia de cuando en cuando una mirada de reojo murmurando:—Homes.

En el lenguaje de Georgina un home era todo lo que tenia aspecto de hombre sin serlo. Los seres no se presentan á la imaginacion de los niños sino confundidos con los fantasmas,

Georgina, oscilando más que andando, seguía á sus hermanos, pero con frecuencia se ponía á andar á gatas.

Súbitamente Renato, que se habia acercado á una ventana, levantó la cabeza, luego la bajó y fué á refugiarse en el rincon que formaba el hueco. Acababa de divisar á un hombre que miraba: era un soldado azul del campamento de la meseta, que aprovechando la tregua, y tal vez infringiéndola un poco, se habia aventurado á llegar hasta el extremo de la escarpa del torrente, desde donde se descubria el interior de la biblioteca. Viendo huir á Renato, Alan huyó tambien refugiándose al lado de su hermano, y Georgina á su vez se ocultó detras de ambos. Así permanecieron en silencio, inmóviles, Georgina con el dedo puesto en los lábios. Poco despues Renato se arriesgó á sacar la cabeza; el soldado estaba allí todavía: Renato se retiró con presteza, y los tres volvieron á quedar inmóviles por largo espacio. Por último Georgina se cansó de tener miedo, recobró su audacia y miró. El soldado se habia marchado, y entónces los tres volvieron á ponerse á correr y á jugar.

Alan, aunque imitador y admirador de Renato, tenia una especialidad, la de los hallazgos. Su hermano y su hermana le vieron de repente galopar como un desesperado tirando de un carrito de cuatro ruedas que habia desenterrado no se sabe de donde.

Aquel coche de muñecas estaba allí desde hacia muchos años, cubierto de polvo, olvidado, haciendo buena vecindad con los libros de los génios y los bustos de los sabios. Era tal vez uno de los juguetes con que se habia divertido Gauvain cuando niño.

Alan habia hecho de su bramante un látigo que chasqueaba con orgullo inmenso. Tales son los inventores: cuando no se descubre la América, se deecubre un carricoche, pero el inventor está siempre envanecido de su hallazgo.

En efecto, arreglóse todo sentándose en el coche Georgina, Renato haciendo de caballo y Alan de cochero. Pero el cochero no sabia su oficio, y tuvo el caballo que enseñárselo.

Renato gritó á Alan.

—Dí: ¡arre!

—¡Arre! repitió Alan.

El coche volcó y Georgina rodó por el suelo. Los ángeles gritan también, y Georgina gritó.

Después tuvo como ganas de llorar.

—Señorita, dijo Renato, sois demasiado grande.

—Ane, dijo Georgina.

Y su grandeza la consoló de la caída.

La cornisa del entablamento debajo de las ventanas era muy ancha; el polvo de los campos robado por el aire á la meseta cubierta de brezos se había depositado durante mucho tiempo en aquella cornisa; las lluvias lo habían convertido en tierra vegetal; el viento había dejado caer semillas sobre ella, y una zarza había aprovechado aquel poco de tierra para germinar. Aquella zarza era de la especie vivaz llamada *moral de zorra*. Corría el mes de agosto: la zarza estaba cubierta de fruto y una rama entraba por la ventana y pendía casi hasta el suelo.

Alan, después de haber descubierto el bramante y el carrito, descubrió aquella zarza y se acercó á ella.

Cogió una zarzamora y la comió.

—Tengo ganas, dijo Renato.

Y Georgina galopando sobre manos y rodillas llegó también hasta la rama.

Entre los tres la despojaron de todas las zarzamoras. De ellas comieron y de ellas se untaron la cara, y rojos con la púrpura de la zarza aquellos tres serafines acabaron por parecer tres pequeños faunos, lo cual habría chocado á Dante y deleitado á Virgilio. Ellos entretanto se reían á carcajadas.

De cuando en cuando las espinas de la zarza les picaban. Nada se alcanza sin trabajo.

Georgina tendió á Renato su dedo en que brotaba una gotita de sangre y dijo mostrando la zarza:—Pica.

Alan, picado también, miró la zarza con desconfianza y dijo:—Es un bicho.

—No, respondió Renato, es un palo con pinchos.

—Un palo es cosa mala, añadió Alan.

Georgina tuvo otra vez gana de llorar, pero acabó por echarse á reír.

## IV.

Entre tanto Renato, celoso quizá de los descubrimientos de su hermano menor Alan, habia concebido un gran proyecto. Hacia un rato que sin dejar de coger zarzamoras y á pesar de pincharse los dedos, se volvian sus ojos con frecuencia al facistol montado sobre un eje y aislado como un monumento en medio de la biblioteca. En este facistol se ostentaba abierto el célebre libro titulado San Bartolomé.

Era verdaderamente un tomo en 4<sup>o</sup> magnífico y memorable. Habia sido publicado en Colonia por el famoso editor de la Biblia de 1682, Blœuw, en latin Cæsius; tirado en prensas de cajas y de correas; impreso, no en papel de holanda, sino en aquel hermoso papel árabe, tan admirado por Edrisi, que es de seda y algodón y siempre se conserva blanco. La encuadernacion era de cuero dorado; las abrazaderas eran de plata, y las guardas de aquel pergamino que los pergamíneros de París hacian juramento de comprar en la sala de Saint-Mathurin "y no en otra parte." Estaba el tomo lleno de grabados, en madera y en cobre, y de cartas geográficas de muchos paises: precedido de una protesta de los impresores, papeleros y libreros contra el edicto de 1635 que establecia un impuesto sobre los cueros, las cervezas, los animales de pezuña hendida, el pescado de mar y el papel; y á la vuelta del frontispicio se leia una dedicatoria á los Gryphes, que son en Lyon, lo que los Elzevirs son en Amsterdam. De todo esto resultaba un ejemplar ilustre, casi tan raro como el *Apostol* de Moscou.

Era hermoso el tal libro; por eso Renato le miraba, quizá demasiado. Estaba abierto precisamente en la página á que correspondia una gran estampa que representaba á San Bartolomé llevando su piel sobre el brazo: estampa que se veia desde abajo. Cuando fueron comidas todas las zarzamoras, Renato la consideró con una mirada de amor terrible, y Georgina, cuyos ojos seguian la direccion de la mirada de su hermano, vió el grabado y dijo:—Imágen.

Aquella palabra pareció inspirar una resolucion á Renato, e igual, con asombro de Alan, hizo una cosa extraordinaria.

En un rincón de la biblioteca había una gran silla de roble. Renato fué derecho á ella y la arrastró por sí sólo hasta el pupitre; despues se subió en ella y puso sus dos puños sobre el libro.

Habiendo llegado á aquella altura sintió la necesidad de mostrarse magnífico; tomó la imágen por la punta superior y la arrancó con cuidado. El desgarron salió atravesado, pero no era esa la intencion de Renato, el cual dejó en el libro todo el lado izquierdo con un ojo y un poco de la aureola del viejo evangelista apócrifo, y ofreció á Georgina la otra mitad del santo y toda su piel. Georgina recibió el santo y dijo:—Home.

—Yo tambien quiero, dijo Alan.

La primera hoja arrancada de un libro, es como la primera sangre vertida; decide generalmente la destruccion y la carnicería.

Renato volvió la hoja; detras del santo estaba el comendador Pantænus. Renato entregó el retrato en manos de Alan.

Entre tanto Georgina rompió su gran estampa en dos pedazos y estos en cuatro; de modo que la historia podria muy bien decir que San Bartolomé, despues de haber sido degollado en Armenia, habia sido descuartizado en Bretaña.

## V.

Terminado el descuartizamiento, Georgina tendió la mano á Renato y dijo:—Mas.

Despues del santo y del comentarista venian varios retratos más toscos: eran los glosadores. El primero por órden de fechas era Gavantus: Renato le arrancó y puso á Gavantus en manos de Georgina.

Todos los glosadores de San Bartolomé fueron sucesivamente pasando á las mismas manos.

El dar constituye una superioridad: Renato no se reservó nada. Alan y Georgina le contemplaban, y esto le bastaba, contentándose con la admiracion del publico.

Ingotable y magnánimo en sus mercedes, adjudicó: á Alan Fabricio Pignatelli y á Georgina el padre Stilting; á Alan Alonso de Madrigal el Tostado, y á Georgina *Cornelius a Lapide*; á Alan Enrique Hammond, y á Georgina el padre Roberti, acom-

pañado de una vista de Douai, donde nació en 1619. Alan obtuvo tambien la protesta de los papeleros y Georgina la dedicatoria á los Gryphes; y en cuanto á los mapas, Renato los distribuyó igualmente dando la Etiopía á Alan y la Licaonia á Georgina. Hecho esto, tiró el libro al suelo.

Fué aquel un momento terrible; Alan y Georgina contemplaron con éxtasis no exento de pavor á su hermano Renato fruncir el ceño, hacer fuerza en las piernas, crispár los puños y empujar fuera del facistol, el macizo volúmen. Un librote magestuoso que pierde el equilibrio es cosa trágica: el pesado tomo desazonado, estuvo pendiente un momento del facistol, se balanceó, despues cayó, y roto, maltrecho, lacerado, desencajado, desencuadernado, dislocado, con las abrazaderas rotas, quedó lastimeramente tendido en el suelo. Por fortuna no habia caído sobre los niños.

Estos quedaron aturridos, deslumbrados, pero no aplastados. No todas las aventuras de los conquistadores concluyen con tanta fortuna.

Como todas las glorias, esta hizo gran ruido y levantó polvareda.

Una vez el libro en el suelo, Renato bajó de la silla.

Hubo un instante de silencio y de terror: la victoria tiene tambien sus momentos de miedo. Los tres niños se asieron de las manos y se retiraron á cierta distancia contemplando desde allí el vasto volúmen desmantelado.

Pero al cabo de un rato de meditacion, Alan se acercó enérgicamente y le dió un puntapié.

Este fué el golpe de gracia: el apetito de la destruccion existe realmente; Renato dió tambien su puntapié al libro; Georgina le dió el suyo, cayendo sentada en el suelo, y aprovechando este incidente, se arrojó sobre San Bartolomé. En pos de ella se precipitó Renato; luego se echó encima Alan; y gozosos, locos, triunfantes, desapiadados, rasgando las estampas, cortando las hojas, arrancando los registros, arañando la encuadernacion, descolando el cuero dorado, desclavando las abrazaderas, rompiendo el pergamino, destrozando el texto augusto, trabajando con piés, manos, uñas y dientes, sonrosados, risueños, feroces,



los tres ángeles de rapiña se abatieron sobre el evangelista indefenso.

Aniquilaron la Armenia, la Judea, el Benevento, donde están las reliquias de San Natanael, que es tal vez el mismo San Bartolomé; aniquilaron al papa Gelasio, que declaró apócrifo el evangelio de San Bartolomé-Natanael; aniquilaron todas las figuras, todos los mapas; y la ejecucion inexorable del viejo libro les absorbió de tal manera, que pasó un raton sin que hicieran de él el menor caso.

Fué aquello un verdadero exterminio.

Despedazar la historia, la leyenda, la ciencia, los milagros, verdaderos ó falsos, el latín de iglesia, las supersticiones, el fanatismo, los misterios; desgarrar toda una religion de alto á bajo, es tarea para tres gigantes, si ya no para tres niños. Las horas transcurrieron en esta tarea, pero al fin la terminaron, y nada quedó de San Bartolomé.

Cuando todo hubo coucluido, cuando estuvo arrancada la última página y destrozada la última estampa, cuando no quedaron del libro mas que restos del texto y de las imágenes en un esqueleto de encuadernacion, Renato se levantó, miró el suelo cubierto de las hojas esparcidas y empezó á palmotear,

Alan palmoteó tambien.

Georgina tomó del suelo una de las hojas, se apoyó contra la ventana, que le llegaba á la barba, y empezó á tirar por ella los menudos pedazos que iba rasgando.

Viéndolo Renato y Alan hicieron otro tanto. Recogieron hojas, las rasgaron y las arrojaron por las ventanas; volvieron por más, é hicieron la misma operacion; y página por página, desmenuzado por aquellos deditos encarnizados en su obra destructora, casi todo el antiguo libro voló arrastrado por el viento. Georgina pensativa miró aquel enjambre de papelitos blancos dispersarse por todos lados al soplo del aire y dijo:

—Mariposas.

Y terminó la destruccion disipándose el libro en el azul de la atmósfera.

## VI.

Tal fué la segunda ejecucion capital de San Bartolomé, que habia padecido ya el primer martirio el año 49 de Jesucristo.

Llegó entre tanto la tarde, el calor iba en aumento, la hora de la siesta dominaba en la atmósfera, los ojos de Georgina se turbaban; Renato se dirigió á su cuna, tomó el saco de paja que le servia de colchon, lo arrastró hasta la ventana, se tendió encima de él y dijo: —durmamos. Alan apoyó su cabeza en el cuerpo de Renato, Georgina la suya en el de Alan y los tres malhechores se durmieron.

Entraba un airecillo por las ventanas abiertas; perfumes de flores silvestres, arrebatados de los barrancos y de las colinas por el viento, erraban mezclados con el hálito de la tarde; el espacio estaba tranquilo, sereno y pacífico; todo irradiaba, todo era paz, todo era amor recíproco: el sol hacia á la crecion esa caricia que se llama luz; percibíase por todos los poros la armonía que se exhala de la benevolencia general de las cosas; habia maternidad en el infinito; la creacion, que es un prodigio en toda la plenitud de su desarrollo, completa su enormidad con su bondad; parecia como si un sér invisible tomara esas misteriosas precauciones que en el temeroso conflicto de los séres protegen á los débiles contra los fuertes: al mismo tiempo el espectáculo era bello y su esplendor igualaba á su mansedumbre. El paisaje, inefablemente tranquilo y como adormecido, tenia el viso magnífico que forman en las praderas y en los rios las alternativas de sombra y claridad; subian las espirales de humo hasta las nubes, como los ensueños suben hasta las visiones; las aves revoloteaban por encima de la Tourgue; las golondrinas miraban por las ventanas, como si quisieran ver si los niños dormian tranquilamente. Los niños estaban graciosamente agrupados unos sobre otros, inmóviles, medio desnudos, en actitudes hechiceras. Eran adorables y puros, contando apénas nueve años entre los tres y teniendo ensueños de paraiso que se reflejaban en sus labios por medio de vagas sonrisas; tal vez Dios les hablaba al oido. Eran los que en todas las lenguas humanas se llaman los débiles y los benditos; eran los inocentes venerables. Todo guardaba silencio en torno suyo, como si el suave aliento que se escapaba de

sus tiernos pechos fuese el asunto principal del universo y el objeto de la atención ansiosa de la creación entera. Las hojas no se rozaban unas con otras; las yerbas no se estremecían; el vasto mundo estrellado contenía al parecer la respiración para no turbar el sueño de aquellos humildes durmientes angélicos: nada tan sublime como el inmenso respeto de la naturaleza ante debilidad tan grande.

El sol iba á ocultarse y casi tocaba al extremo del horizonte, cuando de improviso, en aquella paz profunda, brilló un relámpago que salió del bosque y luego se oyó un ruido feroz. Acababan de tirar un cañonazo. Los ecos se apoderaron de aquel ruido y le convirtieron en estrépito, haciéndole retumbar de colina en colina de un modo monstruoso. Aquel bramido despertó á Georgina.

Alzó un poco la cabeza; levantó [su dedito, escuchó un rato, y dijo:

—¡Pum!

Cesó el ruido: todo volvió á quedar en silencio. Georgina reclinó su cabeza sobre Alan, y se durmió de nuevo.

## LIBRO CUARTO.

### LA MADRE.

#### I.

#### LA MUERTE PASA.

La madre, á quien hemos visto andando casi á la ventura, había caminado todo aquel día. Esta era, por lo demás, su ocupación cotidiana: andar y andar siempre sin detenerse, porque el sueño producido por el cansancio abrumador en cualquier sitio donde le cogía no podía llamarse reposo, como no podía tampo-

co llamarse alimento lo que comia recogido de acá y allá como los pájaros que picotean lo que encuentran. Comia y dormia justamente lo que le era indispensable para no caerse muerta.

Habia pasado la noche anterior en una granja abandonada; las guerras civiles proporcionan esa clase de posadas. Habia hallado en un campo desierto cuatro paredes, una puerta, un poco de paja bajo un resto de techo y allí se habia tendido sobre aquella paja y protegida por aquel techo, sintiendo al través de la una bullir las ratas, y viendo al través del otro brillar las estrellas. Allí habia dormido algunas horas; despues se habia despertado en medio de la noche y puéstose en camino para andar lo más posible ántes del gran calor del sol. Para el que viaja á pié en verano, la media noche es más elemento que el medio dia.

Seguia cómo mejor podia el breve itinerario que le habia indicado el campesino de Vautortes, dirigiéndose lo más posible hácia Poniente. El que hubiese estado cerca de ella, la habria oido murmurar incesantemente:—La Tourgue.—No sabia ya más que ese nombre y los de sus tres hijos.

Sin dejar de caminar, meditaba. Pensaba en las vicisitudes que habia atravesado; en todo lo que habia padecido, en todo lo que habia aceptado, en los encuentros que habia tenido, en las indignidades que le habian hecho, en las condiciones que le habian impuesto, en los contratos propuestos ó sufridos, ya por un asilo, ya por un pedazo de pan, ya simplemente por obtener que le enseñasen el camino. Una mujer indigente es más desgraciada que un mendigo, porque es instrumento de deleite. ¡Espantosa marcha errante! Por lo demás, nada le importaba con tal que encontrase á sus hijos.

Lo primero que habia encontrado aquel dia era una aldea en el camino. Apénas despuntaba el alba; todo estaba aun bañado en las sombras de la noche; sin embargo, en la calle principal del pueblo se veian algunas puertas entreabiertas, y cabezas curiosas asomaban por las ventanas. Los habitantes estaban agitados, pareciendo el pueblo una colmena en conmocion. Causaba este efecto un ruido de ruedas y de objetos de hierro que se habia oido,

En la plaza delante de la iglesia, un grupo asustado levantaba la vista para contemplar una cosa que de lo alto de la colina descendía por el camino que conducía á la aldea. Era un carro de cuatro ruedas tirado por cinco caballos uncidos con cadenas. Sobre el carro se distinguía una gran masa que parecía un montón de vigas largas, en medio de las cuales iba una cosa informe, y todo aquel conjunto aparecía cubierto de un gran toldo semejante á un sudario.

Diez hombres á caballo marchaban delante del carro y otros diez detrás; aquellos hombres llevaban tricornios en la cabeza y por cima de sus hombros asomaban puntas de acero que parecían sables desnudos. Toda aquella comitiva, avanzando lentamente, destacaba sobre el horizonte su negro color. El carro parecía negro; el atalaje negro y negros también los ginetes. La mañana alboreaba detrás.

Todo esto entró en la aldea y se dirigió hácia la plaza.

Durante el descenso del carro habia entrado un poco el día y pudo verse claramente la comitiva que parecía una procesion de sombras, porque no se oía una sola palabra.

Los ginetes eran gendarmes y traían en efecto los sables desenvainados. El toldo del carro era negro.

Por su parte la pobre madre errante entró en la aldea y se acercó al grupo de aldeanos en el momento en que llegaban á la plaza el carro y los gendarmes. En el grupo cuchicheaban varios, haciéndose preguntas y dándose respuestas.

—¿Qué es eso?

—Es la guillotina que va de paso.

—¿De dónde viene?

—De Fougères.

—¿A dónde va?

—No lo sé. Dícese que va á un castillo que hay hácia Parigné.

—¡A Parigné!

—¡Vaya á donde quiera, con tal que no se detenga aquí!

Aquella gran carreta con su cargamento velado por una especie de sudario, aquel atalaje, aquellos gendarmes, el ruido de aque-

llas cadenas, el silencio de aquellos hombres, la hora crepuscular, todo aquel conjunto era especial.

El carro atravesó la plaza y salió de la aldea, que estaba entre dos cerros. Al cabo de un cuarto de hora los aldeanos, que se habian quedado como petrificados, vieron reaparecer la lúgubre procesion en la cima del cerro que estaba al Occidente. Los baches imprimian un movimiento irregular á las gruesas ruedas de la carreta, las cadenas del atalaje se chocaban formando un ruido que el viento de la mañana enviaba á lo lejos, los sables brillaban, salia el sol; y todo desapareció en breve á la vuelta de un recodo del camino.

Era el momento en que Georgina, en la sala de la biblioteca, se despertaba junto á sus hermanos, aun dormidos, y se miraba sonriendo los sonrosados piés.

## II

### EA MUERTE HABLA.

La madre habia mirado pasar aquella cosa oscura, pero no habia comprendido ni tratado de comprender su significacion, aborta como estaba en la vision de sus hijos perdidos en las tinieblas.

Salió tambien de la aldea poco despues de la comitiva que acababa de desfilarse y siguió el mismo camino, marchando detras á corta distancia de los gendarmes que cubrian la retaguardia. De repente le vino á la memoria la palabra "guillotina" que habia oido pronunciar. La salvaje Micaela Flechard no sabia lo que era la guillotina; pero su instinto se lo advirtió; no pudo ménos de experimentar un estremecimiento de pavor, y pareciéndole horrible caminar detras de aquello, torció á la izquierda, dejó el camino y penetró entre unos árboles, que eran el principio de la selva de Fougères.

Despues de haber vagado por algun tiempo, divisó un campamento y tejados: eran de una de las aldeas de la orilla del bosque, y á ella se dirigió acosada por el hambre.

La aldea era una de aquellas donde los republicanos habian establecido destacamentos militares.

Penetró hasta la plaza de la alcaldía.

Tambien allí habia movimiento y ansiedad. Una multitud de gente se agolpaba delante de un pórtico de pocos escalones que conducian á la puerta de la alcaldía. Sobre el último veíase un hombre escoltado de soldados, que tenia en la mano un gran cartel extendido. A su derecha estaba un tambor, y á su izquierda un mozo con un puchero de engrudo y una brocha.

En el balcon que caia encima de la puerta estaba el alcalde vestido de aldeano, pero con su banda tricolor.

El hombre del cartel era el pregonero.

Tenia la bandolera de viaje de la que pendian un pequeño porta-pliegos, lo cual indicaba que iba de pueblo en pueblo, y que tenia algo que pregonar en cada uno.

En el momento que se acercaba Micaela Flechard, aquel pregonero acababa de desplegar el cartel y comenzaba en alta voz su lectura de este modo.

—“República francesa, una é indivisible.

El tambor dió un redoble. Hubo una especie de ondulacion entre la gente agolpada á la puerta; algunos se quitaron los gorros; otros se calaron los sombreros. En aquel tiempo y en aquel país, casi se podia conocer la opinion segun el modo de llevar cubierta la cabeza; los sombreros eran realistas, y los gorros eran republicanos. Cesaron los murmullos y la confusion de voces; todos prestaron atencion, y el pregonero leyó:

“... En virtud de las instrucciones que se me han comunicado y de los poderes que se me han conferido por la comision de salvacion pública...”

Hubo un segundo redoble de tambor. El pregonero continuó:

“... Y en cumplimiento del decreto de la Convencion nacional que declara fuera de la ley á los rebeldes aprehendidos con las armas en la mano, y condena á pena capital á los que les dieren asilo ó protegieren su fuga...”

Un aldeano preguntó en voz baja á otro que estaba á su lado:

—¿Qué significa eso de pena capital?

—No lo sé, respondió el preguntado.

El pregonero continuó leyendo:

“... Los individuos designados con los nombres y sobrenombres que siguen:”

La multitud redobló su atención.

La voz del pregonero subió de punto gritando:

“Lantenac, faccioso...”

—Es el señor; dijo un aldeano.

Oyóse entre la multitud murmurar:—Es el señor.

El pregonero siguió diciendo:

—“Lantenac faccioso, ex-marqués.”

—“El Imano, faccioso.”

—Es Gouge-le-Bruant.

—Sí, es Mata-azules.

El pregonero continuó su lista:

“... Grand Francœur, faccioso.

La multitud murmuró:

—Es un sacerdote.

—Sí, el señor cura Turmeau.

—Sí, es cura no sé de donde, de un pueblo que está hácia el bosque de la Chapelle.

—Es cura y faccioso, dijo un hombre de gorro.

El pregonero leyó:

“... Boisnouveau, faccioso.—Los dos hermanos Pica-en-bosque, facciosos.—Houzard, faccioso.

—Es Mr. de Quelen, dijo un aldeano.

“... Cesto, faccioso.

—Es Mr. Sepher.

“... Plaza limpia, faccioso.

—Es Mr. Jamois.

El pregonero prosiguió su lectura sin cuidarse de los comentarios.

“... Guinoiseau, faccioso.—Chatenay, alias Robí, faccioso.

Un paisano murmuró:—Guinoiseau es el que llaman el Rubio: Chatenay es de Saint-Ouen.

—“Hoisnard, faccioso,” continuó el pregonero: y se oyó decir entre la gente:

—Es de Ruillé.



—Sí, es Rama de Oro.

—Tuvo un hermano que murió en el ataque de Pontorson.

—Sí, Hoisnard-Malonnierre.

—Guapo muchacho, de diez y nueve años.

—Atencion, dijo el pregonero: voy á terminar la lectura de la lista:

—“Viña-hermosa, faccioso.—Dulzaina, faccioso.—Acuchillador, faccioso.—Pimpollo de Amor, faccioso.

Un muchacho dió con el codo á una jóven, la cual se sonrió.

El pregonero continuó:

—“Canta-en-invierno, faccioso.— El Gato, faccioso.

Un aldeano dijo:

—Es Moulard.

—“.....Tabouze, faccioso.”

Otro aldeano dijo:

—Es Barquillo.

—Son los dos Barquillos, dijo una mujer.

—Los dos buenos, murmuró un muchacho.

El pregonero agitó el cartel, y el tambor redobló de nuevo para anunciar que iba á leerse la parte más importante del bando.

—“Los arriba nombrados, en cualquier parte donde fueren habidos, previa la identificacion de las personas, sufrirán inmediatamente la pena de muerte.

Hubo un movimiento en la multitud.

El pregonero prosiguió:

—“Todo aquel que les diere asilo ó facilitare su evasiou será sometido al consejo de guerra y condenado á muerte. Firma-do.....

El silencio aquí fué profundo.

—“Firmado: el delegado de la Comision de salvacion pública: CIMOURDAIN.”

—Un cura, dijo un aldeano.

—El antiguo cura de Parigné, dijo otro.

Un hombre vestido de paisano añadió:

—Turmeau y Cimourdain, un cura blanco y otro azu

—Los dos negros, dijo otro paisano,

El alcalde que estaba en el balcon echó mano al sombrero y gritó:

—¡ Viva la República !

—Un nuevo redoble del tambor anunció que el pregonero no habia concluido todavía. En efecto, hizo una señal con la mano, y dijo:

—Atencion: voy á leer las cuatro lineas últimas del bando del gobierno. Están firmadas por el jefe de la columna expedicionaria de las Costas-del-Norte, el comandante Gauvain.

Y leyó:

—Bajo pena de muerte.....

Todos callaron.

—Y en cumplimiento del bando arriba inserto, se prohíbe llevar auxilio de ninguna especie á los diez y nueve rebeldes ya nombrados, que se encuentran en este momento cercados y sitiados en la Tourgue.

—¿ Eh? gritó una voz.

Era la voz de una mujer, la voz de la madre.

### III.

#### ZUMBIDO DE ALDEANOS.

Micaela Flechard que se habia introducido en el grupo de aldeanos, no se habia cuidado de escuchar nada; pero aun no escuchando se oye y habia oido la palabra Tourgue. Levantó la cabeza y repitió:

—¿ Eh? ¿ la Tourgue?

Fijóse en ella la atencion general: tenia aire estraviado; estaba cubierta de harapos. Algunas voces murmuraron:—Esa mujer tiene trazas de facciosa.

Otra mujer, que llevaba en una cesta panes de trigo sarraceno, se le acercó y le dijo en voz baja:

—Callad.

Micaela Flechard la miró con estupor: tampoco comprendia

por qué se le recomendaba el silencio. La palabra la Tourgue habia pasado como un relámpago por su mente y dejado en pos de sí la oscuridad. ¿Acaso no tenia derecho para pedir informes? ¿Por qué la miraba la gente de aquel modo?

Entre tanto el tambor habia dado el último redoble, el mozo del pregonero habia fijado el cartel, el alcalde se habia entrado en la alcaldía, el pregonero se habia dirigido á otro pueblo, y los grupos se dispersaban.

Uno, sin embargo, continuó mirando el cartel. Micaela se dirigió á aquel grupo.

Hacíanse en él comentarios acerca de los nombres de los que estaban declarados fuera de la ley.

Habia algunos aldeanos y personas en traje de ciudad, es decir, blancos y azules.

Un aldeano decia:

—Es igual, no todos están allí: diez y nueve no son más que diez y nueve. No tienen cercados ni á Rion, ni á Benjamin Moulins, ni á Goupil de la parroquia de Andouillé.

—Ni á Lorieul de Monjean, dijo otro.

Otros añadieron:

—Ni á Brice-Denys.

—Ni á Francisco Dudouet.

—Sí, el de Laval.

—Ni á Huet, de Launey-Villiers.

—Ni á Gregis.

—Ni á Pilon.

—Ni á Menicent.

—Ni á Gueharrél.

—Ni á los tres hermanos Logerais.

—Ni al Sr. Lechandellier de Pierreville.

—¡Imbéciles? exclamó un severo anciano de cabellos blancos: lo tienen todo si cogen á Lantenac.

—Todavía no le han cogido, murmuró uno de los jóvenes.

El anciano repuso:

—Cogido Lantenac, el alma de la insurreccion está en poder de los aprensos. La muerte de Lantenac es la muerte de la Vendée.

—¿Quién es Lantenac? preguntó un ciudadano.

Otro respondió:

—Es un ex-noble.

Y otro añadió:

—Uno de los que fusilan mujeres.

Micaela Flechard lo oyó y dijo:

—Es verdad.

Los interlocutores se volvieron hácia ella.

Micaela añadió:

—Es verdad, pues que me ha fusilado á mí.

Esta frase singular produjo el efecto de una persona viva que se dice muerta. Pusiéronse á examinarla con recelo.

Su aspecto era realmente sospechoso; todo la asustaba: todo la estremecía; manifestaba en su rostro tal estravío, tal espanto, que á su vez espantaba. Hay en la desesperacion de la mujer un fondo de debilidad que por su mismo exceso es terrible: créese ver un ser suspendido de un cabello del destino. Pero los aldeanos no piensan en estas sutilezas: toman las cosas por su lado material y uno de ellos murmuró:—Bien podría ser una espía.

—Callad y marchaos de aquí, dijo á Micaela la buena mujer que ya le habia hablado ántes.

Micaela respondió:

—Yo no hago mal á nadie: busco á mis hijos.

La buena mujer miró á los que estaban contemplando y Micaela Flechard, se llevó un dedo á la frente, guiñó el ojo y exclamó:

—Es una inocente.

Despues se la llevó aparte y le dió un pan de trigo sarraceno.

Micaela Flechard, sin dar las gracias, empezó á comer ávidamente el pan.

—Sí, dijeron los aldeanos, cóme como un animal; es una inocente.

Y el grupo acabó de disiparse marchándose cada cual por su lado.

Cuando Micaela Flechard acabó de comer su pan, dijo á la aldeana:

—Muy bien, ya he comido: ahora ¿dónde está la Tourgue?

—Ya le vuelve la manía, exclamó la aldeana.

—Necesito ir á la Tourgue: decidme por donde se va.

—No os lo diré, gritó la aldeana: ¿ para qué quereis ir? ¿ para que os maten? Además, no lo sé. ¿ Pero estais verdaderamente loca? Oid, pobre mujer, pareceis muy cansada: ¿ quereis descansar un poco en mi casa?

—Yo no descanso, dijo la madre.

—Tiene los piés desollados, murmuró la aldeana.

Micaela Flechard respondió.

—No tomo descanso porque ya os he dicho que voy en busca de mis hijos, una niña y dos niños: Vengo de la covacha del bosque donde vive Tellmarch el Caimand. El puede dar informes de mí, y tambien el hombre que he encontrado hoy allí en el campo. El Caimand es el que me curó: dice que tenia roto no sé qué. Todas estas son cosas que han pasado como os lo digo. Conozco tambien al sargento Radoub: no hay mas que preguntárselo y él dirá, porque él fué quien nos encontró en un bosque. Son tres mis niños, tres; por señas que el mayor se llama Renato-Juan, como puedo probarlo, el otro se llama Alan, y la niña Georgina. Mi marido ha muerto: me le mataron; era labrador de una alquería en Siscoignard. Pareceis buena mujer: enseñadme el camino de la Tourgue: no, no es que estoy loca; es qua soy madre; he perdido mis hijos y los busco: esta es la verdad. No sé precisamente de donde vengo; he dormido esta noche sobre un monton de paja en una granja y voy á la Tourgue. No soy ladrona: ya veis que digo la verdad. Deberian ayudarme á encontrar á mis niños: yo no soy del país: me fusilaron, pero no sé donde.

La aldeana meneó la cabeza y dijo:

—Escuchad, pasajera: en tiempos de revolucion no se pueden decir cosas que no se entienden porque podrian prenderos.

—¿ Pero y la Tourgue? gritó la madre. Señora por amor del niño Jesús y de la Santa Virgen del paraiso, os ruego, os suplico, os conjuro que me digais por donde se va para ir á la Tourgue.

La aldeana se encolerizó.

—¡ No lo sé! y aunque lo supiera, no lo diria: son parajes muy malos esos, y no se va á ellos.

—Yo, sin embargo, voy, dijo la madre.

Y volvió á ponerse en camino.

La aldeana contempló coma se alejaba y murmuró:

—Preciso será que lleve algo de comer.

Corrió detras de ella y le puso en la mano un pan de trigo negro diciendo:

—Eso para cenar.

Micaela Flechard tomó el pan sin responder ni volver la cabeza y continuó su camino.

En breve estuvo á la salida del lugar. Junto á las últimas casas halló á tres niños haraposos y descalzos que volvian. Se acercó á ellos y dijo: Estos son un muchacho y dos niñas.

Y observando que miraban el pan que llevaba en la mano, se lo dió.

Los niños tomaron el pan y se asustaron.

Micaela se entró por el bosque adelante.

#### IV.

##### UN ERROB.

Aquel mismo dia, ántes del alba, en la oscuridad indistinta del bosque y en el trozo de camino que hay entre Javené y Lecousse pasó lo siguiente.

Todos son caminos hondos y cañadas en el Bocage, y entre todos el de Javené á Parigné por Lecousse, es de los que van encajonados, siendo por otra parte tortuoso y más bien barranco que camino. Viene de Vitré y tuvo en su tiempo el honor de hacer dar tumbos al carruaje de Sevigné: pasa como entre muros de maleza á derecha é izquierda y es lo más apropósito para una emboscada.

Aquella mañana, una hora ántes de que Micaela Flechard, caminando por otra parte de la selva llegara á la aldea, donde habia tenido la aparicion sepulcral del carro escoltado por gendarmes, habia entre las matas del camino de Javené al paso del puente de Couesnon una multitud de hombres invisibles, ocultos por

la maleza. Eran aldeanos, todos vestidos del grigo, sayo de piel que llevaban los reyes de Bretaña en el siglo VI y los aldeanos en el XVIII. Estaban armados, los unos de fusiles, los otros de hachas. Estos últimos acababan de preparar en un claro del bosque una pira de leña y ramaje seco que no esperaba mas que la mecha para arder. Los que llevaban fusiles estaban agrupados á los dos lados del camino, como esperando y vigilando. El que hubiera podido observarlos entre las ramas habria visto por todos lados fusiles apuntados y dedos dispuestos en los gatillos. Aquellos hombres estaban allí al acecho. Todos los fusiles convergían sobre el camino que empezaba á blanquear con la claridad del alba.

En aquel crepúsculo, varias voces murmuraban por lo bajo:

—¿Estás seguro de eso?

—Así lo dicen, por lo ménos.

—¿Y va á pasar por aquí?

—Dicen que está en el país.

—Pues no debe salir de él.

—Es preciso quemarla.

—Tres pueblos estamos aquí para eso.

—Sí, ¿pero y la escolta?

—Mataremos á los de la escolta.

—¿Pero pasará por este camino?

—Así se espera.

—Entonces tendria que venir de Vitré.

—Y qué dificultad hay en eso?

—Es que dicen venia de Fougères.

—Que venga de Fougères ó de Vitré, siempre la envia el diablo.

—Sí, eso es verdad.

—Y es preciso que vuelva al diablo que la envia.

—Tambien es verdad.

—¿Iba pues á Parigné?

—Así parece.

—Pues no irá.

—No.

—No, no y no.

—¡Atencion!

Era en efecto conveniente el silencio porque comenzaba á clarear el día.

De repente los hombres emboscados detuvieron la respiracion para oir mejor el ruido de caballos y ruedas que se acercaba. Despues miraron al través de las matas y divisaron confusamente en el camino una carreta cargada y escoltada por caballería.

—Ahí está, dijo el que parecia jefe.

—Sí, dijo uno de los que estaban en acecho, y con escolta.

—¿Cuántos hombres?

—Doce.

—¡Y decian que eran veinte!

—Doce ó veinte, mueran todos.

—Hay que esperar á que estén á tiro.

Poco despues se presentaron la carreta y la escolta al volver un recodo del camino.

—¡Viva el rey! gritó el jefe de los aldeanos.

Diez tiros partieron á la vez de los fusiles.

Cuando se hubo disipado el humo, la escolta habia desaparecido tambien. Siete ginetes habian caido y los cinco restantes habian salido á escape. Los aldeanos corrieron á donde estaba la carreta.

—¡Calla! gritó el jefe, no es la guillotina; es una escalera.

La carreta, en efecto, llevaba por toda carga una larga escalera.

Los dos caballos habian caido heridos: el carretero estaba muerto, aunque los paisanos no habian tenido intencion de matarle.

—De todos modos, dijo el jefe, una escalera escoltada es sospechosa. Iba hácia Parigné: de seguro era para escalar la Tourgue.

—Quememos esa escalera, gritaron los aldeanos.

Y la quemaron.

Entre tanto la fúnebre carreta que esperaban seguia otro camino y estaba ya dos leguas más allá, en la aldea por donde Micaela Flechard la vió pasar al amanecer.

## V.

### VOX IN DESERTO.

Micaela Flechard, separándose de los tres niños á quienes habia



dado el pan, se puso á caminar á la ventura por el bosque.

Ya que no encontraba quien quisiera mostrarle el camino, estaba resuelta á buscarlo por sí sola. De cuando en cuando se sentaba: volvía á levantarse, andaba un rato y se sentaba otra vez. Experimentaba ese cansancio lúgubre, que se siente primero en los músculos y pasa luego á los huesos: fatiga de esclavos. Era, en efecto, esclava de sus hijos perdidos; necesitaba hallarlos; cada minuto que trascurría podía ser para ellos un peligro. Quien tiene semejante deber no tiene derecho para descansar; le estaba prohibido tomar alimento. ¡Pero estaba tan fatigada! En el grado de abatimiento de fuerzas en que se encontraba, un paso más era un problema; ¿podría dar ese paso? Estaba andando desde la madrugada y no había pasado por ningún pueblo ni visto siquiera una casa. Tomó al principio la senda recta que conducía á la Tourgue; después siguió otra que se alejaba de la fortaleza y acabó por perderse entre matas semejantes las unas á las otras. ¿Se había acercado á su objeto? ¿Tocaba al término de su pasión? Hallábase en la Vía Dolorosa y sentía el abatimiento de la última estación. ¿Iba á caer y espirar en el camino? Llegó un momento en que le pareció imposible andar más; el sol declinaba; el bosque estaba oscuro; los senderos desaparecían bajo la yerba y Micaela no supo que iba á ser de ella. No tenía esperanza de más auxilio que el de Dios. Llamó; no la respondió nadie.

Miró alrededor de sí, vió un claro entre las ramas, se dirigió hácia aquel sitio, y de repente se halló fuera del bosque.

Presentóse á su vista un valle estrecho como una zanja, por cuyo centro corría entre las piedras un hilo de agua clara. Advirtió entónces que tenía una sed ardiente, bajó hasta el arroyo, se arrodilló y bebió.

Aprovechando la ocasión de estar de rodillas rezó sus oraciones.

Después se levantó y procuró orientarse.

Atravesó el arroyo.

Más allá del estrecho valle se prolongaba una vasta llanura poblada de monte bajo, que partiendo del arroyo subía en plano inclinado hasta perderse de vista en el horizonte. El bosque era la soledad; aquella llanura era el desierto. En el bosque detrás de cada mata podía hallarse una persona; en la llanura en todo lo

que alcanzaba la vista no se veía á nadie. Sólo algunos pajarillos que parecían fugitivos volaban entre los brezos.

Entónces, ante aquel abandono inmenso, la madre desconsolada, sintiendo doblarse las rodillas, azorada, medio loca, lanzó á la soledad este grito extraño:—¿Hay alguien aquí?

Y esperó la respuesta.

Y la respuesta vino.

Estalló en aquel momento una voz sorda y profunda, que procediendo del extremo del horizonte se repercutió de eco en eco. Aquella voz era un trueno, á ménos que no fuera un cañonazo, y parecía responder á la pregunta de la madre y decir: sí.

Despues todo volvió á quedar en silencio.

La madre se enderezó reanimada; habia alguien en aquella llanura. Parecíale que tenia ya con quien hablar: acababa de beber y de rezar; volvíanle las fuerzas y empezó á subir por la llanura dirigiéndose hácia el sitio de donde habia salido la enorme voz lejana.

De repente vió erguida al extremo del horizonte una alta torre solitaria, dominando el agreste paisaje: un rayo del sol poniente teñía de púrpura sus muros. Estaba como á una legua de distancia, y detras de ella se perdía entre la bruma el verdor difuso de un bosque, que era el de Fougères.

Aquella torre le pareció situada en el mismo punto de donde habia partido el trueno que habia tomado por una voz que la llamaba. ¿Era la torre la que habia hecho aquel ruido?

Micaela Flechard llegó á la mayor altura de la meseta; no tenia delante de sí mas que la llanura árida.

Se encaminó hácia la torre.

## VI.

### SITUACION.

Habia llegado el momento.

El hombre inexorable tenia cercado al hombre cruel.

Cimourdain tenia al alcance de su mano á Lantenac.

El viejo realista estaba cogido en su guarida; evidentemente no podia escaparse, y Cirmourdain pensaba que fuese decapitado en el mismo sitio, es decir, en sus tierras, en sus dominios y en cierto modo en su propia morada, á fin de que la mansion feudal viese caer la cabeza del hombre feudal, y fuese el ejemplo memorable.

Por eso habia enviado á buscar la guillotina á Fougères, y ya la hemos visto en el camino.

Matar á Lantenac era matar á la Vendée; matar á la Vendée era salvar la Francia, Cirmourdain no vacilaba: vivia en la ferocidad del deber como en su elemento.

El marqués parecia perdido; por este lado Cirmourdain estaba tranquilo, pero tenia un recelo por otro lado. La lucha tenia que ser espantosa: Gauvain debia dirigirla y aun queria tomar parte activa en ella; el jóven comandante tenia sangre de soldado y no podia ménos de mezclarse en el terrible combate. ¡Con tal que no le matasen! ¡Gauvain, su hijo, el único objeto de su cariño sobre la tierra! Hasta entónces habia tenido fortuna; pero la fortuna se cansa de favorecer á sus protegidos. Cirmourdain temblaba: su extraño destino le habia puesto entre dos Gauvain, el uno cuya muerte procuraba por todos los medios, el otro cuya vida queria proteger.

El cañonazo que habia despertado á Georgina en su cama y llamado á la madre en la soledad habia hecho algo más. Fuera casualidad ó fuera intencion del artillero, la bala, que no era sino una bala de aviso, habia roto y medio arrancado la armadura de barrotes de hierro que cubria y cerraba la grande aspillera del primer piso de la torre. Los sitiados no habian tenido tiempo de reparar esta avería.

Habíanse jactado demasiado de su abundancia de municiones: en realidad tenian pocas; su situacion era aun más crítica de lo que los sitiadores suponian. Si hubiesen tenido bastante pólvora habrian volado la Tourgue con ellos y el enemigo dentro: esta era á lo ménos su intencion; pero las reservas estaban agotadas y apenas tenian para treinta tiros por persona. Tenian muchos fusiles, escopetas y pistolas, pero pocos cartuchos. Habian cargado todas las armas á fin de poder hacer fuego sin interrupcion: pero ¿cuánto podia durar este fuego? Era preciso á la vez alimentar-

lo y economizarlo. Por fortuna (fortuna siniestra) la lucha iba á empeñarse principalmente de hombre á hombre y al arma blanca, á sablazos y á puñaladas. Se iba á pelear cuerpo á cuerpo más aun que á tiros: en vez de fusilarse mutuamente, iban á descuartizarse; tal era su esperanza.

El interior de la torre parecia inexpugnable. En la sala baja, con la cual comunicaba la brecha abierta por el cañon de los sitiadores, estaba la *retirada*, barricada científicamente construida por Lantenac que obstruia completamente la entrada. Detras de esta barricada habia una mesa larga, cubierta de armas cargadas, como trabucos, carabinas, mosquetones, y ademas de sables hachas y puñales. No pudiendo utilizar el calabozo del olvido para volar la torre, el marqués habia mandado cerrar la trampa de aquel calabozo que comunicaba con la sala baja. Encima de esta se hallaba la sala redonda del primer piso á la cual se subia por una escalera de caracol muy estrecha. Aquella sala tenia como la inferior una larga mesa cubiertade armas dispuestas para uso inmediato y estaba alumbrada por la gran ventana aspillera-da, cuyos barrotes acababa de destruir la bala del cañon de aviso. Otra escalera en espiral conducia desde allí á la sala del piso segundo, donde estaba la puerta de hierro que daba al puente-castilejo. Esta sala del segundo piso se llamaba indistintamente sala de la puerta de hierro ó sala de los espejos, á causa de tener sobre la desnuda piedra y colgados de clavos ya oxidados muchos espejos pequeños: extraña delicadeza en medio del salvajismo. No pudiendo los pisos superiores ser defendidos útilmente, la sala de los espejos era lo que Manesson-Mallet, el legislador de las plazas fuertes llama "el último puesto, donde los sitiados capitulan." Tratábase, pues, de impedir á los sitiadores llegar á esta sala.

Aunque estaba iluminada por dos grandes aspilleras, brillaba en ella una antorcha. Plantada en un porta-antorcha de hierro semejante al de la sala baja, habia sido encendida por el Imano, el cual habia puesto ademas junto á ella el extremo de la mechs azufrada: horribles prevenciones.

En el fondo de la sala baja, en un largo tablado, habia víveres como en una caverna homérica: grandes platos de arroz; otros de

*far*, que es trigo negro cocido; *godrivella* que es un picadillo de ternera; tortas de *huichepota*, especie de pasteles de harina y frutas cocidas, y jarros de cidra. Comia y bebia el que tenia apetito ó sed.

El cañonazo les puso á todos sobre aviso; no les quedaba sino media hora de tregua

El Imano desde lo alto de la torre vigilaba los movimientos de los sitiadores. Lantenac habia mandado no hacer fuego y dejarlos acercarse, diciendo:—Son cuatro mil quinientos: matar á los de afuera es inútil: matad sólo á los que entren. Cuando estén dentro, se restablece el equilibrio entre ellos y nosotros.

Y habia añadido riendo:

—Igualdad, fraternidad.

Estaba acordado que cuando el enemigo comenzase su movimiento, el Imano haria la señal con su trompeta.

Todos en silencio, apostados detras de la *retirada* ó en los escalones de la escalera de caracol, esperaban con el fusil en una mano y el rosario en la otra.

La situacion precisa era en resúmen esta: respecto de los sitiadores, una brecha que acometer, una barricada que forzar, tres salas superpuestas que asaltar, una despues de otra, dos escaleras en espiral que tomar escalon por escalon bajo una granizada de metralla: respecto de los sitiados, morir.

## VII.

### PRELIMINARES

Gauvain, por su parte, hacia sus preparativos para el ataque. Daba sus últimas instrucciones á Cimourdain que, como se recordará, sin tomar parte en la accion, debia guardar la salida por la meseta; y daba tambien sus órdenes á Guechamp que con el gruseo de las fuerzas debia permanecer en observacion en el campamento del bosque. Estaba acordado que ni la batería baja del bosque ni la batería alta de la meseta harian ningun dis-

paro á no ser que por cualquiera de ámbas partes hubiera salida ó tentativa de evasion, Gauvain se reservaba el mando de la columna del asalto, y esto era lo que turbaba el ánimo de Cimourdain.

El sol acababa de ponerse.

Una torre en campo raso parece un buque en alta mar; debe ser atacada de la misma manera, al abordaje más que al asalto. Los cañones en este caso son inútiles: ¿de qué sirve el cañon para muros de quince piés de espesor? Una brecha en el costado del buque, los unos que tratan de forzarla, los otros que procuran defenderla, hachas, machetes, pistolas, puños, dientes en movimiento: tal es la aventura.

Gauvain comprendia que no habia otro medio para tomar la Tourgue. Nada sin embargo más mortífero que un combate en que los enemigos se ven mutuamente lo blanco de los ojos. Conocia el interior terrible de la torre porque se habia criado en ella y este conocimiento le hacia pensar profundamente.

Entre tanto Guechamp á pocos pasos de su jefe examinaba con el anteojo el horizonte por el lado de Parigné. Al cabo de un rato de exámen, exclamó:

—¡ Ah ! ¡ al fin ya está ahí !

—¿ Qué hay, Guechamp ?

—Mi comandante, ahí está la escalera.

—¿ La escalera de salvamento ?

—La misma,

—¡ Cómo ! ¿ no habia venido aun ?

—No, mi comandante y eso me tenia con cuidado. El expreso enviado á Javené volvió.

—Ya lo sé.

—Y dijo que habia encontrado en la carpintería de Javené una escalera de las dimensiones requeridas, que la habia embargado y hecho poner en una carreta, y la habia visto salir para Parigné escoltada por doce caballos. Una vez desempeñada su comision, volvió á galope á darme parte.

—Sí, y nos dijo todo eso, y añadió que teniendo la carreta dos buenos caballos y habiéndose puesto en marcha hácia las dos de

la mañana, estaría aquí mucho ántes de anochecer. Todo eso lo sé: ¿ que más ?

—Que el sol se ha puesto ya y la carreta que trae la escalera no ha llegado todavía.

—¿ Es posible? Sin embargo, es preciso atacar: han pasado las horas de tregua, y si tardásemos en comenzar el ataque, los sitiados creerian que no nos atrevíamos á intentarlo.

—Bien puede atacarse, mi comandante.

—Es que necesito la escalera de salvamento.

—Sin duda.

—Y si no la tenemos.....

—La tenemos ya.

—¿ Cómo ?

—Por eso he dicho ántes que al fin estaba ahí. Temiendo que algun obstáculo impidiese su llegada, he tomado el cataleja y examinado el camino de Parigné á la Tourgue y estoy satisfecho del exámen. La carreta viene ahí; en este momento está bajando la cuesta; podeis verla.

Gauvain tomó el antejo y miró:

—En efecto, ahí está: no hay bastante claridad para distinguirlo todo bien, pero veo la escolta y basta: solo que me parece más numerosa de lo que os han dicho, Guechamp.

—Y á mí tambien.

—Están como á un cuarto de legua.

—Mi comandante, la escalera estará aquí dentro de un cuarto de hora.

—Entónces podemos atacar.

Era en efecto una carreta la que llegaba, pero no la que ellos creian. Gauvain, al volverse, se encontró de frente con el sargento Radoub, cuadrado, la vista baja y en la actitud del saludo militar.

—¿ Qué se ofrece, sargento Radoub ?

—Ciudadano comandante, los soldados del batallon del Gorro Colorado tenemos una gracia que pediros.

—¿Cuál?

—La de ser los primeros al asalto.

—¡ Ah ! dijo Gauvain.

—¿Tendreis la bondad de permitirlo?

—Eso segun, dijo Gauvain.

—Mi comandante, desde el ataque de Dol hemos notado que economizais nuestra sangre: así es que somos todavía doce.

—¿Y qué?

—Que eso nos humilla.

—Sois de la reserva.

—Preferimos ser de la vanguardia.

—Pero os necesito para asegurar el éxito al fin de una accion; por eso os reservo.

—Demasiado.

—Es igual; perteneceis á la columna y marchais con ella.

—Detrás, pero el derecho de París es ir delante.

—Lo pensaré, sargento Radoub.

—Pensa ilo hoy, mi comandante: esta es la ocasion. Tendremos buenos golpes que dar y que recibir, el combate será duro; la Tourgue no es cosa que se toca sin quemarse los dedos. Pedimos el favor de ser de los que se quemén.

El sargento se detuvo, se retorció el bigote y añadió:

—Además, mi comandante, en esa torre están nuestros chicos. Tenemos ahí nuestros hijos, los hijos del batallon, nuestros tres niños. Ese canalla de Gouge-le-Bruant á quien llaman Matazules ó el Imano, ese facineroso, ese hombre del diablo amenaza á nuestros hijos, á nuestros niños ¿entendeis, mi comandante? Aunque se hunda el cielo, y aunque mil rayos se opongan, no queremos que se les haga ningun mal. ¿Comprendeis esto, autoridad? No lo queremos. Hace poco, aprovechando el descanso, he subido á la meseta y les he visto por una ventana. Sí, allí están, se les puede ver desde lo alto del barranco, y les he visto, y ellas han tenido miedo de mí, ¡angelitos! Mi comandante si cayera un solo cabello de sus cabecitas de querubines, lo juro por todo lo que hay de más sagrado, yo el sargento Radoub me las habria hasta con el esqueleto del Padre Eterno. Ahora el batallon dice: queremos salvar á los niños ó morir todos en la demanda: es nuestro derecho, ¡mil rayos! sí, ó salvarlos ó morir todos. Con esto no digo más, salud y respeto.

Gauvain tendió la mano á Radoub y dijo:



—Sois todo un valiente: vendreis en la columna de ataque. Seis de vosotros ireis en la vanguardia á fin de que todos os sigan al combate, y seis en la retaguardia para que nadie retroceda.

—¿Y seré tambien yo quien mande á los doce?

—Sin duda.

—Entónces, mi comandante, gracias, porque yo iré con la vanguardia.

Radoub volvió á hacer el saludo militar, y entró de nuevo en las filas.

Gauvain miró su reloj, y dijo algunas palabras al oido de Guechamp. Entónces empezó á formarse la columna de ataque.

## VIII.

### LA PALABRA Y EL RUGIDO.

Entre tanto Cimourdain, que todavía no habia marchado á ocupar su puesto en la meseta, y que estaba al lado de Gauvain, se acercó á un clarín, y dijo:

—Toca á parlamento.

El clarín sonó, la trompeta respondió.

Otro toque de clarín y otro de trompeta siguieron á los primeros.

—¿Qué es eso? preguntó Gauvain á Guechamp. ¿Qué quiere Cimourdain?

Cimourdain habia avanzado hacia la torre, agitando en la mano un pañuelo blanco. Al llegar á cierta distancia, levantó la voz diciendo:

—¡Hombres de la torre! ¿Me conocéis?

Una voz, la del Imano, respondió desde lo alto de la torre:

—Sí.

Las dos voces entónces entablaron un diálogo, y se oyó lo siguiente:

—Soy el enviado de la república.

— Eres el ex-cura de Parigné.

— Soy el delegado de la Comision de salvacion pública.

— Eres un clérigo.

— Soy el representante de la ley.

— Eres un renegado.

— Soy el comisario de la Revolucion.

— Eres un apóstata.

— Soy Cirmourdain.

— Eres el demonio.

— ¿ Me conocéis ?

— Te excecreamos.

— ¿ Os daríais por satisfechos teniéndome en vuestro poder ?

— Diez y ocho de los que estamos aquí daríamos nuestras cabezas por poder cortarte la tuya.

— Pues bien, vengo á entregarme en vuestras manos.

Oyóse en lo alto de la torre una carcajada de risa salvaje á la cual siguió este grito:

— ¡ Ven !

En el campamento reinaba un silencio profundo, en la expectativa de lo que iba á suceder.

Cirmourdain repuso:

— Con una condicion.

— ¿ Cuál ?

— Escuchad.

— Habla.

— ¿ Me aborreceis ?

— Sí.

— Yo os amo; soy vuestro hermano.

La voz de lo alto de la torre dijo:

— Es verdad; eres Cain.

Cimourdain replicó con una inflexion singular de voz, á un tiempo altanera y suave:

— Insultadme, pero escuchad porque vengo como parlamentario. Sí, sois hermanos míos; sois unos pobres ilusos y extraviados: yo soy vuestro amigo, yo soy la luz que habla á la ignorancia, y en la luz hay siempre fraternidad. Además, ¿ no tenemos vosotros y yo una misma madre, que es la patria? Escuchad

bien: con el tiempo sabreis, ó sabrán vuestros hijos ó vuestros nietos, que todo lo que se **hace en este momento** se ejecuta en cumplimiento de leyes superiores á la condicion humana y que Dios está en el fondo de la Revolucion. Miéntras llega el momento de que se iluminen todas las conciencias, hasta las vuestras, y de que se disipen todos los fanatismos, incluso los nuestros; miéntras llega esa gran claridad que ha de venir. ¿no habrá nadie que tenga compasion de vuestra tenebrosa ignorancia? Yo vengo á vosotros y os ofrezco mi cabeza; hago más, os tiendo la mano y solicito de vosotros la gracia de perderme por salvaros. Tengo plenos poderes, y lo que prometo puedo cumplirlo. Estamos en un instante supremo, y por mi parte hago el último esfuerzo. Sí, el que os habla es un ciudadano, y este ciudadano está investido del carácter sacerdotal. El ciudadano os hace la guerra; pero el sacerdote os suplica. Escuchadme: muchos de vosotros teneis mujeres é hijos; yo tomo la defensa de vuestros hijos y mujeres; tomo su defensa contra vosotros mismos. Oh! hermanos míos.....

—Adelante con el sermon, dijo con fisga el Imano.

Cimourdain continuó:

—Oh hermanos míos; no dejéis que suene la hora execrable de degollarnos los unos á los otros. Muchos de los que estamos aquí no verán el sol de mañana; muchos de los nuestros perecerán, y vosotros todos, sí, todos, morireis. Sed clementes con vosotros mismos: ¿por qué derramar toda esa sangre en vano? ¿Por qué matar á tantos hombres cuando basta que mueran dos?

—¿Dos? dijo el Imano.

—Sí, dos.

—¿Quiénes?

—Lantenac y yo.

Y Cimourdain levantó la voz.

—Dos hombres están de más en el mundo, el uno segun vuestra opinion, el otro segun la nuestra, Lantenac y yo. Oid el trato que os ofrezco: las vidas de todos serán respetadas y ademas yo me entrego á vosotros; en cambio nos dareis á Lantenac. Lantenac será guillotinado, y vosotros hareis de mí lo que querais.

—Cura, ahulló el Imano, si te cogiésemos, te quemáramos á fuego lento.

—Consiento en ello, dijo Cimourdain.

Y añadió:

—Sentenciados á muerte que estais en esa torre, yo prometo que todos saldreis de ella vivos y en libertad dentro de una hora. Os traigo la salvacion: ¿la aceptais?

La voz del Imano estalló con furia.

—Ademas de malvado eres un loco. ¿Por qué vienes á molestartarnos? ¿Quién te ha pedido que nos vinieses á hablar? ¡Nosotros entregar al señor marqués! ¡Bah! ¿qué es lo que pretendes?

—Cortarle la cabeza; pero en cambio os ofrezco.....

Ya lo sabemos, tu pellejo, y en efecto si te tuviéramos á mano, te desollaríamos como un perro, cura Cimourdain; pero tu pellejo no vale lo que la cabeza del señor marqués de Lantenac. Vete.

—El combate va á ser terrible; por última vez os ruego que reflexioneis.

La noche se acercaba durante este horrible diálogo, cuyas voces se oían tanto dentro como fuera de la torre. El marqués de Lantenac guardaba silencio y dejaba hablar. Los jefes tienen siniestros movimientos de egoismo; el egoismo, en efecto, es uno de los derechos inherentes á la responsabilidad.

El Imano levantó la voz dirigiéndose á los sitiadores y dijo:

—Hombres que nos atacais, os hemos presentado nuestras proposiciones: hechas están y no tenemos nada que quitar ni añadir. Aceptadlas; de lo contrario ¡ay de todos! ¿Consentís? Os daremos los tres niños que están aquí y nos dareis á todos la salida libre.

—A todos, sí, dijo Cimourdain, excepto á uno,

—¿Quién?

—Lantenac.

—¡El marqués! ¡Entregar al señor marqués! Jamas.

—Queremos á Lantenac.

—Jamas.

—No podemos tratar sino bajo esa condicion.

—Entónces comenzad el ataque.

Restablecióse el silencio.

El Imano, despues de haber dado la señal con la trompeta, bajó de la plataforma; el marqués tiró de la espada; los diez y nueve sitiados se agruparon en silencio en la sala baja detrás de la barricada y se hincaron de rodillas. Oíase el paso mesurado de la columna de ataque, que adelantaba hácia la torre en la oscuridad. Ibase acercando el ruido hasta que llegó un momento en que le sintieron inmediato, á la boca de la misma brecha. Entónces todos se arrodillaron y se echaron los fusiles á la cara apoyándolos en las hendiduras de la barricada. Grand Francœur, que era el cura Turmeau se levantó teniendo el sable desnudo en la mano derecha y un crucifijo en la izquierda, y con voz grave dijo:

—¡ En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu santo !

Todos hicieron fuego á la vez, y comenzó la lucha.

## IX.

### TITANES CONTRA GIGANTES.

El efecto fué espantoso.

Aquella lucha cuerpo á cuerpo sobrepujaba á cuanto se hubiera podido imaginar.

Para hallar algo semejante seria preciso remontarse á los grandes desafíos de los dramas de Esquilo ó á las carnicerías de los antiguos tiempos feudales; á aquellos ataques *al arma corta* que duraron hasta el siglo XVII, cuando se penetraba en las plazas fuertes por las falsabragas ó barbacas; asaltos trágicos en los cuales, como dice el viejo sargento de la provincia de Alentejo, “habiendo los hornillos produciendo su efecto, los sitiadores avanzan llevando tablas cubiertas de láminas de hoja de lata, armados de rodelas y manteletes y provistos de granadas en abundancia, haciendo abandonar los atrincheramientos ó retiradas á

los de la plaza y apoderándose de ella con su empuje vigoroso sobre los sitiados.”

El lugar del combate era horrible; era una de esas brechas que en el lenguaje del oficio se llaman *brechas cubiertas*, es decir que forman un boqueron que atraviesa el muro de parte á parte y no una fractura ó cielo abierto. La pólvora habia producido el efecto de una barrena, pero tan violento, que la torre habia quedado hendida de resultas de la explosion hasta más de cuarenta piés por cima de la brecha. Sin embargo aquella hendidura nada significaba para el ataque; y la rotura practicable que daba entrada á la sala baja parecia más una lanzada que penetra y perfora que un hachazo que corta y destroza.

Era una puncion en el costado de la torre, una fractura extensa y penetrante, algo como un pozo horizontalmente tendido sobre la tierra, un corredor serpenteante y ascendente á manera de intestino al través de un muro de quince piés de espesor, una especie de cilindro informe, atestado de obstáculos, de lazos, y explosiones, donde la frente chocaba con el granito, el pié con garfios y la vista con tinieblas.

Los sitiadores tenian delante de sí aquella entrada negra, boca de sima, cuyas mandíbulas superior é inferior eran las piedras del muro desencajadas: las fauces de un cocodrilo no tienen dientes más formidables que los que presentaba aquella espantosa brecha. Y sin embargo, era preciso entrar y salir por aquel boqueron.

Dentro aguardaba á los sitiadores la metralla; fuera se levantaba el reducto: fuera quiere decir la sala baja del piso inferior.

Semejante ferocidad de situacion no se ve sino en los encuentros de los zapadores en las galerías cubiertas, cuando la contramina viene á cortar la mina, ó en los combates al arma blanca en los entrepuentes de los buques que se acometen al abordaje en las batallas navales. Pelear en el fondo de un foso es el último grado de lo horrible: es espantoso matarse unos á otros en la oscuridad de un sitio cubierto por todos lados. En el momento de entrar la primera oleada de los sitiadores, toda la retirada se cubrió de relámpagos y hubo como un estallido de rayos y truenos bajo tierra. El trueno sitiador respondió inmediatamente al true-

no parapetado, las detonaciones de los unos respondieron á las de los otros. Levantóse primero el grito de Gauvain: ¡adelante! despues el grito de Lantenac: ¡firmes contra el enemigo! y luego el grito del Imano: ¡aquí los valientes del Maine! Despues se oyeron el choque de sables contra sables, pistoletazos, y descargas de fusilería espantosas arrollándolo todo. La antorcha fija en la pared alumbraba vagamente aquella escena horrible; pero no se podia distinguir nada entre la negrura rojiza del humo, del fuego y de la sangre. El que entraba allí se quedaba súbitamente sordo y ciego, sordo por el ruido atronador, ciego por el humo. Los que quedaban fuera de combate yacian entre los escombros. Los combatientes andaban sobre los cadáveres, aplastando las heridas, y los brazos y piernas rotos; los heridos gritaban furiosos, y los moribundos mordian los piés de los que les pisaban. De cuando en cuando habia momentos de silencio más pavorosos que el ruido. La lucha se entablaba cuerpo á cuerpo; oíase el espantoso resoplido de las bocas, el rechinar de los dientes: despues venian las imprecaciones y la tempestad comenzaba de nuevo. Un arroyo de sangre salia de la torre por la brecha y se extendia en la oscuridad formando charcos sombríos que humeaban entre la yerba.

Parecia que era la torre misma la que se desangraba y que aquella gigante estaba herida.

Cosa sorprendente; todo esto apénas producía ruido al exterior. La noche era muy oscura y tanto en la llanura como en la selva reinaba una especie de paz fúnebre en torno de la fortaleza atacada. Dentro estaba el infierno, fuera el sepulcro. Aquel choque de hombres matándose en las tinieblas, aquellos tiros, aquellos gritos de rabia y de dolor, todo-aquel tumulto espiraba bajo la masa de los muros y de las bóvedas. Faltaba aire para el ruido, y á la matanza se agregaba la sofocacion casi asfixiante: los niños dormian entre tanto.

El encarnizamiento del combate continuaba: los defensores del reducto se mantenian firmes: nada más difícil de forzar que ese género de barricadas en ángulo entrante. Si los sitiados tenian en contra el número, tenian á su favor la posicion. La columna de ataque perdía mucha gente: formada en hileras al ex-

terior, iba entrando lentamente por la abertura de la brecha y se encogía como una culebra que entra en su cueva.

Gauvain, que tenía imprudencias de jefe novel, estaba en la sala baja en lo más fuerte del combate rodeado de una granizada de balas. Tenía la confianza del hombre que no ha sido jamás herido á pesar de haber entrado en cien combates.

Al volverse para dar una orden vió á la luz de un fognazo el semblante conocido de su maestro que estaba junto á él.

—¡Cimourdain! exclamó ¿qué venís hacer aquí?

Cimourdain, respondió:

—Vengo para estar á tu lado.

—Pero ¿no veis que os van á matar?

—¿Y tú entonces ¿qué haces aquí tú?

—Yo soy necesario y vos no.

—Yo quiero estar donde tú estés.

—No, querido maestro.

—Sí, hijo mio.

Y Cimourdain continuó al lado de Gauvain.

Los muertos se amontonaban sobre el piso de la sala baja.

Aunque se mantenía aun el reducto, el número de los sitiadores debía al fin vencer. Estos estaban al descubierto, los sitiados abrigados por la barricada; diez de los primeros caían por cada uno de los segundos; pero los sitiadores se renovaban y crecían, mientras el número de los sitiados disminuía.

Todos los diez y nueve sitiados se hallaban detrás del reducto, que era el punto atacado. Tenían también muertos y heridos: quince todo lo más combatían aun. Uno de los más feroces, llamado por mote Canta-en-invierno, había quedado horrosamente mutilado. Era un breton rechoncho y lanudo, de la especie pequeña y vivaz. Le habían rebentado un ojo y roto una mandíbula, y pudiendo todavía andar, se arrastró hasta la escalera de caracol y subió á la sala del primer piso, con la esperanza de poder allí rezar y morir.

Habíase recostado en la pared cerca de la aspillera para poder respirar un poco de aire puro.

Abajo la matanza junto al reducto era cada vez más horrible. En un intervalo entre dos descargas, Cimourdain levantó la voz,



—¡ Sitiados ! gritó, ¿ por qué os empeñais todavía en la efusion de sangre ? Estais presos y sin esperanza ; rendíos. Pensad que somos cuatro mil quinientos contra diez y nueve, es decir, más de doscientos contra uno. Rendíos.

—¡ Basta de habladurías ! dijo Lantenac.

Y veinte balas respondieron á Cimourdain.

La retirada no llegaba hasta la bóveda, lo cual permitia á los sitiados tirar por encima de ella, pero permitía en cambio á los sitiadores asaltarla.

—¡ Al asalto ! gritó Gauvain. ¿ Hay alguno de buena voluntad para escalar ese reducto ?

—Yo, dijo el sargento Radoub.

## X.

### RADOUB.

Aquí los sitiadores tuvieron un momento de asombro. Radoub habia entrado por la brecha á la cabeza de la columna de ataque con cinco más de su batallon parisiense, y de los seis cuatro habian caído ya. Luego que hubo gritado ¡ yo ! se le vió, no avanzar sino retroceder, y bajando la cabeza, encorbandando el cuerpo, casi arrastrándose entre las piernas de los combatientes, llegar á la abertura de la brecha y salir por ella. ¿ Huía ? Semejante hombre no podia huir: ¿ qué queria pues decir aquel movimiento ?

Radoub cuando se halló fuera de la brecha, se frotó los ojos cegados por el humo, como para quitar de ellos el horror y la oscuridad, y al resplandor de las estrellas contempló la pared de la torre. Pocos momentos despues de esta contemplacion, hizo con la cabeza una señal de satisfaccion, como diciendo: no me habia yo engañado.

Habia observado, en efecto, que la hendidura profunda producida por la explosion de la mina subia desde lo alto de la brecha hasta la espillera del primer piso, cuya armadura de barrotes de

hierro habia sido rota y dislocada por una bala de cañon. La red de barrotes rotos colgaba medio arrancada, y facilitaba el paso por la aspillera.

Un hombre podia pues pasar por allí: ¿pero podia subir hasta allí? Por la hendidura de la pared sí, á condicion de ser gato.

Esto es precisamente lo que era Radoub. Era de la raza que Píndaro llama de los "atletas ágiles." Se puede ser soldado viejo y hombre joven, y Radoub que habia servido en la guardia francesa, no tenia aun cuarenta años: era un Hércules ágil.

Dejó en tierra el fusil, se quitó las fornituras, la casaca y la chupa, quedándose solo con las pistolas, que metió en el cinto que sujetaba el pantalon, y el sable desenvainado que se puso entre los dientes. La culata de las pistolas sobresalía por cima del cinturon.

Así aligerado de los impedimentos y seguido con la vista en aquella oscuridad por todos los de la columna de ataque que no habian penetrado aun por la brecha, empezó á subir por los dientes de la hendidura de la pared como por una escalera. Erale útil no tener zapatos, porque nada más á propósito para trepar que el pié desnudo. Crispaba los dedos de los piés en los huecos de las piedras, se izaba con los puños y se afirmaba con las rodillas. La subida era dura; como una ascension al través de los dientes de una sierra. Por fortuna, pensaba Radoub, no hay nadie en la sala del primer piso, porque de otro modo no me dejarían escalar así la pared.

No eran ménos de cuarenta piés los que era preciso subir de aquella manera. A medida que subia, un poco molestado por los pomos salientes de las pistolas, la hendidura se iba estrechando y la ascension haciéndose más difícil. El riesgo de la caida se aumentaba al mismo tiempo que se iba aumentando la profundidad del precipicio.

Llegó por fin al reborde de la aspillera, apartó el enrejado roto y desvencijado, y viendo abierto ancho paso, se levantó por medio de un esfuerzo poderoso sobre los brazos y apoyó la rodilla en la cornisa del reborde, asió con una mano un barrote de la derecha con la otra otro de la izquierda, y se irguió hasta la mitad

del cuerpo ante la aspillera con el sable entre los dientes y suspendido de las manos sobre el abismo.

No le faltaba mas que echar la pierna del otro lado para saltar á la sala del primer piso.

Pero en aquel momento se apareció un rostro de la parte de adentro de la aspillera.

Radoub vió de repente delante de sí en la sombra una cosa espantosa; un ojo fuera de su órbita, una mandíbula rota, una cara ensangrentada.

Aquella mascara que no tenia mas que una pupila, le miraba.

El cuerpo á que pertenecia aquel rostro deforme tenia dos manos, las cuales saliendo de la sombra se adelantaron hácia Radoub y la una le tomó las dos pistolas de una vez, miéntras la otra le sacaba el sable de entre los dientes.

Radoub estaba desarmado; sus rodillas se deslizaban sobre el plano inclinado de la cornisa; sus dos manos crispadas sobre los trozos de los barrotes de la aspillera apenas bastaban para sostenerle, y debajo de sí tenia cuarenta piés de profundidad.

La cara y las manos de que acabamos de hablar eran las de Canta-en-invierno.

Sofocado por el humo que subia de la sala baja, habia logrado entrar en el hueco de la ventana aspillera, donde el aire exterior le habia reanimado; la frescura de la noche habia detenido la evacuacion de sangre, y le habia dado un poco de fuerza. De repente vió surgir al exterior de la aspillera el torso de Radoub, el cual con las manos puestas en los barrotes no tenia mas remedio que dejarse desarmar ó caer de cuarenta piés de elevacion. Canta-en-invierno, espantoso y sereno, le habia tomado el sable y las pistolas.

Entónces comepzó un combate inaudito, el combate entre el desarmado y el herido.

Evidentemente el herido tenia mas probabilidades á su favor que el desarmado. Una bala bastaba para precipitar á Radoub en el abismo, sobre el cual colgaba á la altura de cuarenta piés.

Por fortuna para Radoub, Canta-en-invierno teniendo las dos pistolas en una mano, no pudo desde luego hacer uso de ellas y tuvo que servirse del sable, con el cual tiró una estocada al hom-

bro de Radoub. Aquella estocada hiriendo á Radoub le salvó.

Radoub, sin armas pero en toda su fuerza, no hizo caso de la herida que por lo demas no habia lastimado el hueso, dió al cuerpo un súbito empuje hácia adelante y saltó por la aspillera al hueco donde estaba su enemigo.

Canta-en-invierno, que habia arrojado el sable, tenia ya una pistola en cada mano.

Arrodillado como estaba apuntó á Radoub casi á quema ropa, pero su brazo debilitado temblaba y no tiró inmediatamente.

Radoub aprovechó aquel respiro para soltar la carcajada.

—¡Hola seor feo! ¿crees que me vas á meter miedo con esas fauces de buey á la moda? ¡Diablo, como te han puesto el coramvobis!

Canta-en-invierno seguia apuntándole con una pistola.

Radoub continuó.

Veo que la metralla te na chafado lindamente el pasa-pan, vamos al decir. ¡Pobre muchacho! Belona te ha estropeado la fisonomía. Vamos, vamos, escupe el tiritito, hijo mio.

Salió en efecto el tiro y pasó tan cerca de la cabeza de Radoub que le llevó la mitad de una oreja. Despues Canta-en-invierno levantó el otro brazo armado de la segunda pistola; pero Radoub no le dió tiempo para apuntar.

—Basta que me hayas dejado sin media oreja; ya me has herido dos veces; ahora me toca á mí.

Y arrojándose sobre Canta-en-invierno le desvió el brazo, hizo salir el tiro cuya bala fué á dar no se sabe donde y con la otra mano le asió y le movió fuertemente de una parte á otra la mandíbula dislocada.

Canta-en-invierno dió un rugido y cayó desmayado.

Radoub pasó por cima de su cuerpo dejándolo en el hueco de la ventana.

—Ahora que te he comunicado mi ultimatum, le dijo, no te muevas; quédate ahí, miserable reptil; ya comprendes que no mereces que yo me detenga á aplastarte. Arrástrate por el suelo como gustes, conciudadano de mis zapatos, ó muere y eso tendrás adelantado para mañana. Ahora sí que vas á saber pronto

que tu cura no te decia mas que barbaridades. Adios paisano y buen viaje al gran misterio.

Y se adelantó por la sala del primer piso, diciendo entre dientes:

—No se vé gota.

Canta-en-invierno se agitaba convulsivamente y bramaba en su agonía, Radoub se volvió diciendo:

—Silencio: hazme el favor de callarte, ciudadano inconsciente. Ya ves que no me meto contigo y que no me digno darte el golpe de gracia. Tengamos la fiesta en paz.

Y receloso metió los dedos entre el cabello, sin dejar de mirar á Canta-en-invierno.

—Veamos ¿que voy á hacer ahora? Hasta ahora vamos bien, pero estoy desarmado. Tenia dos tiros que aprovechar y tú me los has gastado, ¡animal! Y á todo esto hay aquí un humo que hace un mal horrible á los ojos.

Y tocándose la oreja desgarrada, añadió:

—¡Ay! ¿Qué has adelantado, bruto, con haberme confiscado media oreja? En fin prefiero tener de ménos eso que otra cosa: una oreja no es mas que un adorno de la fisonomía. Tambien me has arañado el hombro, pero no vale nada. Muere en paz, campesino, yo te perdono.

Escuchó: el ruido de la sala baja era espantoso: el combate continuaba cada vez más encarnizado.

—La danza está animada abajo. ¡Como ahullan viva el rey! Eso sí, revientan noblemente.

Sus piés tropezaron con el sable que estaba en tierra. Le recogió y dijo á Canta-en-invierno, que no se movía y que tal vez estaba muerto:

—Ya ves, hombre de los bosques, para lo que yo quería hacer, este sable y nada, todo es nada. Lo recobro por afecto que le tengo, pero necesitaba mis pistolas. ¡Llévete el diablo salvaje! pero en fin, ¿qué hago yo ahora? No sirvo aquí para nada.

Adelantóse por la sala tratando de ver algo y de orientarse. De repente, en la penumbra, detrás del pilar del centro, observó una larga mesa y sobre ella algo que despedía un resplandor vago. Tentó aquellos objetos: eran trabucos, pistolas, carabinas,

una fila de armas de fuego dispuestas en orden y como esperando las manos que habian de hacer uso de ellas. Eran la reserva de combate preparada para los sitiados para la segunda fase del asalto: todo un arsenal.

—¡Hola! ¡ un bufet bien dispuesto! dijo Radoub.

Y se arrojó gozoso sobre aquellas armas.

Entonces encontróse fuerte y formidable.

La puerta de la escalera que comunicaba con los pisos superior é inferior estaba abierta de par en par al lado de la mesa cargada de armas. Radoub dejó caer el sable; tomó en cada mano una pistola de dos cañones; y descargó las dos á la vez desde la puerta sobre la espiral de la escalera; despues tomó una escopeta y disparó, luego cogió un trabuco atestado de balines y le descargó igualmente en la escalera. El trabuco vomitando quince balas, pareció un tiro de cañon cargado de metr. lla. Radoub entonces, recobrando aliento gritó con voz tonante en la escalera: ¡ Viva Paris!

Y apoderándose del segundo trabuco, más grueso que el primero, apuntó á la bóveda tortuosa de la escalera y esperó.

El desórden que se introdujo en la sala baja, fué indescriptible. Gólpes imprevistos como aquel desorganizan toda clase de resistencia.

Dos de las balas de la triple descarga de Radoub, se habian aprovechado, una habia muerto al mayor de los hermanos Picabosque y la otra á Houzard, que era M. de Quelen.

—¡ Están arriba! gritó el marqués.

Este grito decidió á los defensores de la barricada á retirarse. Una bandada de pájaros no se dispersa en ménos tiempo; todos se precipitarou á porfia por la escalera arriba miéntras el marqués animaba á los fugitivos diciendo:

—Pronto, pronto, aprisa, aprisa, el valor consiste ahora en escapar. Subamos todos al segundo piso, y allí volveremos á la lucha.

Y abandonó la barricada el último.

Este acto de valor le salvó.

Radoub oculto en lo alto del primer piso, el dedo en el gatillo del trabuco, espiaaba el momento en que los fugitivos subieran

por la escalera. Los primeros que aparecieron en una de las vueltas de la espiral recibieron la descarga en el pecho y cayeron como heridos del rayo. Si el marqués hubiera estado entre ellos habría muerto. Pero ántes que Radoub tuviera tiempo de tomar otra arma, los demas pasaron, el marqués detrás de todos y más lentamente que ninguno. Creyendo que la sala del primer piso estaba de llena de sitiadores, no se detuvieron en ella sino que subieron rápidamente á la del segundo que era la sala de los espejos. Allí estaba la puerta de hierro; allí estaba tambien la mecha azufrada y allí era preciso capitular ó morir.

Gauvain, tan sorprendido como ellos de las detonaciones de la escalera y no explicándose el socorro que le llegaba, se habia aprovechado de él, dejando para otra ocasion el inquirir sus causas. Saltando él y los suyos por cima de la barricada habian perseguido á los sitiados de cerca hasta el primer piso.

Allí se encontró con Radoub.

Radoub comenzó por hacer el saludo militar y despues dijo:

—Un minuto, mi comandante, yo soy el que he logrado este efecto; me he acordado de lo que hicisteis en Dol y os he imitado, tomando al enemigo entre dos fuegos.

—Buen discípulo he sacado, dijo Gauvain sonriéndose.

Cuando se pasa algun tiempo en la oscuridad, los ojos se acostumbran á ver en la sombra como los de las aves nocturnas. Gauvain observó que Radoub estaba todo eusangrentado y dijo:

—Pero estais herido, camarada.

—No hagais caso, mi comandante. ¿Que significa una oreja más ó ménos? Tengo tambien una estocado en el hombro, pero poca cosa; no me da cuidado. Cuando se rompe un vidrio, suele uno cortarse un poco. Por lo demas, aquí no hay más sangre que la mia.

Hizose alto en la sala del primer piso, conquistada por Radoub: llevóse un farol; Cimourdain acudió al lado de Gauvain y deliberaron. El caso merecia en efecto sería meditacion. Los sitiadores no estaban en el secreto de los sitiados: ignoraban su penuria de minuciones; no sabian que los defensores de la plaza tenian muy poca provision de pólvora; y como el segundo piso

era el último atrincheramiento, los sitiadores tenían motivos para creer minada la escalera.

Sin embargo una cosa era cierta: que el enemigo no podía escaparse. Los que no habían muerto estaban allí como bajo llave. Lantenac se hallaba también en la ratonera.

Con esta certidumbre no había inconveniente en tomarse un poco de tiempo para buscar el mejor desenlace posible de la situación. Era preciso adoptar los medios de perder la ménos gente posible en el último asalto.

El riesgo de este supremo ataque debía ser grande: habría probablemente que empezar por sostener y sufrir un nutrido fuego.

Interrumpido el combate, los sitiadores dueños del piso bajo y del principal, esperaban, para continuar, las órdenes de su jefe. Gauvain y Cimourdain celebraban consejo y Radoub asistía en silencio á su deliberación.

Al cabo de un rato, se aventuró á hacer un nuevo saludo militar, y dijo con voz tímida:

—¡ Mi comandante !

—¿ Qué hay Radoub ?

—¿ Tengo derecho á una pequeña recompensa

—Cierto: pide lo que quieras.

—Pido subir el primero.

No era posible negarle la petición; por lo demás, él se hubiera tomado el permiso en todo evento.

## XI.

### LOS DESESPERADOS.

Mientras que en el primer piso deliberaban los sitiadores, se fortificaban los sitiados en el segundo. La victoria es una especie de furor, como la derrota es una especie de rabia: los dos pisos iban á chocar con encarnizamiento. Tener próxima la victoria embriaga; y abajo estaban los sitiadores en la embriaguez de



la esperanza, que sería la mayor de las fuerzas humanas si no existiera la desesperacion.

La desesperacion reinaba en el piso alto.

Una desesperacion tranquila, fria, siniestra.

El primer cuidado de los sitiados, al llegar á aquella sala de refugio, fuera de la cual nada habría ya para ellos, fué obstruir la entrada. Cerrar la puerta era inútil; yalía más impedir la subida por la escalera. En semejantes casos un obstáculo, al través del cual se pueda ver y pelear, vale mas que una puerta cerrada.

La antorcha fija en la pared por el Imano cerca de la mecha azufrada les alumbraba.

Habia en aquella sala del segundo piso uno de esos baules de encina gruesos y pesados que se usaban ántes de la invencion de las cómodas.

Arrastraron aquel baul y lo pusieron de pié á la entrada de la escalera, en la cual se encajaba sólidamente tapando el hueco, sin dejar mas que un espacio estrecho cerca de la bóveda por donde podia pasar un hombre: excelente posicion para ir matando uno á uno á los que intentasen subir. Era, pues, dudoso que alguno se arriesgara.

La entrada construida de este modo les daba un respiro

Se contaron.

Los diez y nueve habian quedado reducidos á siete, uno de ellos el Imano; pero excepto este y el marqués, los demas estaban heridos.

Los cinco heridos, pero aptos para el combate porque en el ardor de la lucha toda herida que no es muy grave permite ir y venir, eran: Chatenay, llamado Robi, Guinoiseau, Hoisnard, Rama de Oro, Pimpollo de Amor y Grand-Francœr. Todos los demás habian muerto.

Se habian acabado las municiones y las cartucheras estaban casi vacías. Contaron los cartuchos y vieron que no habia mas que cuatro para los siete.

Habian llegado al punto en que no queda otro remedio mas que sucumbir. Hallábanse acorralados á orilla del precipicio abierto y terrible. Era imposible estar más al borde del abismo.

En esto el ataque empezó de nuevo: oíanse los culatazos que

los sitiadores daban en la escalera sondeándola escalon por escalon.

¿Qué medio habia de huir? ¿Por la biblioteca? Seis cañones establecidos en la meseta y enfilados por aquella parte con la mecha preparada hacían imposible la salida. ¿Por las habitaciones superiores? Era inútil porque terminaban en la azotea y allí no habia mas recurso que echarse de la torre abajo.

Los siete supervivientes de aquella banda épica se veian inexorablemente encerrados y cogidos por aquel muro espeso, que les protegía y al mismo tiempo les entregaba á sus enemigos. Todavía no estaban presos, pero podian considerarse prisioneros.

El marqués levantó la voz y dijo:

—Amigos míos, todo ha concluido para nosotros.

Y despues de un momento de silencio, añadió:

—Grand-Francoeur vuelve á ser el señor cura Turmeau.

Todos se arrodillaron con el rosario en la mano. El ruido de los culatazos de los sitiadores se iba aproximando.

Grand-Francoeur, todo cubierto de sangre por efecto de un balazo que le habia rozado el cráneo y arrancado parte del cuero cabelludo, levantó con la mano derecha el crucifijo. El marqués, aunque excéptico en el fondo de su corazon, puso una rodilla en tierra.

—Que cada cual confiese sus pecados en alta voz dijo Grand-Francoeur. Comenzad, señor marqués.

El marqués respondió:

—Me acuso de haber dado muerte á mis semejantes.

—Yo tambien, dijo Hoisnard.

—Yo tambien, dijo Guinoiseau.

—Yo igualmente, dijo Pimpollo de Amor.

—Y yo, dijo Chatenay.

—Y yo, dijo el Imano.

Grand-Francoeur repuso:

—En nombre de la Santísima Trinidad os absuelvo: que vuestras almas vuelvan en paz al seno del Señor.

—Amen, respondieron todos.

El marqués se levantó.

—Ahora, dijo, muramos.

—Y matemos, dijo el Inano.

Los culatazos comenzaban á romper el cofre que obstruía la puerta.

—Pensad en Dios, dijo el cura: la tierra no existe ya para vosotros.

—Es verdad, dijo el marqués, estamos en la tumba.

Todos bajaron la cabeza y se dieron golpes de pecho. Sólo el marqués y el cura estaban de pié. Todos tenían la vista fija en el suelo: el cura rezaba; los campesinos rezaban también; el marqués meditaba. El baul golpeado como por mortillos resonaba lúgubrementemente.

En aquel momento una voz viva y fuerte gritó detrás de ellos:

—¿Veis como decia yo bien, señor?

Todos ae volvieron estupefactos.

Acababa de abrirse un agujero en la pared.

Una piedra, perfectamente unida con las demaa, pero sin cemento, y que tenia un piton en la parte superior y otro en la inferior acababa de girar sobre sí misma como un torniquete y al girar habia abierto el mure. Aquella piedra moviéndose sobre su eje habia descubierto dos aberturas una á cada lado, ofreciendo dos pasos uno á derecha y otro á izquierda, estrechos, pero suficientes para que por ellos penetrase un hombre. Más allá de aquella puerta inesperada se veian los escalones de una escalera de caracol. La faz de un hombre aparecia en una de las aberturas.

El marqués conoció á Halmalo.

## XII.

### SALVADOR.

—¿Eres tú, Halmalo?

—Yo soy, señor; ya veis que las piedras giran y que es verdad que se puede salir de aquí por ese medio. Llego á tiempo, pero daos prisa: dentro de diez minutos estareis en medio del bosque,

| Dios es grande, dijo el cura.

—Salvaos, señor, gritaron todos.

—Primero todos vosotros, exclamó el marqués.

—Vos el primero, señor, dijo el cura Turmeau.

—No, yo el último.

Y el marqués repuso con voz severa:

—No haya combate de generosidad; no tenemos tiempo para ser magnánimos. Estais heridos: os mando vivir y huir. ¡ Pronto! aprovechaos de esta salida. Gracias Halmalo.

—Señor marqués, dijo el cura Turmeau, ¿ vamos á separarnos?

—Abajo sin duda: no es posible salvarse sino uno á uno.

—¿ Nos dareis un punto de reunion?

—Sí: un claro de la selva, que se llama la Piedra Gauvain.

¿ Conoceis el sitio?

—Le sabemos todos.

—Mañana al medio dia estaré allí: los que puedan, que vayan.

—Allí estaremos.

—Y comenzaremos de nuevo la guerra, dijo el marqués.

Entre tanto Halmalo apoyándose sobre la piedra giratoria habia observado que no se movia. No era posible cerrar la abertura.

—Señor, dijo, démonos prisa, porque la piedra se resiste ahora, y si he podido abrir, no voy á poder cerrar.

La piedra en efecto, á consecuencia de la prolongada inmovilidad, estaba como anquilosada en su charnela, y era imposible imprimirle movimiento.

—Señor, añadió Halmalo, esperaba dejar cerrado el paso, y que los azules al entrar no hallaran á nadie. No pudiendo explicarse vuestra desaparicion, os creerian convertidos en humo. Pero la piedra no se quiere mover; el enemigo verá el boquete por donde habeis salido y podrá perseguíros. No perdamos pues un minuto: pronto, todos á la escalera.

El Imano puso una mano sobre el hombro de Halmalo y preguntó:

—Compañero, ¿ cuanto tiempo bastará para que los que salgan por ahí estén en seguridad en el bosque?

—¿No hay ninguno gravemente herido? preguntó á su vez Halmalo,

—Ninguno, le respondieron.

—En ese caso basta un cuarto de hora.

—De modo, repuso el Imano, que si el enemigo no entra aquí hasta despues de un cuarto de hora.....

—Podrá perseguirnos, pero no nos alcanzará.

—Pero, dijo el marqués, ántes de cinco minutos estarán aquí: ese viejo cofre no puede detenerlos mucho tiempo; con algunos culatazos quedará hecho añicos. ¡Un cuarto de hora! ¿quién puede detenerlos un cuarto de hora?

—Yo, dijo el Imano.

—¿Tú, Gouge-le-Bruant?

—Yo, señor marqués. Oid: cinco de entre nosotros siete están heridos: yo no tengo ni un rasguño.

—Ni yo.

—Pero vos sois el jefe y yo el soldado, y hay diferencia entre uno y otro.

—Ya lo sé, tenemos cada uno diferentes deberes que cumplir.

—No, señor: tenemos los dos el mismo deber, que es salvaros.

El Imano se volvió hácio sus compañeros.

—Compañeros, dijo, hay que detener al enemigo y retardar la persecucion lo más posible. Oid: yo conservo toda mi fuerza y no he perdido una gota de sangre; por lo cual, no estando herido, duraré más tiempo que otro. Marchaos todos, dejadme vuestras armas, que yo me encargo de hacer buen uso de ellas y detener al enemigo por lo ménos media hora. ¿Cuántas pistolas hay cargadas?

—Cuatro.

—Ponedlas en el suelo.

Inmediatamente fué obedecido.

—Muy bien; yo me quedo aquí, y cuando vengan esos señores encontrarán quien les reciba. Ahora huid lo más pronto posible.

En situaciones tan supremas están demas las palabras de agradecimiento. Apénas se detuvieron el tiempo de apretarse la mano.

—Hasta luego, le dijo el marqués.

—No lasta luego, señor, creo que no, porque voy á morir y espero que vos vivireis aun mucho tiempo.

Todos penetraron uno tras otro por la estrecha esalera, los heridos primero. Miéntas estos bajaban, el marqués sacó de su cartera el lápiz y escribió una línea en la piedra, que como hemos dicho no podia girar y dejaba abierta la salida.

—Venid, señor, no falta nadie mas que vos, dijo Halmalo.

Y comenzó á bajar.

El marqués le siguió.

El Imano quedó solo.

### XIII.

#### VERDUGO.

De las cuatro pistolas puestas sobre las baldosas, porque aquella sala no tenia piso de madera, el Imanó tomó dos, una en cada mano.

Adelantóse oblicuamente háca la entrada de la escalera tapada y obstruida por el cofre. Los sitiadores temian sin duda alguna sorpresa, una de esas explosiones finales que constituyen la catástrofe del vencedor al mismo tiempo que la del vencido; por eso el último ataque era tan lento y prudente como impetuoso habia sido el primero. No habian podido, ó quizá no habian querido, destruir de un sólo golpe el obstáculo del cofre; solamente habian demolido el fondo á culatazos y agujereado la tapa con las bayonetas, tratando de examinar por los agujeros lo que pasaba en la sala ántes de arriesgarse á entrar en ella.

El resplandor de los faroles con que iluminaban la escalera pasaba al traves de aquellos agujeros.

El Imano observó que por uno de ellos los ojos de un soldado le miraban. Apuntó hácia aquel sitio una de sus pistalas y disparó. Un grito horrible respondió á la detonacion, llenando de gozo el corazon del Imano. La bala habia entrado por el ojo y

atravesade la cabeza del soldado que miraba, el cual acababa de caer de espaldas por la escalera.

Los sitiadores al romper el cofre en varios sitios habian formado una especie de aspilleras, Por una de ellas sacó el brazo el Imano armado de la otra pistola, y disparó al monton de los sitiadores el segundo tiro. La bala sin duda rebotó de uno en otro, porque se oyeron varios gritos como si tres ó cuatro hubiesen sido muertos ó heridos, y hubo en la escalera gran tumulto de hombres en retirada.

El Imano arrojó las dos pistolas que acababa de descargar y tomó las dos restantes. Despues miró por los agujeros del cofre.

El efecto de sus primeras descargas le pareció completamente satisfactorio.

Los sitiadores habian evacuado la escalera en toda la extension de los tres ó cuatro escalones que formaban la vuelta de la espiral á que alcanzaba la vista desde la entrada del piso segundo. Sólo algunos moribundos se revolvian en los dolores de la agonía en aquellos escalones.

En esto vió á un hombre que subia arrastrándose, y al mismo tiempo, más abajo, detras del pilar central del caracol, observó que un soldado sacaba la cabeza disponiéndose tambien como para subir. El Imano apuntó á aquella cabeza y tiró. Resonó un grito, cayó el soldado, y el Imano pasó de la mano izquierda á la derecha la pistola que le quedaba.

En aquel momento sintió un dolor espantoso, y él fué quien á su vez lanzó un ahullido horrible. Un sable le revolvía las entrañas; una mano, la mano del hombre que subia á gatas, acababa de pasar por una de las brechas del cofre y habia hundido la hoja de un sable en el vientre del Imano.

La herida fué espantosa: el vientre estaba atravesado de parte á parte.

El Imano no cayó sin embargo al primer golpe. Rechinó los dientes y dijo: ¡Bien!

Despues tambaleándose, retrocedió hasta la antorcha que ardia al lado de la puerta de hierro, dejó la pistola en tierra, empuñó la antorcha, y sosteniendo con la mano izquierda los intestinos que

se le salian, con la derecha bajó la antorcha hasta la mecha azufrada.

El fuego se comunicó prontamente y la mecha alzó llama. El Imano dejó la antorcha, que continuó ardiendo en el suelo, recobró su pistola y ya caído sobre las baldosas, atizó la mecha soplando con el poco aliento que le quedaba.

La llama corrió, se extendió, pasó por bajo la puertá de hierro y entró en el puente-castillejo.

Entónces, viendo asegurado el logro de su execrable intento, más satisfecho quizá de su crimen que de su virtud, aquel hombre que dejaba de ser héroe para convertirse en asesino, aquel hombre que iba á morir, se sonrió satisfecho.

—Se acordarán de mí, murmuró. Con la muerte de sus niños, vengo á nuestro niño, el rey que está en el Templo.

#### XIV.

##### TAMBIEN EL IMANO SE ESCAPA.

En aquel instante resonó un gran ruido: abrióse con estrépito el cofre, violentamente empujado, y dió paso á un hombre que entró en la sala impetuosamente sable en mano.

—Yo soy, yo, Radoub; aquí hay un hombre para quien quiera: me cansaba de esperar y me arriesgo. Por de pronto acabo de despanzurrar á uno, y ahora os toca á todos: que me sigan ó no mis compañeros, me es igual. ¿Cuántos sois?

Era en efecto Radoub y estaba sólo. Despues de las muertes que el Imano habia hecho en la escalera, Gauvain, temiendo que los sitiados hubieran hecho algun barro y le diesen fuego cuando ménos se pensara habia mandado replegar su gente y consultaba con Cimourdain lo que se habia de hacer.

Radoub con el sable en la mano, y en medio de la semi-oscuridad que resultaba de estar la antorcha medio apagada en el suelo, repitió su pregunta.

—Aquí hay uno ¿cuántos sois vosotros?

No oyendo respuesta, se adelantó. Uno de esos resplandores



vivos que arrojan por momentos los focos de luz agonizantes, se exhaló de la antorcha é iluminó toda la sala.

Radoub, viendo uno de los espejos colgados en la pared, se acercó, miró su faz ensangrentada y su oreja colgando y exclamó:

—¡Horrorosa catadura!

Despues se volvió, sorprendido al notar que la sala estaba vacía.

—¡No hay nadie! gritó. Total de números de esta guardia: cero.

Entónces vió la piedra que habia girado, las dos aberturas y la escalera.

—¡Ah! ya comprendo, dijo: tomaron las de Villadiego. ¡Venid todos, muchachos, venid, se han fugado! Se han escurrido, disipado, volatizado: esta colmena vieja estaba hendida por el costado: aquí está el boquete por donde ha pasado esa canalla. ¿Cómo hemos de acabar con Pitt y Coburgo con farsas como estas? El Dios del diablo es el que ha venido á socorrerlos. ¡No hay nadie!

En aquel momento sonó un pistoletazo, cuya bala pasó rodando el codo de Radoub y fué á estrellarse en la pared.

—¡Hola! exclamó el sargento; parece que hay uno. ¿Quien es el que ha tenido la bondad de saludarme con esa cortesía?

—Yo, dijo una voz.

Radoub se adelantó y distinguió en la pared un bulto, que era el Imano.

—¡Ah! dijo, ya tengo uno. Los otros se han escapado, pero tú no te escaparás.

—¿Lo crees así? preguntó el Imano.

—¡Vaya! ¿pero quién eres tú?

—Soy el que está por tierra y se burla de los que están en pie.

—¿Qué tienes en esa mano?

—Una pistola.

—¿Y en la otra?

—Mis tripas.

—Eres mi prisionero.

—Muy pronto lo has dicho: aguarda y veras.

Y acercando la cara á la mecha en combustion, atizó el incendio con el último soplo de vida y espiró.

Pocos instantes despues, Gauvain, Cimourdain y la tropa que

les seguía entraron en la sala y vieron la abertura por donde se habían fugado los últimos sitiados. Registráronse todos los rincones y la escalera y se observó que esta conducía á una salida que daba al barranco. Tomóse acta de la fuga: el Imano estaba muerto. Gauvain, con el farol en la mano, examinó la piedra que había dado salida á los fugitivos; había oído hablar de aquella piedra giratoria, pero tenía la tradición por fábula. Contemplando la piedra observó en ella algo escrito con lápiz: acercó el farol y leyó estas palabras:

*Hasta otra vista, señor vizconde.*

#### LANTENAC.

Guechamp llegó también donde estaba Gauvain. La persecución era completamente inútil. La fuga estaba consumada y era completa: los prófugos tenían á su favor todo el país, las matas, los barrancos, la espesura, los habitantes. Estaban ya sin duda muy lejos; no había medio de alcanzarlos, y la selva de Fougères era toda ella un inmenso escondrijo. ¿Qué hacer? Había que volver á empezar, y Gauvain y Guechamp se comunicaban mutuamente sus decepciones y sus conjeturas.

Cimourdain los escuchaba grave, sin decir una palabra.

A propósito, Guechamp, dijo Gauvain, ¿y la escalera?

—Mi comandante, no ha llegado.

—¿Pero no la hemos visto venir en un carro escoltada por gendarmes?

—No era la escalera.

—¿Pues qué era?

—La gillotina, dijo Cimourdain.

#### XV

DE CÓMO NO DEBEN PONERSE EN EL MISMO

BOLSILEO UN RELOJ Y UNA LLAVE.

El marqués de Lanténac no estaba tan lejos como sus enemigos se creían

Pero no por eso dejaba de estar en seguridad y fuera de su alcance.

Habia seguido á Halmalo.

La escalera por donde habian bajado en pos de los demas fugitivos terminaba en un estrecho pasadizo abovedado cerca del barranco y de los ojos del puente. Aquel pasadizo desembocaba en una profunda grieta natural del suelo, que por un lado daba al barranco, y por otro al espesor del bosque, grieta que oculta absolutamente á todas las miradas, serpenteaba bajo una vegetacion impenetrable. Al llegar á ella un fugitivo no tenia que hacer sino un movimiento de culebra para verse libre de toda posibilidad de ser alcanzado. La entrada del pasadizo secreto de la escalera estaba tan obstruida por las zarzas, que sus constructores habian considerado inútil cerrarla por otros medios.

El marqués no tenia ya que hacer sino alejarse de aquellos sitios, para lo cual no necesitaba disfraz, porque desde su llegada á Bretaña no se habia quitado el traje de campesino, juzgándose más gran señor así que con el suyo propio.

Se limitó á quitarse la espada cuyo cinturon habia desabrochado y arrojado por tierra.

Cuando Halmalo y el marques desembocaron por el pasadizo, los otros cinco, Guinoseau, Hoisnard Rama de Oro, Pimpollo de Amor, Chatenay y el cura Turmeau ya no estaban allí.

—No han tardado en remontar el vuelo, dijo Halmalo.

—Imítalos tú, dijo el marqués.

—¿Quiere el señor que le deje sólo.

—Sin duda; ya te lo he dicho: no es fácil la fuga sino estando sólo, pues por donde pasa uno, dos no pueden pasar muchas veces: juntos, llamaríamos la atencion, tú causarias mi muerte y yo la tuya.

—¿Conoce el señor el país?

—Sí.

—¿Nos reuniremos en la Piedra Grauvain?

—Mañana á las doce.

—Allí iré; allí iremos todos.

Halmalo se detuvo y luego añadió:

—¡Ah Señor! ¡Cuando pienso que nos hemos visto en alta mar,

que estábamos solos, que quise mataros, que eraíais mi señor y podíais decírmelo y sin embargo no me lo dijisteis! ¡Ah, qué hombre sois!

El marqués dijo pensativo:

—La Inglaterra; no hay otro recurso. Es preciso que dentro de quince días entén los ingleses en Francia.

—Tengo muchas cuentas que dar al señor; he desempeñado sus encargos.

Ya hablaremos de todo eso mañana.

—Hasta mañana, señor.

—A propósito, ¿tienes ganas?

—Y buenas: tenia tanta prisa por llegar, que creo no haber comido nada en todo el dia.

El marqués sacó del bolsillo una tablilla de chocolate, la portió en dos pedazos, dió uno á Halmalo y se puso á comer el otro

—Señor, dijo Halmalo, á la derecha teneis el barranco y á la izquierda el bosque.

—Está bien, déjame; vete á donde tengas que ir.

Halmalo obedeció perdiéndose en la oscuridad. Oyóse un ruido de ramas removidas y despues nada: al cabo de algunos segundos habria sido imposible seguirle la pista. Aquella tierra del Bocage, erizada é inextricable, era la auxiliar del fugitivo, el cual podia decirse que no desaparecia, sino que se disipaba. Esta facilidad de dispersion rápida era la que hacia vacilar un ejército ante aquella Vendée, siempre retrocedente y aquellos guerros tan formidablemente fugitivos.

El marqués permaneció inmóvil. Era de aquellos hombres que se esfuerzan por ser estóicos; sin embargo, no pudo ménos de sentir cierta emocion al respirar el aire puro despues de haber respirado el vapor de tanta sangre y tanta carnicería. Hallarse completamente á salvo despues de haberse visto completamente perdido; tomar posesion de una seguridad plena despues de haber tenido tan cerca la tumba; salir de la muerte para entrar de nuevo en la vida, aun para un hombre como Lantenac, era motivo bastante para experimentar cierta sacudida nerviosa; y aunque ya habia atravesado por situaciones semejantes, no pudo impedir que su alma imperturbable sintiera una especie de como

cion por algunos instantes. Confesóse á sí mismo que estaba contento, si bien dominó en breve aquel movimiento muy parecido á la alegría, y sacando su reloj apretó el muelle de la repeticion. Quería saber la hora que era.

Con gran sorpresa suya observó que no eran mas que las diez. Cuando se ha pasado por una de esas peripecias de la vida humana en que se aventura todo, se extraña que minutos tan llenos de acontecimientos no sean más largos que los otros. El cañonazo de aviso habia sido disparado un poco ántes de la puesta del sol, y la Tourgue habia sido embestida por la columna de ataque, media hora despues, al anochecer, entre siete y ocho. Es decir que aquel colosal combate, comenzado á las ocho, habia concluido á las diez; que toda aquella epopeya habia durado ciento veinte minutos. A veces se suceden las catástrofes con la rapidez de rayo. Los acontecimientos tienen de estas condensaciones sorprendentes.

Reflexionando sobre el caso, se comprende que lo verdaderamente admirable era, no que el combate hubiera durado poco, sino que hubiera durado tanto. Una resistencia de dos horas de tan pequeño número contra tan gran número de combatientes, era cosa realmente extraordinaria; y ciertamente no habia sido corta aquella batalla de diez y nueve contra cuatro mil, ni la victoria habia sido tan completa.

Como Halmalo debia ya de estar léjos, el marqués juzgó que era tiempo de abandonar aquel paraje, donde no tenia ya necesidad de permanecer más. Volvió á meter el reloj en el bolsillo, pero no en el mismo, porque acababa de notar que estaba en contacto con la llave de la puerta de hierro que le habia dado el Imano y contra la cual era fácil que chocase el cristal y se rompiese. Hecha esta operacion, se dispuso á internarse en el bosque, pero al volver hácia la izquierda le pareció ver una vaga claridad.

Detúvose y mirando al traves de las matas que se destacaban claramente sobre un fondo rojo que hacia visibles hasta sus menores detalles, observó un gran resplandor en el barranco, del cual le separaban pocos pasos. Dirigióse primero hácia él; pero despues se contuvo, juzgando inútil exponerse á aquella luz, cualquiera que fuese, que en suma le importaba poco; y tomó la

direccion que le habia indicado Halmalo, dando algunos pasos hácia al bosque.

De repente, y hallándose profundamente emboscado en la maleza y oculto por las zarzas, oyó sobre su cabeza un grito terrible, un grito que parecia salir del reborde mismo de la meseta por cima del barranco. El marqués se detuvo y levantó la vista.

## LIBRO QUINTO.

### IN DÆMONE DEUS.

#### I.

#### HALLADOS, PERO PERDIDOS.

Cuando Micaela Flechard vió la torre iluminada por el sol poniente, le faltaba mas de una legua para llegar á ella. Aunque apenas podia dar un paso, no vaciló en emprender de nuevo el camino al ver ya próximo el término del viaje. Las mujeres son débiles, pero las madres son fuertes: Micaela Flechard prosiguió su marcha.

—Habíase puesto el sol; vino primero el crepúsculo, despues la oscuridad profunda, y Micaela, sin detener su marcha, oyó sonar á lo léjos, en el reloj de un campanario, para ella invisible, las ocho y luego las nueve de la noche. Aquel campanario era

probablemente el de Parigné. De cuando en cuando Micaela se paraba un momento al oír una especie de detonaciones sordas, que eran quizá vagos ruidos de la noche.

Adelantábase sin cesar, rompiendo los agudos cardos con sus piés ensagrentados, guiada por una débil claridad que desprendiéndose de la fortaleza lejana, la hacia resaltar en la sombra, dando á la torre una irradiacion misteriosa. Aquella claridad era tanto más viva, cuanto más resonaban las detonaciones y despues se debilitaba.

La vasta meseta por donde caminaba Micaela Flechard no tenia mas que yerba y brezos; no se veian en ella ni un árbol, ni una casa, ibase elevando insensiblemente en toda la extensian que alcanzaba la vista y su larga línea recta y dura se apoyaba en el oscuro horizonte estrellado. Lo que en esta ascension sostenia las fuerzas de la madre era que tenia siempre á la vista la torre, cuya magnitud veia aumentarse á medida que adelantaba en su camino.

Las detonaciones sordas y los pálidos resplandores que salian de la torre, tenian, como hemos dicho, intermitencias. Ya se oian las unas y se veian los otros distintamente, ya volvia todo á la oscuridad y al silencio, ya en fin, la claridad y el ruido misterioso tornaban, como si quisieran presentar un punzante enigma á la desconsolada madre.

De repente todo cesó, todo se extinguió, ruido y claridad: hubo un momento de pleno silencio, de tranquilidad lúgubre.

En aquel momento llegaba Micaela Flechard al extremo de la meseta.

Vió á sus piés un barranco, cuyo fondo se perdia en la espesura de las tinieblas; á cierta distancia en lo alto una confusion de ruedas, de parapetos y de troneras que eran una batería; y delante de sí, confusamente iluminado por las mechas encendidas de los artilleros, un enorme edificio, que parecia fabricado de tinieblas más negras que las que le rodeaban.

Aquel edificio se componia de un puente, cuyos arcos se hundian en el barranco, y una especie de castillo que se alzaba sobre el puente, apoyándose castillo y puente en un altísimo cilindro

oscuro, que era la torre hácia la cual desde tan léjos se habia dirigidó la madre.

Veíanse pasar luces en todas direcciones por las troneras de la torre, y por el rumor que de ella salía se conocia que estaba llena de multitud de hombres, además, de que se veían los perfiles de algunos en los pisos altos y hasta en la plataforma.

Cerca de la batería habia tropa acampada; Micaela distinguía los centinelas del campamento; pero á causa de la oscuridad y de la maleza estos no la habian visto.

Habia llegado al extremo de la meseta, tan cerca del puente, que le parecia que podria casi tocarle con la mano. Separábala de él tan solo la profundidad del barranco; y distinguía perfectamente, á pesar de la oscuridad, los tres pisos del castillejo.

Así permaneció por algun tiempo, sin saber cuanto, porque toda medida de tiempo se habia borrado de su mente, absorta y muda delante de aquel barranco profundo y de aquel edificio tenebroso. ¿Qué era aquello? ¿Qué ocurría allí? ¿Era la Tourgue aquella torre? Experimentaba el vértigo de esa expectativa incierta, parecida á la que se ofreció al ánimo al partir para un viaje y al llegar á su término. Preguntábase por que estaba allí.

Miraba á todas partes y escuchaba.

De repente todo se oscureció ante su vista. Un velo de humo acababa de desplegarse entre ella y lo que miraba; una picazon acre la obligó á cerrar los ojos. Apénas habia bajado los párpados notó que se enrojecian por efecto de una súbita luz: los alzó.

No era ya la oscuridad de la noche lo que tenia delante de sí; era la claridad del dia, claridad funesta porque era la que procede del fuego. Estaba presenciando el comienzo de un incendio.

El humo, al principio negro, habia tomado poco á poco el color escarlata; una gran llama se levantaba en el interior, la cual aparecia y desaparecia con esas torsiones feroces propias de los relámpagos y de las serpientes.

La llama salía como una lengua por una cosa que parecia boca y que era una ventana llena de fuego. Aquella ventana, cerrada con reja de hierro ya enrojecida, era una de las del piso inferior del castillejo construido sobre el puente. No se veía de todo el edificio mas que esta ventana; el humo lo cubria todo, hasta la



meseta, y no se distinguía mas que el borde del barranco negro, destacándose sobre las llamas rojizas.

Micaela Flechard contemplaba estupefacta aquella escena. El humo es nube, la nube es ensueño. Micaela no sabía lo que veía. ¿Debia huir? ¿Debia continuar allí? Creíase casi fuera del mundo de la realidad.

Un soplo de viento pasó rasgando la columna de humo, y descorrido aquel velo, apareció la trágica fortaleza, descubierta, visible toda entera, torre, puente, castillejo, deslumbrante, horrible, con la magnífica doradura del incendio reverberando sobre ella de alto á bajo. Micaela Flechard pudo verlo todo á favor de la claridad siniestra del fuego.

El piso inferior del castillejo construido sobre el puente estaba ardiendo.

Encima se distinguían los otros dos pisos, aun intactos, pero como si estuvieran colocadas en un canastillo de llamas. Desde el reborde de la meseta donde estaba Micaela Flechard se distinguía vagamente el interior al través del humo y del fuego: todas las ventanas estaban abiertas.

Por las del piso principal que eran muy grandes Micaela Flechard veía, á lo largo de las paredes, armarios que parecían llenos de libros, y delante de una de ellas, en el suelo, en la penumbra, un grupito confuso, una cosa que tenía el aspecto informe y vago de un nido ó de una pollada y que de cuando en cuando rebullía.

Fijóse especialmente su atención en aquello.

¿Qué era aquel monton de sombra?

A veces le ocurría que podrían ser formas de seres vivientes. Tenía fiebre; no habia comido nada desde aquella mañana; habia caminado sin descanso; estaba estenuada; se sentía poseída de una especie de alucinación, de la cual desconfiaba instintivamente; sin embargo, sus ojos cada vez más fijos, no podían desprenderse de aquel conjunto de objetos, probablemente inanimados y en apariencia inertes, que yacían en el suelo de aquella sala superpuesta al incendio.

En aquel momento el fuego, como si estuviése dotado de voluntad, alargó desde abajo uno de sus brazos hácia la gran hiedra

seca que cubría precisamente la fachada objeto de la atención persistente de Micaela Flechard. Parecía que las llamas, acabando de descubrir aquel enrejado de ramas secas, se habían precipitado hácia él. Una chispa se apoderó primero ávidamente de aquel propicio combustible y subió á lo largo de los sarmientos con la agilidad terrible de los regueros de pólvora. En un abrir y cerrar de ojos la llama llegó al piso segundo y desde arriba alumbró el interior del principal. Un vivo resplandor iluminó súbitamente las formas de tres niños dormidos.

Montoncito hechicero, compuesto de piernas y brazos entrelazados, párpados cerrados y rubias cabezas de boquitas risueñas.

La madre conoció á sus hijos y lanzó un grito espantoso.

Un grito de inexplicable angustia de los que solo las madres pueden lanzar. Nada más feroz y al mismo tiempo nada más patético. Cuando una mujer arroja un grito semejante se cree oír el ahullido de una loba; cuando le arroja una loba, parece que se oye el grito de una mujer.

El grito de Micaela Flechard fué un ahullido. Hécuba] ahulló, dice Homero.

Aquel grito fué el que oyó el marqués de Lantenac sobre su cabeza.

Hemos dicho que al oírlo, se detuvo.

Estaba entre la salida del pasadizo por donde le había sacado Halmalo y el barranco. Al través de las matas enredadas sobre su cabeza vió el puente envuelto en llamas, la Tourgue roja por efecto de la reverberación del incendio, y al otro lado en el borde de la meseta, frente al castillejo que ardía y á la viva claridad del fuego un rostro azorado y lastimero, una mujer inclinada sobre el barranco.

Era la mujer que había lanzado el grito.

Aquella mujer no era Micaela Flechard; era Gorgona. Los miserables son formidables; la aldeana se había convertido en euménide; la campesina vulgar, ignorante, inconsciente, había tomado en un momento las proporciones épicas de la desesperación. Los grandes dolores son una dilatación gigantesca del alma; aquella madre era la maternidad; y como todo lo que resume en sí la humanidad es sobrehumano, aquella mujer, de-

lante del incendio, al borde del barranco, y en frente de aquel crimen, se alzaba como un poder sepulcral, tenia el grito de la fiera y el gesto de la diosa, y su faz lanzando imprecaciones parecia una máscara de relámpagos. Nada más soberano que el resplandor de sus ojos anegados en lágrimas: aquella mirada despedia rayos sobre el incendio.

El marqués estuvo un rato escuchando. Aquellos gritos caian por decirlo así sobre su cabeza: oia voces inarticuladas, doloridas, más aun sollozos que palabras.

—¡ Ah Dios mio, mis hijos ! ¡ son mis hijos ! ¡ Socorro ! ¡ Fuego ! ¡ fuego ! ¡ Pero sois bandidos ? ¿ No hay nadie que acuda ? ¡ Mis hijos van á perecer ! ¡ Georgina ! ¡ hijos míos ! ¡ Alan ! ¡ Renato ! ¿ Pero qué es esto ? ¿ Quién ha puesto ahí á mis hijos ? ¡ Y están durmiendo ! ¡ Oh yo estoy loca ! ¡ Eso es imposible ! ¡ Socorro !

Entre tanto, así en la Tourgue como en la meseta todos se pusieron en movimiento para acudir al fuego que habia estallado. Los sitiadores, despues de habérselas con la metralla, tenian que habérselas con el incendio. Gauvain, Cimourdain, Guechamp trataban de tomar disposiciones para extinguirlo. ¿ Qué hacer ? Apénas podian sacarse unos cuantos cubos de agua del humilde arroyuelo que corria por el barranco. Todo el reborde de la meseta estaba cubierto de rostros asombrados que miraban los progresos del fuego.

Lo que veian era espantoso.

Miraban y no podian remediar nada.

La llama subiendo por la hiedra habia llegado al piso segundo y encontrado el granero lleno de paja dentro del cual se habia precipitado. Todo el granero ardia á la sazón. Las llamas danzaban de un haz á otro; lúgubre espectáculo el de la alegría de las llamas. Parecia que un soplo malvado atizaba la hoguera, como si el espantable Imano estuviese allí, convertido en torbellino de chispas, viviendo la vida mortífera del fuego cual alma monstruosa hecha de incendio. El piso donde estaba la biblioteca se hallaba aun intacto: la altura de su techo y el espesor de sus paredes retardaban el instante de que empezase á arder; pero aquel instante fatal se iba acercando. Las llamas del piso infe-

rior le iban lamiendo; le acariciaban las del segundo; le rozaba ya el horrible beso de la muerte. Debajo tenia una cueva de llamas; encima una bóveda de brazas: un agujero en el suelo era el hundimiento sobre la lava roja; un agujero en el techo era el enterramiento bajo carbones encendidos. Los niños no se habian despertado todavía, y al través de los pliegues de la llama y del humo que alternativamente cubrian y descubrian las ventanas, se les veia en aquella gruta de fuego, en el centro de un resplandor de meteoro, apacibles, graciosos, inmóviles como tres niños—Jesus, confiadamente dormidos en un infierno. Un tigre habria llorado al ver aquellas rosas dentro de aquel horno, aquellas cunas dentro de aquella tumba.

La madre se retorcia los brazos y gritaba:

—¡Fuego! ¡fuego! ¿dónde están esos sordos que no vienen? ¡Que se queman mis hijos! Venid, pues, venid, hombres que estais ahí! ¡Dias y dias marchando sin descansar para encontrarles en ese estado! ¡Fuego! ¡socorro! ¡ángeles míos! ¡angelitos de mi vida! ¿Qué han hecho esos inocentes? ¡A mí me han fusilado y á ellos les queman! ¿Quién hace esas cosas? ¡socorro! ¡salvad á mis hijos! ¿No me oís? ¡Una perra tendria piedod de otra! ¡Hijos míos, hijos míos: están durmiendo! ¡Ah Georgina! desde aquí estoy viendo tu pechito desnudo, amor mio. ¡Renato! ¡Alan! Así se llaman los otros; ya veis que soy su madre. ¡Ah! lo que pasa en estos tiempos es abominable. He caminado dias y noches, por señas que he hablado esta mañana con una mujer. ¡Socorro, socorro! ¡Fuego! ¿Pero sois mónstruos? ¡Esto es un horror! El mayor no tiene cinco años; la niña no llega á dos; veo sus piernecitas desnudas. ¡Duermen, santa Virgen mia! la mano del cielo me los devuelve y la del infierno me los quita. ¡Despues de haber andado tanto! ¡hijos míos, que he criado á mis pechos! ¡Desgraciada de mí, que tanto deseaba hallarlos? Tened compasion de esta pobre madre: quiero mis hijos; que me den mis hijos. Están allí, en medio del fuego. ¡Ah! mirad mis pobres piés cómo chorrean sangre. ¡Socorro! ¡asesinos! Cosas como estas no se han visto nunca. ¡Ah bandidos! ¿Qué especie de casa es esa? ¿me han robado mis niños para matarlos? Jesus mio, yo quiero mis hijos. ¡Oh! ¡no sé lo que haria! No quiero que mueran:

¡socorro, socorro! ¡Oh! si debieran morir así, creo que mataría á Dios.

Al mismo tiempo que las terribles súplicas de la madre, se levantaban voces en la meseta y cerca del barranco gritando:

—¡Una escalera!

—¡No hay escalera!

—¡Agua!

—No hay agua.

—Allá arriba en la torre, en el piso segundo, hay una puerta que da á ese edificio.

—Es de hierro.

—Echadla abajo.

—No es posible.

Y la madre redoblaba sus súplicas desesperadas.

—¡Fuego! ¡socorro! daos prisa, salvad á mis hijos ó matadme. ¡Hijos míos! ¡Mis hijos! ¡Oh qué horrible fuego! ¡que les quiten de ahí! ¡que me les echen por la ventana!

En los intervalos de estos clamores se oían los chasquidos y el tranquilo chisporroteo del incendio.

El marqués tentó su bolsillo y encontró la llave de hierro. Entonces, encorvándose bajo la bóveda por donde se había escapado, entró en el pasadizo del cual acababa de salir.

## II.

### DE LA PUERTA DE PIEDRA A LA DE HIERRO.

Todo un ejército azorado buscando un medio imposible de dominar el incendio; cuatro mil hombres en la impotencia para salvar tres niños: tal era la situación.

En efecto, no había escaleras; la enviada de Javené no había llegado; el fuego se extendía como un cráter que se abre: tratar de extinguirlo con el arroyuelo del barranco, que apenas llevaba agua, era ridículo: habría valido tanto como echar un vaso de agua en un volcán.

Cimourdain, Guechamp y Radoub habian bajado al barranco; Gauvain entre tanto subió á la sala del segundo piso de la Tourgue, donde estaba la piedra giratoria, la salida secreta y la puerta de hierro que daba á la biblioteca. Allí habia estado la mecha azufrada encendida por el Imano y de allí habia partido el incendio.

Gauvain habia llevado consigo veinte zapadores para intentar el último recurso, que era abrir á viva fuerza la puerta de hierro. Estaba horriblemente bien cerrada.

Comenzaron á atacarla á hachazos, pero las hachas se rompian. Un zapador dijo:

—El acero sobre ese hierro es como si fuese de vidrio.

La puerta era en efecto de hierro fundido y estaba cubierta de dos láminas con gruesos clavos, cada una de tres pulgadas de espesor.

Echóse mano de barras de hierro para ver si era posible desquiciarla; pero tambien las barras de hierro se rompieron.

—Lo mismo que si fuesen astillas, dijo el zapador.

Gauvain triste y pensativo murmuró:

—Sólo una bala de cañon podria abrir esta puerta. ¡Si pudiera subirse una pieza!

—¡Y si bastase! dijo el zapador.

Hubo un instante de desaliento general: todos aquellos brazos impotentes se detuvieron; aquellos hombres, mudos, vencidos, consternados, contemplaban la horrible puerta, obstáculo insuperable, por encima de la cual pasaba una reberveracion roja y por detras de la cual crecia el incendio.

El espantoso cadáver del Imano estaba allí, siniestro, victorioso.

Dentro de pocos minutos todo el edificio incendiado iba á hundirse.

¿Qué hacer? No habia esperanza ninguna.

Gauvain exasperado, con la vista fija en la piedra giratoria y en la salida abierta, exclamó:

—¡Y sin embargo por aquí se ha escapado Lantenac!

—Y por aquí vuelve, dijo una voz.

Y una cabeza blanca apareció entre el hueco de las piedras de

la escalera secreta.

Era el marqués.

Muchos años hacia que Gauvain no le habia visto tan de cerca. Al verlo, retrocedió un paso.

Todos los que estaban en la sala quedaron admirados y como petrificados.

El marqués, que llevaba una llave en la mano, hizo retirar con una mirada altiva á los zapadores que estaban al paso, se dirigió rectamente á la puerta de hierro, se encorvó para penetrar en la bóveda y puso la llave en la cerradura. La cerradura rechinó, se abrió la puerta, presentóse á la vista de todos un abismo de llamas y en él entró el marqués.

Entró con pié firme, sin vacilar, con la cabeza erguida.

Todos le siguieron con la vista conmovidos.

Apénas hubo dado algunos pasos en la sala incendiada, el suelo, minado por el fuego y movido por sus pisadas, se hudió detras de él y abrió entre él y la puerta un terrible precipicio. El marqués no volvió siquiera la cabeza, continuó adelante y desapareció entre el humo.

Los que habian presenciado aquella escena no vieron más.

¿Habria podido ir más léjos? ¿Se habria abierto bajo sus piés algun nuevo abismo de fuego? ¿Estaria perdido sin remedio? Nadie podia decirlo: Gauvain y sus soldados no tenian delante mas que una muralla de humo y de llamas. El marqués estaba al otro lado, muerto ó vivo.

### III.

#### DESPIÉRTANSE LOS NIÑOS QUE ESTABAN DORMIDOS.

Entre tanto los niños habian abierto los ojos.

El incendio, que no habia penetrado todavía en la sala de la biblioteca, arrojaba sobre el techo un reflejo sonrosado. Los niños no conocian aquella especie de aurora. Renato y Alan la miraron; Georgina la contempló.

Desplegábanse entónces todos los esplandores del incendio: la hidra negra y el dragon escarlata aparecían en el humo informe, soberbiamente oscuro y rojo. Grandes ráfagas de llamas volaban á lo léjos y rayaban la sombra como si fuesen cometas combatientes que corrieran unos tras otros. El fuego es la suma prodigalidad; los focos de brasas formados por el incendio, son como cofrecitos de joyas que se esparcen al viento: por algo el carbon es idéntico al diamante. En la pared del piso superior se habian hecho grietas por las cuales la brasa vertía sobre el barranco cascada de pedrería; los montones de paja y avena que ardian en el granero comenzaban á salir por las ventanas convertidos en avalanchas de polvo de oro; las avenas parecian amatistas y las pajitas carbunclos.

—¡Bonito! exclamó Georgina.

Todos tres se habian incorporado.

—¡Ah! gritó la madre, se despiertan.

Renato se levantó, y entónces Alan hizo lo mismo y despues Georgina.

Renato estiró los brazos, se acercó á la ventana y dijo:—Hace calor.

—¡Caló! repitió Georgina.

La madre les llamó:

—¡Hijos míos! ¡Renato, Alan, Georgina!

Los niños miraban á un lado y á otro buscando la explicacion de lo que veian. Lo que á los hombres inspira terror, sólo inspira curiosidad á los niños. El que se admira fácilmente, se espanta con dificultad: la ignorancia lleva consigo intrepidez; y los niños tienen tan poco derecho al infierno, que si le vieran, le admirarian.

La madre repitió:

—¡Renato, Alan, Georgina!

Renato volvió la cabeza; aquella voz le sacó de su distraccion: los niños tienen poco caudal de memoria, pero sus recuerdos son rápidos: todo lo pasado es para ellos ayer. Renato vió á su madre, lo cual le pareció muy natural, y rodeado como se hallaba de cosas extrañas, experimentando una vaga necesidad de apoyo, gritó;



—¡Mamá!

—¡Mamá! dijo Alan.

—¡Mamá! dijo Georgina.

Los tres se acercaron á la ventana; por fortuna el incendio no habia llegado por aquella parte todavía.

—Tengo calor, dijo Renato.

Y añadió:

—Esto quema.

Y buscando con la vista á su madre, gritó:

—¡Ven, mamá!

—¡Ven, mamá! repitió Georgina.

La madre, desmelenada, herida, destilando sangre, se habia dejado caer rodando de mata en mata hasta el barranco, donde estaban Cimourdain, Guechamp y Radoub, tan impotentes abajo como Gauvain arriba. Los soldados desesperados y rabiosos contra su propia inutilidad para aquel caso, iban y venian alrededor de los jefes. El calor era insoportable, pero nadie lo advertia: todos miraban la escarpa del puente, la altura de los arcos, la elevacion de los pisos, lo inaccesible de las ventanas y la necesidad de obrar con prontitud. No habia medio de llegar al segundo piso: Radoub, herido de una estocada en el hombro y con una oreja desgarrada, chorreando sangre y bañado en sudor, acudió á sostener á Micaela Flechard.

—¡Calla! dijo; ¡sois la fusilada! ¿Habeis resucitado?

—¡Mis hijos! gritó la madre.

—Justo, respondió Radoub; no tenemos tiempo ahora de pensar en las almas en pena. Y comenzó á escalar el puente; ensayo inútil porque si bien á fuerza de romperse las uñas en la piedra, pudo elevarse algunos instantes, al cabo volvió á caer al suelo, porque las piedras eran lisas, estaban bien colocadas como si fueran nuevas, y no presentaban la menor juntura ni el menor relieve.

El incendio continuaba espantoso; veíanse en el fondo del marco de la ventana, fondo todo rojo, tres cabecitas rubias. Radoub entónces levantó los puños y los ojos al cielo como si buscase á alguno con la vista, y dijo: ¡Oh buen Dios! ¿qué con-

ducta es esa? La madre entre tanto de rodillas abrazada á los pilares del puente, exclamaba: ¡Perdon!

Sordos chasquidos se unian al continuo chisporroteo del incendio: los vidrios de los armarios de la biblioteca saltaban, se hundian y caian con estrépito; la armazon del edificio cedia evidentemente sin que hubiera fuerzas humanas que pudieran evitarlo. Un momento más, y todo iba á perderse en el abismo: no se esperaba ya más que la catástrofe final; oíanse las vocesitas de los niños repetir: ¡Mamá! ¡mamá! y el espanto general habia llegado al parasismo.

De repente apareció en la ventana inmediata á la de los niños, una figura alta destacándose sobre el fondo púrpura del resplandor de las llamas. Un hombre estaba allí, en la sala de la biblioteca, en aquel horno rodeado de fuego. Destacábase su negro perfil sobre la llama, pero tenia los cabellos blancos y todos conocieron al marqués de Lantenac.

El marqués desapareció al momento y luego volvió á aparecer.

El espantoso anciano se asomó á la ventana con una enorme escalera. Era la escalera de salvamento puesta en la biblioteca á lo largo de la pared. El marqués que la habia arrastrado hasta la ventana, la asió por un extremo con la agilidad magistral de un atleta, y la hizo deslizar hasta el barranco apoyada en el reborde exterior. Radoub desde abajo tendió los brazos, recibió el otro extremo de la escalera y gritó: ¡Viva la república!

El marqués respondió:

—¡Viva el rey!

Radoub murmuró:—Puedes gritar lo que quieras y decir barbaridades si se te antoja: en este momento eres un Dios.

Fija la escalera y establecida comunicacion entre el incendio y la tierra, acudieron veinte hombres con Radoub á la cabeza, y en un momento se escalonaron de alto á abajo en todos los peldaños como los albañiles que suben y bajan piedras, quedando sobre la escalera de palo una escalera de hombres. Radoub en el peldaño superior tocaba á la ventana y estaba vuelto de cara al incendio. El pequeño ejército esparcido entre los brezos y las cuestas se agrupó, presa á la vez de todas las emociones, en la meseta, en el barranco y basta en la plataforma de la torre.

El marqués desapareció otra vez y reapareció con un niño en los brazos.

Hubo un aplauso inmenso.

El niño era Alan, el primero que el marqués había asido al acaso.

Alan gritaba:—; Tengo miedo

El marqués lo entregó á Radoub, que le pasó al soldado más inmediato, el cual le puso en manos de otro; y mientras Alan temblando y llorando llegaba de mano en mano al pié de la escalera, el marqués, un momento ausente, volvió á la ventana con Renato que tambien se resistia y lloraba y hasta pegó á Radoub en el momento en que le recogia de los brazos del anciano.

Este volvió á la sala, ya llena de llamas, donde había quedado sólo Georgina. Dirigióse á ella; la niña se sonrió; y aquel hombre de granito sintió en sus ojos una humedad desconocida. ¿Cómo te llamas? preguntó á la niña.

—Orgina, dijo esta.

La tomó en sus brazos, sin dejar ella de sonreir y en los momentos de pasarla á Radoub, aquella conciencia tan altanera y tan oscura experimentó el deslumbramiento que produce la inocencia. El anciano dió un beso á la niña,

—; Es la muñeca! dijeron los soldados, y Georgina á su vez bajó de brazo en brazo hasta el suelo entre gritos de adoracion. Todos palmoteaban, todos aplaudian; los granaderos veteranos sollozaban y ella les miraba y se sonreia:

La madre estaba al pié de la escalera, jadeante, loca, ébria de gozo ante aquella salvacion inesperada, como si la hubieran trasladado en un momento del infierno al paraíso. El exceso de alegría martiriza en cierto modo el corazón. Micaela tendió los brazos, recibió en ellos primero á Alan, despues á Renato y por último á Georgina, les cubrió indistintamente de besos, despues rompió á reir y cayó desmayada.

Levantóse entónces un grito enorme.

—; Todos se han salvado!

Todos en efecto se habían salvado, ménos el anciano.

Pero nadie pensaba en él, ni quizá él mismo.

Permaneció algunos instantes pensativo asomado á la ventana,

como si quisiera dejar al abismo de llamas el tiempo de tomar su partido. Despues, sin apresurarse, lentamente, *altivamente*, pasó una pierna por la ventana, y luego la otra, y sin volverse, recto, erguido, dando las espaldas á los escalones, teniendo detrás de sí el incendio y delante el precipicio, se puso á bajar la escalera en silencio, con una magestad de fantasma. Los que estaban en la escalera se precipitaron abajo: todos los circunstantes se estremecieron, retrocediendo con una especie de horror sagrado delante de aquel hombre que bajaba de lo alto, como delante de una vision. El entre tanto penetraba gravemente en la oscuridad que tenia delante de sí y se acercaba á los soldados á medida que estos retrocedian. Su palidez de mármol no ofrecia un solo pliegue; su mirada de espectro no despedia un solo rayo: á cada paso que daba hácia aquellos hombres cuyos ojos asustados se fijaban en él en las tinieblas, parecia aumentarse su estatura; la escalera temblaba bajo sus piés lúgubres; parecia la estatua del comendador bajando al sepulcro.

Cuando llegó abajo y puso un pié en el último peldaño y luego el otro en tierra. una mano le asió por el cuello. Volvióse.

—Tè declaro preso, dijo Cimourdain.

—Haces bien, dijo Lantenac.



## LIBRO SEXTO.

### DESPUES DE LA VICTORIA VIENE EL COMBATE.

#### I.

##### LANTENAC PRESO.

Era en efecto al sepulcro á donde el marqués habia bajado. Lleváronle al encierro.

Abrióse de nuevo bajo la severa inspeccion de Cimourdain la cripta del piso bajo de la Tourgue; allí pusieron una lámpara, un cántaro de agua, un pan de municion, y un haz de paja y un cuarto de hora despues del momento en que la mano del cura habia asido el cuello del marqués, se cerraba detrás de este la puerta del calabozo.

En seguida Cimourdain marchó á conferenciar con Gauvain. En aquel momento el reloj de la iglesia lejana de Parigné daba las once de la noche. Cimourdain dijo á Gauvain:

—Voy á convocar el consejo de guerra, pero tú no farmarás parte del tribunal, porque eres Gauvain, y Lantenac es tambien Gauvain. Eres un pariente demasiado cercano del reo para ser su juez, y yo creo que Igualdad hizo muy mal en juzgar á Capeto. El consejo se compondrá de tres jueces: un oficial, el capitán Guechamp, un sargento, que será Radoub, y yo como presidente. Tú nada tienes ya que hacer en esto; cumpliremos el decreto de la Convencion, limitándonos á hacer constar la identidad del ex-marqués de Lantenac. Mañana el consejo, pasado mañana la guillotina. La Vendée ha muerto.

Gauvain no contestó una palabra, y Cimourdain, todo absorto en la ocupacion suprema á que iba á entregarse, se separó de su discípulo. Cimourdain tenia todavía que designar las horas y el sitio del juicio y de la ejecucion. Como Lequinio en Granville, como Tallier en Burdeos, Chalier en Lyon y Saint-Just en Estrasburgo, tenia la costumbre, considerada como buen ejemplo, de asistir en persona á las ejecuciones. El Terror de 93 tomado de los parlamentos de Francia y de la Inquisicon de España esa costumbre de hacer que el juez asistiera á ver trabajar al verdugo.

Gauvain estaba tambien absorto en sus pensamientos.

Soplaba un viento frio de la parte del bosque. Gauvain, dejando á Guechamp dar las órdenes necesarias, se dirigia á su tienda, que se levantaba en un prado á la entrada de la espesura al pié de la Tourge; tomó su capote de capucha y se embozó en él. Aquel capote estaba bordado del sencillo galon, que segun la moda republicana, sóbria de ornamentos, era la insignia del jefe superior. Despues empezó á pasear por aquel prado sangriento por donde habia comenzado el asalto. Estaba sólo: el incendio continuaba, aunque ya no ofrecia cuidado alguno. Radoub estaba al lado de los niños y de la madre, mostrándose casi tan tierno como ella; el castillejo del puente se acababa de quemar; los zapadores trataban de limitar la accion del fuego dejándole consumir lo que no se podia salvar; abríanse hoyos para enterrar á los muertos; hacíase la primera cura á los heridos; demoliáse el reducto; desembarazábanse de cadáveres las salas y las escaleras: fregábase el sitio del combate; barriáse el monton de la basura terrible de la victoria; los soldados, en fin, hacian con la acostumbrada rapidez militar lo que puede llamarse la limpieza de la batalla. Gauvain no veia nada de esto.

Apénas, entre las nubes que envolvian su pensamiento, dirigió una mirada al cuerpo de guardia de la brecha, guardia doble por orden de Cimourdain.

Distinguia aquella brecha en la oscuridad á unos doscientos pasos del prado en que se hallaba como refugiado. Veia aquella abertura negra; por ella habia comenzado el ataque hacia tres horas; por ella habia penetrado en la torre; en aquel piso bajo

habia estado el reducto; allí estaba la puerta del calabozo que cerraba al marqués, y la guardia de la brecha estaba precisamente para guardar aquel calabozo.

Al mismo tiempo que sus ojos veian la brecha, sus oidos conservaban todavía, como se conserva el sonido de una campana, el eco fúnebre de estas palabras: “Mañana el consejo, pasado mañana la guillotina.”

El incendio, que estaba ya aislado, y sobre el cual los zapadores lanzaban toda el agua que habian podido proporcionarse, no se extinguia sin resistencia y arrojaba llamas intermitentes; oíanse por instantes el chasquido de los pisos y techumbres y el estruendo que hacian al derrumbarse el uno sobre el otro: torbellinos de chispas volaban como de una antorcha sacudida; una claridad como la del relámpago hacia visible el extremo horizonte, y la sombra de la Tourgue, creciendo súbitamente, se alargaba hasta el mismo bosque.

Gauvain iba y venia á pasos lentos por aquella sombra y delante de la brecha. De cuando en cuando cruzaba las manos por detras de la cabeza, cubierta con el capuchon de campaña. Meditaba.

## II.

### GAUVAIN PENSATIVO.

Su meditacion era insondable.

Acababa de verificarse un cambio visible, una transformacion inaudita.

El marques de Lantenac se habia transfigurado.

Gauvain habia sido testigo de aquella transfiguracion.

Jamás habia creído que pudieran resultar tales cosas de una complicacion, cualquiera que fuese; de accidentes y circunstancias. Jamás, ni aun en sueños, habia pensado que pudiera suceder nada semejante.

Lo imprevisto, ese no sé qué altivo y superior que hace al hom-

bre juguete de sus voluntades, se habia apoderado de Gauvain y le tenia en sus redes.

Gauvain tenia delante de sí la imposibilidad convertida en realidad visible, palpable, inevitable, inexorable.

¿Qué pensaba de todo eso?

No habia medio de buscar un subterfugio: era preciso mirar la situacion de frente y decidir.

Presentábasele una cuestion que resolver y no podia rehuirla.

¿Quién se la presentaba?

Los acontecimientos.

Y no sólo los acontecimientos; porque cuando estos, que son variables, nos presentan una cuestion, la justicia, que es inmutable, nos impone el deber de resolverla.

Detrás de la nube que nos envia su sombra, está la estrella que nos envia su luz.

No podemos evitar ni la luz ni la sombra.

Gauvain estaba sometido á un interrogatorio.

Comparecia delante de uno.

Delante de un ser temible.

Su conciencia.

Gauvain se encontraba vacilante en todo. Sus resoluciones más sólidas, sus promesas hechas con más firmeza de propósito, sus decisiones más irrevocables, todo vacilaba en las profundidades de su voluntad.

Hay temblores de alma como los hay de tierra.

Cuanto más reflexionaba en lo que acababa de ver, más trastornado se sentia.

Gauvain, republicano, creia estar y estaba en lo absoluto; y sin embargo acababa de revelársele un absoluto más superior.

Por encima de lo absoluto revolucionario, estaba lo absoluto humano.

Lo que pasaba no podia ser eludido: el caso era grave; Gauvain estaba en él complicado y no podia evadirse de aquella complicacion, pues aunque Cimourdain le habia dicho: ya no tienes nada que hacer en esto, experimentaba en sí una sensacion como la que puede experimentar el árbol en el momento en que le arrancan de raíz.



Todo hombre tiene una base; conmovida esa base, el hombre no puede ménos de sentir una turbacion profunda; y Gauvain la sentia.

Oprimiase la cabeza con las manos como para hacer brotar de ella la verdad. Concretar la situacion en que se hallaba no era fácil ni mucho ménos agradable. Tenia delante de sí terribles números que sumar: hacer la suma del destino ¡qué vértigo! Procuraba desempeñar tan enorme tarea; trataba de explicársela; se esforzaba por reunir sus ideas, por disciplinar las resistencias que hallaba dentro de sí y por recapitular los hechos.

Exponíalos el exámen de su reflexion.

¿Quién no se ha visto alguna vez en el caso de exponerse á sí propio los hechos, é interrogarse en circunstancias supremas sobre la senda que debe seguir, ya para avanzar, ya para retroceder?

Gauvain acababa de asistir á un prodigio.

Al mismo tiempo que el combate terrestre se habia verificado un combate celeste.

El combate del bien contra el mal.

Un corazon espantoso acababa de ser vencido.

Dado el hombre con toda la maldad que hay en él, con su carácter violento, sus errores, su ceguedad, su terquedad mal sana, su orgullo, su egoismo, Gauvain acababa de asistir á un milagro.

La victoria de la humanidad sobre el hombre.

La humanidad habia vencido al inhumano.

¿Y por qué medio? ¿de qué manera? ¿cómo habia echado por tierra aquel coloso de ira y de odio? ¿qué armas habia empleado para ello? ¿qué máquina de guerra? Una cuna.

Gauvain estaba deslumbrado. En plena guerra social: en plena conflagracion de todas las enemistades y de todas las venganzas; en el momento más oscuro y más furioso del tumulto; á la hora en que el crimen lanzaba todas sus llamas y el odio todas sus tinieblas; en aquel instante de las luchas en que todo se aprovecha como proyectil, en que la confusion del combate es fúnebre que no se sabe donde están ni la justicia, ni la probidad,

ni la verdad; bruscamente, lo desconocido, el monitor misterioso de las almas, acababa de hacer resplandecer, por cima de las claridades y de las lobregueces humanas, la gran claridad eterna.

Por encima del oscuro combate entre lo falso y lo relativo en las profundidades del alma, habia aparecido de improvizo la faz luminosa de la verdad.

Súbitamente habia intervenido la fuerza de los débiles.

Se habian visto triunfantes tres pobres seres apénas nacidos, inconscientes, abandonados, huérfanos, solos, balbucientes, risueños, teniendo contra sí la guerra civil, el talion, la horrible lógica de las represalias, el asesinato, la matanza, el fratricidio, la rabia, el odio, todas las gorgonas en una palabra; se habia visto abortar el plan de un infame incendio, encargado de cometer un crimen; se habian visto desconcertadas y burladas atroces meditaciones; se habian visto desvanecerse y disiparse la antigua ferocidad feudal, el añejo desprecio inexorable, lo pretendida experiencia de las necesidades de la guerra, la razon de Estado, todas las arrogantes preocupaciones de la vejez cruel, ante la mirada de los ojos azules é inocentes de los que todavía no han vivido: cosa natural, pues los que no han vivido no han hecho ningun mal, son la justicia, la verdad, el candor; y en los niños pequeños están como compendiados los inmensos ángeles del cielo.

Espectáculo útil, y al mismo tiempo leccion y consejo. Los combatientes frenéticos de una guerra sin cuartel habian visto levantarse en frente de todos los delitos, de todos los atentados, de todos los fanatismos, del asesinato, de la venganza que atiza las hogueras, de la muerte que llega con la tea en la mano, de la enorme legion de los crímenes, un poder omnipotente: el de la inocencia.

Y la inocencia habia vencido.

Y podia decirse: No, la guerra civil no existe, la barbarie no existe, el odio no existe, el crimen no existe, las tinieblas no existen; para disipar todos esos espectros basta esta aurora: la infancia.

Nunca en ningun cómbate habia sido más visible Satanás, nunca habia sido más visible Dios.

Aquel combate habia tenido por arena una conciencia.

La conciencia de Lantenac.

Y á la sazón comenzaba de nuevo más encarnizado, y más decisivo quizá, en otra conciencia.

La conciencia de Gauvain.

¡Qué campo de batalla es el hombre!

Estamos entregados á esos dioses, á esos mónstruos, á esos gigantes: que se llaman nuestros pensamientos.

Con frecuencia esos terribles beligerantes conculcan nuestras almas.

Gauvain meditaba.

El marqués de Lantenac cercado, bloqueado, condenado, puesto fuera de la ley, oprimido como la fiera en el circo, como el clavo en la tenaza, encerrado en su morada convertida en prision, estrechado por todas partes por un muro de hierro y de fuego, habia conseguido evitar el peligro y escaparse; habia ejecutado la obra maestra más difícil en semejante guerra: la evasión: habia vuelto á tomar posesion de la selva para atrincherarse, del país para combatir, de la oscuridad para desaparecer; habia vuelto á ser el temible guerrillero, el errante siniestro, el capitán de los invisibles, el jefe de los hombres subterráneos, el dominador de las selvas. Gauvain habia conseguido la victoria; pero Lantenac habia obtenido la libertad. Lantenac estaba ya en lugar seguro, tenia delante de sí un campo ilimitado, la elección entre un número infinito de asilos. No era posible prenderle, ni llegar hasta él, ni siquiera saber donde encontrarle. El león habia caído en el lazo, pero se habia escapado.

Pues bien, después de haber logrado su evasión, habia vuelto espontáneamente á etrar en la red.

El marqués de Lantenac, voluntariamente, con ánimo deliberado, por impulso propio, habia abandonado el bosque, la oscuridad, la seguridad, la libertad, para volver á ponerse en el más espantoso peligro, primero precipitándose intrépidamente. segun habia visto Gauvain, entre las llamas del incendio que amenazaban devorarlo, y después bajando aquella escalera que le entregaba á sus enemigos, y que escalera de salvamento para los demás, era para él de perdición.

¿Y para qué habia hecho todo eso?

Para salvar á tres niños.

Y á la sazón ¿qué se iba á hacer con aquel hombre?

Guillotinarlo.

Así, aquel hombre por salvar á tres niños, que no eran ni suyos, ni de su familia, ni de su casta, por tres pobres cualesquiera, tres espósitos, desconocidos, desarrapados, descalzos; así aquel noble, aquel príncipe, aquel anciano, salvado, libertado, vencedor, porque la evasión en tales casos es un triunfo, lo habia arriesgado todo, lo habia comprometido todo, lo habia aventurado todo, y altivamente, al mismo tiempo que devolvía los niños, habia llevado al enemigo su cabeza, le habia ofrecido aquella cabeza hasta entónces temible, entónces ya augusta.

Y sus enemigos ¿qué iban á hacer?

Aceptarla.

El marqués de Lantenac habia tenido la eleccion entre la vida agena y la suya, y en esta suprema alternativa habia elegido su muerte.

Y se trataba de dársela.

Le iban á matar.

¡Que recompensa para su heroismo!

¡Responder á un acto generoso con un acto salvaje!

¡Qué humillacion para la revolucion!

¡Qué rebajamiento para la república!

¡Mientras el hombre de las preocupaciones y de la servidumbre, súbitamente transformado, se reconciliaba con los sentimientos de la humanidad, ellos, los hombres de la libertad y de la emancipacion, permanecian apegados á los sentimientos propios de la guerra civil, á la rutina de la sangre, al fratricidio!

La elevada ley divina de perdon, de abnegacion, de redencion, de sacrificio era reconocida por los soldados del error ¡y no la reconocerian los soldados de la verdad!

¿Por qué no aceptar la lucha en el terreno de la magnanimidad? Por qué resignarse, siendo los más fuertes, á la derrota de mostrarse los más débiles; siendo los vencedores, á la humillacion de ser los verdugos, á la vergüenza de que pudiera decirse que entre las defensores de la monarquía estaban los que exponían su

vida por salvar la de los niños, miéntras que del lado de la república estaban los matadores de ancianos?

Iba á verse á aquel gran soldado, aquel octogenario robusto, aquel combatiente desarmado, robado más que hecho prisionero, preso cuando ejecutaba una accion sublime, como en fragante virtud, amarrado con su permiso, y llevando todavía en la frente el sudor de un graudioso sacrificio, iba á vérsese subir la escalera del cadalso como se suben los grados de una apoteósis. Iba á ponerse bajo el filo de la guillotina aquella cabeza, alrededor de la cual volarian suplicantes las tres almas de los angelitos salvados. Delante de aquel suplico, infamante para los verdugos no para la víctima, iba á verse la sonrisa en los labios de aquel hombre, y el rubor en la faz de la república.

Y esto iba á ejecutarse en presencia de Gauvain, jefe de aquella tropa!

¡Y pudiendo impedirlo, no lo haria! ¡Y se contentaria con aquella despedida altanera: *tú no tienes ya nada que hacer en esto!* ¿No se diria que en semejante easo la ablicacion era complicidad? ¿No reparaba que tratándose de una accion tan enorme, el que la consiente es peor que el que la ejecuta, porque es el más cobarde?

Pero aquella muerte ¿no la habia él prometido? Gauvain, el hombre clemente ¿no habia declarado que Lantenac era una excepcion en su regla de clemencia, y prometido que le entregaria á Cimourdain?

Aquella cabeza era una deuda que él tenia: la pagaba y en paz.

Pero realmente, ¿era la misma cabeza la que él habia prometido?

Hasta aquel momento Gauvain no habia visto en Lantenac mas que al combatiente bárbaro, al fanático de la monarquía y del feudalismo, al matador de prisioneros, al asesino desenfrenado por la guerra, al hombre sangriento. No temia á un hombre semejante: no vacilaba en proscribir á aquel propscriptor; ántes se proponia ser inexorable á su vez con aquel hombre implacable. Así las cosas, nada más sencillo que el procedimiento: el camino estaba trazado y era lúgubrementes fácil de seguir; todo estaba

previsto; se mataría al matador y todo continuaria en la línea recta del horror y de la sangre. Pero impensadamente esa línea recta se habia roto; un recodo imprevisto revelaba un horizonte nuevo; habiase verificado una metamórfosis; entraba en escena un Lantenac inesperado; del mónstruo salia un héroe; y más que un héroe, un hombre, y más que una alma, un carazon. No era un matador el preso, era un salvador. Gauvain estaba aterrado por una corriente de claridad celeste. Lantenac acaba de herirle con un rayo de bondad.

¡Y Lantenac transfigurado no transfiguraría á Gauvain! ¡Cómo! ¡Aquella corriente de luz no tendria su correspondiente! ¡El representante de lo pasado iria delante y el del porvenir se quedaría detras! El hombre de la barbarie y de la supersticion desplegaría súbitamente alas de ángel, se cernería en las alturas y vería arrastrarse bajo sus piés por el fango y la oscuridad al hombre de lo ideal! ¡Gauvain quedaría boca abajo echado en el surco viejo de la ferocidad, miéntras Lantenac recorrería los espacios sublimes de la humanidad!

Ademas, ¿y la familia?

Aquella sangre que iba á derramar, porque dejarla verter era verterla por sí mismo ¿no era sangre de los Gauvain? Su abuelo habia muerto, pero el hermano de su abuelo vivia y era el marqués de Lantenac. El hermano que estaba en la tumba ¿no se levantaria para impedir que su hermano entrase en ella de aquel modo? ¿No ordenaría á su nieto que respetase aquella corona de cabellos blancos, hermana de su propia aureola? ¿Por ventura no se interponia ya entre Gauvain y Lantenac la mirada indignada de un espectro?

¿Acaso la revolucion tenia por objeto desmoralizar al hombre? ¿Se habia hecho la tal revolucion para destruir la familia y ahogar los sentimientos de la humanidad? Lejos de eso, los sucesos de 1789 habian surgido para afirmar aquellas realidades supremas y no para negarlas. Destruir fortalezas y prisiones como la Bastilla era libertar á la humanidad; abolir el feudalismo, era fundar la familia. Siendo el autor el punto de partida de la autoridad, y estando la autoridad incluida en el autor, no hay más autoridad, que la paternidad; de aquí la legitimidad de la abeja-reina, que

procrea su pueblo y que siendo madre es reina; de aquí el absurdo del rey-hombre que no siendo padre no puede ser señor; de aquí la necesaria supresion del rey; de aquí la república. ¿Y qué viene á ser todo esto? La familia, la humanidad, la revolucion. La revolucion es el advenimiento de los pueblos; y en el fondo el Pueblo es el Hombre.

Tratábase de saber si cuando Lantenac acababa de volver al seno de la humanidad, Gauvain debia por su parte volver al seno de la familia.

Tratábase de saber si el tio y el sobrino debian reunirse en la luz superior ó si á un progreso del tio habia de responder un retroceso del sobrino.

La cuestion, en este debate patético de Gauvain con su conciencia, llegaba á presentarse en estos términos, y la consecuencia que por sí misma se desprendia de ellos era: salvar á Lantenac.

Sí, ¿pero y la Francia?

Aquí el vertiginoso problema cambiaba bruscamente de faz.

¡Cómo! ; la Francia estaba casi en el último trance; la Francia se encontraba entregada, abierta á sus enemigos, desmantelada; no tenia un foso porque la Alemania pasaba el Rhin; no tenia un muro porque la Italia atravesaba los Alpes y la España los Pirineos; no le quedaba mas que el grande abismo del Oceano! Tenia á su favor ese abismo; en él podia apoyarse como gigante y con el auxilio de todo el mar combatir á toda la tierra: situacion, si se sostenia, completamente inexpugnable. Pero no, esa situacion no iba á poder sostenerse; el Oceano no iba á pelear en su favor: en él estaba Inglaterra, y aunque Inglaterra no sabia cómo atravesarlo, habia en Francia un hombre dispuesto á construirle un puente, á tenderle una mano, á decir á Pitt, á Craig, á Dundas, á los piratas: ; venid! á gritar: ; Inglaterra, toma la Francia! y ese hombre era el marqués de Lantenac!

Y el marqués de Lantenac estaba preso. Despues de tres meses de persecucion encarnizada se le habia capturado al fin. La mano de la revolucion se habia abatido sobre aquel maldito: la garrá del 93 se habia apoderado del cuello del matador realista, y por uno de esos efectos de la premeditacion misteriosa que desde

lo alto interviene en las cosas humanas, aquel parricida esperaba su castigo encerrado en el calabozo de su propia casa solariaga. El hombre feudal estaba en el feudal calabozo del olvido; las piedras de su castillo se erguian contra él y se cerraban sobre él; aquel que queria entregar á su país era entregado por su propia casa. Dios habia preparado visiblemente todos estos sucesos; habia sonado la hora de la justicia; la revolucion habia hecho prisionero á aquel enemigo público; no podia ya combatir, ni luchar, ni hacer daño; y como en aquella Vendée, donde habia tantos brazos, era él la única cabeza, concluyendo con él se concluía con la guerra civil. Estaba preso: desenlace trágico y feliz despues de tanta sangre y carnicería: allí estaba el que á tantos habia dado muerte, y le habia llegado su vez de morir.

¡ Y habría quien se atreviera á salvarlo !

Cimourdain, es decir 93, tenia en sus garras á Lantenac, es decir á la monarquía, ¡ y habría quien se atreviera á sacar semejante presa de aquellas garras de bronce ! Lantenac, el hombre en quien se concentraba aquel haz de plagas que se llama lo pasado, el marqués de Lantenac estaba en el sepulcro; la pesada puerta eterna se habia cerrado detrás de él, ¡ y habría quien se atreviese desde afuera á descorrer el cerrojo ! Aquel malhechor social estaba muerto y con él habian muerto la rebelion, la lucha fratricida, la guerra bestial ¡ y habría quien osase resucitarlo !

¡ Oh cómo se reiría aquella cabeza de muerto !

¡ Cómo diría aquel espectro: muy bien, ya estoy vivo, imbéciles !

¡ Cómo volvería á emprender su horrible ocupacion ! ¡ Cómo se sumergiría de nuevo, implacable y gozoso, en el piélago del ódio y de la guerra ! ¡ Cómo desde el siguiente dia volverían á verse casas quemadas, prisioneros pasados á cuchillo, heridos acabados de matar, mujeres fusiladas !

Y al cabo, ¿ no exageraba Gauvain el mérito de esa accion que tanto le fascinaba ?

Tres niños estaban perdidos, y Lantenac les habia salvado.

¿ Pero quién les habia perdido primero ?

¿ No era Lantenac ?



¿Quién habia expuesto aquellas cunas á quemarse en aquel incendio?

¿No era el Imano?

¿Y quién era el Imano?

El teniente del marqués.

El responsable es el jefe.

Así, pues, el incendiario, el asesino era Lantenac.

¿Qué habia hecho que fuese tan admirable?

No haber persistido en su primer intento, y nada más.

Despues de haber preparado el crimen habia retrocedido; se habia causado horror á sí mismo. El grito de la madre habia despertado en él ese fondo de antigua conmiseracion humana, especie de depósito de la vida universal que existe en todas las almas, aun las más depravadas. Al oír aquel grito habia retrocedido; de la sombra en que estaba envuelto habia salido á la luz. Despues de haber construido el crimen lo habia deshecho; todo su mérito estaba en no haber sido monstruo hasta el fin.

¡Y por tan poco se le habia de dar todo! ¡Habian de dársele el espacio, los campos, las llanuras, el aire, la luz, el bosque, del cual usaria para el bandolerismo, la libertad, de la cual se valdria para imponer la servidumbre, la vida, que emplearia en llevar por todas partes la muerte!

En cuanto á tratar de entenderse con él; en cuanto á entrar en pactos con aquel carácter altanero; en cuanto á ofrecerle la libertad bajo condiciones; en cuanto á preguntarle si consentiria al precio de su vida en abstenerse para en adelante de toda hostilidad y de toda rebelion ¡qué falta no sería hacer semejante oferta! ¡qué ventaja no le daría! ¡Con qué desden la recibiría y como abofetearia la pregunta con su respuesta! ¡Con qué altivez diria: guardaos para vosotros esa bondad y matadme!

Nada podia hacerse, realmente, con aquel hombre mas que matarlo ó darle libertad. Era un hombre cortado á pico: estaba siempre dispuesto á remontar el vuelo ó á sacrificarse; era para sí mismo águila y precipicio: carácter singular.

¿Matarlo? ¡qué ansiedad! ¿Darle libertad? ¡qué responsabilidad!

En salvo Lantenac, habria que volver á empezar con la Vendée como con la hidra miéntras no se le ha cortado la última cabeza.

En un momento, y con una rapidez de meteoro, toda la llama extinguida con la desaparicion de aquel hombre se encenderia de nuevo. Lantenac no se daria punto de reposo miéntras no hubiese realizado su plan execrable de poner como losa de una tumba la monarquía sobre la república y la Inglaterra sobre la Francia. Salvar á Lantenac era sacrificar á la Francia; la vida de Lantenac era la muerte de multitud de seres inocentes, hombres, mujeres, niños, envueltos otra vez en la guerra doméstica: era el desembarco de los ingleses, el retroceso de la revolucion, el saqueo de las ciudades, el destrozo del pueblo, la efusion de sangre bretona, la presa devuelta á las garras de que se habia libertado. Y Gauvain, en medio de todo linage de resplandores inciertos y de evidencias en sentidos contrarios, veia dibujarse vagamente en su imaginacion y establecerse en su mente este problema: dar libertad al tigre.

Pero aquí reaparecia la cuestion bajo su primer aspecto: la piedra de Sisifo, que no es mas que la lucha del hombre consigo mismo, volvia á caer apénas habia llegado á la cima: Lantenac, ¿era verdaderamente un tigre?

Quizá lo habia sido; ¿pero lo era todavía? Gauvain experimentaba la influencia de esas curvas vertiginosas de la reflexion, que volviendo en espiral sobre sí mismas, dan al pensamiento la forma de una culebra enroscada. Al fin y al cabo, bien examinadas todas las circunstancias, ¿podian negarse el sacrificio de Lantenac, su estóica abnegacion, su desinterés sublime? ¡Cómo! ¿en presencia de las abiertas fauces de la guerra civil dar un solemne testimonio de humanidad; en el conflicto entre verdades inferiores intervenir con una verdad superior; probar que por encima de las monarquías, por encima de las revoluciones y sobre las cuestiones terrestres están el inmenso enterpecimiento del alma humana, la proteccion debida por los fuertes á los débiles, la salvacion debida por los que están en salvo á los que están perdidos, la paternidad debida por todos los ancianos á todos los niños; probar esas cosas magnificas con el don de su cabeza; ser general y renunciar á la estrategia, á las batallas, al desquite de las derrotas; ser realista, tomar una balanza, poner en uno de sus platillos el rey de Francia, una monarquía de quince siglos, el

restablecimiento de las antiguas leyes, la restauracion de la sociedad antigua, y poner en el otro tres niños hijos de un aldeano cualquiera y encontrar que el rey, el trono y los quince siglos de monarquía pesan ménos que aquellos tres inocentes; todo esto no seria nada! ¡Cómo! ¡el que habia hecho esto seguiria siendo tigre y deberia ser tratado como una fiera! No, no; no era un monstruo el hombre que acababa de iluminar con el resplandor de una accion divina el precipicio de las guerras civiles: el porta-espada se habia metamorfoseado en porta-luz; el Satanás infernal habia vuelto á ser Lucifer celeste. Lantenac se habia redimido de todos sus actos de barbarie por un acto de sacrificio; perdiéndose materialmente se habia salvado moralmente: habia recobrado la inocencia; habia firmado su propio perdon. ¿Por ventura no existe el derecho de perdonarse á sí mismo? En adelante era, pues, venerable.

Lantenac acababa de mostrarse extraordinario. Tocaba ahora el turno á Gauvain.

Gauvain estaba encargado de darle una respuesta adecuada.

La lucha de las pasiones buenas con las malas creaba el caos en aquel momento; Lantenac dominando el caos, habia desprendido de él la luz de la humanidad: tocaba ahora á Gauvain desprender la luz de la familia.

¿Qué debia hacer?

¿Iba á burlar la confianza de Dios?

No, murmuró para sí: salvemos á Lantenac.

¡Ah! muy bien; anda, sirve á los ingleses; deserta, pásate al enemigo; sirve á Lantenac y haz traicion á la Francia.

Y al hacer esta reflexion temblaba.

Tu solucion no es solucion, ¡oh soñador!

Gauvain veia en la sombra la siniestra sonrisa de la esfinge.

Aquella situacion moral era una especie de encrucijada terrible, á donde las verdades combatientes venian á parar y á ponerse frente á frente, y donde se miraban de hito en hito las tres ideas superiores del hombre: la humanidad, la familia, la patria.

Cada una de ellas tomaba á su vez la palabra y cada una á su vez tenia razon. ¿Cómo escoger? Cada cual parecia haber hallado el punto de enlace de la prudencia y de la justicia y le de-

cia: haz esto.—¿Es eso lo que debo hacer?—Sí.—No.—El raciocinio le decia una cosa; el sentimiento decia otra: los consejos se contradecian recíprocamente. El raciocinio no es mas que la razon; pero el sentimiento es muchas veces la conciencia; el uno viene del hombre: el otro tiene procedencia más alta.

Por eso el sentimiento tiene ménos claridad y más poder.

¡Qué fuerza, sin embargo, la de la razon severa!

Gauvain vacilaba.

¡Terrible perplejidad!

Dos abismos se abrían á sus piés; perder al marqués ó salvarlo. Era preciso precipitarse en el uno ó en el otro.

¿En cuál de los dos estaba el deber?

### III.

#### EL CAPUCHON DEL JEFE.

Era en efecto el deber lo que habia que buscar.

El deber se alzaba siniestro delante de Cimourdain, formidable delante de Gauvain.

Sencillo delante del uno: múltiple, diverso, tortuoso delante del otro.

Dieron las doce de la noche y luego la una de la madrugada.

Gauvain, sin advertirlo, se habia acercado insensiblemente á la entrada de la brecha.

El incendio, que iba extinguiéndose, no arrojaba ya mas que una reberveracion difusa.

La meseta al otro lado de la torre recibia el reflejo de aquella reverberacion y se hacia visible ó se ocultaba segun que el humo cubria ó no el resplandor del fuego. Este, reavivado á veces para apagarse despues, con las alternativas de luz y oscuridad cambiaba las proporciones de los objetos y daba á los centinelas del campamento aspecto de larvas. Gauvain, en medio de su meditacion, contemplaba vagamente aquellas alternativas de humo cubriendo el resplandor y de resplandor disipando el

humo. A sus ojos semejantes apariciones y desapariciones sucesivas de la luz tenían cierta analogía con las apariciones y desapariciones de la verdad en su ánimo.

De improviso, entre dos torbellinos de humo, una chispa desprendida del foco decreciente del incendio, voló por el aire alumbrando con viva claridad lo alto de la meseta y dejando ver el perfil rojo de un carro, rodeado de ginetes que llevaban tricorrios de gendarmes. Parecióle que era la carreta que el anteojo de Guechamp le había mostrado en el horizonte pocas horas ántes de ponerse el sol. Varios hombres en ella al parecer ocupados en descargarla. Lo que sacaban parecía pesado y de cuando en cuando sonaba á hierro, era difícil decir lo que era, aunque parecía como maderos para un andamio. Dos de aquellos hombres bajaron y pusieron en tierra un cajon que á juzgar por su forma debia contener un objeto triangular. La chispa se extinguió; todo volvió á la oscuridad; pero Gauvain continuó pensativo con la vista fija en la direccion de aquel punto oscuro.

Habíanse encendido faroles, y muchos hombres iban y venian por la meseta; pero sus formas se distinguian muy confusamente, y además Gauvain desde abajo y al otro lado del barranco, no podia ver sino lo que estaba precisamente al borde de la meseta.

Oía tambien voces de gente que conversaba; pero no percibia las palabras. Aquí y allá sonaban golpes sobre la madera y un rechinamiento metálico como el que produce una hoz cuando se afila.

Dieron las dos.

Gauvain, lentamente y como el que de buena gana daria dos pasos adelante y tres hácia atras, se dirigió á la brecha. Al acercarse, el centinela, conociendo en la penumbra el capote y el capuchon galoneado del comandante, puso arma al hombro. Gauvain penetró en la sala del piso bajo transformada en cuerpo de guardia. Pendia un farol de la bóveda, que daba la luz escasamente necesaria para poder atravesar la sala sin pisar á los de la guardia que estaban tendidos sobre paja, la mayor parte durmiendo.

Allí estaban echados aquellos hombres: habian peleado pocas horas ántes; la metralla, mal barrida y esparcida bajo sus cuer-

pos en granos de plomo y hierro, les incomodaba un poco para dormir; pero estaban fatigados y descansaban. Aquella sala habia sido el teatro horrible de la lucha; allí habia comenzado el ataque; allí se habian oido rugidos, juramentos, golpes, rechinar de dientes y de aceros; allí se habia matado y se habia muerto; muchos de sus compañeros habian sucumbido en aquel suelo en que á la sazón dormian; la paja que les conciliaba el sueño bebia al mismo tiempo la sangre de sus camaradas; pero ya todo habia concluido; la sangre habia cesado de correr, se habian limpiado los sables; los muertos, muertos estaban, y los hombres de la guardia reposaban tranquilos. Tal es la guerra: y despues, mañana, todo el mundo dormirá el mismo sueño.

Al entrar Gauvain, algunos de los que estaban tendidos sobre la paja se levantaron, entre ellos el jefe del puesto. Gauvain le designó la puerta del calabozo.

—Abrid, le dijo.

Descorriéronse los cerrojos y se abrió la puerta.

Gauvain entró en el calabozo

La puerta se cerró detrás de él.

## LIBRO SEPTIMO.

### FEUDALISMO Y REVOLUCION.

#### I.

##### EL ABUELO.

Habia una lámpara en la losa de la cripta, al lado de la trampa cuadrada del pozo del olvido.

Veíanse también sobre las losas el cántaro de agua, el pan de municion y el haz de paja. Estando abierta la cripta en la roca, el preso que hubiera tenido el capricho de prender fuego á la paja habría perdido su trabajo, pues no habia peligro de incendio para la prision y lo habia seguro de asfixia para el preso.

En el instante en que giró la puerta sobre sus goznes se hallaba el marqués paseando de un lado á otro de su calabozo: vaiven maquinal propio de todas las fieras enjauladas.

Al ruido que hizo la puerta al abrirse y cerrarse, volvió la cabeza, y la lámpara que estaba en el suelo entre él y Gauvain iluminó plenamente el rostro de aquellos dos hombres.

El marqués con risa sardónica exclamó:

—Buenas noches, señor vizconde, muchos años hace que no he tenido el gusto de veros. Gracias por el favor que me haceis

en visitarme; cabalmente estaba deseando tener con quien hablar un poco, pues os confieso que empezaba á aburrirme. Vuestros amigos pierden el tiempo con todas esas ceremonias de identificacion de personas y consejos de guerra; eso es largo; yo terminaria pronto el negocio.

Estoy aquí en mi casa; tomaos la molestia de pasar adelante. ¿Qué me decís de todo lo que ocurre? Es original, ¿no es verdad? Teníamos un rey y una reina; el rey era el rey; la reina era la Francia. Han cortado le cabeza al rey y han casado á la reina con Robespierre. Este caballero y aquella señora han tenido una hija que se llama Guillotina, á la cual parece que voy á ser presentado mañana. Lo celebraré mucho, lo mismo que celebro el veros. ¿Venís para eso? ¿Habeis ascendido? ¿Seriais ya por ventura verdugo? Si es una simple visita de amistad, lo agradezco en el alma. Señor vizconde, vos quizá no sabeis lo que es un noble: pues bien, aquí teneis uno, soy yo, miradlo: es cosa curiosa. Cree en Dios, cree en la tradicion, cree en la familia, cree en sus abuelos, cree en el ejemplo de su padre, en la fidelidad, en la lealtad, en el deber para con su príncipe, en el respeto á las antiguas leyes, á la virtud, á la justicia. Tened la bondad de sentaros; en el suelo, es verdad, porque no hay sillones en esta sala, pero él que vive en el fango bien puede sentarse en el suelo. No lo digo por ofenderos porque lo que nosotros llamamos cieno vosotros lo llamais nacion. Supongo que no exigireis que yo me ponga á gritar Libertad, Igualdad, Fraternidad. Este es un antiguo encierro de mi casa: ántes los señores ponian aquí á la canalla; ahora la canalla trae aquí á los señores, y estas tonterías se llaman revolucion. Parece que me cortarán la cabeza de aquí á treinta y seis horas: no veo en ello inconveniente; pero si hubiese un poco de cortesía me habrian enviado mi caja de rapé, que está allá arriba en la sala de los espejos, donde habeis jugado tanto cuando niño y donde os he hecho brincar sobre mis rodillas. Ahora voy á deciros una cosa: os llamais Gauvain, y lo más estraño es que teneis sangre noble en las venas, pardiez la misma sangre que yo, y sin embargo esa sangre que hace de mí un hombre de honor, hace de vos un tuno: ¿qué cosas tan particulares suceden! Me direis que no es culpa vuestra; pero



tampoco lo es mía. ¡Pardiez! se puede ser malhechor sin saberlo y eso consiste en el aire que se respira. En tiempos como los nuestros nadie es responsable de lo que hace: la revolucion es sólo la gran canalla que asume toda la responsabilidad, y vuestros grandes criminales son todos grandes inocentes. ¡Qué estúpidos! Principiando por vos, permitid que os admire. Sí, yo admiro á un muchado como vos, que siendo hombre de calidad, de buena posicion en el Estado, con una gran sangre que poner al servicio de las grandes causas; que siendo vizconde de esta Torre Gauvain y príncipe de Bretaña; que pudiendo ser duque por derecho y par de Francia por herencia, lo cual es casi todo lo que puede desear en este mundo un hombre sensato, se divierte, siendo lo que es, en ser lo que sois vos, hasta el punto de ser considerado por sus enemigos como un facineroso y por sus amigos como un imbécil. A propósito, dad muchas expresiones de mi parte al señor cura Cimourdain.

El marqués hablaba con facilidad, con serenidad, sin alterarse, sin acentuar nada, con su voz de buena sociedad, su mirada límpida y tranquila y teniendo las manos en los bolsillos de la chupa. Aquí se detuvo, respiró con fuerza y continuó:

—No os ocultaré que he hecho lo que he podido por mataros. Aquí donde me veis, tres veces he dirigido yo mismo la puntería del cañon contra vos: proceder descortés, lo confieso, pero es locura imaginar que en guerra el enemigo os haya de tratar con cortesía y procurar haceros favores. Porque estamos en guerra, señor sobrino, guerra á sangre y fuego. Verdad es que nos han muerto al rey. ¡Bonito siglo

Detúvose otra vez y luego prosiguió:

—¡Cuando pienso que nada de esto habria sucedido si se hubiera ahorcado á Voltaire y echado á Galeras á Rousseau! ¡Ah! los literatos ¡qué plaga! Pero veamos, ¿de qué acusais á esta monarquía? Es verdad que envió al abad Pucelle á su abadía de Corbigny, dejándole la eleccion del carruaje y el tiempo que quisiera para el camino; y en cuanto á vuestro M. Titon, que habia sido, con vuestro perdon, un hombre licencioso y que pasaba por las casas de prostitucion ántes de ir á ver los milagros del diácono de París, se le trasladó del castillo de Vincennes al de Ham en

Picardía, que por cierto, lo confieso, es bastante malo. Tales son los agravios que hizo la monarquía; lo recuerdo perfectamente, y yo me he quejado y he gritado contra ellos en mi tiempo: yo he sido tan estúpido como vos.

El marqués tentó su bolsillo como si buscara la caja de rapé y prosiguió:

—Pero no tan perverso. Hablábamos por hablar. Había también la sedición de los informes, dictámenes, reclamaciones; después vinieron los señores filósofos, se quemaron los escritos en vez de quemar á los autores; se mezclaron en esto las cabalas de la corte; llegaron todos esos majaderos de Turgot, Quesnay, Malherbes, los fisiócratas etc., y comenzó la pelotera: todo por culpa de los escritoruelos y poetastros. ¡La Enciclopedia! ¡Diderot! ¡d'Alembert! ¡Ah belitres! Y que un hombre bien nacido como aquel rey de Prusia cayese en semejante lazo! Por mi parte habría suprimido todos los emborronadores de papel. ¡Ah! nosotros éramos justicieros: con nosotros no se jugaba; aquí están todavía en la pared las señales de las ruedas para descuartizar. En nuestro tiempo esa genticilla de pluma no tenía cabida. Mientras haya Arouets, habrá Marats; mientras haya botarates que hagan garabatos en el papel, habrá miserables que asesinen; mientras haya tinta, habrá negrura; mientras la mano del hombre maneje la pluma de ganso, las necedades frívolas engendrarán barbaridades atroces. Los libros son los que dan origen á los delitos: la palabra quimera tiene dos sentidos: sueño y monstruo. ¡Y que afición á los logogrifos y las palabras huecas! ¿Qué quereis decirnos con eso de derechos? ¡Derechos del hombre! ¡derechos del pueblo! Todo eso es por demas hueco, retumbante, oscuro, imaginario, vacío de sentido. Cuando yo digo: Havoisa, hermana de Conan II, aportó en dote el condado de Bretaña á Hoel, conde de Nantes y de Cornwell, que dejó el trono á Alan Fergant, tio de Berta, la cual casó con Alan el Negro, señor de la Roche-sur-Yon y tuvo de él á Conan el Menor, abuelo de Guido ó Gauvain de Thouars nuestro antepasado, digo una cosa clara que establece un derecho. Pero vuestros tunos, vuestros perdidos, vuestra canalla ¿á que llaman sus derechos? Al deicidio y al regicidio. Eso es hediondo: ¡ah pillería indigna!

Lo siento por vos, señor vizconde; pero sois de esa orgullosa sangre de Bretaña: vos y yo descendemos de nuestro abuelo Gauvain de Thouars; tenemos entre nuestros antepasados aquel gran duque de Montbazou que fué par de Francia y condecorado con el collar de las órdenes, que atacó el arrabal de Tours y fué herido en la batalla de Arqués, y murió en su casa de Couzieres, en Turena, á la edad de ochenta y seis años, siendo á la sazón montero mayor de Francia. Podría citaros tambien al conde de Laudonois, hijo de la señora de la Garnache, á Claudio de Lorena, duque de Chevreuse, á Enrique de Lenoncourt y á Francisco de Laval-Boisdauphin. ¿Pero á qué? El señor vizconde tiene el honor de ser idiota y se empeña en ser igual á mi palafrenero. Sabed, caballero que cuando estábais todavía en mantillas ya era yo viejo; os he limpiado los mocos muchas veces y aun podría limpiároslos. Al crecer habeis encontrado medio de empequeñeceros.- Desde que no nos hemos visto cada cual ha tirado por su lado, yo hácia el lado de la probidad, vos en sentido opuesto. ¡Ah! no sé en qué podrá venir á parar todo esto; pero la verdad es que vuestros amigos son grandes miserables. ¡Oh! ¡pero el progreso! Sin duda, el progreso es magnífico, lo confieso: en el ejército se ha suprimido la pinta de agua que se hacia beber por tres dias consecutivos al soldado borracho; tenemos además el máximum, la Convencion, el obispo Gobel, el señor Chaumette y el señor Hebert, y se extermina sin excepcion todo lo pasado desde la Bastilla hasta el almanaque. Se sustituye á los santos con legumbres: bueno, señores ciudadanos, disponed como amos, reinad, mandad á vuestras anchas, holgaos, no tengais escrúpulo de nada; no podreis impedir que la religien sea la religion, que la monarquía llene quince siglos de nuestra historia y que la antigua nobleza francesa, aun decapitada, sea mucho más alta que vosotros. En cuanto á vuestras argucias sobre el derecho histórico de las razas régias, las miramos con desprecio. Chilperico era un fraile llamado Daniel; fué Reinfroy quien inventó á este Chilperico para fastidiar á Cárlos Martel: sabemos eso tanto ó mejor que vosotros, pero no se trata de eso. La cuestion es esta: existia un gran reino, la antigua Francia, país magnificamente arreglado y regido, donde se consideraba primeramente la perso-

na sagrada del monarca, señor absoluto del Estado; despues venian los dignatarios de la corona en los ejércitos de mar y tierra, en la artillería y en la direccion y superintendencia de hacienda; despues la justicia soberana y subalterna, seguida de la administracion de las gabelas y de las rentas generales. y en fin la administracion política del reino en sus tres brazos. Pues bien, esto tan bello y tan notablemente ordenado lo habes destruido vosotros. Habeis destruido las provincias como miserables ignorantes, sin comprender lo que eran las provincias. El genio de la Francia está compuesto del genio mismo del continente; y cada una de las provincias de Francia representaba una virtud de Europa. Teníamos la franqueza alemana en Picardía: la generosidad de la Suecia en la Champaña; la industria holandesa en la Borgoña; la actividad polaca en el Languedoc; la gravedad española en la Gascuña: la prudencia italiana en la Provenza; la sutileza griega en la Normandia: la fidelidad suiza en el Delfinado. Vosotros, que ignorábais todo esto, habeis roto y despedazado y demolido á tontas y á locas y os habeis quedado tan frescos, como verdaderos animales. ¡Ah! no quereis tener nobles. ¡Pues bien, no los tendreis; pero cubríos de luto por su falta, porque no tendreis paladines; no tendreis héroes. Despedios de las grandezas antiguas y buscadme un d'Assas en la época presente. ¡Todos teneis miedo de perder el pellejo; no tendreis caballeros de Fontenoy, que saludaban ántes de matar; no tendreis combatientes con medias de seda como en el sitio de Lérida; no tendreis esas grandes batallas en que los penachos atravesaban el campo como meteoros sois un pueblo degradado; sufrireis la violencia que se llama invasion; si volviese Alarico, no hallaria un Clodoveo que se le opusiera; si volviese Abderramen, no hallaria un Cárlos Martel que le disputara el paso; si volviesen los sajones no hallarian en frente de sí ningun rey Pipino; habrán acabado para vosotros los dias de Agnadel, Rocroy, Lens, Staffarde, Nerwinde, Steingerque, la Marsaille, Raucoux, Lawfeld, Mahon; no tendreis otro Marignan ni otro Francisco I; no tendreis otro Bouvines ni otro Felipe Augusto haciendo prisioneros con una mano á Renaldo conde de Boloña y con otra á Ferrando conde de Flandes. Tendreis un Azincourt, pero sin el señor de Bacqueville, el gran

porta-oriflamma, para hacerse matar envuelto en su bandera. ¡Adelante! ¡continuad vuestra obra; sed hombres nuevos: empequeñeceos!

El marqués calló un momento, y luego añadió:

—Pero dejadnos á nosotros ser grandes. Matad á los reyes, matad á los nobles, matad á los sacerdotes, destruid, arruinad, asesinad, conculcad; poned las máximas antiguas bajo el tacon de vuestras botas; pisotead el trono, patead el altar, aplastad á Dios y bailad encima; ese es vuestro oficio. Sois traidores y cobardes, incapaces de sacrificio y de abnegacion. He dicho: ahora hacedme guillotinar, señor vizconde: tengo la honra de ser vuestro servidor.

Hubo una pausa y por último exclamó:

—¡Ah! os digo verdades que os amargarán; ¿pero qué me importa? Ya estoy muerto.

—Estais libre, dijo Gauvain.

Y adelantándose hácia el marqués, se quitó el capote de comandante, le echó sobre los hombros del anciano y le bajó el capuchon hasta los ojos. Los dos eran de la misma estatura.

—¿Qué haces? dijo el marqués.

Gauvain levantó la voz y gritó:

—Teniente, abrid.

Abrióse la puerta.

Gauvain volvió á decir en voz alta:

—Tened cuidado de cerrar bien la puerta cuando yo salga.

Y empujó hácia afuera al marqués estupefacto.

La sala baja transformada en cuerpo de guardia no estaba iluminada sino por un farol de cuerno que daba una luz confusa y en realidad más sombra que luz. En aquella semi-oscuridad, los soldados que no dormían vieron atravesar la sala dirigiéndose á la brecha un hombre de elevada estatura con el capote galoneado del jefe: hicieron el saludo militar y el hombre pasó.

El marqués lentamente atravesó el cuerpo de guardia y despues la brecha, no sin chocar con la cabeza de las piedras superiores; y salió al aire libre.

El centinela, creyendo que era Gauvain, echó arma al hombro.

Cuando estuvo fuera, teniendo á sus piés la yerba de los cam-

pos, á doscientos pasos la selva y delante de sí el espacio, la noche, la libertad, la vida, se paró, y permaneció un momento inmóvil, como hombre que ha dejado hacer, que ha cedido á la sorpresa y que habiendo aprovechado la ocasion de una puerta abierta, se pregunta si ha obrado bien ó mal, vacila ántes de proseguir adelante y da audiencia á sus últimos pensamientos. Al cabo de algunos segundos de meditacion atenta, levantó la mano derecha, acercó el dedo del corazon al pulgar, dió un castañetazo, y exclamó:

—¡Pardiez!

Y se alejó de aquel sitio.

La puerta del calabozo se habia vuelto á cerrar, dejando dentro á Gauvain.

## II.

### EL CONSEJO DE GUERRA.

Por aquel tiempo en los consejos de guerra todo se hacia casi arbitrariamente. Dumas, en la asamblea legislativa habia bosquejado un proyecto de legislacion militar, que fué corregido despues por Talot en el consejo de los Quinientos; pero código definitivo para los consejos de guerra no se redactó hasta la época del imperio. Aquí diremos, entre paréntesis, que es tambien de la época del imperio la obligacion impuesta á los tribunales militares de empezar las votaciones por los jueces de grado inferior. Durante la revolucion, esta ley no existia.

En 1793 el presidente de un tribunal militar era por sí solo casi todo el tribunal: elejia los vocales, clasificaba el orden de grados, arreglaba la emision de votos; era el amo al mismo tiempo que juez.

Cimourdain habia designado para pretorio del consejo de guerra la misma sala del piso bajo donde habia estado el reducito y donde estaba entónces el cuerpo de guardia. Quería abreviarlo todo, lo mismo el camino de la prision al tribunal que el trayecto del tribunal al patíbulo.

A las doce de la mañana, con arreglo á sus órdenes, se reunió el consejo con el aparato siguiente: tres sillas de paja, una mesa de pino, dos velas encendidas y un taburete delante de la mesa.

Las sillas eran para los vocales del consejo, y el taburete para el acusado. A los dos extremos de la mesa había otros dos banquillos, el uno para el auditor, que era un furriel, y el otro para el escribano, que era un cabo.

Sobre la mesa había una barra de lacre encarnado, un sello de cobre de la República, dos escribanías, varios cuadernillos de papel blanco y dos carteles impresos y extendidos, uno de los cuales contenía el bando, poniendo á Lantenac y sus secuaces fuera de la ley, y el otro el decreto de la Convencion.

Detrás de la silla del centro había un pabellon de banderas tricolores: en aquellos tiempos de ruda sencillez, el aparato de cualquier ceremonia se arreglaba pronto, y se necesitaba muy poco tiempo para convertir un cuerpo de guardia en tribunal de justicia.

La silla de en medio destinada al presidente, daba frente á la puerta del calabozo.

El público se camponia de soldados.

Dos gendarmas se situaron uno á cada lado del taburete.

Cimourdain se sentó en la silla de en medio, teniendo á su derecha al capitán Guechamp, primer juez, y á su izquierda el sargento Radoub, segundo juez.

Llevaba en la cabeza el sombrero de penacho tricolor, al lado el sable y en el cinturón dos pistolas. La cicatriz de la cara, que era de un vivo color rojo, aumentaba la ferocidad de su aspecto.

Radoub se había dejado curar al fin, y llevaba liado á la cabeza un pañuelo sobre el cual se iba extendiendo lentamente una mancha de sangre.

A las doce, ántes de comenzarse el acto, un correo, cuyo caballo piafaba no lejos de allí, esperaba en pié cerca de la mesa las órdenes de Cimourdain.

Cimourdain escribía lo siguiente:

“Ciudadanos presidente é individuos de la comision de salvacion pública:

“Lantenac ha sido hecho prisionero, y mañana será ejecutado.”

Puso la fecha y la firma, dobló el papel, lo cerró y selló dándole al correo, que partió inmediatamente.

Hecho esto, Cimourdain dijo en alta voz:

—Abrid el calabozo.

Los gendarmes descorrieron los cerrojos, abrieron la puerta del calabozo y entraron.

Cimourdain levantó la cabeza, cruzó los brazos, miró á la puerta y gritó:

—Traed al preso.

Un hombre apareció entre los dos gendarmes bajo la cintra de la puerta abierta.

Era Gauvain.

Cimourdain se estremeció y exclamó:

—¡Gauvain!

Después añadió:

—He dicho que venga el preso.

—Soy yo, dijo Gauvain.

—¿Tú?

—Yo.

—¿Y Lantenac?

—Libre.

—¿Libre?

—Sí.

—¿Se ha fugado?

—Sí.

Cimourdain balbuceó temblando:

—En efecto, este castillo es suyo; conoce todas las salidas; el calabozo comunica quizá con alguna; yo debía haber pensado en eso. Habrá encontrado medio de huir, sin necesidad de auxilio de nadie.

—Le han prestado auxilio, dijo Gauvain.

—¿Para fugarse?

—Cierto,

—¿Quién?



—Yo.

—¿Tú?

—Yo mismo.

—Tú sueñas.

—Yo he entrado en el calabozo, donde he permanecido algún tiempo á solas con el preso; me he quitado mi capote; se lo he puesto sobre los hombros; le he bajado el capuchon sobre la cara; ha salido en mi lugar y he quedado en el suyo.

—¡Tú no has hecho eso!

—Lo he hecho.

—¡Es imposible!

—¡Es realidad!

—Que traigan á Lantenac.

—No está aquí. Los soldados, viéndole salir con el capote de comandante han creído que era yo y le han dejado pasar. Era aun de noche.

—Tú te has vuelto loco.

—Digo lo que ha pasado.

Hubo un momento de silencio, al cabo del cual Cimourdain tartamudeó:

—Entónces mereces.....

—La muerte, dijo Gauvain.

Cimourdain se habia puesto blanco como el alabastro. Estaba inmóvil como el hombre que acaba de ser herido del rayo; parecia que le era imposible respirar y una gruesa gota de sudor brotó sobre su frente.

Afirmando un poco la voz, dijo:

—Gendarmes, haced sentar en su sitio al acusado.

Gauvain se sentó en el taburete.

Cimourdain añadió:

—Gendarmes, sable en mano.

Era la fórmula usada cuando los acusados estaban bajo el peso de una sentencia capital.

Los gendarmes desenvainaron sus sables.

Lo voz de Cimourdain habia recobrado su acento ordinario.

—Acusado, dijo, levantaos.

Ya no tuteaba á Gauvain.

## III.

## LOS VOTOS.

Gauvain se levantó.

—¿Cómo os llamais? preguntó Cimourdain.

Gauvain respondió:

—Gauvain.

—¿Vuestra profesion?

—Comandante, jefe de la columna expedicionaria de las Costas del Norte.

—¿Sois pariente ó aliado del prófugo?

—Sobrino segundo.

—¿Teneis noticia del decreto de la Convencion?

—Veo sobre la mesa el cartel en que está impreso.

—¿Qué teneis que decir sobre ese decreto?

—Que he refrendado su publicacion, que le he mandado cumplimentar y que he dispuesto fijar ese cartel, á cuyo pié está mi nombre.

—Elijid un defensor.

—Me defenderé yo mismo.

—Teneis la palabra.

Cimourdain habia recobrado su impasibilidad; sólo que esta impasibilidad era más parecida á la insensibilidad de una roca que á la serenidad de un hombre.

Gauvain permaneció un momento silencioso y meditabundo.

Cimourdain preguntó:

—¿Qué teneis que decir en descargo vuestro?

Gauvain levantó poco á poco la cabeza, y sin mirar á nadie contestó:

—Esto: una cosa me ha impedido ver la otra; una buena accion vista de cerca me ha hecho olvidar cien acciones criminales; de una parte un anciano, de otra unos niños se han interpuesto entre mi conciencia y mi deber político. He olvidado el incendio de aldeas, la devastacion de campos, el asesinato de prisioneros y de heridos, el fusilamiento de mujeres, el plan de entregar

la Francia á la Inglaterra, y he puesto en libertad al sangriento enemigo de la patria. Soy culpado; y aunque hablando así podría creerse que hablo contra mí, estarían en un error los que tal creyesen. Hablo en mi favor, pues cuando el culpado reconoce su culpa, salva la única cosa que merece salvarse; el honor.

—¿No teneis más que alegar en defensa vuestra? volvió á preguntar Cimourdain.

—Añado que siendo jefe debía dar ejemplo, y que á vuestra vez siendo jueces debeis hacer un ejemplar.

—¿Qué ejemplar?

—Mi muerte.

—¿La hallais justa?

—Y necesaria.

—Sentaos.

El furriel que hacia las veces de auditor se levantó y leyó primero el bando que ponía fuera de la ley al ex-marqués de Lan-tenac, y despues el decreto de la Convencion condenando á la pena capital á todo el que favoreciese la evasion de un prisionero rebelde. Este decreto tenia al pié varias líneas impresas prohibiendo prestar ayuda y socorro al rebelde arriba nombrado, y firmadas: *el comandante gefe de la columna expedicionaria, GAUVAIN.*

Leido todo esto, el auditor volvió á sentarse.

Cimourdain cruzó los brazos y dijo:

—Acusado, prestad atencion. Concurrentes, estais aquí para ver, oir y callar: está delante de vosotros la ley. Se va á proceder á la votacion: se dará la sentencia por mayoría ordinaria. Cada uno de los vocales dará su voto en alta voz en presencia del acusado, pues la justicia no tiene nada que ocultar.

Cimourdain continuó:

—Tiene la palabra el primer vocal, capitán Guechamp.

El capitán Guechamp no veía ni á Cimourdain ni á Gauvain. Sus párpados casi cerrados ocultaban los ojos inmóviles y fijos sobre el cartel que contenía el decreto y lo contemplaba como se contempla una sima. Invitado á hablar, dijo:

—La ley es terminante. Un juez es más y es ménos que un hombre; es ménos porque no tiene corazón, y es más porque maneja la espada de la ley. En el año 414 de Roma, Manlio mandó

matar á su hijo por el crimen de haber vencido sin órden suya: la violacion de la disciplina exigia unâ expiacion. Aquí es la ley la que ha sido violada, y ¡la ley está más alta que la disciplina. La patria ha sido puesta de nûevo en peligro á consecuencia de un exceso de compasion; la compasion puede tomar las proporciones de un delito; y pues que el comandante Gauvain ha proporcionado la fuga al rebelde Lantenac, el comandante Gauvain es culpado. Voto, pues, la muerte.

—Anotad ese voto, escribano, dijo Cimourdain.

El escribano escribió: capitán Guechamp, la muerte.

Gauvain levantó la voz y dijo:

—Guechamp, habeis votado lo justo y os doy las gracias.

Cimourdain continuó:

—Tiene la palabra el segundo vocal. Hablad sargento Radoub.

Radoub se levantó, se volvió hácia Gauvain y le hizo el saludo militar. Despues exclamó:

—Si ahí estamos, entónces guillotínadme á mí, porque declaro por el nombre de Dios y bajo mi palabra de honor más sagrada, que quisiera haber hecho primero lo que hizo el viejo y despues lo que ha hecho mi comandante. Cuando ví á aquel individuo de ochenta años de edad arrojar al fuego para sacar de él tres muñecos, dije: buen hombre, tú eres un valiente; y al saber que es mi comandante el que ha salvado á ese viejo de vuestra estúpida guillotina, ¡mil truenos! digo: mi comandante, debierais ser general, sois todo un hombre, y yo juro por mi honra que os daría la cruz de San Luis, si hubiera todavía cruces, si tuviéramos santos, y si aun quedaran luises. ¡Cómo! ¿vamos á ser imbéciles ahora? Si para eso se han ganado la batalla de Valmy, la batalla de Fleurus y la de Wattignies, dígase de una vez. El comandante Gauvain, desde hace cuatro meses, lleva delante de sí como carneros á esos bestias de realistas, salva la república á sablazos y tambor batiente, gana la accion de Dol, para lo cual se necesitaba mucho talento; ¡y cuando teneis un hombre como este, tratais de deshaceros de él! ¡Y en lugar de hacerle general quereis segarle el cuello! Digo que cosas como esas son capaces de hacerle á uno tirarse al Sena desde el Puente Nuevo. Declaro que á vos mismo, ciudadano Gauvain, si en vez de ser mi general, fuéseis un

cabo de mi compañía, os diría que lo que acabais de decir, por más que sea muy elocuente, es un solemne desatino en el fondo. El viejo ha hecho bien en salvar á los niños, y vos habeis hecho perfectamente en salvar al viejo; y si guillotinamos á las personas por haber ejecutado buenas acciones, entónces vámonos á todos los diablos, porque yo no sé á que carta quedarme. ¿A dónde vamos á parar? Pero en fin, todo esto, ¿es realidad ó sueño? Yo me pellizco hace media hora para saber si estoy despierto, porque no comprendo nada de lo que pasa. ¿Queríais, por ventura, que el viejo dejara quemar vivos á los chiquitines, ó que mi comandante dejase cortar el cuello al viejo por haberles salvado? En ese caso guillotínadme á mí: tanto me da. Supongamos que los niños hubieran muerto en el fuego: el batallon del gorro colorado quedaba sin honra. ¿Es eso lo que se queria? Entónces comámonos los unos á los otros. Yo entiendo de política tanto como cualquiera de los que estais aquí; he pertenecido al club de la seccion de las Picas, y, pardiez, veo que vamos á concluir por volvernos todos bestias. Resumiendo mi discurso, diré que no me gustan las cosas que tienen el inconveniente de poner al hombre en situacion de no saber dónde está ni lo que hace. ¿Por qué diablos peleamos? ¿Por qué nos quieren matar nuestro jefe? Yo á eso digo, nones: yo quiero mi comandante, yo le necesito y le quiero hoy más que ayer. ¿Pretendeis enviarle á la guillotina? ¡verdaderamente me haceis reir! No, no queremos: ahora decid lo que gustéis: nosotros os responderemos que en primer lugar eso no es posible.

Radoub se sentó: su herida se le habia abierto y un chorro de sangre que salia por la venda corria á lo largo del cuello desde el sitio donde habia estado la oreja.

Cimourdain, volviéndose hácia Radoub, dijo:

— ¿Votais por la absolucion del acusado?

— Voto, dijo Radoub, porque le hagan general.

— Os pregunto si votais la absolucion.

— Voto porque le eleven al primer puesto de la república.

— Sargento Radoub, ¿votais la absolucion del comandante Gauvain, sí ó nó?

— Voto porque me corten la cabeza en su lugar.

—Poned absolucion, escribano, dijo Cimourdain.

El escribano anotó: sargento Radoub: absolucion.

Despues dijo: .

—Un voto por la muerte, otro por la absolucion: empate.

Tocaba á Cimourdain el turno de votar.

Levantóse, se quitó el sombrero y le dejó sobre la mesa.

No estaba ya pálido ni lívido su rostro: era de color de tierra.

Si todos los circunstantes hubiesen estado envueltos en sudarios, no habria reinado un silencio más profundo.

Cimourdain dijo con voz grave, lenta y firme:

—Acusado Gauvain: se ha oido vuestra causa. En nombre de la república, el consejo de guerra por mayoría de dos votos contra uno.....

Aquí se detuvo por un momento: ¿vacilaba ante la sentencia de muerte? ¿vacilaba ante la absolucion? Todos esperaban el resultado en la mayor ansiedad. Al cabo de un momento continuó:

—...Os condena á la pena de muerte.

Su semblante expresaba la tortura del triunfo siniestro. Cuando Jacob en las tinieblas se hizo bendecir por el ángel á quien habia vencido en la lucha, debió tener aquella sonrisa espantosa.

Pasó sin embargo por sus lábios como un relámpago, y luego Cimourdain quedó de nuevo impasible como el marmol, se sentó y se cubrió con el sombrero, añadiendo:

—Gauvain, sereis ejecutado mañana al salir el sol.

Gauvain se levantó y dijo:

—Doy gracias al tribunal.

—Llevaos al reo, dijo Cimourdain á los gendarmes.

Abrióse la puerta del calabozo, entró Gauvain y volvió á cerrarse luego que hubo entrado. Los dos gendarmes con los sables desenvainados se situaron de centinela á los dos lados de la puerta.

Radoub fué sacado de la sala desmayado.

## IV.

## DESPUES DE CIMOURDAIN JUEZ, CIMOURDAIN MAESTRO.

Un campamento es un enjambre de avispas, sobre todo en tiempos de revolucion. El aguijon cívico que reside en el soldado, sale espontánea y prontamente para picar al jefe con la misma resolución con que ha rechazado al enemigo. En la valiente tropa que habia tomado la Tourgue hubo zumbidos diversos. El primero fué contra el comandante Gauvain cuando se supo la evasión de Lantenac. Al salir Gauvain del calabozo en que todos creían tener encerrado á Lantenac, hubo como una conmoción eléctrica, y en ménos de un minuto todo el campamento supo la noticia. Estalló entónces el primer murmullo en aquel pequeño ejército, diciendo: van á juzgar á Gauvain, pero ese juicio será una farsa: ¡fiasos! en los ex-nobles y en los solídeos! Acabamos de ver á un vizconde salvando á un marqués, y ahora vamos á ver á un cura absolviendo á un noble. Pero cuando se supo la condena de Gauvain vino el segundo murmullo. ¡Esta sí que es más negra! ¡Con que quieren matar á nuestro jefe, á nuestro valiente jefe, á nuestro jóven comandante, que es un héroe! Dicen que es un vizconde, pero por eso tiene más mérito en ser republicano. ¡Yá un hombre como ese, al libertador de Pontorson, de Ville-dieu y de Pont-au-Beau, al vencedor de Dol y de la Tourgue, al que nos da siempre la victoria, al que es la espada de la república en la Vendée, al hombre que durante cinco meses tiene en jaque á los chumanes y repara los desatinos de Lechelle y de los demas, á ese hombre se atreve un Cimourdan á condenarlo á muerte! ¿Y por qué? Por haber salvado á un viejo que habia salvado á tres niños. ¡Un cura matar á un soldado!

Así murmuraba la tropa victoriosa y descontenta. Cimourdain se encontraba rodeado de una indignación sombría. Cuatro mil hombres contra uno sólo parecen una gran fuerza, pero en realidad hay casos en que no representan ninguna. Aquellos cuatro mil hombres eran una multitud, y Cimourdain era una voluntad; sabíase que Cimourdain fruncía el ceño fácilmente y no necesita-

ba mas para mantener en el ejército el respeto á su autoridad. En aquellos tiempos severos, bastaba ver detras de un hombre la sombra de la Comision de salvacion pública, para que aquel hombre fuese temible y para convertir la imprecacion en murmullo y el murmullo en silencio. Antes como despues de aquellas murmuraciones, Cimourdain era el árbitro de la suerte de Gauvain, lo mismo que de la suerte de todos. Sabíase que era inútil pedirle nada, porque no obedecería sino á la voz de su conciencia, voz sobre humana que él sólo podria oír. Todo dependia de él; lo que habia hecho como presidente del consejo de guerra, podia deshacerlo como delegado civil. Sólo él podia indultar; tenía plenos poderes; con un signo podia salvar ó perder á Gauvain; era dueño de la vida y de la muerte; mandaba á la guillotina, y en aquel momento trágico era el poder supremo.

Era, pues, preciso esperar, y no podia hacerse otra cosa.

En esto llegó la noche.

## V.

### EL CALABOZO.

La sala de justicia habia vuelto á convertirse en cuerpo de guardia; esta se habia doblado como la vispera, y dos centinelas guardaban la puerta cerrada del calabozo.

Hácia las doce de la noche, un hombre que llevaba un farol en la mano atravesó el cuerpo de guardia, se dió á conocer y mandó abrir el calabozo. Era Cimourdain.

Entró y dejó la puerta entreabierta.

El calabozo era tenebroso y estaba en silencio. Cimourdain dió un paso en aquella oscuridad, dejó el farol en el suelo y se detuvo. Oíase en la sombra la respiracion igual de un hombre dormido. Cimourdain escuchó pensativo aquel ruido apacible,

Gauvain estaba en el fondo del calabozo echado sobre el haz de paja. Era su respiracion la que se oía; dormía profundamente.



Cimourdain se adelantó haciendo el menor ruido posible, y llegando junto á Gauvain, se puso á contemplarlo. Una madre velando el sueño de su niño de pecho no le dirigiria una mirada más tierna é inefable. Aquella mirada, tal vez sin quererlo Cimourdain, se escapaba de sus ojos. Cimourdain, como en ciertos casos hacen los niños, se restregó los ojos con los puños y permaneció por un momento inmóvil: despues se arrodilló, levantó suavemente la mano de Gauvain y apoyó en ella los labios:

Gauvain hizo un movimiento y abrió los ojos en que se retrataba la vaga sorpresa del que despierta de repente. A la luz del farol que iluminaba débilmente el calabozo, conoció á Cimourdain.

—¡Calla! dijo, sois vos, maestro mio.

Y añadió:

—Soñaba que la muerte me besaba la mano.—

Cimourdain experimentó la brusca sacudida que á veces produce en nuestra mente la súbita invasion de un torrente de pensamientos; torrente en ocasiones tan crecido é impetuoso, que parece que va á anegar el alma. Nada salió, sin embargo, del profundo abismo del corazon de Cimourdain, el cual sólo pudo decir: ¡Gauvain!

Ambos se miraron, Cimourdain con ojos llenos de esas llamas que secan las lágrimas; Gauvain con su más suave sonrisa.

Gauvain se incorporó apoyándose en el codo y dijo:

—Esa cicatriz que veo en vuestra cara es la del sablazo que recibisteis por mí, y ayer vinisteis tambien á asistir al combate á mi lado y por causa mia. Si la Providencia no os hubiera puesto cerca de mi cuna ¿dónde estaría yo hoy? En las tinieblas. Si tengo la nocion del deber, vos me lo habeis enseñado. Yo habia nacido ligado, porque las preocupaciones son ligaduras; vos las desatásteis; me disteis libertad; de lo que era sólo una momia hicisteis un adolescente, y desarrollásteis en él la conciencia. Sin vos yo hubiera crecido siendo siempre pequeño: existo, pues, por vos. No era mas que un señor é hicisteis de mí un ciudadano; era un ciudadano é hicisteis de mí un alma, dándome aptitud co-

mo hombre para la vida terrestre y como alma para la vida celeste. Para andar por los senderos de la realidad humana me dísteis la clave de la verdad y para pasar más allá la clave de la luz. ¡Oh maestro mio! os doy gracias porque vos sois quien me ha creado.

Cimourdain se sentó sobre la paja al lado de Gauvain y le dijo:  
—Vengo á cenar contigo.

Gauvain partió el pan moreno y se lo presentó: Cimourdain tomó un pedazo. Despues Gauvain le tendió el cántazo de agua.

—Bebe tú primero, dijo Cimourdain.

Gauvain bebió y pasó el cántaro á Cimourdain que bebió despues. Gauvain no habia bebido más que un sorbo.

Cimourdain bebió abundantemente.

En aquella cena Gauvain comia y Cimourdain bebia, señal de la tranquilidad del uno y de la fiebre del otro.

Reinaba cierta serenidad terrible en el calabozo. Aquellos dos hombres conversaban.

Gauvain decia:

—Empiezan á bosquejarse grandes cosas. Lo que la revolucion hace en este momento es misterioso; detrás de la obra visible hay otra invisible, y la primera oculta á la segunda. La obra visible es feroz, la invisible es sublime; en este instante lo distingo todo con suma claridad, y me parece extraordinario, pero hermoso. Preciso ha sido valerse de los materiales de lo pasado y de aqui ese extraordinario 93, donde con un andamio de barbarie se construye un templo de civilizacion.

—Sí respondió Cirmourdain: de esa situacion provisional saldrá una situacion estable; saldrá lo definitivo, es decir el paralelismo del derecho y el deber, el impuesto proporcional y progresivo, el servicio militar y obligatorio, la nivelacion, ningun privilegio, y por encima de todos y de todo, esa línea recta que se llama la ley: la república de lo absoluto.

—Prefiero, dijo Gauvain, la república de lo ideal.

Aquí se detuvo y despues continuó:

—Sí, maestro, entre todo lo que acabeis de decir ¿dónde poneis la adhesion, el sacrificio, la abnegacion, el magnífico enlace de los afectos benévolos, el amor en fin. Bueno es ponerlo todo en

equilibrio, pero es mejor ponerlo todo en armonía; sobre la balanza está la lira. Vuestra república mide, dosifica y regula al hombre; la mia lo levanta hasta el azul del firmamento: hay entre la vuestra y la mia la diferencia que media entre un teorema y una águila.

—Tú te pierdes en las nubes.

—Y vos en el cálculo.

—Hay algo de ensueño en la armonía.

—Tambien lo hay en el álgebra.

—Quisiera yo al hombre como hecho por Euclides.

—Le preferiría hecho por Homero.

La sonrisa severa de Cimourdain se fijó sobre Gauvain como para detener el vuelo de aquella alma.

—¡Poesía! dijo: desconfía de los poetas.

—Sí, conozco esa frase; no te fies de la brisa, no te fies del rayo de luz, ni de los perfumes, ni de las flores, ni de las constelaciones.

—Nada de eso da de comer.

—¿Qué sabeis vos? La idea es tambien un alimento: pensar es comer.

—Dejémonos de abstracciones. La fórmula de la república es: dos y dos son cuatro. Cuando yo he dado á cada cual lo que le corresponde. . . . .

—Os falta darle lo que no le corresponde.

—¿Qué significa eso?

—Significa la inmensa concesion reciproca que cada uno debe á todos, que todos debemos á cada uno y que constituye la vida social.

—Fuera del derecho estricto, no veo nada.

—Yo lo veo todo.

—No veo mas que la justicia.

—Yo miro más arriba.

—¿Qué hay sobre la justicia?

—La equidad.

De cuando en cuando callaban como deslumbrados por algun resplandor que atravesara su mente.

Cimourdain rompió de nuevo el silencio diciendo:

—Te desafío á que concretes tu pensamiento.

—Voy allá. Quereis el servicio militar obligatorio ¿pero contra quién? Contra otros hombres. Pues bien, yo no quiero que haya servicio militar; yo quiero la paz. Quereis socorrer á los miserables; yo quiero suprimir la miseria. Quereis el impuesto proporcional; yo no quiero ningun impuesto; quiero que se reduzcan los gastos comunes á su más simple expresion y se paguen con el aumento de la produccion social.

—¿Qué entiendes por eso?

—Voy á explicároslo. En primer lugar entiendo que debe suprimirse toda especie de parasitismo: el del clérigo, el del juez, el del soldado. Además se debe sacar partido de nuestras riquezas; en vez de echar los abonos por las alcantarillas al rio, echadlos en los surcos: las tres cuartas partes del terreno están eriales; roturadlas; suprimid las dehesas de pastos inútiles; repartid las tierras del comun; que todo hombre tenga una tierra y que toda tierra tenga un hombre y así centuplicareis el producto social. La Francia en este momento no produce lo bastante para que los campesinos coman carne más de cuatro dias al año; pero bien cultivada, podria mantener más de trescientos millones de hombres, es decir toda la Europa. Utilizad la naturaleza, inmensa fuerza auxiliar hasta ahora despreciada: haced que trabajen para vos todas las ráfagas del viento, todos los saltos de agua, todos los efluvios magnéticos. El globo tiene una red venosa subterránea y hay en ella una circulacion prodigiosa de agua, de aceite, de fuego. Picad la vena del globo y haced brotar esa agua para vuestras fuentes, ese aceite para vuestras lámparas y ese fuego para vuestros hogares. Reflexionad en el movimiento de las olas, en el flujo y reflujó, en el vaiven de las mareas. ¿Qué es el Océano? Una fuerza perdida. ¿Qué estúpida es la tierra no dando empleo al Océano!

—Ya estás en plena ilusion.

—Es decir, en plena realidad.

Gauvain repuso:

—¿Y la mujer? ¿qué haceis de ella?

—Lo que es; la servidora del hombre.

—Sí, con una condicion.

—¿Cuál?

—La de que el hombre sea el servidor de la mujer.

—¡Qué locura! exclamó Cimourdain; el hombre servidor, jamás: el hombre es amo. Yo no admito mas que un señorío, el del hogar. El hombre en su casa es rey.

—Sí, con una condicion.

—¿Cuál?

—Que la mujer sea reina.

—Es decir que quieres para el hombre y la mujer...

—La igualdad.

—¿La igualdad? ¿Estás en tu juicio? Los dos seres son diversos.

—He dicho la igualdad y no la entidad.

Hubo otra pausa, como especie de tregua entre aquellos dos espíritus que se enviaban mutuamente rayos de luz. Cimourdain fué el primero que la rompió.

—¿Y el hijo? preguntó ¿á quién se le das?

—Primero al padre que le engendra; despues á la madre que le cria; luego al preceptor que le educa, luego á la ciudad que le vilaliza, luego á la patria que es la madre suprema, luego á la humanidad que es la grande abuela.

—No hablas de Dios.

—Cada uno de esos grados, padre, madre, maestro, ciudad, patria, humanidad, es un escalon de la escalera que sube hasta Dios.

Cimourdain calló; Gauvain prosiguió.

—Cuando se ha llegado á lo más alto de la escala, se ha llegado á Dios. Dios se abre ante nosotros y no hay que hacer sino entrar.

Cimourdain hizo el gesto de un hombre que trata de despertar á otro.

—Gauvain, le dijo, vuelve á bajar á la tierra. Lo que nosotros queremos es realizar lo posible.

—Comenzad por no hacerlo imposible.

—Lo posible se realiza siempre.

—No siempre: si se manosea fuertemente la utopía, se la mata. Nada hay más indefenso que el huevo.

—Sin embargo, hay que apoderarse de la utopía, imponerle el yugo de lo real, y encerrarla en el cuadro de los hechos. La idea de lo abstracto debe transformarse en idea concreta, y entónces lo que pierde en hermosura lo gana en utilidad, siendo menor, pero mejor. Es necesario que el derecho se encarne en la ley; y cuando se ha hecho ley, es absoluto. Esto es lo que yo llamo lo posible.

—Lo posible es más que eso.

—Ya vuelves á soñar.

—Lo posible es una ave misteriosa que se cierne continuamente sobre el hombre.

—Es preciso cogerla.

—Sí, pero viva. •

Gauvain continuó;

—Mi pensamiento puede formularse en estas dos palabras: ¡siempre adelante! Si Dios hubiese querido que el hombre retrocediera, le habria puesto un ojo en la nuca. Miramos siempre al Oriente, á lo que se abre, á lo que nace. El que cae estimula al que sube; el chasquido del árbol viejo es un llamamiento al árbol nuevo: cada siglo ejecuta su tarea, hoy cívica, mañana humana, hoy agitando la cuestion del derecho, mañana la del salario, aunque salario y derecho en el fondo son una misma cosa. El hombre vive para ser pagado; Dios al dar la vida contrae una deuda; el derecho es el salario innato: el salario es el derecho adquirido.

Gauvain hablaba con el acento concentrado de un profeta: Cimourdain le escuchaba; los papeles estaban invertidos y á la sazón el discípulo era quien parecia maestro.

Cimourdain murmuró:

—¡Qué de prisa vas!

—Es que quizá no tengo tiempo que perder, dijo Gauvain sonriéndose.

Y repuso.

—Querido maestro, la diferencia entre nuestras dos utopías es que vos quereis el cuartel obligatorio y yo lo quiero convertido en

escuela: que vos soñais el hombre soldado y yo le sueño ciudadano; que vos le queréis terrible y yo le quiero reflexivo, que vos fundais una república de espada y yo undo.....

Aquí se detuvo y luego continuó:

—Yo fundaría una república de inteligencias.

Cimourdain contempló el suelo del calabozo y dijo:

—¿Entre tanto qué es lo que quieres?

—Lo que existe.

—¿Absuelves á lo presente?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque es una tempestad, y una tempestad sabe siempre lo que hace. Para una encina que destruye el rayo, ¡qué de bosques sanificados! La civilización padecía el influjo de una peste, y de ella la libra el gran viento de esa tempestad. Quizá no escoge con bastante cuidado sus víctimas: ¿pero puede obrar de otro modo? Ante el horror del miasma comprendo el furor del huracán.

Hubo otra pausa y Gauvain continuó:

—Por otra parte ¿qué me importa la tempestad si tengo la brújula; y qué me importan los acontecimientos si tengo mi conciencia? Y añadió en esa voz baja, que es también la voz solemne:

—Hay uno á quien siempre es necesario dejarle hacer,

—¿Quién? preguntó Cimourdain.

Gauvain levantó el dedo sobre la cabeza. Cimourdain siguió con la vista la dirección de aquel dedo levantado, y al través de la bóveda del calabozo le pareció ver el cielo tachonado de estrellas.

Volvió á reinar entre ámbos el silencio por algunos instantes.

Cimourdain dijo despues:

—Una sociedad superior á la naturaleza, lo repito, es un sueño; eso no es lo posible.

—Ese es el punto objetivo: de otro modo ¿á qué la sociedad? Contentaos con la naturaleza y sed salvajes: Otaití, por ejemplo, es un paraíso. Solamente que en ese paraíso no se piensa, y más valdría un infierno inteligente que un paraíso bestial. Pero no,

no estamos en esa alternativa: seamos la sociedad humana, la sociedad superior á la naturaleza, sí, porque si nada añadís á la naturaleza, ¿á qué salir de ella? Contentémonos con el trabajo como la hormiga, ó con la miel como la abeja: quedaos en la condicion de bestia en vez de elevaros á la de inteligencia reina. Si añadís algo á la naturaleza sereis necesariamente más grande que ella: añadir es aumentar; aumentar es crecer, engrandecerse. La sociedad es la naturaleza sublimada. Yo quiero todo lo que no tienen las colmenas ni los hormigueros: los monumentos, las artes, la poesía, los héroes, los génius. Llevar pesos eternamente no es la ley del hombre. No, no, no más párias, no más esclavos, no más forzados, no más condenados. Quiero que cada uno de los atributos del hombre sea un signo de civilizacion y un símbolo de progreso; quiero la libertad ante el espíritu, la igualdad ante el corazon, la fraternidad ante el alma. No, no más yugos: el hombre ha sido creado, no para arrastrar cadenas, sino para desplegar alas. No quiero más hombres-reptiles; quiero la transfiguracion de la larva en lepidóptero; quiero que el gusano se transforme en flor viva y remonte su vuelo. Quiero....

Aquí se detuvo: su mirada se animó con desusado brillo.

Sus lábios seguian moviéndose, pero cesó de hablar.

La puerta habia quedado entreabierta, y rumores del exterior penetraban en el calabozo. Oíase un ruido vago de clarines y cornetas que probablemente tocaban la diana; culatas de fusiles chocando contra el suelo, anunciando el relevo de centinelas, y por último, bastante cerca de la torre, segun lo que podia colegirse en la oscuridad, un movimiento parecido al de tablas y maderos con golpes sordos é intermitentes como los del martillo.

Cimourdain pálido, escuchaba. Gauvain no oia nada.

Su meditacion era cada vez más profunda. Parecia que no respiraba: tan atento estaba á lo que veia bajo la bóveda visionaria de su cerebro. A veces se estremecia suavemente; y en sus pupilas se aumentaba por grados la claridad de aurora que desde el principio habia brillado en ellas.

Así pasó un rato. Cimourdain le preguntó:

—¿En qué piensas?

—En el porvenir, contestó Gauvain.



Y volvió á caer en su meditacion. Cimourdain se levantó del lecho de paja donde los dos estaban sentados; Gauvain no lo advirtió.

Cimourdain, con la vista fija amorosamente en el jóven pensativo, retrocedió lentamente hasta la puerta, y salió.

El calabozo volvió á quedar cerrado.

## VI.

### ENTRE TANTO, SALE EL SOL.

No tardó en despuntar el dia en el horizonte.

Al mismo tiempo que el dia, una cosa extraña, inmóvil, sorprendente y desconocida de las aves del cielo, apareció en la meta de la Tourgue por cima del bosque de Fougères.

Habia sido puesta allí durante la noche: era un objeto levantado más que edificado. De léjos en el horizonte formaba un perfil de líneas rectas y duras que tenian el aspecto de una letra hebrea ó de uno de esos geroglíficos de Egipto que formaban parte del alfabeto del antiguo enigma.

A primera vista la idea que despertaba era la de la inutilidad. Estaba entre los brezos en flor y no se adivinaba para qué podia servir. Despues, considerándola más despacio, se experimentaban calofrios. Era una especie de tablado sostenido por cuatro piés derechos. A uno de sus extremos se levantaban dos maderos altos y rectos unidos en sus vértices por un travesaño, del cual pendia un triángulo que parecia negro, destacándose sobre el azul de la mañana. Al otro extremo habia una escalera, y en la parte inferior entre los dos maderos se distinguia una especie de cepo compuesto de dos secciones movibles, que ajustándose la una á la otra, ofrecian á la vista un agujero redondo de las dimensiones del cuello de un hombre. La seccion superior corria por una ranura de modo que podía alzarse ó bajarse. En aquel momento las dos medias lunas que uniéndose formaban el collar estaban separadas, Al pié de los dos maderos que sostenian el

triángulo habia una tabla que podia girar sobre charnelas y tenia el aspecto de una báscula; á su lado se veia un cesto oblongo y delante, entre los dos postes, otro cesto cuadrado. Todo estaba pintado de rojo y hecho de madera, ménos el triángulo que era de hierro. Comprendiase que aquello habia sido construido por hombres; tal era de feo, mezquino y ruin. Sin embargo, merecia haber sido llevado allí por géneos: tal era éllo de formidable.

Aquella construccion deforme era la guillotina.

En frente, á pocos pasos, en el barranco, habia otro mónstruo, la Tourgue: mónstruo de piedra que hacia juego con el de madera. Y, debemos decirlo, cuando el hombre ha tocado la madera y la piedra, estas no son ya piedra ni madera, sino que toman algo del hombre. Un edificio es un dogma; una máquina es una idea.

La Tourgue era la resultante fatal de lo pasado, que en París se llamaba la Bastilla, en Inglaterra la Torre de Lóndres, en Alemania Spielberg, en España el Escorial, en Moscou el Kremlin y en Roma el castillo de Sant-Angelo.

En la Tourgue estaban condensados quinientos años, la edad media, el vasallaje, la gleba, el feudalismo: en la guillotina un año, 1793, y aquellos doce meses formaban contrapeso á aquellos quince siglos.

La Tourgue era la monarquía: la guillotina era la revolucion.

Confrontacion trágica.

De un lado la deuda, de otro el plazo cumplido.

De un lado la inextricable complicacion gótica, el siervo, el señor, el esclavo, el amo, la plebe, la nobleza, el código múltiple ramificado en usos y costumbres, el juez y el clérigo coligados, las trabas innumerables, las gabelas, la amortizacion, la capitacion, las excepciones, las prerogativas, las preocupaciones, el fanatismo, el real privilegio de la bancarrota, el cetro, el trono, la arbitrariedad, el derecho divino; de otro lado una cosa sencilla: una cuchilla afilada.

De un lado el nudo, de otro el hacha.

La Tourgue habia estado largo tiempo sola en aquel desierto. Allí estaba con sus almenas de donde habian caido sóbre los si-

tiadores el aceite hirviendo, la pez inflamada y el plomo derretido; allí estaba con sus calabozos del olvido empedrado de huesos humanos, con su sala de descuartizar, con la tragedia enorme de que habia sido teatro. Su figura funesta habia dominado en aquella selva, á cuya sombra habia gozado quince siglos de tranquilidad feroz. Habia sido en aquel país el único poder, el único objeto de respeto y espanto; habia reinado; habia sido la sola y absoluta representante de la barbarie. Pero á la sazón veía alzarse de improviso á su frente y contra ella una cosa—más que una cosa—un ser tan horrible como ella: la guillotina.

En ocasiones parece que la piedra tiene una vista extraña. Una estatua observa: una torre vigila; una fachada contempla. La Tourgue parecia examinar la guillotina, reflexionar y preguntarse:

—¿Qué es eso?

‘Aquello parecia haber salido de la tierra.

Y en efecto, de la tierra habia salido.

En la tierra fatal habia germinado y crecido el árbol siniestro. De aquella tierra regada con tanto sudor, con tantas lágrimas, con tanta sangre; de aquella tierra donde se habian cavado tantas huecas, abierto tantas tumbas y tantas cavernas y preparado tantas celadas; de aquella tierra donde habian podrido todas las especies de cadáveres hechos por todos los géneros de tiranía; de aquella tierra superpuesta á tantos abismos y donde habian sido enterrados tantos crímenes como espantosa semilla; de aquella tierra profunda habia salido en el día determinado esa desconocida, esa vengadora, esa feroz máquina porta-espada, y el 93 habia dicho al viejo mundo:

—Aquí estoy.

Y la guillotina tenia derecho para decir á la torre:—soy tu hija.

Y al mismo tiempo la torre, porque estas cosas fatales viven con una vida oscura, sentia en su seno el golpe de muerte que de su hija recibia.

La Tourgue ante la terrible aparicion parecia como azorada, y medrosa. La enorme masa de granito era majestuosa é infame; pero aquel madero con su triángulo era peor. La omnipotencia destronada tenía horror á la omnipotencia nueva. La historia

criminal contemplaba á la historia justiciera: la violencia de otros tiempos se comparaba con la violencia moderna; la antigua fortaleza, la antigua prision, la antigua mansion feudal donde habian exhalado sus gritos de dolor los pacientes descuartizados, la construccion de guerra y de muerte, ya fuera de servicio y de combate, violada, desmantelada, descoronada, monton de piedra sin más valor que un monton de ceniza, horrible, magnífica y muerta, poseida del vértigo de siglos espantosos, veia pasar la terrible hora viviente. El Ayer temblaba ante el Hoy: la vieja ferocidad veia y experimentaba el nuevo espanto: lo que se habia hundido en la nada abria ojos de sombra para mirar levantarse el terror: el fantasma contemplaba al espectro,

La naturaleza es dasapiadada: no consiente en retirar sus flores, su música, sus perfumes, su luz ante la abominacion humana: confunde al hombre con el contraste entre la belleza divina y la fealdad social; no le perdona ni una ala de mariposa, ni un pequeño gorgojo de una avicilla; en pleno homicidio, en plena venganza, en plena barbarie le obliga á soportar la mirada de las cosas sagradas; no puede evitar la inmensa reconvencion de la bondad universal y de la serenidad del azulado cielo. Es preciso que la deformidad de las leyes humanas se muestre en toda su desnudez en medio del eterno resplandor. El hombre rompe, pulveriza, esteriliza, mata: el verano continúa siendo verano, la azucena es siempre azucena y el astro astro.

Aquella mañana era de las más hermosas del estío: nunca se habia presentado la naturaleza tan risueña y fresca como al amanecer de aquel dia. Un vientecillo agradable jugueteaba entre los brezos; los vapores subian suavemente por las ramas; la selva de Fougères, penetrada toda del hálito que exhalaban los mantaiales, humeaba á la luz del alba como una gran cazoleta llena de incienso. El azul del firmamento, la blancura de las nubecillas, la clara transparencia de las aguas, el verdor de la yerba y del follage que recorria esa armoniosa escala que va desde el verde-mar al verde esmeralda, los grupos fraternales de árboles, las sábanas de yerba, los prados profundos, todo tenia esa pureza que es el eterno consejo de la naturaleza al hombre. En medio de todo esto se ostentaba el horrible impudor humano: en medio

de todo esto aparecían la fortaleza y el patíbulo, la guerra y el suplicio, las dos figuras, la del siglo sanguinario y la del minuto sangriento; el buho de la noche de lo pasado y el murciélago del crepúsculo del porvenir. En presencia de la creación florida, embalsamada, amante y amable, el cielo espléndido inundaba de luz la Tourgue y la guillotina y parecía decir á los hombres: ved lo que yo hago, y mirad lo que vosotros haceis.

Tal es el uso formidable que suele hacer el sol de su luz.

Aquel espectáculo tenía espectadores.

Los cuatro mil hombres del ejército expedicionario formaban el cuadro en la meseta, rodeando la guillotina por tres lados; de modo que trazaban en torno suyo la figura de una E. La batería colocada en el centro del lado mayor formaba la espiga de la E. La máquina roja estaba como encerrada en estos tres frentes de batalla, especie de muro de soldados replegado por los dos lados hasta la escarpa de la meseta. El cuarto lado del cuadro, este lado abierto, era el barranco mismo y miraba á la Tourgue.

Todo esto formaba un cuadrilátero en el centro del cual estaba el patíbulo. A medida que se levantaba el sol, decrecía sobre la yerba la sombra proyectada por la guillotina.

Los artilleros estaban junto á las piezas con las mechas encendidas.

Un humo azulado subía lentamente del barranco: era el incendio del puente que acababa de extinguirse.

Aquel humo desvanecía un tanto, sin velarlos del todo, los contornos de la Tourgue, cuya alta azotea dominaba todo el horizonte. Entre ella y la guillotina no había más intermedio que el barranco: de la una á la otra era posible hablarse.

A aquella plataforma se habían trasladado la mesa del tribunal y la silla á que daban sombra las banderas tricolores. El sol que se levantaba detras de la Tourgue hacía resaltar en negro la masa de la fortaleza, y en su parte más alta, en la silla del tribunal y bajo las banderas, la figura de un hombre sentado, inmóvil y cruzado de brazos. Era Cimourdain. Vestía como en el día anterior su traje de delegado civil; tenía en la cabeza el sombrero con penacho tricolor, el sable al lado y las pitolas á las cinturas.

Guardaba silencio y todos le guardaban tambien. Los soldados, descansando sobre las armas, tenian la vista fija en el suelo: se tocaban con el codo alguna vez, pero no se hablaban. Meditaban confusamente sobre aquella guerra, sobre tantos combates, tantas escaramuzas entre setos y vallados valientemente arrastrados, sobre las nubes de furiosos campesinos aventadas por ellos, sobre las ciudadelas tomadas, las batallas ganadas, las victorias obtenidas, y les parecia que toda aquella gloria habia venido á parar en una gran vergüenza. Una sombría expectativa oprimía todos los corazones. Véiase en el tablado de la guillotina al verdugo que se movia de una parte á otra, miéntras la claridad reciente de la mañana llenaba magestuosamente el cielo.

En esto se oyó el ruido destemplado de los tambores cubiertos de negro crespon. Fuese acercando aquel redoble fúnebre; abriéronse las filas y una triste comitiva entró en el cuadro y se dirigió hácia el cadalso.

Iban primero los tambores enlutados; despues una compañía de granaderos con las armas á la funerala; luego un peloton de gendarmes con los sables desenvainados, y por último el sentenciado Gauvain.

Gauvain marchaba con desembarazo: no llevaba ataduras ni en los piés ni en las manos: vestia el peti-uniforme con espada ceñida.

Detrás de él cerraba la marcha otro peloton de gendarmes.

Gauvain mostraba todavia en su semblante aquella expresion de contento reflexivo que le habia iluminado al decir á Cimourdain: pienso en el porvenir. Nada más inefable y sublime que aquella perenne sonrisa.

Al llegar á la meseta, su primera mirada fué para lo alto de la torre, desdeñando la guillotina.

Sabia que Cimourdain creeria de su deber asistir á la ejecucion. Buscóle con la vista en la plataforma, y allí le vió en efecto.

Cimourdain estaba lívido y frio. Los que estaban á su lado no oian su respiracion.

Quando vió á Gauvain, no se observó en él ni el más leve estremecimiento.

Gauvain entre tanto se adelantaba hácia el patíbulo.

Al marchar miraba á Cimourdain, y Cimourdain le miraba. Parecía que Cimourdain se apoyaba en aquella mirada.

Gauvain llegó al pié del caldoso y subió seguido del oficial que mandaba los granaderos. Allí se desciñó la espada y la dió al oficial; despues se quitó la corbata y la entregó al verdugo.

Parecía una vision celeste: jamás habia estado más hermoso: sus cabellos castaños flotaban á merced del viento: no era costumbre entónces cortarse el pelo; su cuello blanco recordaba el de una mujer, y su mirada heroica y soberana hacia pensar en un arcángel. Estaba en el cadalso pensativo: aquel lugar es tambien una cima y sobre ella aparecía Gauvain en pié, magnífico y sereno, envuelto por los rayos del sol como en una aureola de gloria.

Era preciso, sin embargo, atar al paciente, y al efecto acudió el verdugo con una cuerda en la mano.

En aquel momento los soldados, al ver á su comandante próximo á ser puesto bajo la cuchilla, no pudieron contenerse. El corazon de aquellos guerreros estalló y oyóse una cosa enorme; los sollozos de un ejército. Levantóse un clamor general diciendo: ¡perdon, perdon! Algunos cayeron de rodillas; otros soltando los fusiles levantaron los brazos hácia la plataforma, donde estaba Cimourdain. Un granadero gritó, señalando la guillotina:—¿se reciben ahí sustitutos? Aquí estoy yo.—Todos repetian frenéticamente: ¡perdon, perdon! y aquel grito, oido por leones, les hubiera conmovido ó espantado, porque las lágrimas de los soldados son terribles.

El verdugo se detuvo no sabiendo qué hacer.

Entónces una voz breve y sorda, que todos sin embargo oyeron, tal era ella de siniestra, gritó desde lo alto de la torre:

—¡Favor á la ley!

En el acento inexorable de aquel grito, todos conocieron la voz de Cimourdain. El ejército experimentó el estremecimiento de la emocion contenida.

El verdugo no vaciló ya y se acercó con su cuerda.

—Esperad, dijo Gauvain.

Volvióse hácia Cimourdain, le hizo con la mano derecha un ademán de despedida y luego se dejó atar.

Cuando estuvo atado, dijo al verdugo:

—Esperad todavía un momento.

Y gritó:

—¡Viva la república!

Echáronle sobre la báscula. Aquella cabeza hermosa y altiva se encajó en el infame collar; el verdugo le levantó suavemente los cabellos y despues oprimió el resorte. El triángulo se desprendió y cayó primero lentamente, despues rápidamente; oyóse un golpe horrible y repugnante. . . .

En aquel mismo momento sono otro ruido. Al de la cuchilla habia respondido el de la pistola. Cimourdain acababa de coger una de las que tenia en la cintura, y en el instante en que la cabeza de Gauvain caia en el cesto, Cimourdain se atravesaba el corazon con una bala. Salió de su boca un torrente de sangre y cayó muerto.

Y aquellas dos almas, hermanas trágicas, volaron juntas, mezclándose la sombra de la una con el fulgor de la otra.

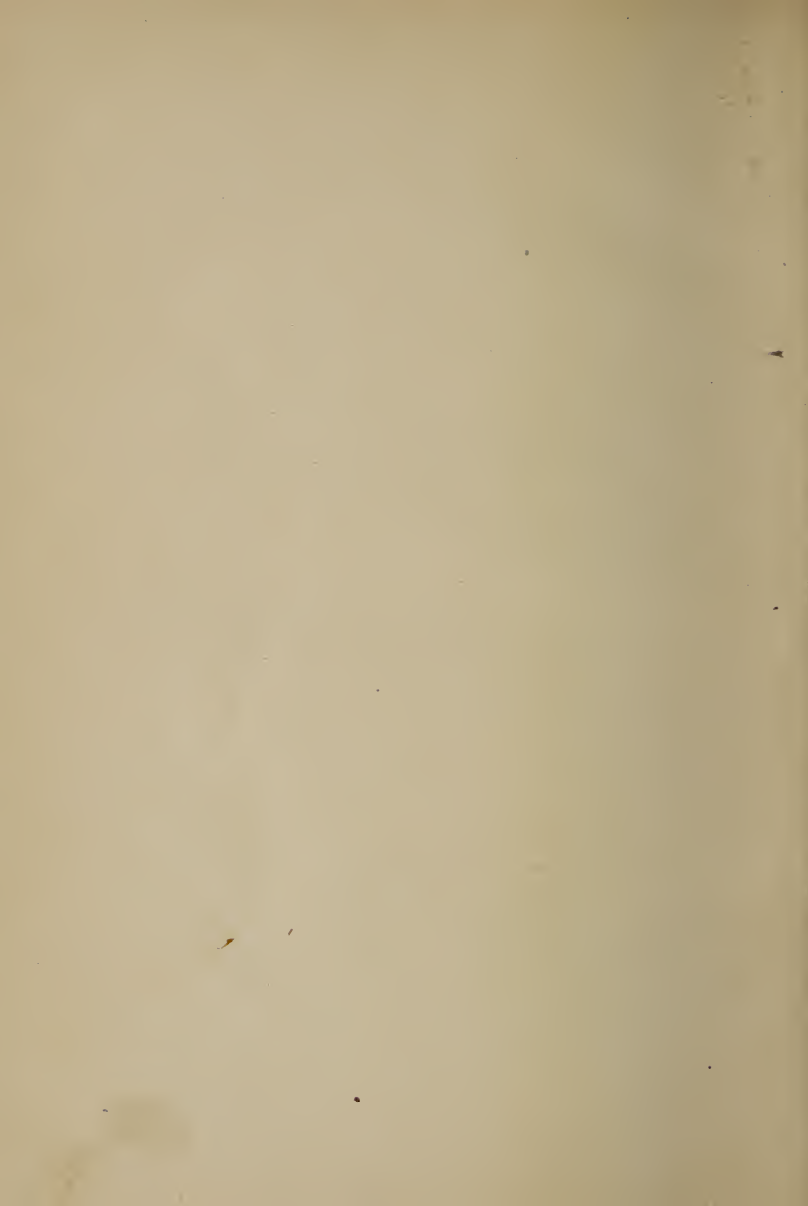
FIN.



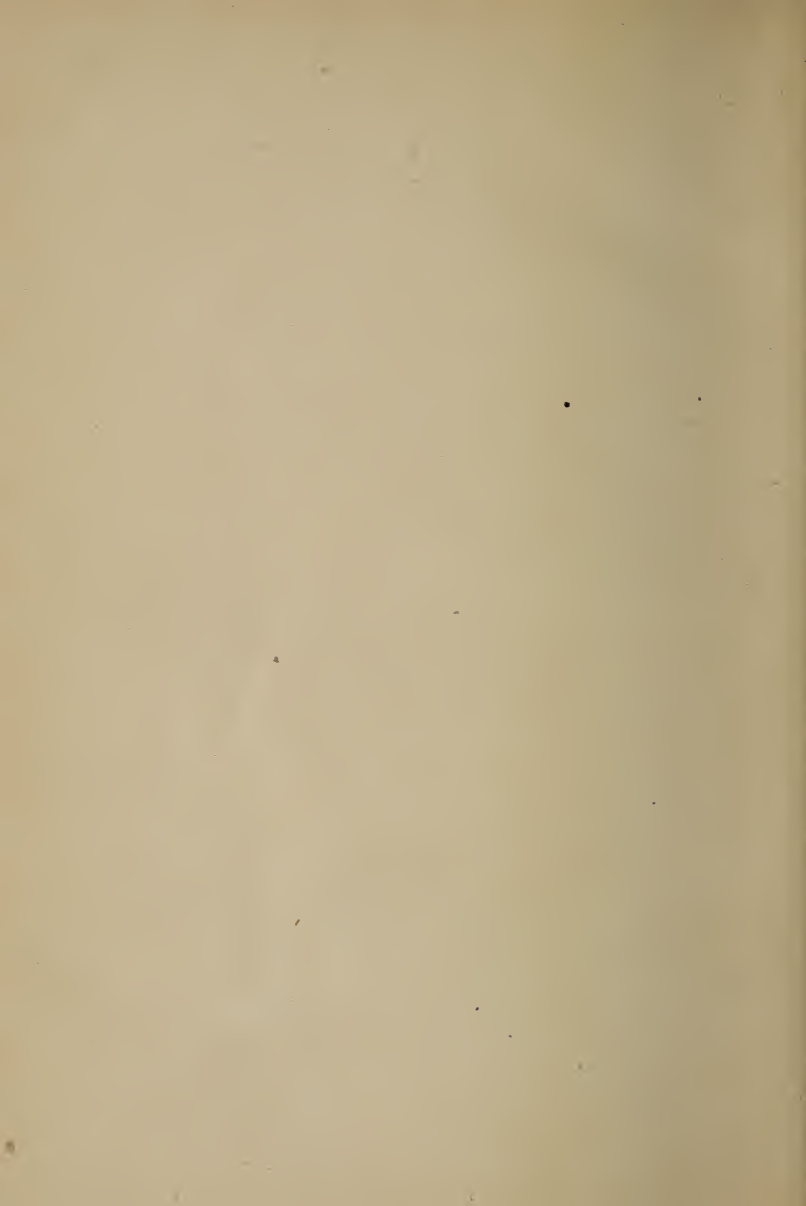








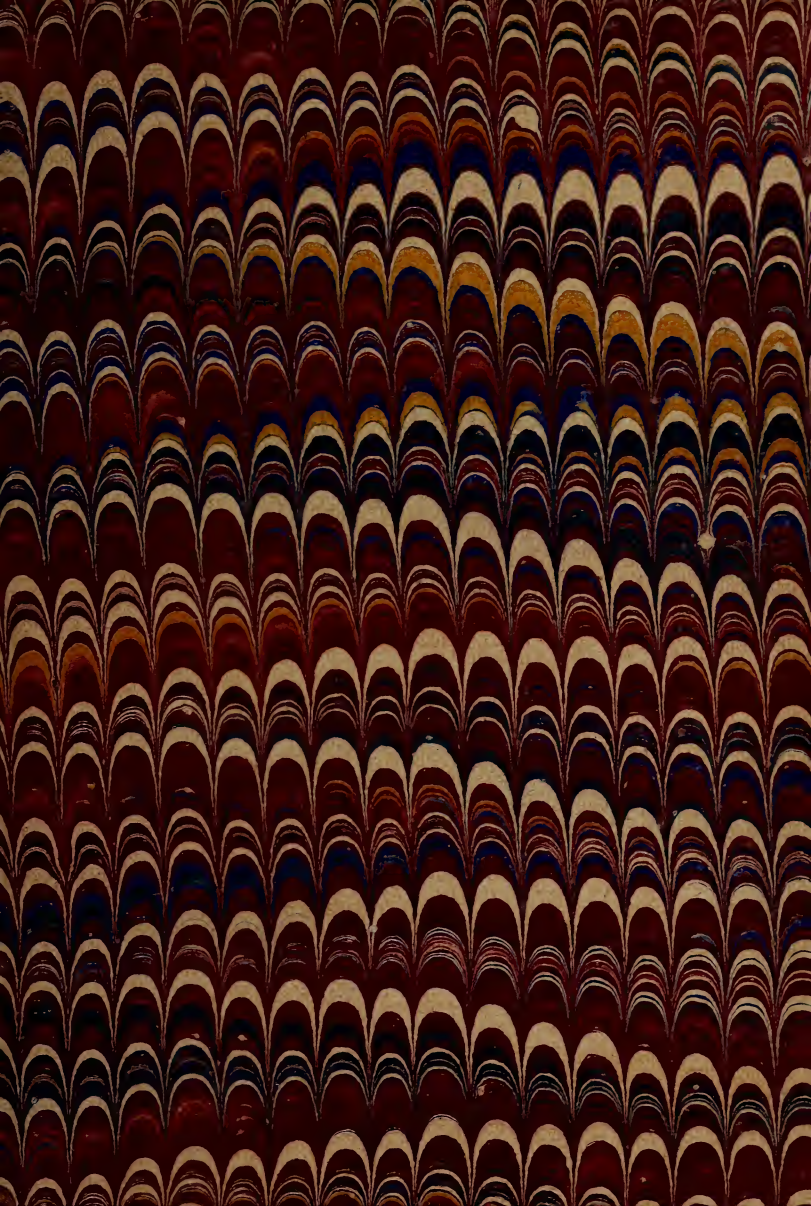




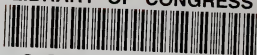








LIBRARY OF CONGRESS



0 041 198 133 2